

CUADERNOS - 3

Vivir en Cristo



INDICE

INTRODUCCION	Pág. 7
1. VIVIR EN CRISTO	9
La filiación divina, fundamento de nuestra vida interior, 10. Necesidad de la unión con Cristo en la Cruz, 11. El encuentro con la Cruz, 13. La plenitud de la vida en Cristo, 14.	
2. IDENTIFICARSE CON LA VIDA DE CRISTO	17
Vida de trabajo, 18. Vida de oración, 19. La unión con Cristo en el Sacrificio de la Misa, 21.	
3. PARTICIPAR EN LA MISION DE CRISTO	23
La misión del cristiano, 23. Nos interesan todas las almas, 25. Apostolado de la doctrina y del ejemplo, 26. Apostolado de amistad y de confianza, 28.	
4. EL DIALOGO DIVINO	30
El trato de los Apóstoles con Jesús, 30. Buscar el trato con Dios, 32. La oración, diálogo con Dios, 34.	

5. COSAS PEQUEÑAS	pág. 37
Importancia de los detalles, 38. Donde vivir las cosas pequeñas, 40. Tarea de amor, 42.	
6. EL FIN DE LA VOCACION	45
Santidad para el apostolado, 45. El peligro de la tibieza, 47. Poner los medios, 48.	
7. TRES PASIONES DOMINANTES	52
Querer apasionadamente, 52. Dar doctrina, 54. Dirigir las almas, 55. Amar la unidad, 57.	
8. TRABAJO DE DIOS	60
Santificar la profesión, 60. Santificarse en la profesión, 61. Santificar con la profesión, 63. Importancia del trabajo profesional, 64.	
9. EL CAMINO DE LA OBEDIENCIA	67
La desobediencia de nuestros primeros padres, 68. La obediencia de Cristo, 69. Plenitud de la obediencia, 71.	
10. HUMILDAD Y CARIDAD	74
Conocimiento propio, 75. Comprensión con los demás, 76. Condición de gracia y eficacia, 78. Caridad teológica, 78. El orden del amor, 79. Unión de la humildad y de la caridad, 80.	
11. FILIACION Y FRATERNIDAD	83
Paternidad espiritual, 84. Espíritu de filiación, 85. Cariño fraterno, 87.	
12. DELICADEZA EXTREMA	89
Importancia de las virtudes menores, 89. Rela-	

ción con la vida interior, 91. Trato con nuestros hermanos, 93. Práctica de la delicadeza, 95. Complemento de la caridad, 96.	pág. 97
13. CORRECCION FRATERNA	97
Valor de la corrección fraterna, 97. Obligación de caridad, 99. Deber de justicia, 100. Medio de santidad, 102.	
14. CON TODO TU CORAZON	106
La virtud de la castidad, 106. Castidad matrimonial, 108. El celibato apostólico, 109. La pureza de corazón, 110. Amar con todo el corazón, 112.	
15. MORIR CON CRISTO	114
Conformarse con Cristo paciente, 115. Necesidad de la mortificación, 116. Mortificación en la vida ordinaria, 118. Mortificaciones pasivas, 120. Mortificación activa, de los sentidos, 120. Mortificar la inteligencia y la voluntad, 122. Hacer la vida agradable a los demás, 123. Motivos de la mortificación, 124.	
16. LA CONFESION	127
El sacramento del perdón, 128. El Buen Pastor, 130. Naturaleza sacramental de la penitencia, 134. Examen de conciencia, 135. Dolor de amor y propósito, 136. Confesión de los pecados y satisfacción, 137. Eficacia de la penitencia, 140.	
17. LA CHARLA FRATERNA	142
Necesidad de la Charla, 142. Su carácter sobrenatural, 144. Modo de hacerla, 144. Hablar con sencillez, 145. Escuchar dócilmente, 147.	

18. SENCILLEZ	PÁG. 149
La virtud de la sencillez, 150. El peligro de la complicación, 151. Infancia espiritual, 152. Rectitud de intención, 153. Valor de la sinceridad, 153.	
19. LA FORTALEZA CRISTIANA	156
Misión de la fortaleza, 156. Perseverar en la lucha, 157. La virtud sobrenatural, 158. Seguridad de hijos de Dios, 160.	
20. EL SEÑORIO DE LOS HIJOS DE DIOS	162
Necesidad de la templanza, 162. Desprendimiento de los bienes terrenos, 163.	
21. TRABAJAR COMO EL MEJOR	166
Aspectos humanos del trabajo, 166. Laboriosidad cristiana, 167. Necesidad de la tarea profesional, 168. Condiciones para santificar el trabajo, 169. Excederse, 170.	
22. SANTIFICAR EL ESTUDIO	172
Necesidad del estudio para la formación, 173. Formación profesional, 175. El estudio, Norma de siempre, 176. Aprovechamiento del tiempo, 178.	
23. LA ALEGRÍA	180
La tentación de la tristeza, 181. La humildad es el remedio, 182. La alegría, fruto de las virtudes teologales, 184. Afirmar la alegría, 186.	
24. EXAMEN DE CONCIENCIA	188
Examen, tarea de amor, 188. Humildad y va-	

	PÁG.
lencia en el examen personal, 190. Espíritu de examen, 191. En la presencia de Dios, 193. Modo de hacer examen, 194. Lo más importante, 195. Eficacia del examen de conciencia, 196.	
25. EXAMEN PARTICULAR	198
Necesidad del examen particular, 198. Materia del examen particular, 199. Perseverancia en la lucha personal, 201. Confianza en Dios, 203.	
26. PIEDAD DE NIÑOS. DOCTRINA DE TEOLOGOS	205
La virtud de la piedad, 205. Amor de Dios y doctrina, 207.	
27. LA SAGRADA EUCARISTIA	209
El Sacrificio sacramental del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, 209. Eficacia sobrenatural de la Eucaristía, 211. Disposiciones para comulgar, 212. La acción de gracias después de la Misa, 214.	
28. MARIA, MEDIANERA DE LA GRACIA	216
La mediación maternal de la Virgen, 216. Todas las gracias nos vienen por María, 218. Piedad mariana, 219. Acudir a María, 220.	
29. PROSELITISMO	222
El derecho de hacer proselitismo, 222. El deber del proselitismo, 224. Los medios, 225. Vi-bración apostólica, 226.	
30. TODO LO QUE PIDIEREIS	229
Condiciones de la petición, 230. Unidad de intenciones, 231.	
INDICE DE TEMAS	233

«Que busques a Cristo: que encuentres a Cristo: que ames a Cristo». —Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?¹.

Nuestra vida en la Obra comenzó porque Cristo vino a nuestro encuentro con una palabra afabilísima: *Tu, me sequeris*². ¡sigueme! Desde entonces se habrán sucedido en cada uno y continuamente esas tres etapas clarísimas, aunque no siempre de la misma manera.

Buscamos, hallamos y amamos a Jesucristo con la inocencia de Juan, o con las lágrimas de arrepentimiento de Pedro, o con la hondura serena que daban a Pablo las muchas batallas vencidas por el Señor. En cualquier caso, apenas en los comienzos o ya cerca del fin de la carrera, guardada la fe³, el amor de Dios es lo que nos mueve.

La conversión es cosa de un instante: la santificación es tarea para toda la vida. La semilla divina de la caridad, que Dios ha puesto en nuestras almas, aspira a crecer, a manifestarse en obras, a dar frutos que respondan en cada momento a lo que es agradable al Señor. Es indispensable por eso estar dispuestos a recomenzar, a reencontrar —en las nuevas situaciones de nuestra vida— la luz, el impulso de la primera conversión⁴.

(1) Camino, II, 312;

(2) Juan, XXI, 22;

(3) Cf. II Tim. IV, 7.

(4) Houdia, *La conversión de los hijos de Dios*, 2-II-1952;

Con la esperanza de ayudarnos, en esta tarea personalísima de buscar una y otra vez, de reencontrar —*hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la Ley, y los profetas, a Jesús de Nazaret*¹—, y de volver a enamorarnos más rendidamente de Nuestro Señor, se ha preparado este número de Cuadernos. Se recogen en él algunos editoriales de nuestras publicaciones internas. Palabras antiguas, y alientos nuevos; para recorrer, acogiéndonos a la intercesión de Santa María y de San José, el claro camino que emprendimos para vivir en Cristo.

(1) *Ioann.* I, 45.

1. VIVIR EN CRISTO

*Carísimos: Dios es el que a nosotros, con vosotros, nos confirma en Cristo y el que nos ha ungido, el que asimismo nos ha marcado con su sello y que por arras nos da el Espíritu Santo en nuestros corazones*¹. Y *somos confirmados en Cristo*, comenta Santo Tomás, de dos maneras: por la gracia y por la gloria. Por la gracia, al haber sido ungidos con la gracia del Espíritu Santo, que nos transforma en miembros de Cristo, en ungidos suyos... Por el contrario, la unión con Cristo que se consigue por la gloria, actualmente sólo la tenemos en esperanza, pero cierta, ya que tenemos la firme confianza de alcanzar la vida eterna².

La vida interior, el crecimiento de la Vida sobrenatural en el alma, es un proceso que se inicia con esa identificación primera con Jesucristo por la gracia, y se consuma con la configuración suprema y definitiva en la gloria del cielo. En esto consiste el dinamismo de la vida de la gracia: *un manantial de agua que manará hasta la vida eterna*³.

Para promover ese crecimiento se nos da el Espíritu Santo en nuestros corazones, espíritu de caridad que va imprimiendo en nosotros la imagen de Cristo, marcándonos con su sello: el de la Cruz, que es el distintivo de los elegidos, la contraseña que nos abre las puertas del Cielo, el signo de los hijos y servidores de Dios. *No hagáis mal..., hasta*

(1) *II Cor.* I, 21-22;

(2) Santo Tomás, *Super Ep.* *II Cor.* lect. I, 3;

(3) *Ioann.* IV, 14;

tanto que pongamos la señal en la frente a los siervos de nuestro Dios⁴.

Misterio grande, inefable, de la acción divina en el alma, que sólo pálidamente llegamos a entrever; y sin embargo, ¡cuántas energías podemos sacar de su contemplación, que nos impulsen a seguir sin vacilaciones el camino de la identificación con Cristo! Si el fuego, atravesando todo el espesor de una barra de hierro hasta lo más íntimo, la convierte en fuego, y transforma lo frío en ardiente, y lo mate en brillante..., ¿qué tiene de extraño la transformación que el Espíritu Santo opera en el interior del alma?⁵.

LA FILIACIÓN DIVINA, FUNDAMENTO DE NUESTRA VIDA INTERIOR

En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios⁶. Es preciso nacer a la Vida sobrenatural, transformarnos en una nueva criatura que sea imagen de Cristo, miembro suyo, hijo de Dios, y crecer hasta llegar al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta según Cristo⁷. Para alcanzarnos esta regeneración, Dios tomó nuestra naturaleza. Por Cristo ascendemos a una dignidad sobrenatural; sin embargo, no somos hijos de Dios como lo es El, sin discrimen alguno, sino por la gracia por la que a El somos asimilados, pues El es el Hijo genuino coeterno al Padre; nosotros, en cambio, adoptivos por su benignidad⁸.

La gracia, al asimilarnos a Cristo, Hijo natural de Dios, nos hace hijos adoptivos, miembros de la sociedad de los hijos de Dios, la Iglesia: nadie es hijo adoptivo, si no se une y adhiere al Hijo natural⁹; una unión real, íntima, que informa toda nuestra lucha ascética, hasta el punto de que el fundamento de la vida espiritual de los socios del Opus Dei es el sentido de su filiación divina.

Y si somos hijos —escribe San Pablo—, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Jesucristo con tal, no obstante, que padezcamos con El¹⁰. Por pura bondad el Señor nos ha concedido el título y la realidad de hijos suyos, que nos da derecho a la herencia del Cielo; pero ha puesto como condición que padezcamos con El, que estemos dispuestos a poner los medios para que se desarrolle

la semilla que la gracia depositó en nuestra alma. Y ¿hay alguien que teniendo al alcance de su mano una rica herencia —un tesoro, una perla preciosa—, no trate de poseerla?

La filiación divina es el título de la herencia, y la imitación plena y total de Jesucristo, el camino para entrar en su posesión. Por eso, el alma que ha recibido la impresión de la imagen de Cristo, que se sabe hija de Dios, se siente arrastrada por un deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez, de imitar a Jesucristo. Empieza entonces a vivir plenamente la Vida sobrenatural, a responder de veras a esa llamada de Cristo —ven y sígueme¹¹— que para nosotros se concretó en una vocación divina en medio del mundo, buscando la santidad en el propio estado.

Entonces, si el alma lucha por apartar los obstáculos, si sabe aprovechar esos medios que el Señor le ofrece, si se abre a la gracia, especialmente en la Sagrada Eucaristía, que tiene como fruto propio operar nuestra transformación en Cristo; entonces, el alma, aun a pesar de sus imperfecciones, empieza a vivir auténtica Vida sobrenatural, reproduciendo en sí misma la vida de Cristo. Ama lo que ama Cristo, y rechaza lo que El reprueba; se alegra o llora con el Señor; trabaja con amor, porque Cristo pasó treinta años de humilde artesano en Nazaret; se recoge a conversar con Dios a ejemplo de Cristo, que se retiraba a hacer oración; vive la caridad con todos; se ejercita en la pobreza, porque El no tenía dónde reclinar la cabeza; en la humildad, la mansedumbre y la pureza de corazón; en la obediencia —erat subditus illis¹²—, en la sinceridad...; en una palabra, participa de todas las virtudes de Jesús, y no gusta sino de imitarle en todo, de seguirle a cualquier parte; puede ya decir con el Apóstol: mi vivir es Cristo¹³, a la par que ansía atraer a su camino a otras almas, también como Cristo: Yo he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?¹⁴.

NECESIDAD DE LA UNIÓN CON CRISTO EN LA CRUZ

La vida comporta cierto movimiento. Pues se dice que viven aquellos que se mueven por sí mismos. Por tanto, es precisamente la vida la causa radical de movimiento en el hombre. Ahora bien, el hombre

(4) Apoc. VII, 3;

(5) San Cirilo de Jerusalén, *Catechesis* 17, 14;

(6) Juan. III, 3;

(7) Ephes. IV, 13;

(8) San Cirilo de Alejandría, *In Joann. Com.* I, 9;

(9) Santo Tomás, *Super Ep. Galat. lect.* I, 9;

(10) Rom. VIII, 17;

(11) Luc. XVIII, 22;

(12) Luc. II, 51;

(13) Philip. I, 21;

(14) Luc. XII, 49;

se mueve siempre hacia algo que tiene razón de fin. De ahí que llame también vida suya a lo que le mueve a operar... En este sentido Cristo es también vida nuestra, en cuanto que todo el motivo de nuestra vida y operaciones es Cristo¹⁵. Nuestro Señor es la fuente de la gracia, que imprime su imagen más y más en nuestra alma, y es también nuestro único fin: no deseamos otra cosa sino conformarnos e identificarnos con El. Para eso hemos venido a la Obra.

Los Apóstoles seguían a Jesús, habían visto sus milagros, eran testigos de su ascendiente sobre las multitudes, habían participado del poder de su Maestro: *hasta los demonios se nos sometían en tu nombre*¹⁶. Se sentían fuertes con la fortaleza de Cristo y amaban al Señor, a pesar de sus propias miserias. Su cariño a Jesús les lleva incluso a acercarse a la muerte, con decisión: *vayamos nosotros también y muramos con El*¹⁷. Estaban decididos de verdad, sin hipocresía, a dar su vida por el Maestro. Y, sin embargo, ¿qué sucede la noche del Jueves Santo? *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas*¹⁸, había predicho el profeta. El mismo Pedro, piedra firme sobre la que descansaría la Iglesia, tiembla ante una criadita. Niega al Señor quien poco antes aseguraba que le seguiría hasta la muerte. ¿Qué ocurrió a Pedro? ¿No moriría más tarde crucificado, como su Maestro? Es que entonces no estaba todavía plenamente identificado con Cristo.

Los discípulos habían seguido a Jesús Maestro, a Jesús Taumaturgo, pero no a Jesús en la Cruz Santa, Cruz redentora. Y no era poco lo que les faltaba. Si la misión de Jesucristo alcanza su plenitud en el Sacrificio del Calvario, al que se ordena toda su vida, el alma también alcanza la plenitud de su identificación con Cristo, la madurez de la Vida sobrenatural, cuando se une a El en la Cruz, cuando se hace con Jesucristo *oboediens usque ad mortem, mortem autem Crucis*¹⁹, obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Es lo que decía San Pablo a los Gálatas: *estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo. Y yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí*²⁰.

(15) Santo Tomás, *Sopos Ep. Philip. lect. 1, 3*.

(16) Luc. X, 17.

(17) Joann. XI, 16.

(18) Zach. XIII, 7.

(19) Philip. II, 8.

(20) Galat. II, 19-20.

Cristo se entregó por Pablo y se entregó por cada uno de nosotros, tomados uno a uno. Es un camino abierto a todas las almas que están dispuestas a seguirle, a dejarle obrar; no es privilegio de unos pocos. El alma que persevera en su amor encuentra la Cruz en su camino y en ella a Cristo. Si —como debes— *buseas a Cristo, ¿quieres señal más segura que la Cruz para saber que le has encontrado?*²¹. Por eso nosotros, que amamos a Jesucristo con un amor singular, amamos también la Cruz del Señor, la auténtica, no la que pueden inventar nuestras miserias. Y buscamos esa identificación en la Cruz, clavándonos en ella con amor y con alegría, con fe y con esperanza. *Yo no puedo, Jesús, prescindir de tu Cruz, ni de estos clavos, con los que ascéticamente estos hijos míos y yo nos hemos querido coser a tu Cruz Santa.*

EL ENCUENTRO CON LA CRUZ

De este modo llega un momento —¿qué bien lo entiende el alma!, ¿cómo se notan esos tiempos en que el Señor nos pide más!— en que, sin ruido de palabras, el Señor nos hace participar más plenamente en su Pasión y en su Muerte, aceptando el ofrecimiento sincero y radical que le hicimos en el amanecer de nuestra vida nueva de entrega.

Carissimi: *Christus passus est pro nobis vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia eius (I Petr. II, 21)*. —Amadísimo: *Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas. Seguir su ejemplo. ¿Cuántas veces lo habéis considerado, y lo habéis dicho a los demás! ¿Cuántas veces lo he repetido yo, a solas, en grupos, en conversaciones espirituales, en pláticas —iba a decir: más o menos solemnes, pero nosotros no hacemos cosas solemnes—; cuántas veces lo he dicho, aun sin tener presente ese texto!* Y, dentro de mis errores personales, lo he procurado vivir siempre: seguir su ejemplo, seguir a Jesucristo. Y en esta forja de dolor, donde el Señor me ha metido para sacar alelante la Obra —Señor, me has dado dolores en abundancia, ¡gracias!—; en esa forja de dolor, que ha sido mi vida, el Señor me ha enseñado que quien pisa donde pisa Cristo, encuentra la alegría. Una alegría honda, inabarcable, que es la primera señal del encuentro con la Cruz de Cristo; un encuen-

(21) *Camino*, n. 710.

tro dulce, un hallazgo feliz, lleno de incalculables goces, pero marcado en su misma raíz por el dolor, un dolor que no agobia, que no espanta, que no derrota, sino que purifica, limpia, ennoblece y enardece en deseos de amar más.

Puede ser que este encuentro con la Cruz se produzca de un modo instantáneo, repentino, que se imponga con tal fuerza e intensidad que el alma, vencida de amor, estalle en un sí que es aceptación rendida, consumada en un solo y definitivo acto de la voluntad. Pero no es lo ordinario, y mucho menos en la Obra, donde la peculiaridad de nuestra vocación nos lleva a conformarnos con la Cruz de Cristo en mil cosas pequeñas, diarias, constantes, envueltas en naturalidad, sin espectáculo, y como por un plano inclinado, sin que ni siquiera nosotros mismos nos demos cuenta. En cualquier caso —sea un encuentro repentino, o una creciente familiaridad con la Cruz— se trata de un *ascetismo sonriente*. Para algunos, esta alegría en la Cruz ha podido ser motivo de falso escándalo: *no saben que cuando se camina por donde camina Cristo, cuando ya no hay resignación, sino que el alma se conforma con la Cruz —se hace a la forma de la Cruz—, cuando se ama la voluntad de Dios, cuando se quiere la Cruz: entonces ya la Cruz no pesa, ya la Cruz no es mía, sino que es de El, y El la lleva conmigo.*

LA PLENITUD DE LA VIDA EN CRISTO

Desde el primer momento hemos afirmado que no es posible una santidad sin la Cruz: y lo hemos de afirmar siempre con el testimonio de nuestra alegría, porque *encontrar la Cruz es encontrar a Cristo. Y con El hay siempre alegría, aun ante la injusticia, ante la incompreensión, ante el dolor físico. Por esa razón siento desagrado —aunque comprendo que es un modo usual de decir— cuando oigo llamar cruces a las contradicciones, muchas veces nacidas de la misma soberbia de la persona, que no son la Cruz, que no son la verdadera Cruz, porque no son la Cruz de Cristo. Yo no me he sentido nunca desgraciado, y penas me las ha mandado abundantes el Señor. ¡Gracias, Señor! Gracias, Señor, porque me has dado una ascética que es la tuya, porque me has hecho entender que tener la Cruz es tener la alegría, es tenerse a Ti.*

Es entonces cuando el alma, en la madurez de la vida interior, se siente *Ipse Christus*, el mismo Cristo, y, como consecuencia, siente la plenitud del espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos:

Abba, Pater! ²² *abba*, ¡papá!, el nombre familiar que los niños hebreos usaban para llamar a su padre. Vivir esta identidad con Cristo, es sentirse del todo hijos de Dios.

Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: tú eres mi hijo (Ps. II, 7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba! Ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso.

Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios.

Señor, pido a tu Madre, a San José nuestro Patrono, a mi Arcángel ministerial, que pidan para mí y para mis hijos siempre este espíritu. Ne respicias peccata mea, sed fidem! (Ordo Missae) ¡Esa fe, esa luz, ese amor a la Cruz, a la muerte! Esa luz divina, que nos hará siempre comprender con claridad que vale la pena clavarse en la Cruz, porque es entrar en la Vida, embriagarse en la Vida de Cristo. ¡La Cruz: allí está Cristo, y tú has de perderte en El! No habrá más dolores, no habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y excluirás: Abba, Pater!, ¡qué alegría encontrarte, Señor!

En esta mayoría de edad que es —paradoja de la vida cristiana— madurez en la filiación divina, el alma se abandona en Dios, como un niño pequeño en los brazos de su padre. Ve las cosas del mundo como son, en su verdadero valor, y no tiene otra preocupación que la de agradar al Señor. Sólo le importa Cristo, y Cristo crucificado, como a San Pablo: *por lo demás, que nadie me moleste en adelante, porque traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesús* ²³. ¿Qué más podía importarle?

Los que no le querían, decían que era pequeño de cuerpo, de lengua torpe, de ojos torcidos... ¡y él se sentía grande! Con aquellas llagas invisibles, se sentía alter Christus, ipse Christus. ¡Si, Pablo,

(22) Rom. VIII, 15;

(23) Gálat. VI, 17;

gran Pablo! ¡Gracias por esta doctrina que nos has dejado, porque el Espíritu Santo te la inspiró! ¡Tú eres Cristo! ¡Pablo, alégrate de que te queramos los cristianos, de que te agradezcamos este tesoro de doctrina!

Cuando se ha alcanzado esta identificación con Cristo en la Cruz, no por eso se ha acabado toda lucha, todo progreso. *No es que yo haya logrado*, advierte el mismo Apóstol, *ni llegado a la perfección, pero sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo que fui destinado por Jesucristo*²⁴. Será posible un nuevo avance *mientras dura el día; después, viene la noche, cuando nadie puede trabajar*²⁵. Sólo con la noche de la muerte se acaban los trabajos, y se abre el día del Señor, el Domingo eterno, la gloria del Cielo, para los que fueron fieles en la tierra. Allí será el gozo, la alegría, la visión de Dios; allí, la identificación suprema por la gloria con Cristo; allí, la posesión de la herencia de hijos de Dios. *Amadísimos: nosotros somos ya ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no aparece aún. Sabemos, sí, que cuando se manifieste claramente Jesucristo, seremos semejantes a El en la gloria, porque le veremos como El es*²⁶.

Que la Virgen María, Madre de Jesucristo y Madre nuestra, nos lleve por este camino de crecimiento en Cristo, de imitación plena de su Hijo amadísimo, de configuración perfecta con El, partícipes de su filiación divina.

(24) *Philp.* III, 12;

(25) *Joann.* IX, 4;

(26) *I Joann.* III, 2.

2. IDENTIFICARSE CON LA VIDA DE CRISTO

Que te identifiques con ese Cristo, que es Vida. Que seas Ipse Christus. Toda nuestra vida puede resumirse en un proceso continuo, que, partiendo de la conformación primera con Cristo por la gracia, nos hace cada vez más semejantes a El, y por eso más partícipes de la filiación divina, hasta llegar a la identificación suprema y definitiva por la gloria, en la casa del Cielo. Y este proceso, que es la esencia de la Vida sobrenatural, de la auténtica vida interior, culmina en la tierra como culminó la vida de Cristo: en la Cruz. Es un encuentro que suele hacerse poco a poco, como por un plano inclinado, casi sin darnos cuenta, pero que, al unirnos a Jesús Crucificado, nos santifica, nos hace corredentores, apostólicos, eficaces.

No elegimos nosotros este camino; fue el Señor quien nos dijo: *seguidme*¹, y como hicieron los Apóstoles —*continuo, relictis relictibus*²—, al instante, abandonamos todas las cosas y le seguimos. *Hijo mío, estás en la Obra porque El te ha llamado; y el mismo que te llamó, te da ahora los medios sobrenaturales y completos para que llegues a ser Ipse Christus. Y los medios sensibles, que podemos ver, que impiden el descamino, son nuestras Normas y nuestras Costumbres. Cúmpleslas, y llegará un momento en que podrás decir, sintiendo esa verdad en lo más íntimo de tu alma: no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí (Galat. II, 20).*

Esa transformación es obra exclusiva de la gracia, que funda-

(1) *Matth.* IV, 19;

(2) *Matth.* IV, 20;

mentalmente nos llega a través de los Sacramentos —*ex opere operato*, enseña la teología—, y, por tanto, de un modo continuado a través de la Eucaristía —la primera de nuestras Normas, centro de nuestra vida interior— y de la Penitencia. Por medio de los Sacramentos y —de otra manera— por el cumplimiento de las demás Normas y Costumbres que la voluntad de Dios ha señalado para nosotros, el Espíritu Santo va modelando en el alma la imagen de Cristo: *el Espíritu nos hace cristiformes mediante su fuerza santificadora*³.

Cumpliendo nuestras Normas y Costumbres con amor, facilitamos la acción del Espíritu Santo. Es tan profunda la entraña evangélica de la espiritualidad de la Obra de Dios, que nos hace recorrer el camino de Jesucristo en la tierra: mediante las Normas reproducimos en nosotros la vida del *Primogénito entre muchos hermanos*⁴. Son el modo práctico de cumplir aquel mandato de San Pablo: *habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo*⁵. Cada Norma es al mismo tiempo un acercamiento al Señor, un paso más en la identificación con El, y una manifestación de su vida en nosotros. *Hijos míos, la vida de Jesucristo se repite en la vida de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno, en la santificación, como en la vida externa.*

VIDA DE TRABAJO

Comenzamos la jornada con el ofrecimiento de obras, que es, cada mañana, como un nuevo nacimiento a la lucha, al combate divino. Como Cristo recién nacido en Belén, nos confiamos a la Virgen, a San José y a los Angeles; y hacemos lo único que puede hacer un niño: prometer, ofrecer todo cuanto somos y podemos: pensamientos, afectos, palabras y obras. Es una ofrenda de amor y de servicio, a ejemplo de Jesucristo *que nos amó y se ofreció por nosotros en oblación y hostia de olor suavísimo*⁶.

Jesús crecía en sabiduría, en edad y gracia delante de Dios y de los hombres⁷. Paso a paso, se reproduce en nuestra vida ese crecimiento del Señor en los largos años de vida oculta, cuando aprendía la ciencia de los hombres y trabajaba junto a José. En el estudio, en el trabajo, nos metemos con el corazón en Nazaret. Será una tarea

intensa, hecha con seriedad. Pondremos los medios para crecer también en la formación ascética y en la doctrinal religiosa, porque queremos conocer al Padre nuestro que está en los cielos; procuraremos formarnos profesional, humana y apostólicamente, porque deseamos que sean muchos los hijos que participen de la herencia divina.

Trabajo: treinta años pasó el Señor trabajando como un humilde artesano. Y el amor que ponía en su labor, el afán por servir, el esfuerzo, la responsabilidad de ayudar a San José para sacar adelante económicamente el hogar de Nazaret, revivirán en nuestra alma cuando nos enfrentemos con la labor profesional.

En el trabajo, y siempre, hemos de cuidar las cosas pequeñas, porque queremos hacer como Cristo, de quien pudieron decir: *bene omnia fecit*⁸ —todo lo hizo bien. Vivir los detalles porque, como nos dice el Padre, *delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides*⁹.

A los hijos, y más si son pequeños, no les exige su padre cosas excepcionales: les pide amor en los detalles. Por eso nosotros, que somos hijos de Dios, busquemos al Padre del cielo santificando el trabajo ordinario, haciendo *grandes, por el Amor, los pequeños servicios de cada día.*

Y porque al trabajar no hacemos sino ocuparnos en las cosas que miran al servicio de nuestro Padre Dios, en la vocación profesional imitaremos el mismo afán apostólico de Cristo, que pudo decir: *ignem veni mittere in terram*¹⁰. Incendiar el mundo con el fuego de la caridad quería el Señor, y es obligación de todo apóstol propagar el incendio: con la profesión antes escogida, o con cualquier otro trabajo que nos ocupe, procurando poner a Jesucristo en la cima de todas las actividades humanas.

VIDA DE ORACIÓN

Hijos míos, seguir a Cristo —venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum (Matth. IV, 19)— *es nuestra vocación. Y seguirle tan de cerca que vivamos con El como los primeros Discípulos: tan de cerca, que nos identifiquemos con El, que vivamos su vida.*

(3) San Cirilo de Alejandría, *Sermo Pasch.*

(4) Rom. VIII, 29;

(5) Philip. II, 5;

(6) Ephes. V, 21;

(7) Luc. II, 52;

(8) Marc. VII, 37;

(9) Camino, n. 860;

(10) Luc. XII, 49;

Mirad a Jesucristo, que es nuestro modelo. ¿Qué hace en las grandes ocasiones? ¿Qué nos dice de El el Santo Evangelio? Antes de iniciar su vida pública se retira cuarenta días con cuarenta noches (Matth. IV, 2) al desierto, para rezar. Después, cuando va a escoger definitivamente a los primeros Doce, cuenta San Lucas que pasó toda la noche haciendo oración a Dios (Luc. VI, 12). Y ante la tumba ya abierta de Lázaro, levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído (Ioann. XI, 41). ¿Y qué hace en la intimidad de la Última Cena, en la angustia de Getsemaní, en la soledad de la Cruz? Con los brazos extendidos habla también con el Padre.

La vida de Cristo es oración continua, diálogo con Dios Padre, que —en la vida nuestra— se renueva con la presencia de Dios, con las oraciones vocales y, sobre todo, con esos dos ratos diarios dedicados a la oración, a conversar exclusivamente con el Señor. Porque para nosotros la oración es eso: *ir a hablar con Jesús, que nos pregunta: ¿qué te pasa? —Me pasa... Y enseguida, luz. Diálogo continuo, constante: y cuando Cristo nos habla como a los primeros Doce, con parábolas —es decir, cuando quiere o permite algo que no entraba en nuestros cálculos— muchas veces no le entendemos, y hemos de decirle: Domine, edissere nobis parabolam (Matth. XIII, 36) —Señor, explícanos la parábola. Y viene luego toda la claridad, toda la inteligencia.*

Presencia de Dios, consideración de nuestra filiación divina. Normas de siempre: acciones de gracias: *Padre, gracias te doy porque me has oído*⁽¹¹⁾; jaculatorias: *Yo te glorifico, Padre. Señor del cielo y de la tierra*⁽¹²⁾; actos de acatamiento de la Voluntad divina: *no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú*⁽¹³⁾... Así como Jesús, el Hijo de Dios vivo, estaba contemplando continuamente al Padre, también el sentido de nuestra filiación divina nos lleva a buscar la presencia de Dios, que tiene como fruto la alegría constante, sobrenatural, que no es simplemente fisiológica, sino la *del que se sabe hijo de Dios, Ipse Christus*, y al saberlo y recordarlo se llena de gozo y paz.

Cumplido que fue el tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de una mujer⁽¹⁴⁾. Cristo es hijo de María, e hijos de la Virgen Santí-

simas nos sentimos todos en el Opus Dei. Por eso toda nuestra vida tiene un hondo sentido mariano, que se manifiesta en multitud de detalles de piedad y costumbres, que son como la reproducción de las conversaciones entre Madre e Hijo, en el hogar de Nazaret.

Si tú y yo, hemos de ser otros Cristos, Ipse Christus, necesitamos anonadarnos, abnegarnos, olvidarnos de nosotros mismos, in novitate sensus (Rom. XII, 2), teniendo una vida nueva, cambiando esta miseria nuestra por toda esa grandeza oculta de Dios, para ser con El corredentores. Con este espíritu acudimos a la mortificación, para que nuestro yo mengüe y la Vida de Cristo crezca. Y el amor que el Espíritu Santo ha infundido en nuestra alma, nos empuja a buscar la entrega con un ascetismo sonriente.

Procuraremos vivir la caridad, como Cristo, primero con Dios; después con los hombres, empezando por nuestros hermanos y por nuestras familias, porque la caridad debe ser bien ordenada. *Nada puede hacerte tan imitador de Cristo como la preocupación por los demás. Aunque ayunes, aunque duermas en el suelo, aunque —por así decir— te mates, si no te preocupas del prójimo, poca cosa hiciste, aún distas mucho de su imagen*⁽¹⁵⁾.

Nos guía el ejemplo constante de Cristo que, aun en la Cruz, no piensa en Sí, sino en los demás: en su Madre Bendita que se queda sola, en Juan, en aquel buen ladrón, en los mismos que le han crucificado... *Hijos míos, todos los conflictos se solucionan si, al llegar la noche, a la hora del examen, puedes decir de verdad: Jesús, de mí no me he ocupado, no he pensado en mí... ¡Cuántos disgustos y sufrimientos nos ahorraríamos! he pensado en los demás, por Ti. He pensado en tu amor y en tu gloria, he pensado en las almas. Y a los hijos míos —que son tantos— a los que les pasa esto, les digo: tú eres alma contemplativa, tú eres Ipse Christus.*

LA UNIÓN CON CRISTO EN EL SACRIFICIO DE LA MISA

Cristo está presente siempre, en toda nuestra vida de hijos de Dios en su Obra. El es la meta y el centro de todos nuestros afanes. Pero, ¿dónde encontramos a Cristo de un modo más pleno?, ¿dónde nos unimos con El de un modo más íntimo? En la Santa Misa, que *nos hace partícipes de los frutos de la pasión del Señor*⁽¹⁶⁾.

(11) Ioann. XI, 41;

(12) Matth. XI, 25;

(13) Marc. XIV, 35;

(14) Galat. IV, 4;

(15) San Juan Crisóstomo, In ep. I Cor. hom.;

(16) Santo Tomás, S. Th. III, q. 83, a. 1 c.

Su efecto propio y principal es producir la identificación con Cristo, con el Hijo de Dios; sólo por lo defectuoso de nuestras disposiciones, porque no nos acercamos a la Eucaristía suficientemente preparados, no alcanzamos de una vez, en su plenitud, los efectos de este Sacramento *con el que se perfecciona el hombre uniéndose a Cristo paciente*¹⁷, pues el Sacrificio de la Misa *no obra más que en quienes se asocian al sacramento por la fe y la caridad... y a cada uno aprovecha más o menos según su devoción*¹⁸.

Por eso, la filiación divina nos lleva no sólo a asistir sino a participar en la Santa Misa, uniéndonos íntimamente a la oblación de Cristo, ofreciéndolo a Dios Padre, ofreciéndonos también nosotros, cada día con mayor afecto, en todo lo que somos y valemos. Y aún más: así como Cristo ordenó toda su vida al Sacrificio supremo de la Cruz, nosotros hemos de orientar cada jornada al Sacrificio de la Misa, que se convierte de este modo en el centro de la vida interior. Todas las Normas de piedad de cada día, cuando inspiran dolor y penitencia, súplica, adoración y agradecimiento, fe viva y amor y esperanza, son como una preparación al ofrecimiento de Cristo Víctima, y de nosotros con El.

El deseo de identificarnos con Jesucristo y, por tanto, de participar cada vez más plenamente de su filiación divina, llena, pues, toda nuestra vida, y nos impulsa a buscar su presencia, el diálogo que da orden y sentido a las prácticas de piedad, al trabajo, al apostolado, al descanso... La vida contemplativa, en una palabra, es el resultado de eso: vivir en Cristo. Normae vitae: *hay en las Normas una continuidad perfecta: tienen relación una con otra: están perfectamente dispuestas. Pero, ¿sabéis cuál es el hilo que las une? La vocación contemplativa. Un hombre que trata de vivir esto, y que llegue a un momento en el que durante mucho tiempo, lo viva casi sin esfuerzo — aunque parezca que no haya lucha, la hay —; éste es hombre que vive la Vida de Dios; que puede decir aquello, que a mí tanto me gusta repetir: vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus (Galat. II, 20); no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí. Y ser Cristo es saberse hijo de Dios.*

(17) Santo Tomás, S. Th. III, q. 73, a. 3 ad 3.

(18) Santo Tomás, S. Th. III, q. 79, a. 7 ad 2.

3. PARTICIPAR EN LA MISIÓN DE CRISTO

Hijos míos, la vida de Jesucristo se repite en la vida de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno, en la santificación, como en la vida externa. La Vida sobrenatural que germinó en el alma con la gracia, que el Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones, robusteciéndose de continuo por ese respirar sobrenatural que son nuestras Normas, cincela en nosotros la imagen de Cristo, el semblante de los hijos de Dios: nos hace otros Cristos, Ipse Christus.

En esta tarea de identificación con Cristo hemos de poner todo nuestro empeño: *Cristo te ha dado el poder de ser como El según tus fuerzas. No te asustes de oír esto. Lo que debe espantarte es no ser como El*¹.

LA MISIÓN DEL CRISTIANO

¿A qué vino Jesucristo al mundo?, ¿por qué quiso encarnarse, tomar carne mortal como la nuestra? *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*². Jesucristo vino a incendiar el mundo con el fuego de su caridad, vino a redimir a los hombres: *cumplido que fue el tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de una mujer, y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban debajo de la Ley, y a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*³. Y nosotros, que somos

(1) San Juan Crisóstomo, In Matth. hom. 78, 4.

(2) Luc. XII, 49.

(3) Galat. III, 4-5.

otros Cristos, y por tanto hijos de Dios, también hemos sido enviados por especial mandato divino para propagar ese incendio, para corregir. Así como Tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo⁴.

Somos apóstoles, hombres con misión —sin llamarnos misioneros—, enviados de Dios, porque el Señor nos ha hecho participar de la misión de su Hijo, Primogénito entre muchos hermanos⁵, al darnos la facultad de poder ser como El, hijos suyos, de modo que todo cuanto hagamos en su nombre se atribuirá al mismo Cristo: *quien a vosotros recibe, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a Aquel que me ha enviado*⁶.

Procurar esa identificación con Cristo es la condición indispensable para poder desempeñar con eficacia sobrenatural nuestra misión. El mismo nos lo ha dicho: *permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está unido conmigo, y yo con él, éste da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer*⁷. Somos corredentores en la medida en que nos asemejamos a Cristo, en la medida en que participamos de la filiación divina.

Cuando se tiene un bien, cuando un alma es feliz, cuando siente esta alegría interior y posee esta dicha, procura dar ese bien y esa dicha a los demás. Por eso nosotros tenemos el deber imperativo de hacer proselitismo: el deber de transmitir este don divino, y de procurar que haya otras almas que sirvan al Señor en el Opus Dei. Un alma que está llena de Cristo, que siente dentro de sí el gozo de los hijos de Dios, arde en deseos de comunicar su felicidad a los que la rodean —*bonum est diffusivum sui*, el bien es de suyo difusivo—, siente ese celo por las almas que traía en prensa el corazón de Cristo⁸, que consumía a San Pablo cuando se encontraba aislado en Atenas⁹. Y ese amor a Dios y a los hombres, le ayuda a superar cualquier obstáculo para acercar a todos al calor de Cristo. Es, entonces,

su apostolado, como todo verdadero apostolado, una superabundancia de su vida *para adentro*¹⁰.

Por la misma razón, cuando el alma no siente ese celo, hay que pensar que la vida de Cristo en ella es débil, apagada, que está casi muerta. *El que no permanece en mí, será echado fuera, como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego*¹¹.

Cuando una persona no tiene celo proselitista, es que no le late el corazón, que ha muerto. Se le pueden aplicar aquellas palabras de la Escritura: *iam foetet, quatrduaginta est enim* (Joann. XI, 39) —*hiede, está muerto desde hace días. Esas almas, aunque estuviesen en Casa, estarían muertas, podridas, iam foetet*. Y yo, con cadáveres no voy a ningún lado: los cadáveres los entierro.

El Padre nos resume en pocas palabras la eficacia del alma que vive en la Obra la vida del Señor: *si somos otros Cristos, si nos comportamos como hijos de Dios, donde estemos quemaremos: Cristo abrasa*.

NOS INTERESAN TODAS LAS ALMAS

Nuestra vocación, esta llamada de Cristo, nos lleva a identificarnos con El, y El vino a la tierra porque omnes homines vult salvos fieri (I Tim. II, 4), para redimir a todo el mundo. No hay alma que no interese a Cristo. Cada una de ellas le ha costado el precio de su sangre (cfr. I Petr. I, 18-19). También a nosotros nos interesan todas las almas, queremos llegar a todo el mundo, y por eso, siguiendo el ejemplo del Señor, tratamos con mayor asiduidad a algunos que dan esperanzas de vocación, como hizo Cristo con los doce Apóstoles; y tenemos otro círculo más grande de amigos, como aquellos setenta y dos discípulos, a quienes procuramos también dar de algún modo nuestra formación; y por último, tratamos a todas las almas, sin dejar una sola, que el Señor pone en nuestro camino. Lo nuestro es no dejar que se pierda para el apostolado y, en lo posible para la vocación, ningún alma que se nos acerque. Haciendo apostólicas —con doctrina y con amor— a todas las personas que tratamos: llegará a todas partes el influjo de nuestro apostolado.

Para llegar a tanta gente, queremos actuar como una porción de levadura divina. En comparación con la multitud de las gentes,

(4) Joann. XVII, 18;
(5) Rom. VIII, 29;
(6) Matth. X, 40;
(7) Joann. XV, 4-5;
(8) Cfr. Luc. XII, 50;
(9) Cfr. Act. XVII, 16;

(10) Cfr. Camino, n. 961;
(11) Joann. XV, 6;

aunque seamos miles, somos pocos; por eso nos hemos de ver como una pequeña levadura que está preparada y dispuesta para hacer el bien a todos los hombres, a toda la masa, no olvidando aquello que dice el Apóstol: *modicum fermentum totam massam corrumpit* (1 Cor. V, 6). Tenemos que ser ese fermento, esa levadura, y saber modificar y mejorar la masa.

Fermento, sal y luz fue Jesucristo entre los judíos, y levadura, sal y luz fueron sus discípulos, que supieron transformar todo el mundo, aunque, para eso, empezaron por los más cercanos, por atraer a las almas más próximas. También nosotros: lo más importante son nuestros hermanos: *la primera manifestación de proselitismo es que os ayudéis entre vosotros a perseverar y a ser santos*. Y lo mismo en el apostolado: primero nuestras familias, los compañeros... Entre los Apóstoles que seguían a Cristo, estaban Santiago el Menor, Simón y Judas, hijos de Alfeo, parientes del Señor. Y Andrés, después de corresponder a la llamada de Jesús, *el primero a quien halló fue a Simón, su hermano*⁽¹²⁾. Y después viene Felipe, *que era de Betsaida, la patria de Andrés y de Pedro*⁽¹³⁾. El apostolado con los parientes es un precepto que exige claramente el orden de la caridad.

APOSTOLADO DE LA DOCTRINA Y DEL EJEMPLO

El Señor vino a enseñar. Todos nos acordamos del preámbulo de San Lucas a los Hechos de los Apóstoles: he hablado en mi primer libro, ¡oh Teófilo!, de todo lo que Jesús hizo y enseñó (Act. I, 1). Jesús vino a enseñar, pero haciendo; vino a enseñar, a adoctrinarnos, pero siendo modelo; siendo a la vez con su conducta el maestro y el texto. Nuestro apostolado, porque es el apostolado de Cristo, el de los hijos de Dios, se resume en dar doctrina; y entre todos los medios que ponemos, contamos especialmente con el ejemplo, con las obras, con ese *bonus odor Christi*⁽¹⁴⁾ del cristiano que procura vivir las enseñanzas del Señor.

¿Vosotros y yo, pregunta el Padre, estamos decididos a vivir una vida que sirva a los demás de modelo y de enseñanza? ¿Estamos decididos a ser otros Cristos, a comportarnos como hijos de Dios? No basta decirlo con la boca, hay que afirmarlo con hechos...

(12) Joann. I, 41;

(13) Joann. I, 43;

(14) II Cor. II, 15;

Vamos a ver: ¿tú estás contento de cómo te has comportado hasta ahora? ¿Tú, que eres otro Cristo, que eres hijo de Dios, mereces que se diga de ti que has venido facere et docere (Act. I, 1), a comportarte de modo que puedas enseñar a hacer las cosas buenas, nobles, las cosas de la Redención?

Necesitamos vivir el apostolado del ejemplo, que abre las puertas a cualquier otro apostolado, porque así lo exige la naturaleza de nuestra entrega. Vivimos en medio del mundo, tomamos ocasión de él para santificarnos, no nos apartamos de la gente; es, pues, natural que tengamos especial obligación de dar ejemplo, de ser luz, sal, fuego, modelo.

Pero, ¿cómo dar ejemplo?, ¿cómo ser testimonio de Cristo?... ¿Acaso con algo que llame la atención, extraordinario, que pase de lo corriente, que deslumbré, que ciegue? ¿Tú crees que ése es el camino propio de los hijos de Dios en su Opus Dei? ¿Acaso la lección de Jesucristo no es que debemos pasar entre los demás de nuestra condición social, de nuestra profesión, como uno de tantos, desconocidos?

No desconocido por tu nombre, ni por tu trabajo. No desconocido porque no destagues por tu talento; sino desconocido porque no hay necesidad de que sepan que tú eres alma dedicada al servicio de Dios, empeñada en imitar a Jesucristo; que tú eres sal de la tierra, otro Cristo. Que lo experimenten: que se sientan limpios, nobles, fuertes en su conducta; pero que tú pases inadvertido, como Cristo en Nazaret. Yo he podido ver en estos años, tantas veces, la manera de vivir de mis hijos. ¡Qué bien lo han sabido hacer! Donde ellos están hay paz, hay unción, hay alegría; y los que viven con ellos apenas se dan cuenta. Sólo cuando pasa el tiempo y vuestro hermano ya no está allí, dicen: ¡ah!, ¿qué tenía aquél? Pero mientras están juntos, pasan inadvertidos.

De este modo discreto de actuar, que a veces lleva a que ni siquiera el mismo interesado se dé cuenta de los beneficios que recibe, nos da ejemplo Jesucristo también en su vida pública; pública no porque se diese en cada instante a grandes manifestaciones —aunque no las rehuía cuando lo exigió su misión—, sino porque se dirigió personalmente a las almas. A aquel ciego a quien devuelve la vista, le invita: *a nadie se lo digas*⁽¹⁵⁾; después, cuando le dicen *sal de aquí y vete*

(15) Marc. VIII, 26;

a Judea, para que también aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces: puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido.... Jesús les responde: mi tiempo no ha llegado todavía¹⁶. Y luego, se puso en camino *non manifeste, sed quasi in occulto*¹⁷, no con publicidad, sino ocultamente.

APOSTOLADO DE AMISTAD Y DE CONFIDENCIA

El apostolado del ejemplo se completa y afianza con el apostolado de la amistad y de la confianza. Porque las almas, que sienten el calor de nuestra Vida en Cristo, que presienten así la alegría de los hijos de Dios, acuden en busca de luz. Y viene esa *discreta indiscreción*¹⁸, que abre horizontes de entrega. Ocurre algo parecido a la escena que vivió Jesús con los dos discípulos que marchaban a Emaús. *Toda la Vida de Cristo es un modelo divino que debemos imitar, pero lo que nos cuenta el evangelista de la escena de Emaús nos pertenece muy especialmente*. Abren el corazón los dos discípulos y el Señor les conforta, da luz a sus ojos ciegos y los recupera para el apostolado. «*Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?*» —¿Acaso nuestro corazón no ardía dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino?

*Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida*¹⁹.

Ser otros Cristos, y por eso hijos de Dios. Entonces, tendrás esa superabundancia, que se traducirá en paz y alegría, para que las des a los demás; y arrastrarás a las gentes y harás verdaderos milagros. Por eso, en medio de la actividad más intensa, hemos de recogernos en Dios, considerar esa filiación divina que es el motor de nuestra acción, sentir esa vida de Cristo en nuestra alma, que nos impulse a trabajar con renovado ardor. ¿No os dais cuenta de que alguna vez el Señor parece que se quiere apartar del mundo, con los suyos? Como hacemos nosotros, en la vida de familia, con los Cursos anuales, con los retiros..., buscando esos benditos refugios que hay en la Obra. Con esos medios tratamos más al Señor, y

tenemos luego más fortaleza para lanzarnos en medio de la muchedumbre.

Procediendo de este modo, viviendo de verdad en nosotros esa realidad de nuestra identificación con Cristo, de nuestra filiación divina, los frutos no tardarán en llegar. *En el Opus Dei, al buscar cada uno la santidad en su propio estado y en el ejercicio de su propia profesión, con nuestra vida ordinaria, me atrevo a decir que el Señor nos ha dado el don de hacer milagros, y de los grandes. Damos luz a los ciegos... ¿Quién no podría contar mil casos? De cómo un ciego casi de nacimiento, recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo. Y otro era sordo, y otro mudo, que no podía hablar una palabra como hijo de Dios... Y se ha purificado su lengua, y habla ya como hombre, no como bestia. In nomine Iesu (Act. III, 6) hemos dado la facultad de hablar al mudo. Y aquel lisiado, incapaz de una obra buena, y aquel otro poltrón, que veía las cosas pero no las hacía... Les habéis dicho: surge et ambula! (Matth. IX, 5). Y el otro, muerto, podrido, ¡podrido!, que olía ya a cadáver, ha oído como en el milagro del hijo de la viuda de Naím: adolescens, tibi dico, surge! (Luc. VII, 14).*

Hijo mío: milagros como Cristo, milagros como los primeros cristianos. Los harás, si eres alter Christus, más: Ipse Christus; si sabes vivir esa identificación plena con el Señor, que es la vida contemplativa.

Os he hablado en parábolas, como habla el Señor en el Evangelio. Pero lo que no es parábola es que tú eres Ipse Christus y yo también.

La Virgen Santísima, Madre de Dios, corredentora, nos ayudará a saber vivir la vida de su Hijo, a comportarnos como hijos de Dios, a corregirnos con Jesucristo. ¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —«fiat»— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de la gloria. —¡Bendita seas!²⁰.

(20) Camino, n. 512.

(16) Joann. VII, 3-6;

(17) Ibid., 30;

(18) Camino, n. 973;

(19) Camino, n. 917;

4. EL DIALOGO DIVINO

La vida junto a Jesús era para los Apóstoles ocasión de un trato natural y continuo con el mismo Hijo de Dios. Cuando supieron por revelación que Jesús era *el Cristo, el Hijo de Dios vivo*⁽¹⁾, nada se modificó en el trato familiar que tenían con el Señor. La continua presencia de Jesús y su actitud con ellos les enseñaban de un modo práctico que el Amor había salvado todas las distancias. Era El, Dios mismo, quien dirigiéndose amorosamente a cada uno les había invitado a seguirle; y en aquella divina convivencia, era muchas veces el mismo Jesús quien iniciaba el diálogo con una pregunta, con una exclamación o un comentario. Los Apóstoles trataban al Señor con toda sencillez, como a un amigo: *a vosotros os he llamado amigos*⁽²⁾; o más aún, como a un Padre, porque Jesús les hablaba como a hijos: *hijitos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros*⁽³⁾. La veneración que sentían por Jesús en nada dificultaba el carácter íntimo y confiado de su amistad filial.

EL TRATO DE LOS APÓSTOLES CON JESÚS

El mismo Dios estaba allí junto a ellos, tratándoles de tú a tú, de persona a persona, en el más divino y normal de los diálogos humanos. De ese trato de los hombres con Dios nos conserva el Evangelio frases comunes, preguntas directas y sencillas, exclamaciones de admiración y sorpresa, de indignación, de gozo: *Maestro, mira qué*

piedras y qué fábrica tan asombrosa⁽⁴⁾. Frases corrientes que unas veces se refieren a hechos nimios e intrascendentes, y otras veces a las aspiraciones más hondas que las palabras de Jesús provocaban en el alma de los suyos; como cuando preguntó a Pedro:

—*Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?*...

—*Sí, Señor, tú sabes que te amo*⁽⁵⁾.

Dos veces más repitió Jesús la pregunta directa, precisa, y otras tantas respondió Pedro, hablando a Dios de tú. Y luego, viendo a Juan cerca de ellos, Pedro tomó la iniciativa:

—*Señor, ¿qué será de éste?*⁽⁶⁾.

Es el diálogo asombrosamente sencillo que encontramos a lo largo del Evangelio:

—*Ya sabéis adónde voy y subéis asimismo el camino.*

Dicele Tomás:

—*Señor, no sabemos adónde vas; pues, ¿cómo podemos saber el camino?*

Respóndele Jesús:

—*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubieseis conocido a mí, hubierais, sin duda, conocido también a mi Padre; pero le conoceréis luego y ya le habéis visto.*

Dicele Felipe:

—*Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta.*

Jesús le responde:

—*Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre*⁽⁷⁾.

Todo el trato de Jesús con sus discípulos tiene ese mismo tono. No surgía sólo en momentos de especial trascendencia. El diálogo era continuo, y se establecía con ocasión de los sucesos más ordinarios; el trabajo, el descanso, el camino, las vacilaciones. La presencia continua de Jesús era una constante invitación. Y aquella franqueza, aquella maravillosa espontaneidad de los discípulos, permitiría frecuentemente al Señor corregirles, enseñarles, darles criterio, hacerles rectificar, ayudarles.

(1) *Matth.* XVI, 15;

(2) *Joann.* XV, 15;

(3) *Joann.* XIII, 33;

(4) *Marc.* XIII, 1;

(5) *Joann.* XXI, 15;

(6) *Joann.* XXI, 21;

(7) *Joann.* XIV, 4-9;

—¿Quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?

Pero Jesús, vuelto a ellos, les reprendió diciendo:

—No sabéis a qué espíritu pertenecéis⁸.

Los discípulos escuchaban con humildad, consultaban cuando no entendían, y cada vez amaban más al Señor, que era su Maestro, su Amigo, su Padre. Estaban todo el día en oración, pero ni siquiera se habían dado cuenta. Y un día, uno de los discípulos dijo al Señor:

—Señor, enséñanos a orar, como enseñó también Juan a sus discípulos.

Y Jesús les respondió:

—Cuando os pongáis a orar, habéis de decir: Padre, sea santificado tu nombre⁹.

El Señor les enseña que deben hacer oración del mismo modo como hablaban con Él, con sencillez filial, con aquel coloquio natural y confiado. Ya Él les había dado ejemplo tantas veces, y las relaciones de Jesús con el Padre tenían también un carácter de diálogo íntimo, de confianza amorosa. Ante lo bueno y ante lo malo, para pedir o para dar gracias, para todo levantaba Jesús el corazón a su Padre de los cielos. El diálogo interior, contemplativo, de Cristo era ininterrumpido; sin embargo, muchas veces había querido manifestarlo exteriormente, delante de los suyos, para que tomaran ejemplo o para fortalecer su fe: ¡oh Padre!, gracias te doy porque me has oído. Bien es verdad que yo ya sabía que siempre me oyes; mas lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de mí¹⁰. Esa palabra, esa invocación amorosa y espontánea —¡Padre!— estaba constantemente en labios del Señor; con ella empezaba sus acciones de gracias, sus peticiones, sus alabanzas, sus deseos. El Señor mandaba a los suyos orar constantemente, y les daba el modelo sencillo de esa oración continua.

BUSCAR EL TRATO CON DIOS

Nuestro trato habitual con Dios no debe diferir del que tenían los Apóstoles con Jesús. Dios está en todas partes, la Santísima Trinidad inhabita en nuestras almas por la gracia; nosotros vivimos en Cristo como miembros de su Cuerpo... Y como si todo eso no bastara,

(8) Luc. IX, 54-55;

(9) Luc. XI, 1-2;

(10) Joann. XI, 41-42;

se ha querido quedar entre nosotros, en la Eucaristía, bajo la especie humilde de pan. Cuando te acercas al Sagrario piensa que ¡El... te espera desde hace veinte siglos¹¹!

Todo alrededor nuestro y dentro de nosotros está gritándonos esa presencia, esa cercanía, esa inmediatez de Dios que invita al diálogo continuo. Vosotros sois templos de Dios vivo, según aquello que dice el mismo Dios: habitaré dentro de ellos y en medio de ellos andaré y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo¹². No es preciso ir lejos, ni moverse siquiera, para buscar a Dios. Basta mirarle, enderezar a Él nuestro corazón. Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo¹³, esperando una palabra nuestra, una sonrisa, un gesto de amor, un poco de conversación. Muchas veces —siempre— nuestro Dios provoca el diálogo, con mociones interiores, con acontecimientos, de mil modos distintos; a veces, dirigiéndonos este amoroso reproche: les he hablado y no me han oído, les he llamado y no me han respondido¹⁴.

El hombre tiende, por naturaleza, al diálogo, al trato, a la comunicación. Es una necesidad, y cuando no se establece esa conversación con alguien, se entabla con uno mismo: se recuerdan problemas, impresiones de la jornada, preocupaciones, deseos, temores, dudas... En la verdadera vida interior, la conversación se inicia y se mantiene con Dios, en un trato continuo, espiritual y profundo, y al mismo tiempo generoso y abierto. Al dirigirse habitualmente a Dios, en una conversación interior, las almas dejan de ser egocéntricas, para hacerse teocéntricas, a la vez que adquieren profundidad, ponderación, serenidad. Ese trato continuo fortalece la amistad divina, enciende el amor, ayuda al conocimiento de Dios y de uno mismo, endereza la intención, hace el juicio más objetivo, impulsa las obras, mejora la caridad.

El amor de Dios es un amor de amistad. Y esa amistad se afirma como todas las amistades de la tierra, con el trato; y se manifiesta también como todas las amistades, con la convivencia, con la conversación. El primer presupuesto para ese trato es la fe, creer que Dios está realmente junto a nosotros, y que está realmente interesado por nosotros, atento a nuestro pensamiento, a nuestro afecto, a nuestra palabra, a nuestras obras. Un hombre de Dios nunca está solo. No tiene mo-

(11) Cantico, n. 537.

(12) II Cor. VI, 16;

(13) Cantico, n. 267;

(14) Jerem. XXXV, 17;

tivos para aburrirse. Está siempre en la presencia de quien ama. El Señor nos espera en todo momento, se interesa por todo lo que nos ocurre. Dios está junto a nosotros, con un cuidado paterno y materno, dispuesto a escuchar nuestras palabras, correspondiendo eternamente a nuestro amor. Vela por nosotros, y quiere que acudamos a El con confianza, pidiéndole ayuda, sabiendo que no dejará nunca de escucharnos.

Fe, amor, confianza, generosidad, rectitud de intención, recogimiento... son condiciones para poder entablar un diálogo continuo con el Señor, que al principio quizá se hace con muchas palabras; y pasado el tiempo, cada vez con menos; hasta llegar al Cielo, donde el coloquio se hará eterno con una sola palabra —en mutua y eterna correspondencia— que lo dirá todo.

Mientras estamos en la tierra, y vamos aprendiendo a tener vida interior, es necesario comenzar y recomenzar ese trato muchas veces, con espontaneidad y sencillez, como ocurre en todas las conversaciones amistosas de las gentes. Nuestro Padre nos lo describe así: *es el diálogo eterno, el que han tenido todas las personas que se amaron en la tierra. Dios tiene derecho a decirnos: ¿piensas en mí? ¿Tienes presencia mía? ¿Me tienes presente? ¿Me buscas como apoyo tuyo? ¿Me buscas como luz de tu vida, como fortaleza, como coraza, como todo? En las horas que la gente de la tierra dice buenas: ¡Señor! En las horas que llama malas: ¡Señor! Y viene la paz, y el diálogo afectuoso, de amor.*

En los pueblos cristianos ha quedado, como herencia de tiempos de fe muy viva, la costumbre de invocar en todo momento a Dios, tomando ocasión de los sucesos más intrascendentes. ¡Dios mío!, ¡Señor!, ¡Jesús!... son expresiones que se oyen mezcladas en la conversación. Sólo que en no pocos casos han perdido completamente su sentido originario; y es ese sentido el que debe rebrotar en el alma cristiana, como un movimiento interior casi instintivo, que mantenga el diálogo escondido con Dios.

LA ORACIÓN. DIÁLOGO CON DIOS

Todas nuestras Normas tienen la misión, de llevarnos a mantener ese diálogo amoroso con el Señor, a tender un puente, a abrir un cauce de flujo y reflujo de amor, de coloquio, que lleve a Dios el corazón y la mente. Pero de un modo particular se realiza en la oración mental, en la meditación, en los ratos que dedicamos cada día de modo

exclusivo a hablar calladamente con nuestro Padre Dios, en el retiro del corazón. Por eso es en la oración, sobre todo, donde hay que cuidar de que realmente se establezca ese diálogo. *Me has escrito: «orar es hablar con Dios. Pero ¿de qué?». —¿De qué? De El, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!; y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerte: «¡tratarse!»¹⁵.*

Tan esencial es el diálogo en la oración, que prácticamente lo es todo; por eso ha podido escribir nuestro Padre: *¿Que no sabes orar? —Ponte en la presencia de Dios, y en cuanto comiences a decir: «Señor, ¿que no sé hacer oración!...», está seguro de que has empezado a hacerla»¹⁶.* De ese encuentro inicial depende en buena parte el curso mismo de la oración: lleva a la paz, hace olvidar dificultades, y determina completamente la actitud interior del alma. Solemos empezar diciendo: *Señor mío y Dios mío, creo firmemente que estás aquí, que me ves, que me oyes...* Y de ahí, de esa fe, de esa convicción, de ese encuentro personal con Dios brota la oración *en cauce manso y ancho*¹⁷. Así nos lo ha enseñado el Padre: *¡cuántas tonterías, cuántas contrariedades que desaparecen inmediatamente, si nos acercamos a Dios en la oración! Ir a hablar con Jesús, que nos pregunta: ¿qué te pasa? —Me pasa..., y enseguida, luz.*

De que la oración no sea nunca monólogo —simple consideración intelectual—, de que sea efectivamente ese encuentro con el Señor, depende en buena parte el resto del día. *Oportet semper orare et non deficere*¹⁸, conviene orar siempre y no desfallecer. Todas nuestras Normas nos irán llevando a esa oración continua: *oración que sin darte cuenta, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, irás haciendo: actos de amor, actos de desagravio, con el corazón, con la boca, con las pequeñas mortificaciones.* Las Normas diarias y las de siempre son llamadas concretas a esa conversación con el Señor, un diálogo vivo, personal, tenso, que brote del corazón con un ritmo y un tono siempre nuevos, siempre con espontaneidad, con la amable sorpresa del encuentro.

Las Normas exigen ese trato, y al mismo tiempo van dejando en el alma una actitud abierta y dirigida a Dios, como un instinto, una

(15) Camino, n. 91.

(16) Camino, n. 90.

(17) Camino, n. 145.

(18) Luc. XVII, 1.

costumbre de referir todo al Señor, que está a nuestro lado, siempre dispuesto a escucharnos, siempre hablándonos con motivo de todo. Y así, en nuestro trabajo, en las relaciones sociales, en el apostolado, en los ratos de esparcimiento, al ir por un pasillo o al cruzar la calle. Yo quiero —nos ha dicho el Padre— *que toda nuestra vida sea oración: ante lo agradable y lo desagradable, ante el consuelo... y ante el desconsuelo de perder una vida querida. Ante todo, enseguida, la charla con tu Padre Dios, buscando a tu Dios en el centro de tu alma.*

No hay actividad tan absorbente ni circunstancia tan material que lo haga imposible. Basta una palabra, una invocación, una mirada, una sonrisa, con la delicadeza de quien sabe que no está solo. Y todo eso junto, hecho de modo habitual, instintivo, constante, espontáneo, es contemplación, es vida de oración continua, de oración en su sentido más estricto; porque, si bien todo lo que se haga por Dios es orar, esa conversación íntima es lo que más propiamente suele llamarse oración. Además ese diálogo, ese encuentro, si por un lado requiere la rectitud de intención y de vida, por otro ayuda a rectificar la intención, a enderezar realmente al Señor todo cuanto hacemos.

Al principio cuesta un poco más, se requiere mayor esfuerzo, hay que usar industrias humanas, recordatorios...; luego sale más espontáneamente y de modo más continuo, pero siempre es preciso procurar el diálogo, quererlo, buscarlo, con ocasión de cualquier cosa. *Somos almas contemplativas. Lo vivo ya, y lo tenéis que vivir vosotros*, nos dice el Padre: *en todo momento, un diálogo con el Señor. ¿Un ejemplo? Clarísimo: tú te coges un dedo en la puerta. Una exclamación, y después: ¡Señor! Esto no es nada. Yo merecería estar, quizá, en el infierno. Te ofrezco esto...*

Nuestra Madre Santa María y nuestro Padre y Señor San José saben mucho de ese diálogo familiar, sencillo y constante con Jesús: ¡convivieron tan íntimamente con Jesucristo durante tantos años! Hemos de pedirles que nos enseñen a tratarle, a encontrarle en las mil circunstancias ordinarias de nuestra vida, a decirle algo amable y delicado, a mantener siempre con Él ese coloquio que enamora al alma, que limpia, que substrahe de la atmósfera agobiante del yo, que nos abre el camino hacia la unión con Dios.

5. COSAS PEQUEÑAS

Esta ley que hoy te impongo no es difícil para ti, ni es cosa que esté lejos de ti. No está en los cielos para que puedas decir: ¿quién puede subir por nosotros a los cielos, para cogerla y dárnosla a conocer y que así la cumplamos? No está al otro lado de los mares para que puedas decir: ¿quién pasará por nosotros al otro lado de los mares, para cogerla y dárnosla a conocer para que así la cumplamos? La tienes enteramente cerca de tí¹. Muy cerca, en ese pequeño mundo en que se vive, en la tarea que se realiza; cerquísima, a la mano, está la regla de nuestra santidad.

Si no lo supiéramos ya, nos pasmaríamos, como nos asombró dirlo por vez primera. Porque al mirar a nuestro alrededor, al tratar de ver en qué consiste esa santidad que se nos pide, y que tenemos a nuestro alcance, encontraremos sólo pequeñas cosas. El conjunto de nuestra vida lo forman unas Normas y Costumbres determinadas, una labor apostólica concreta y un trabajo corriente, bien individualizado; y además, para todo eso disponemos de un tiempo que va transcurriendo gota a gota, minuto a minuto. Todo, aun lo más grande, se reduce a la suma de muchos pocos. *Tú, alma entregada a Dios, a Jesucristo, ¿qué haces?... ¿Amas con obras, con esas obras pequeñas? Porque, con obras grandes, pocas veces podrás servirle. Porque cosas grandes, de ordinario se presentan sólo en la imaginación.*

(1) Deut. XXX, 11-14.

Para que haya virtud hay que atender a dos cosas: a lo que se hace y al modo de hacerlo². Para agradar a Dios es preciso hacer las cosas con perfección. Para ser santos es menester identificarse con Jesucristo, que *todo lo hizo bien*³. No basta que lo que se haga sea bueno —rezar, trabajar, hacer apostolado—; se requiere también que esté perfectamente cumplido, pulido en todos los detalles, porque así se manifiesta el amor a Nuestro Señor.

Una Norma, un trabajo cualquiera bien realizado, agrada a Dios, santifica. No debe hacerse de mala manera, con descuido, porque *para que sea aceptable, la víctima ha de ser sin defecto... No ofreceréis nada defectuoso, pues no sería aceptable*⁴. Hemos de presentar a Dios —porque le amamos— un trabajo fino, una obra perfecta. Si nuestras obras fuesen desmañadas, defectuosas, serían señal de languidez en la vida espiritual, y merecerían el reproche dirigido a la Iglesia de Sardis: *conozco tus obras y que tienes nombre de viviente y estás muerto. Sé vigilante y consolida lo que falta, que está para morir. Porque yo no hallo tus obras cabales en presencia de mi Dios*⁵. Tendríamos que salir enseguida de ese estado, sería urgente la reacción y habríamos de persuadirnos nuevamente de la necesidad de estar en los detalles, tal como se nos enseñó desde el comienzo: *ten en la memoria lo que has recibido y aprendido, y obsérvalo y arrepiéntete*⁶.

Obras cabales. ¿Y cómo terminarlas bien? Es cuestión siempre de detalle; porque detalle es la cincelada, la pincelada, el retoque final que hace, de un buen trabajo, una obra maestra. El Padre, comentando la parábola de las diez vírgenes, nos ha hecho ver cómo las prudentes saben aprovechar el tiempo. *Discretamente previenen el aceite, y cuando dicen: ¡eh, que es la hora!, exite obviam ei* (Matth. XXV, 6), *avivan sus lámparas y salen con alegría a recibir al esposo*.

¿Y las fatuas? Ya ponen, en aquel momento, el empeño que pueden: *van a comprar aceite; pero lo hicieron tarde y, mientras iban, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos!* (Matth. XXV, 10-11). No

(2) Santo Tomás, Quodl. IV, a. 19.

(3) Marc. VII, 37.

(4) Levit. XII, 19-20.

(5) Apoc. III, 1-2.

(6) Apoc. III, 3.

es que no hayan hecho nada; han intentado algo..., pero han de oír la voz que les dice: *nescio vos* (Matth. XXV, 12), *no os conozco. No tuvieron tiempo de estar dispuestas, de tomar la razonable precaución de adquirir el aceite*.

Hijos míos, a veces tampoco se tiene tiempo, porque se descuida la oración, porque no se prepara bien... Tienes tú que ir pensando: ¿por qué en ocasiones me acuesto y me levanto fuera de hora? ¿por qué atropello el trabajo que me encomiendan? ¿por qué lo abandono después de haberlo recibido con entusiasmo? ¿por qué tanta omisión? ¿por qué tanto desorden?... Son pequeñeces, pero todo eso es el aceite.

Las cosas pequeñas son tantas y tan constantes que su cumplimiento fiel es heroico; requiere atención, sacrificio, generosidad, amor. Un pequeño detalle aislado puede no tener importancia: *lo que es pequeño, pequeño es; pero el que es fiel en lo pequeño, ése es grande*⁷. La constancia en el amor, en las cosas pequeñas, es santidad; y esta santidad es la que tratamos de vivir.

Santidad heroica. Es una exigencia de la llamada que hemos recibido. Hemos de ser santos de veras, auténticos, canonizables; si no, hemos fracasado. Santidad auténtica, sin paliativos, sin eufemismos, que llega hasta las últimas consecuencias: sin medianías, en plenitud de vocación vivida de lleno. De modo que hemos de poner un cuidado extremado hasta en las cosas más pequeñas, porque precisamente a nuestra santificación se llega santificando el trabajo de cada día. La santidad que nos pide la Obra no consiste en hacer cosas cada día más difíciles, sino en hacerlas cada vez con más amor.

Viene bien recordar la historia de aquel personaje imaginado por un escritor francés, que pretendía cazar leones en los pasillos de su casa y, naturalmente, no los encontraba. Nuestra vida es común y corriente: pretender servir al Señor con cosas grandes sería como intentar ir a la caza de leones en los pasillos. Igual que el cazador del cuento, acabaríamos con las manos vacías: las cosas grandes, de ordinario, se presentan sólo en la imaginación, rara vez en la realidad.

En cambio, a lo largo de la vida, si nos mueve el Amor, cuánto detalle encontraremos que se puede cuidar, cuánta ocasión de hacer

(7) San Agustín, De doct. christ. 14, 35.

un pequeño servicio, cuánta contradicción —sin importancia— sabremos valorar. Pequeñas cosas que cuestan y que se ofrecen por un motivo concreto: la Iglesia, el Papa, tus hermanos, todas las almas⁸.

DONDE VIVIR LAS COSAS PEQUEÑAS

La vida es ordinariamente un conjunto de pequeñas cosas, en las que Dios Nuestro Padre nos da la ocasión de ejercitarnos en todas las virtudes, de practicar la caridad, la fortaleza, la justicia, la sinceridad, la templanza, la pobreza, la humildad, la obediencia...⁹. Ejercitamos la caridad, que es cariño, en los pequeños servicios que prestamos cada día, con una sonrisa, sin que se den cuenta; o escuchando con interés lo que nos dicen nuestros amigos y compañeros de trabajo, quizá en un momento de cansancio... El cuidado de las cosas materiales, haciéndolas durar; reparar pronto los desperfectos; no crearse necesidades, prescindir de alguna cosa a la que nos hemos apegado..., todo esto son pequeñas pero importantes manifestaciones del desprendimiento cristiano. Las mortificaciones en la comida nos permiten vivir la templanza, sin espectáculo. La fidelidad a las cosas pequeñas en el trabajo nos hace poner el remate a la tarea comenzada. Y la obediencia pronta y alegre —*¡Jesús, que haga buena cara!*¹⁰—, el dar cuenta del encargo cumplido, la actitud permanente de disponibilidad, son también cosas pequeñas.

Las cosas pequeñas, al vivir nuestras Normas y Costumbres, ponen la sal que preserva de la posible rutina. Lo mismo que nos han enseñado a abrir el corazón, para contar algunas cosas quizá insignificantes, pero que pueden hacerse grandes.

En suma, cosas pequeñas en todo lo que hacemos, también en la vida de piedad, ya más personal y más íntima: pequeñas invenciones de amor. Y es que el horizonte interior se dilata y se enriquece cuando entra en juego la vida de infancia, que está hecha de esos detalles. *Yo he visto tantas veces un pequeñín que va con su madre al campo y coge una florecita y otra, y otra... Recoge flores, que nos han pasado inadvertidas a ti y a mí.* Esas flores pequeñas serán en nuestra vida las jaculatorias, para decir muchas veces al Señor o a la Virgen que le queremos

más que nadie; hacemos muy chicos en su presencia; multiplicar los detalles de amor. Un mundo interior rico, lleno de niñadas: *pequeñas obras de maravilla delante de Dios*¹¹.

También la mortificación está hecha de detalles aparentemente insignificantes. *Yo no comprendo* —asegura el Padre— *un alma santa sin mortificación. Y la mortificación hay que buscarla en las cosas pequeñas y ordinarias, en el trabajo intenso, constante y ordenado. Cosas pequeñas que no te hacen perder la salud, pero que te mantienen encendido. Mortificación en las comidas. Minutos heroicos a lo largo del día. Puntualidad. Orden. Guarda de la vista por la calle, con naturalidad. Docenas y docenas de detalles y ocasiones bien aprovechadas. Y una mortificación muy interesante: la mortificación interior: para que nuestras conversaciones no giren en torno a nosotros mismos, para que la sonrisa reciba siempre los detalles molestos, para hacer la vida agradable a quienes nos rodean. ¡Amor, hijo mío! ¡Amor sacrificado!*

Además, junto a las pequeñas mortificaciones que lleva consigo la fidelidad a nuestras Normas y Costumbres y a los deberes de la caridad, cada día trae nuevas y pequeñas exigencias de amor de Dios. Acaso cuestan, pero hay que ofrecerlas con alegría. *Tú has visto a ese niño a quien su padre pide un poco del caramelo que está comiendo. Al principio se resiste. Luego le da el caramelo y, ante la sonrisa de su padre, se mete la mano en el bolsillo y le da todo lo que venía guardando: unas piedrecitas redondas y brillantes, un carrete de hilo sin hilo, una taba... Y su padre le abraza entusiasmado. Nosotros, pocas cosas podemos dar al Señor. Pequeñas cosas, como ese niño. ¡Dáselas, hijo mío! ¡Dáselas, que, si se las das, tu Padre Dios te abrazará! Y serás feliz, que la mortificación es alegría.*

La misma disposición de entrega —el amor a Dios y el amor al prójimo es único— hemos de tener con los demás: el ejemplo, la atención, la sonrisa, el pequeño servicio... El amor con obras: la ayuda, quizá inadvertida, que alivia del peso del trabajo; el buen humor; la conversación que agrada; la corrección fraterna delicada y llena de caridad, con cariño, sin mortificar. Que se tenga el remedio de la advertencia cariñosa, antes de que algún defecto se haga grande. Por eso la corrección —sin impertinencia, sin pesadez, sin nimiedades— de ordi-

(8) Carta Singular, 24-III-1930, n. 18.

(9) *Ibid.*, n. 14.

(10) *Camino*, n. 626.

(11) *Camino*, n. 859.

nario tiene como tema pequeñas faltas habituales; de esta manera, se impide que lleguen a más y hace nuestra conducta gratísima a los ojos de Dios: *el que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos*¹².

El cariño se manifiesta también en el cuidado material de la casa; los hogares nuestros son hogares amables. Y esto se consigue poniendo atención en pequeñeces. *¡Ese cerrar la puerta con amor! Porque no podemos desentendernos de los detalles de la casa, a la hora del sol, hay que entornar las ventanas; y, más tarde, hay que abrir.*

Para facilitar la convivencia, para hacer amable la santidad, se ha de procurar mantener el hogar acogedor y hacer que esté puesto con buen gusto. Y esta tarea consiste fundamentalmente en cosas pequeñas.

También el trabajo se compone de una multitud de detalles. Y como hemos de santificarlo, hay que exigirse en intensidad, y en mantener la ilusión para acabar las cosas con el mismo afán con que se empiezan, sin dejadez. El Padre, refiriéndose a la perfección con que se remataron hasta los últimos pormenores de la crestería de una famosa catedral, comentaba: *si viviesen, esos hombres podrían ser del Opus Dei porque trabajaban cara a Dios.*

TAREA DE AMOR

Acabar las cosas para ofrecerlas al Señor. El amor, ésta es la razón para cuidar las cosas pequeñas. No es cumplir meramente una lista, una relación, letra muerta; no se trata de un código interminable de indicaciones. Las cosas pequeñas las descubre la sensibilidad, el ingenio, la vibración, el esfuerzo por encontrar en todo ocasión de amor a Dios y de servicio a los demás. Si faltara el amor, no habría virtud sino manía o fariseísmo, que es un peligro siempre actual; se reduciría todo a una corrección externa, puramente formal, sin espíritu ni amor; se pagarían diezmos de la hierbabuena, del eneldo y del comino —como hacían los fariseos—, y se abandonarían las cosas más esenciales de la ley, de la justicia y de la misericordia¹³. Las cosas pequeñas no pretenden cubrir apariencias; son, cada una, una obra maestra: son el punto final, la coronación de algo bueno que, sin ese detalle, quedaría incompleto.

Y si el amor es lo que nos mueve a estar en los detalles, si es quien sugiere y alimenta este cuidado, bueno será procurar, en lo posible, actualizar nuestro ofrecimiento, y tender a acompañar la generosidad en las cosas pequeñas con una jaculatoria, con un detalle de cariño, con una acción de gracias, con un acto de reparación, con una petición: ¡hay tanto que pedir! Así, cuando acabe el día, habremos ofrecido, con piedad de niños, muchos obsequios al Señor y a la Madre del cielo.

El amor en los detalles marca con un sello peculiar toda nuestra vida, y crea también un determinado modo de mantener la lucha ascética. *Hijos míos: sabéis que hay pequeños reveses que a veces parecen muy grandes, porque son faltas de amor, de entrega, de espíritu, de sacrificio. No os preocupen. Si lleváis la vida del Opus Dei, de hijos de Dios, la derrota será en cosas pequeñas, en la periferia, nunca en un punto trascendental. Será una pequeña falta de amor, que se remedia con un nuevo acto de amor y con una nueva entrega. Es la lucha en cosas pequeñas, y el Cielo sonríe cuando hay una de esas caídas, si continuamos luchando.* Nuestra táctica es combatir en los detalles, lejos de todo peligro para los fundamentos de la vida espiritual; de esta manera, se puede rectificar a tiempo.

Además, esta ascética es un entronamiento espléndido. Un detalle y otro y otro, y se crea la costumbre. *Un hombre habituado así, cuando llegan las cosas grandes, no fracasa; está acostumbrado a la gimnasia habitual, diaria, que fortifica la voluntad.* La adquisición y el crecimiento de los hábitos virtuosos es tarea difícil, y se consigue con repetición de actos, de detalles a veces pequeños. *Cumplamos al principio las cosas más fáciles. Dado este primer paso hacia adelante, pronto llegaremos a la perfección*¹⁴. Con este ejercicio se está preparando para vencer a la hora de la prueba, porque *quien es fiel en lo poco también lo es en lo mucho*¹⁵; y por el contrario, *el que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer en las grandes*¹⁶.

Fidelidad en los pormenores de cada minuto. En este clima se desarrolla el trato con el Señor. *Presencia de Dios, que nos hace estar en las cosas pequeñas; si no tengo que subir, no subo; si no tengo que bajar, no bajo; y si esa ventana no tengo que abrirla, no la abro. Y*

(12) *Matth.* V, 19.

(13) *Cfr. Matth.* XXIII, 23.

(14) San Juan Crisóstomo, *In Matth. Iuan.* 21, 4.

(15) *Luc.* XVI, 10.

(16) *Ecclesi.* XIX, 1.

así una y mil veces. Esa es nuestra santidad. No podemos olvidar que, cuando se desbarra en un detalle una y mil veces, es un desastre. Es un desastre, porque supone una habitual falta de amor, un estado de tibieza; y porque arraiga —repetición de actos— hábitos contrarios a las virtudes, y prepara las caídas grandes.

Cosas pequeñas: camino de santidad. Cosas pequeñas: para nosotros, el único camino. *Un hombre que sepa vivir esta doctrina tiene que ser feliz, porque cumple la voluntad de Dios. Si tan al alcance de la mano está nuestra felicidad, no seamos necios, no dejemos de vivir el espíritu de nuestro Opus Dei, que nos dará el cielo, la felicidad. Y hay que vivirlo sin temor, de un modo continuo, como el tic-tac del corazón. ¡Ay del día en que se pare! Será que ha llegado la muerte. Y el día, en el que en nuestra alma no haya lucha, es seguro también que hemos perdido la vida interior.*

Que todos, viviendo y haciendo vivir esta característica tan nuestra, podamos oír de labios de Jesús: *euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam: intra in gaudium domini tui*⁽¹⁾; muy bien, siervo bueno y fiel, ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven a tomar parte en el gozo de tu Señor.

(17) *Matth.* XXV, 21.

6. EL FIN DE LA VOCACION

Hijos míos, ha dicho nuestro Padre: una preocupación hemos de tener los hijos de Dios en el Opus Dei, una preocupación exclusiva; y es ésta: ser santos. Y la santidad que en la Obra se nos pide, trae consigo la preocupación por los demás: por acercarlos a Dios, procurando desempeñar con la máxima rectitud nuestras personales obligaciones profesionales y sociales.

Os tengo que recordar que en la Obra estamos por vocación divina; porque Dios nos ha llamado. Y nos ha llamado para darnos del todo, sin regateos, para ser santos y para santificar.

SANTIDAD PARA EL APOSTOLADO

Santificarse santificando. Es éste el fin de nuestra vocación, el fin corporativo de la Obra —santificarnos y promover la santidad en medio del mundo—, que se convierte también en el único fin personal de cada uno de nosotros; porque si la santidad se resume en amar a Dios sobre todas las cosas, el proselitismo —que no es otra cosa sino contribuir a que otras personas le amen también— debe ser necesaria consecuencia de esa caridad. *Poquísimo amor es el tuyo si no sientes el celo por la salvación de todas las almas. —Pobre amor es el tuyo si no tienes ansias de pegar tu locura a otros apóstoles*⁽¹⁾.

El Señor, de quien es la tierra y cuanto la llena, el orbe de la tierra y cuantos la habitan⁽²⁾, nos ha enviado a todas las gentes, de todas

(1) *Camino*, II, 796;

(2) *Ps.* XXIII, 1;

las clases sociales, para recordarles la invitación divina a la santidad. *Todas las cosas son vuestras..., el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro; todo es vuestro; pero vosotros sois de Cristo*³. No hay nada que quede fuera de nuestra misión: una misión que se reduce a ganar almas para Cristo, como Cristo nos ha ganado a nosotros.

El proselitismo no puede ser nunca un fin sobreañadido a nuestra vocación, como nuestra llamada no añade propiamente un nuevo fin al que ya tenemos como cristianos, sino que lo determina, indicando el camino preciso para llegar a Dios más fácil y seguramente. Así, el proselitismo en la Obra es precisamente el camino, el cauce que tenemos para llegar a la santidad. Por eso, en el Opus Dei no puede entenderse una santidad que no sea proselitista, como no se puede comprender un proselitismo que no sea expresión de vida interior, de la preocupación de santificarse. Este es, pues, nuestro único fin: *santificarte tú para santificar. No es egoísmo tu santidad. Recibes las aguas de Dios, y es verdad que tienes que llenarte de esas aguas, pero después —generosamente— viertes de la abundancia de tu corazón en todos los corazones que viven en la tierra.*

Si el proselitismo no es solamente una condición de santidad, sino un auténtico fin, se comprende que nadie pueda ser dispensado de hacerlo, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera los enfermos, porque sería tanto como dispensarle de ser santo. *En aquello que se busca como fin no se usa ninguna medida*⁴. Querer limitar el fin es no quererlo de verdad como tal fin; sólo los medios, que reciben su razón de ser, su bondad, del fin, se quieren en la medida en que sean necesarios.

El Opus Dei promueve muchas obras apostólicas en el mundo, y cada día habrá más: depende de las circunstancias del país, de las circunstancias de los tiempos, de las circunstancias de las almas, de la conveniencia de los apostolados. Yo tuve que señalar algunas, por ser ésta una praxis habitual en la Iglesia. Pero no son fin; una Residencia, una Escuela-Hogar, una Universidad... ¿Eso son fines? No. Del mismo modo que la pala y la azada no son fin del campesino, sino medios para labrar la tierra, así nosotros empleamos todas esas obras apostólicas, que son medios.

¿Y cuál es el fin? Pues la santificación personal y el empeño por lograr que el mayor número posible de almas conozcan y traten

a Cristo, y, si El los llama, se entreguen a Dios en el Opus Dei, para el servicio de la Iglesia.

Es decir, santidad proselitista y proselitismo que nos santifican dos aspectos de un mismo y único objetivo. Uno es la medida y la razón del otro: el afán de ganar almas es la mejor señal de plena correspondencia a la llamada divina. Solamente si buscamos vocaciones alcanzaremos la santidad; únicamente si somos proselitistas viviremos completamente nuestra vocación, seremos Opus Dei.

EL PELIGRO DE LA TIBIEZA

*Si eres frío e indolente, y no miras más que a ti mismo y con esto vives contento, y llegas a hablar así en tu corazón: ¿qué tengo yo que ver con los demás? Tengo ya bastante con mi alma, ¡ojalá la conserve íntegra para Dios! ¡Vamos!, ¿no te viene a la memoria aquel siervo que escondió el talento y no quiso negociar con él? ¿Se le condenó acaso por haberlo perdido, o no fue porque no quiso negociar con él? Pensadlo, pues, hermanos míos, de modo que no os deje reposar*⁵.

Todos queremos hacer proselitismo. ¿Quién no se alegra con las nuevas vocaciones? ¿Quién no tiene hambre de perpetuar su apostolado? Sólo quien estuviera a disgusto, aquél a quien pesase —por falta de amor— la llamada divina, no sentiría el deseo de traer otras personas para que compartan lo que él ya tiene. Sólo cuando no vemos algo como un bien, es imposible deseárselo a quienes queremos. La falta de vida interior —amor a Dios y a las almas por Dios; amor operativo y eficaz, con obras— tendría siempre el resultado de no valorar como un tesoro la propia vocación y, al mismo tiempo, de no querer sobrenaturalmente a los demás.

Por eso, *cuando una persona no tiene celo proselitista, es que no le late el corazón, que ha muerto. Se le pueden aplicar aquellas palabras de la Escritura: iam foetet, quatrduanus est enim* (Ioann. XI, 39) — *hiede, está muerto desde hace días. Esas almas, aunque estuviesen en Casa, estarían muertas, podridas, iam foetent*. Y yo, dice el Padre, *con cadáveres no voy a ningún lado; los cadáveres los entierro*. Sin proselitismo no es posible perseverar, porque no es posible perseverar sin amor, sin vida interior, sin sentido sobrenatural.

Podría ocurrir sin embargo que, en determinadas circunstancias,

(3) 1 Cor. III, 22-23;

(4) Santo Tomás, *Super Rom. lect. XIII, 1*;

(5) San Agustín, *In Ioann. Ev. tract. 10, 9*;

(6) *Camino*, n. 809.

a alguien se le trastornase el orden de valores, y otra cosa de indudable importancia —la profesión, un trabajo cualquiera...—, pero que es un simple medio, se le presentara como una especie de fin personal, al margen de ese fin de toda la Obra —*santificarse santificando y santificar santificándose*— que debe absorber nuestras ilusiones y esfuerzos. ¡Cuántas amarguras, para quien ha perdido ese punto de mira! Después de bregar duramente, al final caerá en la cuenta de lo infructuoso de sus trabajos. ¿De qué le sirvió afilar el anzuelo de su profesión y prepararlo con el cebo de un prestigio, si todo se quedó en eso, si no supo o no quiso echarlo al agua y esperar pacientemente, durante horas, a que vinieran las almas? Todos sus esfuerzos habrán sido vanos: estuvo perdiendo el tiempo.

Cuando se ha pasado por unas circunstancias como éstas, y finalmente, por la misericordia de Dios se abren los ojos a la realidad, es lógico llenarse de arrepentimiento. Unicamente en el renovado amor al único fin, que es el de toda la Obra, se podrá recobrar la felicidad perdida: *aunque se tengan temporadas de ceguera, aun en medio de la contradicción más dura, amad la vocación, y allá en el fondo encontraréis el amor que buscáis, ese afán proselitista.*

Puede ocurrir, otras veces, que alguno vea con claridad meridiana su fin, que se dé perfecta cuenta de la necesidad de hacer proselitismo, pero que no ponga los medios para salvar los obstáculos: respetos humanos, dificultades objetivas, timidez... Se quiere y no se quiere. Se ve que sí, que sería bueno conseguir vocaciones, pero apenas se hace esfuerzo para lograr que el Señor las traiga. Hay que ponerse en estado de alerta si uno ve que se llena de estos deseos ineficaces; porque es señal de que se está moviendo por caminos de tibieza. Debe examinar si, allá en el fondo de su alma, ama como un bien precioso la propia vocación, si no hay motivos más o menos inconscientes que impiden la entrega plena, total. Es preciso reaccionar enseguida, hablar con sinceridad en la charla, y pedir ayuda al Señor y a la Virgen, para que de nuevo hagan realidad en su vida las palabras de nuestro Padre: *ese afán de proselitismo que te come las entrañas es señal cierta de tu entregamiento*⁷.

PONER LOS MEDIOS

La realidad de nuestros deseos de santidad debe traducirse en

hechos y, tal como se nos pregunta en el Círculo, en hechos de proselitismo. *Nuestro fin es procurar que hayu en medio del mundo muchas almas dedicadas al servicio de Dios. Es hora de hacer el recuento. ¿Cuántas vocaciones has troido tú?*

El Señor no escatima su gracia; pero quiere también que pongamos todos los medios para que lleguen muchas vocaciones. ¿Y cuáles son esos medios? Los que tenemos, eficacísimos, en el Opus Dei: la obra de San Rafael, la obra de San Gabriel, y la labor de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que tiene manifestaciones análogas a las otras dos obras.

Además de esos medios corporativos, y canalizado en ellos, está el apostolado personal, que es la base, el motor de todo lo demás; un apostolado personal que se apoya en tres pilares: *primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en «tercer lugar», acción*⁸.

*La oración es el medio más eficaz de proselitismo*⁹. Nuestra vocación es de almas contemplativas; por eso, para obtener vocaciones, lo primero que hacemos es pedirselo al Señor, con constancia, insistiendo sin desánimo; sabiendo que nuestras medidas de tiempo son poca cosa ante la eternidad de Dios.

Después, porque *la oración se avalora con el sacrificio*¹⁰, debemos ofrecer muchas pequeñas mortificaciones. Así el Señor escuchará nuestra petición, y moverá a las almas a entregarse. *Si por ellos rezas, te sacrificas, cumples un plan de vida, haces bien el trabajo ordinario, el detalle pequeño de una sonrisa..., cumples el fin del Opus Dei. Así la gracia de Dios llegará hasta los últimos rincones; porque eres portador de Cristo, y lo debes llevar en tu corazón, en tu mente, en tu palabra y en tu ejemplo.*

Hijos míos, el proselitismo es un deber. Y hay que decir en la Charla fraterna: he hecho esto, he pensado lo otro, he rezado tanto, me he mortificado, he preparado esta visita. Y si tu hermano no te lo pregunta, debes decirlo lo mismo.

Con toda esta labor preparatoria de la oración y de las mortificaciones pequeñas, la acción será, como nos enseña el Padre, *la parte más fácil*, porque será la manifestación externa de la vida interior de cada uno. *Conocéis* —escribe San Agustín— *lo que cada uno de voso-*

(8) Camino, n. 82.

(9) Camino, n. 800.

(10) Camino, n. 81.

(7) Camino, n. 816.

tros tiene que hacer en su casa con el amigo, el vecino, con su dependiente, con el superior, con el inferior. Conocéis también de qué modo da Dios ocasión, de qué manera abre la puerta con su palabra. No queráis, pues, vivir tranquilos hasta ganarlos para Cristo, porque vosotros habéis sido ganados por Cristo⁽¹⁾.

¿Veis cómo hay en los hombres todos —también en ti y en mí— como un prejuicio psíquico, una especie de psicosis profesional? Cuando un médico ve por la calle a otra persona que pasa, sin darse cuenta piensa: esa persona anda mal del hígado. Y si la ve un sastre, comenta: ¡qué mal vestido, o qué bien, qué buen corte! Y el zapatero se fija en los zapatos... Y tú y yo, hijos de Dios, por su amor, dedicados a servirle en el mundo, amando a todas las criaturas, cuando vemos a las gentes tenemos que decir: un alma, un alma que hay que ayudar, un alma que hay que comprender, un alma con la cual hay que convivir, un alma que hay que salvar.

Acción, apostolado personal: ver siempre almas a las que el Señor quizá reserve una llamada de predilección: buscar a esas personas, y tratarlas, con paciencia, con caridad, siguiendo los consejos que nos den en la Charla, para que nuestro trabajo no sea vano, sino una parte eficaz, orgánicamente injertada en la labor de toda la Obra. Por eso, el apostolado personal se dirige en primer lugar a encajar a nuestros amigos lo antes posible en la obra de San Rafael o en la de San Gabriel: porque sabemos, además, que es el medio más seguro para que el Señor les dé la gracia de la vocación.

Hemos de meditar muchas veces esta realidad de nuestra entrega, para que se lije en lo más hondo de nuestro ser: proselitismo, conseguir vocaciones. ¡Qué luces, qué energías nuevas sacaremos de esta consideración! No se trata de hacer un apostolado propio, sino el de la Obra, que *no es una empresa humana, sino una gran empresa sobrenatural*⁽²⁾, en la que el Señor ha derramado abundantemente su gracia. El afán de ganar para Dios muchas otras almas tiene que comernos las entrañas. Hay que vibrar, porque el Señor no nos negará su ayuda, sobre todo si sabemos emplearnos abnegadamente en las labores de San Rafael y San Gabriel, y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, para ani-

pliar la base, para desarrollarlas bien, para hacerlas más y más eficaces. De ahí, nos dice nuestro Padre, *deben salir muchas vocaciones y, si no salen, será por nuestra culpa, porque no hacemos las cosas como están mandadas: porque no las hacemos con alegría y de una manera orgánica, de una manera constante, de una manera santificada.*

Alegría, obediencia, constancia, entrega. ¡Estos son los medios que debemos poner siempre: una vida de oración, una vida de sacrificio, un cumplimiento del deber en el trabajo profesional y social! ¡Qué maravillosa base para obtener vocaciones! Es cierto que alguna vez no seremos nosotros quienes recojamos los frutos de nuestros esfuerzos —*vosotros vais a segar lo que no labrasteis*⁽³⁾—, pero eso no es lo corriente: el Señor premia con largueza y directamente: *quien hace proselitismo consigue vocaciones; quien hace poca proselitismo, consigue pocas vocaciones; quien hace mucho proselitismo, consigue muchas vocaciones.*

Nuestra Madre Santa María, Reina de los Apóstoles, nos ayudará a ser muy proselitistas, para poder ser muy santos.

(13) *Evangelio*, IV, 38.

(11) San Agustín, *In Iohann. Ev. tract.* 10, 9.

(12) *Instrucción*, 19-III-1934, n. 3.

7. TRES PASIONES DOMINANTES

Nos hemos entregado a Dios en cuerpo y alma, con todas las energías de nuestra vida, y el servicio al Señor y a su Iglesia, en la Obra, ha de ser un empeño absorbente, total, en las circunstancias personales propias de cada uno.

Me dices que sí, que quieres. —Bien, pero ¿quieres como un avuro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer?

—¿No? —Entonces, no quieres¹.

QUERER APASIONADAMENTE

Cuando alguien se propone seriamente una tarea, cuando su vida está polarizada en un fin, todo lo que con esa meta se relaciona —y en la medida en que se relaciona— da lugar a inclinaciones operativas, vitales, apasionadas, y aquello se ama y se defiende con calor.

Toda esa capacidad de atracciones y repulsiones, de interés, de vibración, no es si misma nada malo. Por el contrario, *pertenece a la perfección moral del hombre actuar no sólo según su voluntad, sino también según el apetito sensitivo, conforme a aquello del Salmo: «Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo»²*. Desbocada y sin control, una pasión nublaría el juicio, y sería causa de descamino arrastrando a la voluntad. Pero orientado por la razón recta y por una voluntad bien ordenada, a impulsos de la fe, de la esperanza y de la caridad,

el movimiento pasional es signo de la intensidad del querer. Por eso, una vez visto en la presencia de Dios lo que conviene hacer, hay que saber dedicarse con todo el ardor, con todos los resortes que el Señor ha puesto en nuestra naturaleza.

Este querer apasionado no quiere decir, sin embargo, que hayamos de obrar siempre con un entusiasmo físico. A veces, Dios permite la falta de ese aliciente humano, como probando nuestra fe, y hay que ir a contrapelo durante tiempo; entonces se afirma más y más la confianza en el propio camino, mejora la rectitud de intención, y la caridad se hace verdadera y operativa. Nosotros no hemos de obrar por entusiasmo, sino por convicciones sobrenaturales, con amor de Dios, que es obra de la gracia divina y de la voluntad humana. Pero hemos de procurar que ese amor de nuestra voluntad sea fuerte, total, de modo que arrastre tras de sí todas las potencias de nuestra naturaleza, removiéndolo los estados de ánimo y las circunstancias externas.

Siempre remozado y joven, siempre limpiamente apasionado tiene que ser nuestro amor a Jesús. A Dios no se le puede amar moderadamente —como para no exagerar— o de una manera cerebral, flemática, calculada, sin corazón. *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo et ex tota anima tua et ex omnibus viribus tuis et ex omni mente tua³*. El Señor nos pide que le amemos con toda nuestra alma, y al mismo tiempo con todo nuestro corazón y con todas nuestras energías. *Jesús no se satisface «compartiendo»; lo quiere todo⁴*. Para Él, alma y cuerpo; para Él, todas las potencias y facultades. Nunca nuestro amor al Señor debe ser un amor impasible: *os daré un corazón nuevo...; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne⁵*. El amor nuestro ha de ser vibrante, con toda la vehemencia propia de las almas enamoradas.

La vida de entrega —vida de amor— origina formas de pensar, de sentir y de actuar, inclinaciones y tendencias, que dan brillo a la *operatio Dei* que cada uno realiza con su vida entera. Se han integrado de tal forma en nuestra personalidad, que son como instintos sobrenaturales que nos impulsan y movilizan todos los resortes naturales. Entre esas pasiones o inclinaciones vivas, hay algunas que —por estar más estrechamente relacionadas con nuestro fin en la Obra— destacan so-

(1) Camino, n. 316;

(2) Ps. LXXXIII, 3;

(3) Santo Tomás, S. Th. I-II, q. 24, a. 3;

(4) Luc. X, 27;

(5) Camino, n. 155;

(6) Ezech. XXXVI, 26;

bre las demás. Concretamente, *tres son las pasiones dominantes de los hijos de Dios en el Opus Dei: dar doctrina, dirigir de un modo u otro las almas que se acercan al calor de nuestros apostolados y amar la unidad de la Obra.*

DAR DOCTRINA

El hombre, incapaz con las solas luces naturales de conocer su propio camino —que es un camino divino—, necesita de la Revelación, de la palabra de Dios. Para eso vino a la tierra Jesús, la Luz del mundo; pero, a pesar de la claridad que Él encendió, millones de almas continúan aún a oscuras. ¡Tantas vidas sin rumbo, sin alegría! La ceguera es una gran desgracia natural, la privación del sentido que parece más necesario. Pero mayor desdicha son las tinieblas espirituales. *Bien pudiera decirse que el mayor enemigo de Dios —porque se ama a Dios después de conocerlo— es la ignorancia: origen de tantos males y obstáculo grande para la salvación de las almas.*

Todo apostolado ha de basarse necesariamente en la doctrina, que es como *el pan que alimenta las almas*⁸, que nutre las inteligencias y las vidas. Por eso, *mayor honor merece el que libra un alma de la ignorancia, que quien sacia de comer a un hambriento*⁹. Mayor honor, porque es mayor el bien, porque la doctrina es necesaria: *la vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste*¹⁰.

Nosotros —apóstoles, a quienes el Señor ha dado su propia luz para que seamos también luz del mundo— hemos recibido de Jesús este mandato: *euntes ergo docete omnes gentes*¹¹. Tenemos que hacer llegar el Evangelio, la Buena Nueva, a cuantos nos rodean, a todas las gentes. Con el estudio —porque no podemos esperar iluminaciones extraordinarias, cuando tenemos la ciencia, la doctrina al alcance— aprendemos la Palabra de Dios y la enseñamos a los demás. El apóstol hace de intermediario, de mensajero. Por eso, *dar doctrina, acomodándola a la capacidad de quien escucha, es la gran misión nuestra*. Dando doctrina, nos hacemos instrumentos, participamos de ese poder que la Palabra de Vida tiene de destruir, arrancar, arruinar y asolar; de levantar,

edificar y plantar¹². La buena doctrina es capaz de librar de la miseria espiritual, de arrancar la tristeza, de destruir el error y de poner los cimientos de una vida nueva. Sal y luz hemos de ser con la palabra y con el ejemplo, que es *la mejor predicación*. De aquí que siempre y en todas partes hayamos de *hacer el bien, difundir la verdad y vivir aquellas palabras: veritatem facientes in caritate* (Ephes. IV, 15).

Nadie puede pasar a nuestro lado sin que nuestras palabras y nuestras obras le hayan hablado de Dios. Ser conscientes de la necesidad que todos tienen de la Palabra de Vida, ha de ser un estímulo constante para dar doctrina *con ocasión y sin ella*¹³. Con motivo del trabajo, del trato personal, y creando audazmente la oportunidad cuando parece que no la hay. No podemos estar a la espera de un momento idealmente propicio, que la mayoría de las veces no se presentará. Basta con que se presente una pequeña posibilidad, para que se vuelque en obras ese hondo sentido sobrenatural de nuestra llamada, esa pasión de comunicar la luz, la doctrina del Señor. Tiene que dolernos la ignorancia, la visión pobre y humana de las cosas. No podemos permanecer indiferentes cuando delante de nosotros se va contra la verdad de Dios. Con delicadeza hacia las personas, pero intransigentes siempre con el error, disiparemos la ignorancia con la fuerza y la claridad de la palabra divina. Nos va en esto la vida de las almas, la vida que Cristo les ganó en la Cruz.

DIRIGIR LAS ALMAS

Con la doctrina y con el ejemplo se hace un apostolado eficazísimo. Pero es preciso llegar más adentro: hay que meterse en la vida de los demás, como Jesús se ha metido en nuestra vida.

Aún resuena en el mundo aquel grito divino: «Fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?» — Y ya ves: casi todo está apagado...

*¿No te animas a propagar el incendio?*¹⁴.

Urge llevar, una a una, las almas al Señor. El mismo amor y comprensión, la misma solicitud con que Cristo nos anima, nos conforta y nos dirige, hemos de tener con quienes conviven con nosotros, siguiendo ese consejo: *lleva a todos sobre ti, como a ti te lleva el Señor*¹⁵.

(7) Carta Sincerus est, 11-III-1940, n. 47;

(8) San Agustín, In Ioann. Ev. tract. 41, 2;

(9) San Juan Crisóstomo, Dial. hist. cum Pelagio, 12;

(10) Ioann. XVII, 3;

(11) Matth. XXVIII, 19;

(12) Jerem. VII, 10;

(13) 11 Tim. IV, 2;

(14) Camino, n. 801;

(15) San Ignacio de Antioquía, Epist. ad Polycarpum 1, 2.

Este interés por todos — *chifladura divina* ¹⁶ — nos ha de empujar a entrar audazmente, y al mismo tiempo con delicadeza, en la vida espiritual de los demás. *¿Por qué vamos a meternos en la vida de los demás? Porque tenemos obligación, por cristianos, de meternos en la vida de los demás. ¡Porque Cristo se ha metido en nuestra vida!* No podemos desinteresarnos de quienes nos rodean. No intentamos pedir cuentas a nadie y mucho menos exigir que nos comuniquen sus disposiciones interiores. Si provocamos la confidencia, si decimos una palabra que de momento intranquiliza, es siempre para ayudar, para estimular, para sugerir, para proponer, para alimentar una crisis que hará bien a nuestros amigos, para animarles a acercarse a Dios.

Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es «apostolado de la confidencia» ¹⁷. El Señor quiere que tratemos a todos *para salvarlos a todos* ¹⁸. Hemos de hacer nuestras las preocupaciones e ilusiones de los amigos; descubrirles la necesidad del trato con Dios; quizá vivir con ellos alguna norma de piedad; y enseñarles a ofrecer el trabajo, animarles a que profundicen en la razón de sus vacilaciones y fracasos, hablarles de aquello que sabemos que necesitan. Todo esto es compatible con una *extrema delicadeza, comenzando, si es preciso, por un perdóname; no me lo cuentes, si no quieres. Y luego, la pregunta que da en el clavo.*

De este modo se llega a hacer una sobrenatural y eficaz labor con muchos que no saben lo que es dirección espiritual, y que quizá no querrían tenerla. *¿No es dirección espiritual el consejo que da la madre a su hijo, el consejo del amigo bueno al amigo que flaquea?* Esta labor de dirección, de ayuda, es urgente en aquellos ambientes en que, por una deformación de la vida cristiana, se rehúye la dirección espiritual. Es necesario ganarse la confianza de nuestros compañeros y amigos, llegar a la confidencia. *Al principio les cuesta. Después, lo necesitan. ¡Y cuánto bien se hace a las almas!* El apostolado de la amistad y de la confidencia se coronará llevando a esas personas a los sacerdotes de la Obra, y vinculándolos a la labor.

AMAR LA UNIDAD

Hemos de querer con pasión a la Obra. Y una de las manifestaciones más claras de ese cariño es amar su unidad, que es su propia vida, porque donde no existe unidad hay descomposición y muerte. *Omnis civitas vel domus divisa contra se non stabit* ¹⁹; cualquier ciudad, cualquier casa, cualquier familia internamente dividida, acaba con la destrucción, desaparece. Por eso se ha dicho: *preocúpate de la unidad, mejor que la cual nada existe* ²⁰.

Cuidar, velar por la unidad de la Obra, supone estar dispuestos a defenderla, si llegara el caso, de cualquier ataque. Ningún enemigo exterior, por poderoso que parezca, puede dañarnos, ni a la Obra ni a nosotros, si estamos bien unidos, *como un ejército formado en orden de batalla* ²¹. Por eso, amar la unidad es sobre todo promoverla, viviendo fielmente el espíritu de la Obra, desempeñando con lealtad los encargos que nos encomiendan; uniéndonos al Padre y a nuestros hermanos.

Amor a nuestra unidad espiritual. Dios quiere para su Obra un espíritu viejo y nuevo como el Evangelio; un espíritu que ha de informar nuestra vida, y con el que podremos dar cumplimiento a la misión de *santificarnos y santificar*. El Padre es el depositario de este espíritu. Cualquier otra espiritualidad podrá ser —y será— buen camino para otras personas; pero a nosotros no nos sirve. Un mismo espíritu para todos, unas mismas Normas y Costumbres, un denominador común que da a nuestras vidas el especial aire de familia que nos configura como hijos del Padre.

Hemos de ser *solicitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz: siendo un solo cuerpo y un solo espíritu, así como fuisteis llamados a una sola esperanza de vuestra vocación* ²². Para conservar esta unidad es importante acudir a los medios de la dirección espiritual, que tiene como uno de sus fines identificarnos con el espíritu de la Obra. Y por eso, ha de ser constante la preocupación por los demás, ayudándoles con nuestro cariño, con el buen ejemplo, con la corrección fraterna, sobre todo en los detalles de criterio y costumbres que puedan atentar contra ese espíritu nuestro, que es claro, uno, definido: *esculpido* hasta en los más pequeños pormenores.

(16) Cfr. *Camino*, n. 934;

(17) *Camino*, n. 973;

(18) I Cor. IX, 22;

(19) *Matth.* XII, 25;

(20) San Ignacio de Antioquia, *Epist. ad Policarpum* I, 2;

(21) *Cont.* VI, 10;

(22) *Epíst.* IV, 3-4;

Amar la unidad de la Obra supone sentirse formando parte de este cuerpo allí donde nos indiquen. Nos da lo mismo ser mano que pie, que lengua, que corazón, porque todos estamos en todas partes de ese cuerpo, porque somos una sola cosa por la caridad de Cristo que nos une. Yo quisiera haceros sentir —dice nuestro Padre— como miembros de un solo cuerpo. *Unum corpus multi sumus* (I Cor. X, 17). Todos, una sola cosa, y que esto se manifieste en unidad de miras, en unidad de apostolado, en unidad de sacrificio, en unidad de corazones, en la caridad con que nos tratamos, en la sonrisa ante la Cruz y en la Cruz. ¡Sentir, vibrar todos unísonamente! Y así, de nosotros, siendo muchos —una gran multitud—, podrá decirse como de los cristianos de la primera hora: *multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una*²³, toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma: todos estaban perfectamente unidos con una sola voluntad y con un solo deseo²⁴.

Cada uno de nosotros debe estar dispuesto a prescindir, siempre que sea conveniente, de aquellas cosas personales que, aun siendo legítimas, contribuyan a separar, más que a unir; y esto no sólo con la disposición de subordinar el propio interés al de los demás, sino de renunciar a lo personal con gusto, con agrado, cuando de esto se va a seguir un bien para la Obra. Las intenciones del Padre, la intención mensual, los apostolados que la Obra nos confía, han de ser muy especialmente materia que ocupe constantemente nuestro pensamiento y nuestra imaginación, que absorba nuestra preocupación y llene nuestro trabajo. Así todos vibraremos con un solo corazón, unidos al querer de Dios.

Para lograr la unidad es preciso estar unidos a la cabeza: la unión con el Padre o con quien lo represente es imprescindible para que haya frutos de santidad. *El sarmiento da fruto, si está unido a la vid. Un sarmiento que no esté unido a la vid, en lugar de ser cosa viva, es palo seco que sólo sirve para el fuego, o para arrear a las bestias, cuando más, y para que lo pisotee todo el mundo. Hijos míos, ¡muy unidos a la cepa!, pegadicos a nuestra cepa, que es Jesucristo, por la obediencia rendida a los Directores.* Nuestros Directores, porque han recibido de Cristo esta misión, son para nosotros la vid, fuente de vida: son el Buen Pastor, que ama a sus ovejas y da la vida por ellas. Por eso, tiene que ser muy fuerte nuestro amor a la unidad de la Obra, de la que

Dios hace depender tanta eficacia personal y apostólica. Amor intenso, apasionado, que se traduzca en una petición constante por el Padre, por sus intenciones, en encomendar a nuestros Directores, ayudarles, cumplir con lealtad nuestros encargos, obedecer con prontitud, con fidelidad y con finura, viendo en todas las cosas el servicio a Dios y a la Iglesia.

En Jesucristo, que tenía verdadero cuerpo y verdadero espíritu de hombre, no era falso el afecto humano²⁵. Después de la expulsión de los mercaderes del templo, se acordaron sus discípulos de que está escrito: *el celo de tu casa me tiene consumido*²⁶.

El Señor había ido recorriendo todas las ciudades y villas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios²⁷, hasta agotarse cada día: lo contemplamos en la barca de Pedro, vencido por el sueño, y cansado del camino junto al pozo de Sicar. Jesucristo se metía con audacia en la vida de los hombres, en sus preocupaciones; los confortaba, los encendía en su amor. Así se portó con los discípulos de Emaús, haciéndose el enconadizo: *¿qué conversación es ésta que, caminando, lleváis, y por qué estáis tristes?*²⁸. Y aquellos hombres desanimados recuperaron su esperanza, volvieron a encontrar al Señor: *¡quédate con nosotros!... Y entró con ellos*²⁹. De nuevo se llenaron sus vidas: *¿no es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*³⁰. Y en aquella efusión de amor en la noche de la última Cena —después de decir a los Apóstoles: *ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión*³¹— Jesús había pedido celosamente al Padre la unidad entre ellos: *¡Padre santo!, guarda en tu nombre a éstos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa como nosotros lo somos*³².

Dar doctrina, dirigir las almas, amar la unidad. Tres sentimientos fuertes del alma del Señor. Tres pasiones que Cristo mismo ha querido dejarnos en herencia.

(25) San Agustín, *De civ. Dei* 14, 9;

(26) *Joann.* II, 15.

(27) *Matth.* IX, 35;

(28) *Luc.* XXIV, 17;

(29) *Ibid.*, 29;

(30) *Ibid.*, 32;

(31) *Luc.* XXII, 15;

(32) *Joann.* XVII, 11.

(23) *Act.* IV, 32;

(24) San Basilio, *Serm.* 2, 1;

8. TRABAJO DE DIOS

*Grandiosas y admirables son tus obras, Señor, Dios omnipotente: justos y verdaderos tus caminos*¹. El Señor, al inspirar su Obra para promover la santidad entre los cristianos que viven en medio del mundo, dedicados a una actividad terrena, le ha dado un espíritu y unos medios ascéticos y apostólicos propios, específicos, adecuados al fin que había de perseguir: todos, en el Opus Dei, hemos de buscar la santidad dentro del propio estado, en el ejercicio de una profesión u oficio. *Por eso, característica peculiar de la espiritualidad propia del Opus Dei es que cada uno ha de santificar su profesión — su trabajo ordinario —, ha de santificarse en su profesión y ha de santificar con su profesión. Y ésa es la entraña de la Obra, hijos míos. A la vuelta de dos mil años, hemos recordado a la humanidad entera que el hombre ha sido creado para trabajar: homo nascitur ad laborem, et avis ad volatum* (Job V, 7); *el ave nace para volar, y el hombre para trabajar.*

SANTIFICAR LA PROFESIÓN

Al narrar la creación del mundo, la Escritura se complace en mostrarnos el agrado del Señor por la obra de sus manos: y *vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho*². Pero el Señor quiso hacer partícipe de su poder a una criatura, y creó al hombre, y *le puso en el jardín del Edén para que lo cultivase y guardase*³. Con su trabajo, el hombre debía llevar a su perfección terrena las criaturas, para gloria y alabanza

del Dios que las había creado. Y si, por el pecado, el primer hombre alteró este orden, Cristo, con su nacimiento, vida, muerte y resurrección, lo restableció encomendando a sus discípulos, los cristianos, la misión de, *por Él y con Él y en Él*⁴, encaminar a Dios todas las criaturas.

Todas las cosas de la tierra, también las criaturas materiales, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios — y ahora, después del pecado, redimidas, reconciliadas —, cada una según su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios le ha dado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: porque quiso el Padre poner en Él la plenitud de todo ser y reconciliar la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la Cruz (Colos. I, 19-20). Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Y parte principal de esa tarea es la santificación del trabajo ordinario: algo que a muchos parecía irrealizable y que la Obra, con el ejemplo y la doctrina, muestra como un ideal al alcance de todos.

Cualquier profesión, cualquier tarea humana — desde la que realiza un estadista a la que ejerce un ama de casa — puede ser santificada, llevada a Dios: basta que sea honrada, y por lo tanto que sea ordenable y realmente se ordene a la gloria de Dios. Pero para poder ofrecer a Dios un obsequio agradable, además de la necesaria rectitud de intención — *Deo omnis gloria!* —, se requiere que sea una obra bien hecha, acabada, perfecta en la medida de la propia capacidad: *no ofreceréis nada defectuoso, pues no sería acepto*⁵. El trabajo tiene en sí mismo un valor moral que hay que realizar. Por eso ha recordado el Padre tantas veces que *parte esencial de esa obra — la santificación del trabajo ordinario — que Dios nos ha encomendado, es la buena realización del trabajo mismo, la perfección también humana, el buen cumplimiento de las obligaciones profesionales y sociales.*

SANTIFICARSE EN LA PROFESIÓN

La competencia profesional, la perfección humana del trabajo, con todas sus consecuencias — de estudio, de práctica... —, es sólo el inicio, la condición indispensable, *sine qua non*. La santificación de la labor ordinaria supone, además del ejercicio de las virtudes humanas, la aplicación de virtudes sobrenaturales, infusas: fe, esperanza y caridad,

(1) Apoc. XV, 3;
(2) Genes. I, 31;
(3) Genes. II, 15;

(4) Ordo Missae;
(5) Levit. XXII, 20.

fortaleza y templanza, justicia y prudencia. Por eso, el trabajo ordinario debe llevar también a la santificación del que lo ejerce.

Un trabajo que no santifica es un trabajo no santificado. Por el contrario, una persona que se dedica a una actividad temporal, buscando únicamente la gloria de Dios, no sólo consigue que su trabajo no sea obstáculo para vivir en presencia del Señor, sino que lo convierte en un medio para alcanzar la contemplación: *cuando de dos cosas, una es la razón de la otra, la ocupación del alma en una no impide ni disminuye la ocupación en otra... Como Dios es tenido por los Santos como la razón de todo lo que hacen y conocen, su ocupación en sentir las cosas sensibles, o en contemplarlas o en hacer algo, en nada impide la contemplación divina*⁽⁶⁾. El trabajo, cualquiera que sea, puede convertirse en verdadera oración. *Por eso no podemos decir que un hombre que viva el espíritu del Opus Dei es activo o contemplativo; porque la acción es contemplación y la contemplación es acción, en unidad de vida*.

No es fácil, sin embargo, lograr esa rectitud que hace del trabajo medio de contemplación. Precisamente a esto se encamina el espíritu y la ascética que el Opus Dei ofrece a todos, sin distinción de raza, lengua o cultura. Pues, para vivir esa presencia de Dios en el ejercicio de la profesión, se necesita la ayuda de la gracia divina y el esfuerzo personal por hacer que cada acción sea efectivamente recta, virtuosa, que en su realización no nos busquemos a nosotros mismos, sino que nos mueva única y exclusivamente la gloria de Dios. De ahí esas industrias humanas y esas prácticas de piedad —jaculatorias, actos de amor y desagravio...— que en la Obra se recomiendan, para que *cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat, et per te coepta finiatur*⁽⁷⁾ —nuestras acciones empleen y acaben siempre en Dios.

Además de la rectitud de intención, santificar el trabajo ordinario supone un constante ejercicio de virtudes, que templan el alma, la purifican y la aproximan a Dios. La fe en que ese trabajo, tan minúsculo y en apariencia poco importante, es querido por Dios como instrumento de corrección, y muy agradable a sus ojos. La caridad: trabajar sólo por amor a Dios y a los hombres por Dios. La esperanza —la maravillosa realidad de la Obra es ya una prenda— de alcanzar la santidad propia y la de los demás.

La justicia, cumpliendo nuestros deberes profesionales, familiares

y sociales. La templanza y la humildad: *cuanto con mayor rectitud se trabaja, tanto más humilde se hace el alma, y aprovecha en la humildad*⁽⁸⁾, porque no se busca el aplauso, la satisfacción personal, sino el cumplimiento de la voluntad de Dios: *trabajar por tres mil y hacer el ruido de tres*. La prudencia, para considerar en cada momento lo que hay que hacer y cómo conviene hacerlo. La fortaleza para no abandonar el trabajo comenzado, para perseverar hasta poner *la última piedra*; para superar las incomodidades, la posible falta de medios. Todas las virtudes, en fin, encuentran en la labor profesional ocasión y motivo para ejercitarse y vivirse, de un modo natural, sencillo, sin cosas raras: *siendo hombres del mundo, sin ser mundanos*.

SANTIFICAR CON LA PROFESIÓN

Si la profesión es medio de santidad para el que la ejerce, es también medio de santificación para todos los cristianos, pues somos *el cuerpo de Cristo y miembros unidos a otros miembros*⁽⁹⁾. Cuando un alma se santifica, todos los demás fieles participan, por la realidad del misterio del Cuerpo Místico, de sus bienes espirituales. Pero, además, el trabajo en sí mismo puede tener una función directamente apostólica, que en nada destruye su naturaleza ni su función propia, sino que, al contrario, le da su pleno sentido. Este es el tercer aspecto del mensaje que el Señor ha querido difundir en el mundo a través de su Obra.

En primer lugar, todo trabajo constituye una aportación al bien de los demás, una ayuda más o menos importante para la sociedad. Y esta contribución al bien común temporal, secular, ya es un paso para acercar a las almas a Dios. *Humanamente el trabajo es fuente de progreso, de civilización y de bienestar. Y los cristianos tenemos el deber de construir la ciudad temporal, tanto por un motivo de caridad con todos los hombres como por la propia perfección personal*. Pero, además, todas las actividades humanas, en la medida en que son vehículos de ideas, sirven para dar doctrina; unas más que otras. En el ejercicio de la profesión, con naturalidad, sin pretender convertir el trabajo en una cátedra de moral, se puede dar siempre esa doctrina.

El apostolado personal descansa sobre la base de la amistad. Sin amistad, que se traduzca en el conocimiento y en la comprensión de los problemas de los demás, es muy difícil acertar con la palabra justa que

(6) Santo Tomás, *In IV sent.*, d. 44, q. 2, a. 1, sol. 1 ad 2.
(7) Preces de la Obra.

(8) San Doroteo, *Doctrinae* 2, 8.
(9) 1 Cor. XII, 27.

una persona necesita, llegar al corazón y a la inteligencia, acercar a otros a Dios. Y el trabajo, al ser ocasión para la amistad, es también ocasión importantísima para el apostolado personal, en esos dos aspectos que deben ir siempre unidos: el del testimonio y el de la doctrina. Por eso el espíritu de la Obra insiste en la necesidad de que los cristianos adquieran, de modo noble y limpio, *el mayor prestigio posible entre sus compañeros de carrera o de trabajo, sea o no intelectual: puesto que este prestigio les permitirá realizar con eficacia el apostolado, por medio de la propia profesión.*

IMPORTANCIA DEL TRABAJO PROFESIONAL

Santificar la profesión. Santificarse en la profesión. Santificar con la profesión. Este es el espíritu de la Obra, que el Padre resume cuando nos dice: *Opus Dei es operatio Dei, trabajo de Dios, trabajo santificante y santificador.* Un ideal de santidad que la Obra ha hecho posible en todo el mundo. *Con el comienzo de la Obra en 1928, mi predicación, ha escrito el Padre, ha sido que la santidad no es cosa de privilegiados. Hemos venido a decir que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas.*

Se comprende, pues, que los que hemos recibido la llamada de Dios a la Obra, tengamos una obligación precisa de buscar la santidad en el ejercicio de la profesión, santificándola y santificando con ella a los demás hombres. Si el *Opus Dei es operatio Dei*, trabajo de Dios, cada uno de nosotros debe ser también *Opus Dei*, trabajo de Dios. La vocación a la Obra nos lleva a vivir *con una dedicación personal al servicio del Señor y, por Él, al servicio de todas las almas sin exceptuar ninguna, en el ejercicio de la propia profesión u oficio, en medio del mundo, al que amamos, cada uno en su propio estado.*

El trabajo viene a ser así como la materia de nuestra santificación. Es, en primer lugar, un requisito indispensable para recibir la llamada; cuando menos, se requiere una disposición para el trabajo, si no ya un hábito estable. De ahí que la laboriosidad es uno de los criterios principales de selección en la labor de proselitismo.

Sin trabajo, no podríamos tampoco vivir nuestra vocación: porque ni podríamos santificarnos, ni santificaríamos a los demás. Y no hasta un trabajo cualquiera, una ocupación como para pasar el rato: debe ser una tarea seria, estable, eficaz; en una palabra: profesional, no

importa su aparente categoría humana. *Sé constante en tu oficio y vive en él, y envejece en tu profesión* ⁽¹⁰⁾.

En la Obra nadie puede, por tanto, carecer de una profesión. Cuando alguna vez, por las necesidades apostólicas de la Obra, alguien tiene que abandonar, casi siempre temporalmente, lo que hasta entonces ha sido su tarea profesional, para dedicarse a las labores internas de formación, de gobierno, o de dirección de las obras apostólicas, esa labor se convierte inmediatamente en su profesión. Es, por otra parte, lo mismo que sucede con relativa frecuencia en la vida corriente: circunstancias económicas, familiares, etc., imponen a muchas personas una ocupación profesional distinta de la que inicialmente habían elegido. *La función de gobierno —nos dice el Padre— se convierte en labor profesional, aunque tengáis que abandonar la medicina, la arquitectura o la labor de investigación. Hasta vuestro descanso —cambio de actividad por una temporada—, la enfermedad y la vejez, cuando llegan, se transforman en labor profesional. Y así no se interrumpe la búsqueda de la santidad, según el espíritu de la Obra, que se apoya, como la puerta en el quicio, en el trabajo profesional.*

Nuestra vida de piedad —los Sacramentos, nuestras Normas y Costumbres— es la tradicional en la Iglesia; los medios que se han empleado desde los inicios del cristianismo para alcanzar la santidad. Pero, a la vez, son prácticas piadosas adecuadas a hombres que trabajan en medio del mundo, en cualquier actividad. Se adaptan, como el guante de goma a la mano, a una vida de trabajo intenso, serio, y nos llevan a conseguir esa unidad de vida, que hace del trabajo oración, y de la oración, fuente de energías espirituales para santificar la labor profesional.

Sin una vida de trabajo no podríamos, en fin, perseverar en el *Opus Dei*. *Si uno viene a la Obra y no trabaja, si no remedia esa inclinación a la holganza, a los dos días está en la calle.* En un antiguo documento de la primitiva cristiandad, se expone con admirable sencillez la necesidad del trabajo: *un hermano, si quiere establecerse entre vosotros, que tenga un oficio, que trabaje y así se alimente. Y si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no haya entre vosotros ningún cristiano ocioso. Caso de que no quiera hacerlo así, es un traficante de Cristo. Estad alerta contra los tales* ⁽¹¹⁾.

Esta necesidad del trabajo para conseguir el fin del *Opus Dei* —la

(10) *Eccl.* XI, 21;

(11) *Didaché* 12, 3-5.

santidad propia y la de los demás —, nos la ha mostrado el Padre con una frase muy gráfica: *tenemos una enfermedad crónica en el Opus Dei, que es el trabajo; una enfermedad contagiosa, incurable y progresiva; no sabemos estar sin hacer nada*¹². Y conforme un alma va adelantando personalmente en nuestro camino, se va haciendo más trabajadora, más santa, más apostólica, por amor a Dios y a todos por Dios.

Por eso pedimos al Señor una vida larga, llena de trabajo, humano y divino, hasta que acabemos agotados, exprimidos, sin poder darnos más porque nos hayamos gastado del todo, en un sacrificio completo, en un holocausto. Tenemos el ejemplo del Señor y el de la Virgen Santísima: una vida de trabajo sin brillo humano, pero con eficacia redentora.

(12) Carta *Meum gaudium*, 15-X-1948, n. 14.

9. EL CAMINO DE LA OBEDIENCIA

Al concluir cada uno de los días de la creación, dice la Escritura que vio Dios ser bueno¹ cuanto había hecho. El Señor se complace en la bondad de cada una de las criaturas que salen de sus manos; y acabada la obra del sexto día, después de hacer al hombre a su imagen y semejanza², vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno³. La Sagrada Escritura dice que aquella obra divina había alcanzado un grado especial de bondad: *valde*, muy bueno.

El hombre es la criatura más perfecta de la tierra. Dios le dotó de razón y de voluntad, *dejándolo en manos de su libre albedrío*⁴; y merced a esa libertad, puede dar a Dios una gloria muy superior a la de las criaturas irracionales, que cumplen sus designios de manera necesaria. *El poder de Dios dirige al rayo, y hace volar sus saetas justicieras. Para ese fin abre el almacén de sus tesoros y hace volar como aves a las nubes. Con su poder las condensa y las desmenuza en pedrezuelas de granizo⁵. Los astros brillan en sus atalayas y en ello se complacen. Los llama y contestan: henos aquí. Lucen alegremente en honor del que los hizo⁶.* Pero sólo el hombre es asociado al señorío de Dios sobre el mundo y toma parte activamente en su gobierno: *hagamos al hombre —dijo Dios— a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las*

(1) Génes. I, 25;
(2) Cf. Génes. I, 26;
(3) Génes. I, 31;
(4) Eccl. XV, 14;
(5) Eccl. XLII, 14-16;
(6) Bar. III, 34 y 35.

bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven en ella⁷.

Además, Dios elevó al hombre al orden sobrenatural, y lo adornó con unos dones que le permitían practicar la virtud sin esfuerzo y vivir sin dolor ni sufrimiento, de modo que, siendo feliz en esta vida, pudiese alcanzar también la felicidad de contemplar a Dios cara a cara: algo totalmente inmerecido, que excede las exigencias de la naturaleza humana. Y le dio este mandato: *de todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres ciertamente morirás*⁸.

LA DESOBEDIENCIA DE NUESTROS PRIMEROS PADRES

Yo, que he considerado mucho este asunto —dice San Agustín—, no tengo palabras para ponderar cuánto me agrada la sentencia que dice que no era nocivo aquel árbol por su alimento; pues el que hizo todas las cosas sobremanera buenas, no instituyó en el paraíso cosa ninguna mala, sino que el mal para el hombre provino de la transgresión del precepto. Pero convenía al hombre que se le prohibiera alguna cosa, pues colocado bajo el Señor Dios, podría de este modo, con la virtud de la obediencia, merecer la posesión de su Señor. Obediencia que puedo decir con seguridad que es la virtud propia de la criatura racional, que actúa bajo la potestad de Dios; y también que el primero y mayor de todos los vicios es el orgullo, que lleva al hombre a querer usar de su potestad para la ruina, y tiene el nombre de desobediencia...

*Por tanto, el árbol no era malo, pero se le llamó del conocimiento de la ciencia del bien y del mal, porque si después de la prohibición el hombre comiera de él, se daría la transgresión del precepto, por la que aprendería en la experiencia de la pena cuánta diferencia hay entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia*⁹.

Por la desobediencia de nuestros primeros padres se introdujo el desorden y el mal en un mundo que es muy bueno, como todo lo salido de las manos de Dios. La desobediencia de Adán ha dejado en nuestra naturaleza, como una huella del pecado original, un principio de rebeldía que tiene su raíz en la soberbia y nos inclina al mal.

Antes de que cometiesen la desobediencia, Adán y Eva agradaban a Dios, y Dios se complacía en ellos; y aunque llevaban un cuerpo

*de condición animal, no sentían en él ningún movimiento rebelde a su voluntad. Debíase esta armonía al orden de la justicia, de modo que habiendo recibido el alma un cuerpo que le estaba sumiso como el alma estaba sumisa al Señor, así el cuerpo les obedecía y prestaba sin resistencia el servicio conveniente para su vida... Mas después que el alma desobediente se apartó de la ley de su Señor con aquella transgresión, comenzó a sentir la rebelión del cuerpo, antes su siervo*¹⁰. Igualmente, los bienes de la tierra se tornarán costosos y habrá que conquistarlos con esfuerzo y fatiga. *Ganarás el pan con el sudor de tu frente*¹¹, dijo el Señor a Adán al expulsarle del paraíso.

LA OBEDIENCIA DE CRISTO

En la promesa de redención que Dios hace, después de la caída, está implícita la necesidad de una reparación proporcionada a aquella desobediencia, origen de todo pecado. *Pues a la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán muchos constituidos justos*¹². Es así como Jesucristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y realizó la redención con su obediencia¹³.

El Señor entra en el mundo en cumplimiento del decreto divino de redención, para reparar, con su obediencia plenamente libre, no debida, nuestra falta de obediencia, porque es imposible que con sangre de toros y de machos cabrios se quiten los pecados. Por eso, al entrar en el mundo, dice: *«Tú no has querido sacrificios ni ofrenda, mas a mí me has apropiado un cuerpo; holocaustos por el pecado no te han agradado, entonces dije: heme aquí que vengo, según está escrito al principio del libro, para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad»*¹⁴. Jesucristo, antes que nada, obedece al decreto del Padre. *Mejor es la obediencia que las víctimas*¹⁵, nos dice la Escritura. Y con razón —comenta San Gregorio— *se antepone la obediencia a las víctimas, porque mediante las víctimas se inmola la carne ajena, y en cambio por la obediencia se inmola la propia voluntad*¹⁶.

(10) San Agustín, *De pecc. mer. et remis.* 2, 22, 36;

(11) Genes. III, 19;

(12) Rom. V, 19;

(13) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 3;

(14) Hebr. X, 4-7;

(15) Ps. XXXIX, 7-9;

(16) 1 Sam. XV, 22;

(17) Moral. 14.

(7) Genes. I, 26;

(8) Genes. II, 16 y 17;

(9) *De Genes. ad lit.* 8, 6, 12;

Así, desde sus primeros días sobre la tierra, Aquel a quien los *vientos y el mar obedecen*¹⁸, Jesucristo, nos enseña que el camino del bien y de la salvación está en obedecer. Hoy que el ambiente está lleno de desobediencia, de murmuración, de trapisonda, de enredo, hemos de amar más que nunca la obediencia, hijos míos. ¿Habéis visto cómo se obedece, a veces, por ahí? ¡Qué pena! Todo lo quieren poner en tela de juicio. Aun en la vida de entrega a Dios, hay algunas personas para quienes todo es ocasión de disquisiciones: si pueden los superiores mandar esto, si pueden mandar lo otro, si pueden mandar aquí, si pueden mandar allá... En el Opus Dei sabemos esto: se puede mandar en todo —con el máximo respeto a la libertad personal, en materias políticas y profesionales—, mientras no sea ofensa a Dios.

La necesidad de obedecer no deriva sólo de una razón de eficacia organizativa: no responde sólo a un motivo de abnegación: la entrega de la propia voluntad, lo más difícil de dar, porque es lo que de más íntimo hay en nosotros; no responde siquiera únicamente a una razón de amor, aunque por amor dejamos obedecer. La necesidad de la obediencia —por encima de toda consideración humana, de toda razón de conveniencia— radica en que forma parte del misterio de la Redención, es parte capital de la economía de nuestra salvación. Las causas son similares a sus efectos. La desobediencia de nuestros primeros padres, que tiene razón de injusticia, constituye pecadores e injustos. Y la obediencia de Cristo, que tiene razón de justicia, constituye justos¹⁹.

El que pretendiera poner límites a la obediencia, limitaría su posibilidad de unión con Jesucristo Redentor, porque habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo, el cual, teniendo la naturaleza de Dios, no fue por usurpación el ser igual a Dios, y no obstante, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo²⁰. Por eso, quien aspira a una vida cristiana plena, no se satisface sólo con cumplir lo moralmente preceptuado, sino que tiene hambre de obedecer —a semejanza de Cristo— por encima de lo estrictamente obligatorio, con deseos de corregir: siendo en verdad libre de todos, de todos me hice siervo, para ganar almas²¹. Así es la entrega en la Obra: quien venga a la Obra de Dios ha de estar persuadido de que viene

a someterse, a anonadarse: no a imponer su criterio personal. En una palabra: que ha de decidirse a hacerse santo²². El camino de la santidad no puede ser distinto del que siguió Cristo.

PLENITUD DE LA OBEDIENCIA

Con este afán de obedecer, atajamos en su raíz lo que fue causa del pecado original y está en la base de todos los pecados personales: la soberbia. Es propio del soberbio seguir su propia voluntad, porque el soberbio busca la grandeza, a la que pertenece no ser regulada, sino regular a los demás. La obediencia, por tanto, contraria a la soberbia. Por eso San Pablo, queriendo mostrar la perfección de la humildad de la pasión de Cristo, dice que «se hizo obediente»²³⁻²⁴.

Es por tanto una virtud básica, en cierto modo, la madre y tutora de todas las demás virtudes de la criatura racional²⁵; e inversamente, el mal no es otra cosa que la desobediencia a Dios²⁶. El que obedece vive necesariamente todas las demás virtudes, siendo la caridad misma un precepto que ha de obedecerse: el mandamiento nuevo. De ahí que sólo una cosa hay que buscar con todo empeño: que se cumpla lo que se dice y que la obediencia se muestre por las obras. Entonces, si lo habremos conseguido todo²⁷. Pues el que guarda mis mandamientos —dice el Señor—, me ama²⁸.

En cierto sentido, la obediencia lo comprende todo. Por eso el Señor podía decir: mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado²⁹. Esa fue su vida y, con tal modelo, ¿cómo no habremos de amar esta virtud? Fijaos si es necesaria la obediencia para un hijo de Dios en su Opus Dei: ¡si el Señor mismo ha venido para obedecer, y ha pasado la mayor parte de su vida sujeto a dos criaturas, Santa María, nuestra Madre, y aquel varón justo, José! ¿Cómo no vamos a obedecer, si vemos que Jesús ha hecho que se escriban de Él, en poquísimas palabras, dos biografías, que son un compendio de obediencia? Una dice esto: erat subditus illis (Luc. II, 51); y otra dice esto: obediens usque ad mortem (Philip. II, 8).

(18) *Matth.* VIII, 27.

(19) Santo Tomás, *Super Epist. ad Rom.* V, 8, lect. 3.

(20) *Philip.* II, 5-7.

(21) *I Cor.* IX, 19.

(22) Instrucción, 1-IV-1934, n. 17.

(23) *Philip.* II, 8.

(24) Santo Tomás, *Super Epist. ad Philip.* II, 8, lect. 2.

(25) San Agustín, *De civ. Dei* 14, 12.

(26) San Juan Crisóstomo, *In Matth. hom.* 39, 3.

(27) *Ibid.*, 17, 7.

(28) *Joann.* XIV, 21.

(29) *Joann.* IV, 34.

Porque el Señor no obedeció sólo en lo fácil, sino que «aprendió por las cosas que padeció a obedecer»⁽³⁰⁾; es decir, lo grave que es obedecer, pues obedeció en cosas gravísimas y difícilísimas: hasta la muerte de cruz⁽³¹⁾. Y ante la inminencia de la pasión rogaba al Padre: Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú⁽³²⁾. Y cuán grande y encomiable sea esta obediencia es cosa clara, porque la obediencia es grande cuando sigue el mandato de otro contra la propia tendencia. Y el movimiento de la voluntad humana tiende a dos cosas: a la vida y al honor. Mas Cristo no rehuyó la muerte; «Cristo murió una vez por nuestros pecados»⁽³³⁾; ni se apartó de la ignominia: «sufrió muerte, y muerte de cruz»⁽³⁴⁾, que es la más afrentosa de todas las muertes⁽³⁵⁾. Por lo cual, continúa San Pablo, Dios también le ensalzó y le dio un nombre superior a todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para la gloria del Padre⁽³⁶⁾.

Nosotros, que queremos seguir sus mismas pisadas, hemos de preguntarle, para aplicarlo a nuestra propia vida: Jesús, ¿cómo obedeciste tú? Usque ad mortem, mortem autem crucis (Philip. II, 8). Hasta la muerte y muerte de cruz. Hay que obedecer, cueste lo que cueste; dejando el pellejo. Nunca sucederá esto ordinariamente; pero si llega, no te preocupes: hasta eso llegó Jesús.

Hijos míos, en estos treinta y seis años —decía el Padre en mil novecientos sesenta y cuatro— he visto entre vuestros hermanos muchos actos heroicos, y muchas veces he tenido la impresión de vivir entre santos, capaces de obedecer usque ad mortem, mortem autem crucis. He visto a hermanos vuestros hacer serenamente, dándose perfecta cuenta de que se jugaban la vida, actos de obediencia maravillosos, por la Iglesia Santa, por el Romano Pontífice, por servir. Que hemos de obedecer, servir. ¡No hay mejor señorío que saberse en servicio, en servicio voluntario! Así es como se ganan los grandes honores, los de la tierra y los del cielo.

Si estamos por amor dedicados a servir, en este servicio que

es guerra de paz, que es siempre de amor y de alegría, a costa de nuestra vida entregada. ¡vamos, como El, a obedecer en la Cruz! Si no, no va. Y cuando sintamos el orgullo que barbota dentro —¡la soberbia!—, que nos hace creer que somos unos superhombres, será el momento de decir: ¡no! Y así, hijos de mi alma, quizá podrán decir de nosotros que hemos procurado ser buenos hijos de Dios; que hemos pasado por la tierra con errores, pero haciendo el bien; que hemos luchado por obedecer. Y cuando venga la muerte, que vendrá inexorable, la acogeremos con gozo, como hemos visto morir a algunos de vuestros hermanos, con alegría; porque como Cristo resucitaremos; y si le hemos imitado en el bien, en la obediencia y en la Cruz, recibiremos el premio de su Amor: surrexit Dominus vere! (Luc. XXIV, 34). ¿Veis? Venció a la muerte.

(30) Hebr. V, 8;

(31) Santo Tomás, *Super Epist. ad Hebr.*, V, 8, lect. 2;

(32) Matth. XXVI, 40;

(33) 1 Petr. III, 18;

(34) Philip. II, 8;

(35) Santo Tomás, *Super Epist. ad Philip.*, II, 8, lect. 2;

(36) Philip. II, 9-11.

10. HUMILDAD Y CARIDAD

Dos amores fundaron dos ciudades: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial. La primera ciudad se gloria en sí misma, y la segunda en Dios¹.

No podemos dejar de amar; el amor es tendencia natural, impulso de vida. Y radicalmente sólo hay dos amores posibles: o se ama el bien en sí mismo, porque es digno de ser amado, y entonces —al menos implícitamente— amamos a Dios, Bien Supremo, sobre todas las cosas, y a todo lo demás porque participa de su bondad; o amamos lo que nos reporta una ventaja, o nos gusta, o se acomoda a nuestro interés, y entonces nos amamos a nosotros mismos sobre todas las cosas, y amamos a las cosas —y al mismo Dios— egoístamente, porque nos procuran una satisfacción. Todos los posibles amores se reducen a uno de estos dos, y según se oriente la voluntad en uno u otro sentido, el alma se hace recta o se torna soberbia, tiende al Señor o se contra desordenadamente en sí misma, construye la ciudad de Dios, el templo del Espíritu Santo, o el triste reducto del amor propio, la capilla de la propia idolatría.

Por eso, por la polaridad inevitable del amor, necesitamos esas dos virtudes capitales, que son la humildad y la caridad. Nos hace falta la humildad, disposición estable —virtud— que evita el amor desordenado a la propia excelencia; y nos hace falta la caridad, fuerza permanente, dirección positiva hacia Dios. Sin caridad, faltaría el mo-

tor y la recta ordenación de la humildad, pues, como el amor no puede carecer de sentido, recaería sobre uno mismo; sin humildad, no habría la buena disposición indispensable, el vacío interior necesario para que la caridad llene el alma: *¿qué puede entorpecer la caridad?*, dice nuestro Padre: *la soberbia*. Por el contrario, la caridad nos saca de nosotros mismos, y engendra humildad; y afirmándose la humildad, la caridad actúa más fácilmente. *La mota de la caridad es la humildad².*

CONOCIMIENTO PROPIO

La humildad dispone para acercarse libremente a la consecución de los bienes espirituales y divinos³. Es el fundamento de la caridad, porque sólo quien conoce su propia nada busca los tesoros de Dios, y levanta sobre roca el edificio espiritual. Muchas caídas totales responden a haber puesto la confianza en uno mismo; y cuando el fracaso demuestra la vanidad de esa confianza, ya no hay apoyo y todo se derrumba.

Con la humildad nos vemos como somos — *un trapo sucio, un gusano, delante de la grandeza de Dios* —, sin que entonces la mala voluntad enturbie la mente o deforme las cosas. La humildad es la base indispensable de un buen examen.

Lleva la humildad a la contrición, porque descubre los pecados, las faltas de amor, y mueve a pedir perdón sinceramente, lo mismo que hizo aquel publicano de la parábola, al conocerse cómo era: miseria, sin paliativos. Al mismo tiempo hace que ese dolor no sea nunca desesperación, sino que esté lleno de confianza en Dios. *Porque es infinitamente bueno, por eso disculpa nuestros errores y por eso agradece nuestra rectificación, nuestra renovación continua, nuestro empeño por parecernos a El, por acercarnos a El.*

Desaparece todo atractivo personal, toda tentación de amarse uno mismo, cuando la humildad nos muestra que no hay de qué. Al cerrar la puerta del corazón al propio yo, facilita la elevación del amor a Dios. San Agustín lo escribió así: *no irás a aquél que no se atrevía a levantar los ojos al cielo, oprimido por el peso de su maldad, sino a Aquél que descendió del cielo arrastrado por el peso de la caridad. No irás a aquélla que regó los pies de su Señor con lágrimas, buscando el perdón de sus*

(1) San Agustín, *De civ. Dei* 14, 28;

(2) San Agustín, *De sermone virg.* 51;

(3) Santo Tomás, *S. Th.* 11-11, q. 161, a. 6 ad 4;

graves pecados, sino a Aquél que después de concederles el perdón de sus pecados lavó los pies a sus siervos... No te propongo como modelo al publicano que se acusaba humildemente de todos sus pecados, pero temo en ti al fariseo que se jactaba orgullosamente de sus méritos. No te digo: sé como aquélla de quien se dijo: se le han perdonado muchos pecados porque amó mucho; pero temo que ames poco porque juzgas que se le ha perdonado poco⁴.

La humildad descubre, además, que todo lo bueno que hay en nosotros es de Dios, no nuestro, porque de su plenitud hemos recibido todos⁵. El que es humilde de verdad no ignora sus cualidades personales, pero no las toma como pedestal: son dones que debe poner al servicio de Dios y del prójimo. *La humildad, que la Obra exige, es algo muy interior, algo que deriva directamente del coloquio contemplativo que mantenemos con el Señor sine intermissione* (I Thes. V, 17). *Es el hondo sentimiento de que Dios Nuestro Padre es quien hace todas las cosas, con estos pobres instrumentos que somos cada uno de nosotros —servi inutiles sumus* (Luc. XVII, 10)—, que juega con cada uno de nosotros como con unos niños: *ludens in orbe terrarum et deliciae meae esse cum filiis hominum* (Prov. VIII, 31)⁶.

Y si el conocimiento de la propia miseria lleva a pedir perdón a Dios, saber que los dones recibidos exigen entrega mueve al agradecimiento y a la responsabilidad, porque muestra lo mucho que nos ama el Señor. Continuamente —decía San Pablo— *estoy dando gracias a Dios por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Jesucristo, porque en El habéis sido enriquecidos con toda suerte de bienes*⁷. La humildad nos da compunción, dolor de amor; y la humildad nos vuelve también agradecidos, enciende el amor porque nos hace sentirnos amados.

COMPRENSIÓN CON LOS DEMÁS

Abierto por la humildad el camino del amor de Dios, el amor también llegará hasta el prójimo. Ante los defectos de los demás —a veces patentes— la humildad no se escandaliza, de nada se extraña, todo lo comprende. *No hay pecado —escribe San Agustín— ni crimen cometido por otro hombre, que yo no sea capaz de cometer por razón de mi fragili-*

dad; y si aún no lo he cometido es porque Dios, en su misericordia, no lo ha permitido y me ha preservado en el bien⁸.

Pero si en uno mismo la humildad hace ver incluso la falta de rectitud de intención, en los demás no sucede así. Ni siquiera los ángeles pueden ver la falta de rectitud de intención en otro, con certeza, porque sólo Dios penetra los corazones. Se pueden ver —y comprender— las flaquezas del prójimo, pero hay un muro que impide conocer su intención. Así es que el término de comparación que tenemos —el propio yo, con malicia en la intención incluso— no puede más que beneficiar a los demás, que resultan siempre —al menos porque su intención no se conoce— probablemente mejores que uno mismo.

La humildad facilita también la acción positiva de la caridad. La recta disposición hacia el verdadero bien —hacia Dios— sabe encontrar en los demás muchas cosas buenas, que son de Dios y de Dios vienen. Cuando uno atribuye a sí mismo las cosas buenas que tiene, y las ama en cuanto son suyas —así lo piensa—, las cosas de los demás se presentan como algo ajeno, que ni viene de mí, ni me favorece; no hay razón alguna para amarlas. Si acaso, la hay para envidiarlas, porque el otro tiene lo que a mí me falta. *No podemos creernos el centro, de modo que pensemos que todo debe girar alrededor de nosotros. Y lo peor es que, si caes en este defecto, cuando te digan que eres soberbio, no te lo creerás; porque mientras el humilde se cree soberbio, el soberbio se cree humilde*.

¡Qué distinta es la perspectiva del alma humilde! Ama lo bueno, porque viene de Dios; lo de menos es quien lo tenga. Ama igual la virtud propia y la ajena, pues todo tiene en el Señor origen común; siente la hermandad que supieron vivir los primeros cristianos: *nada tenían que no fuese común para todos ellos; vendían sus posesiones y demás bienes y los repartían entre todos*⁹.

Pero va todavía más allá la humildad, porque hace que se agradezcan mejor las atenciones, las delicadezas que tienen con nosotros, y que nos veamos más obligados a quererles. Por el contrario, al soberbio todo le parece poco; ni siquiera advierte —cuando no interpreta mal— la misma caridad de sus hermanos, porque *la soberbia puede hacer que la caridad de los demás no nos entre en el corazón, y nos sintamos solos. Vedlo claro, hijos míos*.

(4) San Agustín, *De sancta virg.* 37;

(5) *Ioann.* 1, 16;

(6) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 31;

(7) *1. Cor.* 1, 4;

(8) San Agustín, *Confess.* II, 7;

(9) *Act.* II, 44-45;

CONDICIÓN DE GRACIA Y EFICACIA

La humildad atrae también la gracia y el amor de Dios, que perdona y olvida nuestros pecados. ¡Qué claro está en la parábola del publicano! Después de una oración humilde, aquel hombre volvió a su casa justificado⁽¹⁰⁾, porque Dios llena de caridad al alma humilde, abierta de par en par a su acción. Se puede entonar, entonces, en honor del Señor, aquel himno que brotó del corazón de nuestra Madre: *hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazón de los soberbios; derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes; colmó de bienes a los menesterosos y a los ricos los despidió sin nada*⁽¹¹⁾. Por todo eso nos dice el Padre: *¡qué eficaces seremos, si no perdemos la humildad, si no perdemos este propio conocimiento!*

Suelo poner el ejemplo del polvo que es elevado por el viento hasta formar en lo más alto una nube dorada, porque admite los reflejos del sol. De la misma manera, la gracia de Dios nos llena altos, y reverbera en nosotros toda esa maravilla de bondad, de sabiduría, de eficacia, de belleza, que es Dios. Si tú y yo nos sabemos polvo y miseria, poquita cosa, lo demás lo pondrá el Señor. Es una consideración que me llena el alma⁽¹²⁾.

La humildad es el presupuesto necesario de la caridad. Sin humildad no hay caridad posible, ni buena disposición, ni rectitud para el amor. Si falta humildad, no hay verdadero amor a Dios; no hay más que amor propio, al que todo se subordina. Sin humildad, falta la docilidad del alma a la gracia, y sin gracia no existe verdadero amor, ni a Dios, ni a nosotros, ni a los demás. *¡Humildes, humildes! Porque sabemos que en parte estamos hechos de barro, y conocemos un poquito de nuestra soberbia y de nuestras miserias... y no lo sabemos todo. ¡Que descubramos lo que estorba a nuestra fe y a nuestra esperanza y a nuestro amor!*⁽¹³⁾.

CARIDAD TEOLÓGICA

Por la humildad no ponemos el amor donde no está el verdadero bien; por la caridad, lo ponemos en Dios, Bien Supremo y único del que todas las criaturas participan. Luego la caridad es necesaria para conservar la humildad, igual que para no retroceder la solución no es pararse, sino caminar hacia adelante.

(10) Luc. XVIII, 14.

(11) Luc. I, 51-53.

(12) Carta *Videns* aos, 26 III-1931, n. 4.

(13) *Ibid.*, n. 6.

La caridad es una virtud teológica —tiene por objeto directamente a Dios—, y hace amar *sub ratione deitatis*: a Dios porque es Dios, plenitud de perfecciones, amabilísimo; y a nosotros y a los demás, porque participamos de su bondad y su belleza.

Primero, amor al Señor sobre todas las cosas. A Dios se le ama en Sí mismo y por Sí mismo, con pleno desinterés y de manera absoluta, porque absorbe toda capacidad de amor, lo quiere todo. Y el amor de Dios nos da todo lo que el amor necesita: *sacia sin saciar*. En ese amor a Dios, absoluto, con olvido y con desprecio del yo, está la vida: *el que ama su alma la perderá, mas el que aborrece su alma en este mundo, la conservará para la vida eterna*⁽¹⁴⁾.

Luego, amor a los demás, que no consiste en someterlos al interés o a la utilidad personal: si me han hecho, si me han dicho, si me quieren, si me comprenden... Los demás son de Dios y para Dios, y no he de pretender que me sirvan a mí; lo que importa es que sirvan al Señor, y se santifiquen y sean felices. *La mayor parte de los que tienen problemas personales, los tienen por el egoísmo de pensar en sí mismos. ¡Darse, darse, darse! Darse a los demás, servir a los demás por amor de Dios: éste es el camino.*

La caridad verdadera —amor desinteresado— se basa en un fundamento indestructible: Dios, que está siempre por encima de simpatías y afinidades; Dios, que está siempre en cada uno de algún modo, puesto que cada hombre —a excepción de los condenados— o es santo o tiene la posibilidad de serlo. Querer bien a los demás es querer para ellos el Bien. Quien vea en el prójimo simplemente un escalón para sus propios intereses, o un servidor de sus caprichos, no puede amarlo; se ama a sí mismo. Por eso, *un hombre imbuido de soberbia es incapaz para el apostolado*, que es un verdadero modo de querer al prójimo, porque es acercarle a Dios.

EL ORDEN DEL AMOR

Se ha escrito mucho sobre si debemos amarnos a nosotros mismos más que a los demás. En la práctica la cuestión no ofrece dificultad ninguna. El Señor, que tuvo buen cuidado de repetirnos la necesidad de amar al prójimo, de amarlo como El mismo nos amaba, diciendo incluso que esto, con el amor de Dios, era todo el resumen de su Ley, no sintió en ningún momento la necesidad de recomendar que nos amáramos a noso-

(14) Juan. XII, 25.

tros mismos, sino más bien todo lo contrario. En la práctica, tenemos tendencia a amarnos demasiado a nosotros mismos, y muy poco a los demás. Y es cierto que debemos amarnos, pero con orden, con rectitud, por la misma razón que motiva el amor al prójimo —*sub ratione deitatis*—, porque somos de Dios y para Dios. De ahí que debamos querer para nosotros lo que realmente es bueno, la santidad. Y a Dios —a la santidad— se llega precisamente por el camino de la caridad: por la renuncia, la entrega, el olvido de sí. Nuestro verdadero bien consiste precisamente en vivir para Dios y para los demás. Nos amamos lo suficiente si procuramos no pensar en nosotros, si procuramos hacer de nuestra vida un verdadero holocausto de amor a Dios y al prójimo por Dios.

No se puede aplicar el antiguo aforismo —la caridad bien entendida empieza por uno mismo— para encubrir egoísmos, para dar pasaporte teológico a una soberbia escondida. Por eso, nuestro Padre ha querido aclararnos en la práctica este problema: *éste es el orden de la caridad: Dios, los demás y yo.*

*¿Qué hemos de elegir —dice San Agustín— para amarlo con predilección sino lo mejor que hallemos? Y éste es Dios. Si en nuestro amor le antepone algo o lo igualamos con Él, no sabemos amarnos a nosotros mismos: porque tanto mejor nos ha de ir cuanto más nos acerquemos a Aquél que es el mejor de todos*¹⁵. Paralelamente, no sabemos tampoco amarnos a nosotros mismos, cuando no procuramos amar más a los demás, en Cristo, que es donde formamos una sola cosa, donde los datos del problema cambian, porque ya no son los demás, sino que son Cristo.

Este es el camino: el que no tiene problemas personales es feliz. Si queréis el secreto para ser felices: daos, sin esperar que os lo agradezcan.

Por si fuera poco, tan grata es la caridad a los ojos de Dios, que merece las mayores bendiciones del Señor, y vienen con ella todas las virtudes, fundamentadas en el cimiento seguro de la humildad. *Darse al servicio de los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría.*

UNIÓN DE LA HUMILDAD Y DE LA CARIDAD

Humildad, base de la caridad. Caridad, fin de la humildad. Se atraen una a otra, se ayudan mutuamente, se complementan.

(15) San Agustín, *Epíst.* 155, 4.

En toda falta de caridad anda también oculta una falta de humildad. Cuando es poco el amor a Dios y a los demás —faltas de piedad, de fraternidad, de celo apostólico—, como el amor no puede quedar sin objeto, el alma se repliega sobre sí misma: aparecen la comodidad y el egoísmo calculador, que buscan en todo compensaciones, que llevan a hacer las cosas sólo por la satisfacción que proporcionan, que empujan a anteponer la propia excelencia a la de los demás y aun a la de Dios. Si falta el diálogo con Dios, irremisiblemente aparece el monólogo, y uno se hace el centro de todos sus pensamientos y afectos.

Las faltas de humildad van acompañadas también de falta de caridad. El que se encierra en sí mismo, roba a Dios y a los demás el amor que les debe; cuando busca la propia excelencia, no tiene en cuenta ni la gloria de Dios ni los talentos del prójimo; lo atropella todo, avasalla, juzga subjetivamente. Mientras se ocupa de sí, deja de ocuparse del Señor y de las almas: falta a la caridad al menos por omisión. *¿Eres humilde de verdad? ¿Eres capaz de mortificar tu amor propio, por caridad? ¿Eres capaz de pasar por esas humillaciones que te pide Dios, en cosas que no tienen importancia, que no oscurecen la verdad? Pídele a Nuestro Señor que te conceda la humildad, porque con los años la soberbia aumenta, si no se corrige a tiempo.*

Cuando se trata de mejorar en caridad, hay también que mejorar en humildad. Pensar más en Dios y en los demás, y menos en sí mismo. Son dos platillos de una balanza: uno sube, cuando baja el otro. Si nos advierten la necesidad de afinar más en caridad, hay que hacer también examen de humildad, bajar la propia valoración, y fomentar el dolor y la penitencia.

Cuando la humildad y la caridad van de la mano, el alma es sencilla, espontánea, piadosa, comprensiva, alegre. *La caridad no tiene envidia..., no se ensoberbece..., no busca sus propios intereses..., no piensa mal*¹⁶.

Para mejorar en humildad —y siempre tendremos esta necesidad, porque el amor propio no se va hasta una hora después de haber muerto— hay que procurar crecer en caridad. De ahí que, al mismo tiempo que se adoptan las medidas convenientes —sobre todo pedir insistentemente al Señor *el propio conocimiento, que nos lleva como de la mano a la humildad*¹⁷—, sea preciso incrementar la piedad, pensar

(16) I Cor. XIII, 4-5;
(17) *Camino* n. 609.

en los demás, servirles, procurar hacerles el camino de Dios más amable, practicar la corrección fraterna, pedir y mortificarse por ellos: y es necesario también fomentar el ansia de apostolado, meter en todo una intención apostólica. Así se acaban los problemas personales y las complicaciones del yo: deja de haber yo, cuando hay Dios y hay demás.

Tenemos el ejemplo de Nuestra Madre: *porque puso los ojos en la humildad de su esclava...*¹⁸, por eso el Señor la hizo *gratia plena*¹⁹, llena de gracia, de amor. Porque vio su humildad, Dios —*Deus caritas est*²⁰— hizo de Ella su habitación y su trono. Que Santa María nos alcance, por el poder de su intercesión, la gracia de una humildad profunda que sustente una ardiente caridad.

(18) Luc. I, 48;

(19) *Ibid.*, 28;

(20) I. Joann. IV, 8.

13. FILIACION Y FRATERNIDAD

*Mirad qué amor hacía nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos*¹. Lo hemos considerado muchas veces, y siempre nos ha movido a una mayor correspondencia: *amémos, pues, a Dios, ya que Dios nos amó el primero*². Puesto que El nos ha querido como Padre, querámosle nosotros como hijos, con ternura, con entrega, con piedad.

Y como el amor de Dios es difusivo, conseguida se extiende a todo lo que el Señor ama, y del mismo modo que lo ama El. *Queridos míos, si así nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros*³, porque ésta es la señal de que vivimos como hijos de Dios: *amémonos los unos a los otros, porque la caridad procede de Dios; y todo aquél que ama así, es hijo de Dios y conoce a Dios*⁴.

El sentido sobrenatural nos hace ver en cada persona a Cristo, el Unigénito del Padre. *El alma del cristiano es un verdadero templo de Cristo: adórnala, vístela, ofrécele tus dones, recibe a Cristo en ella*⁵. Es una consecuencia tan necesaria del amor a Dios, de la filiación divina, que es su garantía: *el que no ama a su hermano a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle? Y tenemos este mandamiento de Dios: que quien ama a Dios, ame también a su hermano*⁶.

(1) I. Joann. III, 1;

(2) *Ibid.*, IV, 19;

(3) *Ibid.*, 11;

(4) *Ibid.*, 7;

(5) San Jerónimo, *Epist.* 58, 7;

(6) I. Joann. IV, 20-21;

Dios es nuestro Padre. Nos ha creado, nos ha hecho nacer a la vida de la gracia, a la vida sobrenatural de hijos suyos, y nos gobierna, se ocupa de nosotros, en este regreso al hogar paterno en que consiste nuestra vida. Pero no se satisface el Señor con hacernos buenos. Como enseña Santo Tomás, *es más perfecta una cosa que, además de ser buena en sí misma, pueda ser causa de la bondad de otras, que si únicamente fuese buena en sí misma*. Y por eso —porque nos quiere no sólo buenos, sino muy buenos—, Dios, al gobernar a las criaturas, *hace participar a algunas de ellas en el gobierno de las otras* —en ese conducir las hacia el fin, facilitando los medios oportunos—; *como un maestro que no sólo enseña a sus discípulos, sino que los hace además capaces de enseñar a otros*⁷.

De esta manera, Dios hace que todos participemos de esa paternidad suya del espíritu, por lo menos en el apostolado y en el proselitismo. Pero para algunas almas el Señor ha querido esa paternidad de un modo más alto y más completo. Esta realidad hacía exclamar a San Pablo, dirigiéndose a los fieles de Corinto: *aun cuando tengáis millares de maestros en Jesucristo, no tenéis muchos padres, pues soy yo el que os he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio*⁸.

Lo mismo ha ocurrido en el Opus Dei, pues Dios Nuestro Señor, al inspirarlo, quiso para nuestro Fundador una paternidad espiritual, destinada a configurar uno de los rasgos más íntimos de nuestra llamada, capaz de fundir en una gran familia a personas de toda edad, lengua, raza o condición: *una familia sobrenatural, por cuyas venas corre la misma sangre, la de Cristo*.

No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor de quien procede toda paternidad, toda familia, en los cielos y en la tierra (Ephes. III, 15 y 16), *por haberme dado esta paternidad espiritual que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre*⁹.

La gracia de Dios dispuso el alma sacerdotal de nuestro Padre, haciéndola a la medida del Corazón de Cristo: abierta a la multitud que el Señor quería llamar a su Obra en el transcurso de los tiempos. Al

principio —nos ha dicho— *esto parecía muy fácil. La misión era universal y ya os tenía presentes a todos; pero entonces éramos pocos y temí alguna vez que, al crecer el número de mis hijos, no fuera posible querer a todos con aquel mismo cariño intenso —sobrenatural y humano—, pero os aseguro que el Señor ha dilatado mi corazón y que puedo dirigirme a vosotros con aquellas palabras del Apóstol: os nostrum patet ad vos... cor nostrum dilatatum est* (II Cor. VI, 11); *el amor hace que mi boca se abra tan francamente, y que se haga grande mi corazón: porque os quiero, a cada uno de vosotros, como si fueseis mi único hijo*. Dios es testigo de cómo os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús (Philip. I, 8).

Esta realidad sobrenatural hace que nuestro Padre pueda decirnos que somos hijos de su oración y de su mortificación, y hace también que sea verdaderamente nuestro Padre, con lazos más fuertes que los de la sangre, con más sacrificio por su parte, con más ventajas para nosotros —la herencia del Cielo nos viene por conducto del Padre—, con más semejanza —la de nuestro espíritu: *identidad de unos con otros y de todos con Cristo*—, y, por todo eso, con más obligación de corresponder.

ESPIRITU DE FILIACIÓN

*Nueve cosas alabo en mi corazón, y la décima la diré con mi lengua: el varón superviviente en sus hijos*¹⁰. Nuestra filiación al Padre, nuestro cariño, no es una circunstancia casual, debida a un episódico desbordamiento de afecto. Ese sentimiento filial, que nos une a todos, pertenece a la entraña más honda de nuestro espíritu, enlaza con nuestra filiación divina, y nos hace tener verdaderamente *un solo corazón y una sola alma*¹¹. Así se nos enseñó en la Obra desde el primer momento, y comenzamos a vivirlo con la naturalidad propia de una verdadera familia. Incluso antes de conocerle personalmente, el corazón guardaba como un tesoro aquel cariño de hijos.

La filiación al Padre es parte integral y esencial del espíritu del Opus Dei, como lo son la sencillez y el amor a la libertad personal, o el sentimiento de nuestra filiación divina. Nació con el primer latido de nuestra familia y no faltará mientras la Obra exista sobre la tierra. Nuestra correspondencia y nuestro agradecimiento se han de traducir,

(7) Santo Tomás, 3.ª T.ª, I, q. 103, a. 6;

(8) I Cor. IV, 15;

(9) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 23;

(10) Eccl. XXV, 9;

(11) Act. IV, 32;

principalmente, en pedir y sacrificarnos por el Padre, para que sea bueno y fiel, en identificarnos con sus intenciones, en vivir plenamente el espíritu que Dios le ha dado para nosotros. *Procurad ser muy fieles, hijos. Cuando pasen los años no os creeréis lo que habéis vivido; os parecerá que habéis soñado. ¡Cuántas cosas buenas y grandes y preciosas vais a ver!... Os aseguro que seréis felices, aunque a veces tengáis que sufrir. Además, os prometo el Cielo. Basta que seáis fieles, aunque a veces haya dolor. Si alguna vez tenéis un bajón, ánimoos y no os preocupéis. Descansad, obedeced al médico, comed, dormid, y no me hagáis padecer, que os quiero mucho y sufro; no por mí, sino por Jesús. Sed fieles, hijos.*

Nuestro amor sobrenatural al Padre tiene además manifestaciones humanas, de cariño: le queremos con nuestro corazón de carne —no tenemos otro—, y vivimos todos los detalles propios de la relación de los hijos con su padre: le escribimos, celebramos con alegría su santo y su cumpleaños, como se hace en cualquier hogar cristiano; nos ilusiona verle y estar a su lado, y procuramos siempre darle todas las alegrías posibles.

Además, dentro del Opus Dei no existen títulos ni tratamientos especiales —no los hay en una familia—, y por eso llamamos Padre a nuestro Presidente General. El carácter familiar envuelve todo nuestro trato.

Hijos míos —nos ha dicho alguna vez—, os tengo que hacer una consideración que, cuando era joven, no me atrevía ni a pensar ni a manifestar; y me parece que ahora debo deciroslo. En mi vida, he conocido ya a varios Papas: cardenales, muchos; obispos, una multitud; ¡Fundadores del Opus Dei, en cambio, no hay más que uno!, aunque sea un pobre pecador como soy yo; bien persuadido estoy de que el Señor escogió lo peor que encontró, para que así se viera más claramente que la Obra es suya. Pero Dios os pedirá cuenta de haber estado cerca de mí, porque me ha confiado el espíritu del Opus Dei, y yo os lo he transmitido.

Os pedirá cuenta por haber conocido a aquel pobre sacerdote que estaba con vosotros, y que os quería tanto, tanto, ¡más que vuestras madres! Yo pasaré, y los que vengan después os mirarán con envidia, como si fuerais una reliquia; no por mí, que soy —insisto— un pobre hombre, un pecador que ama a Jesucristo con locura; sino por haber aprendido el espíritu de la Obra de labios del Fundador.

CARIÑO FRATERNAL

El amor a Dios es inseparable del amor a los que son hijos de Dios; si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso⁽¹²⁾. De modo análogo, tampoco sería verdad que amamos a nuestro Padre, si no quisiéramos también a todos nuestros hermanos, sin excepción. Hijos de Dios, hemos de tener amor para todas las gentes, pero mayormente para aquéllas que son mediante la fe de la misma familia que nosotros⁽¹³⁾; especialísimamente para todos aquéllos que tienen el lazo de la fraternidad, por ser hijos de una misma Madre, la Obra.

Tenemos que querernos como el Padre nos quiere. Para ser buenos hijos del Padre es necesario que seamos buenos hermanos. La unión con el Padre nos reúne a todos en su corazón, nos identifica y nos fortalece. *En tus empresas de apostolado no temas a los enemigos de fuera por grande que sea su poder. Este es el enemigo imponente: tu falta de «filiación» y tu falta de «fraternidad»⁽¹⁴⁾. La eficacia de nuestro apostolado está también en función de esta unidad, y para llegar a esa unidad sólo hay un camino: no tener, aun siendo muchos, sino un solo corazón⁽¹⁵⁾, sintiendo todos una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos⁽¹⁶⁾. Es precisamente la filiación con el Padre lo que nos da esa comunidad de espíritu, lo que nos da a todos, siendo distintos, el mismo aire de familia —*cor unum et anima una*⁽¹⁷⁾— que provoca de un modo fácil el cariño.*

Del mismo modo que la filiación, también la fraternidad es un amor sobrenatural —sobrenaturalmente somos hermanos—, que se traduce principalmente en ayudarnos a ser santos, con oración, mortificación, el buen ejemplo, el cariño, la corrección fraterna. *Tenéis que rezar unos por otros. Que os ayudéis. Pedid que seamos fieles. ¿Qué más vamos a desear para los que queremos? Para ayudarnos a ser santos, es preciso también que nos hagamos amable la senda de la santidad. Que cada uno se preocupe de los demás, para hacerles la vida —el camino de Dios, en la tierra— más amable; que nadie se sienta solo en la Obra, que esté persuadido de que se le comprende; y si tiene*

(12) J. Juan, IV, 20;

(13) Galat. VI, 10;

(14) Camino, n. 955;

(15) San Agustín, Sermo 103, 4;

(16) Philip. II, 2;

(17) Act. IV, 32;

una flaqueza, se le disculpa, y se le da la mano; y de que, para su debilidad, está la fortaleza de todos los otros.

Nuestro trato ha de desenvolverse siempre dentro de un tono de cordialidad y de afecto: con un cariño que no es algo descarnado, inhumano; sino que se concreta en manifestaciones humanas, llenas de delicadeza y de caridad sobrenatural. Y así, celebramos las fiestas de nuestros hermanos; nos alegramos con sus cartas, que se leen en familia; procuramos conocer sus gustos, para poder complacerles; nos interesamos por lo que hacen, por sus trabajos y sus ilusiones; estamos pendientes de su salud, de su bienestar, de su alegría: tanto más, cuanto más lo necesitan. *Aunque somos pobres, nunca falta lo necesario a nuestros hermanos enfermos. Si fuese preciso, robaríamos para ellos un pedacito de Cielo, y el Señor nos disculparía.*

La fraternidad ha de vivirse con una intensidad tal, que nos lleve al olvido de nosotros mismos. Ha de impulsarnos, con alegría y espontaneidad, a *poner en el suelo el corazón, para que pisen blando nuestros hermanos*. Es un olvido de sí, análogo al de una madre, que ni siquiera advierte sus sacrificios, que no da ninguna importancia —le parecen tan lógicos y debidos— a los mil detalles de abnegación que tiene constantemente por sus hijos: porque, *para los que aman, no hay nada duro, nada difícil*¹⁸.

Esas expresiones de cariño abnegado, sobrenatural y humano, gustoso y atento, llegan hasta el corazón, confortan el alma, hacen más atractiva la santidad, nos ayudan a ser contemplativos —*ubi caritas et amor ibi Deus est*¹⁹—, nos hacen sentir a Dios, que es Amor, entre nosotros.

Así mantendremos siempre el bendito valor de hogar, que Dios ha querido para su Obra. *Si os amáis, dice nuestro Padre, cada uno de nuestros Centros será el hogar que yo he visto, lo que yo quiero que haya en cada uno de nuestros rincones. Y cada uno de vuestros hermanos tendrá un hambre santa de llegar a casa; y tendrá después ganas de salir a la calle, a la guerra santa, a esta guerra de paz.*

(18) San Jerónimo, *Epist.* 12, 39;

(19) Hymn, *Ubi caritas*.

12. DELICADEZA EXTREMA

La vida de relación, el trato, la convivencia, nos exigen una serie de virtudes capitales: la caridad, la justicia, la lealtad, la veracidad, la nobleza... Sin ese fundamento, la armonía, la concordia, y aun la simple convivencia, no son posibles, y el trato mutuo es una fuente de conflictos.

Pero estas virtudes fundamentales no bastan, del mismo modo que un simple armazón no constituye un edificio, y por consiguiente no es habitable. Estas virtudes principales necesitan todo un cortejo de pequeñas virtudes —la gratitud, la afabilidad, la cortesía, el buen humor, la atención...— que son protección de aquellas otras mayores, y a la vez manifestación suya; que constituyen su acabado, su perfección, y que sostienen su ejercicio.

IMPORTANCIA DE LAS VIRTUDES MENORES

Hay a veces, quizá como reacción a formalismos sin vida, una equivocada tendencia a prescindir de esas virtudes, especialmente de las menores, con el pretexto de una mal entendida sinceridad, espontaneidad o sencillez. Todos sabemos hasta qué punto se hace difícil, y aun borrascosa, la convivencia en las familias, entre los compañeros, en la sociedad, cuando esas virtudes faltan. Se hace necesario revalorizarlas, haciendo ver su verdadero fundamento, su auténtico contenido, al mismo tiempo que sus formas y sus frutos.

La última raíz y el fin de todas las virtudes es la caridad: también por lo que se refiere a esas virtudes menores, que tienen todo el encanto de la perfección, del acabado, de la integridad. En términos de caridad puede y debe explicarse todo para un cristiano. Y la práctica

de todas esas pequeñas virtudes cabe resumirla en estos términos: delicadeza extrema.

En la vida social, en la convivencia civil, es necesario atender primero —o quizá simultáneamente— a las grandes exigencias de la caridad y de la justicia, porque su omisión invalida las pequeñas y las convierte en una gran mentira, en un disfraz.

En ámbitos más reducidos —en la familia, y en los grupos vinculados por la amistad— esas grandes exigencias se cumplen de ordinario sin esfuerzo, vienen dadas, están supuestas y son su misma base. Y aquí, al mismo tiempo que es donde se presenta la mejor ocasión, es donde hay más necesidad de cuidar los detalles. La convivencia es mayor, la mutua ayuda más apremiante, el trato más continuo y natural, y por eso exige que las manifestaciones sean más finas y que estén los hábitos tan hondamente formados que se actúe bien, delicadamente, con espontaneidad, con prontitud y facilidad: es decir, ha de haber verdadera virtud, disposiciones estables.

En el seno de una familia suele ayudar a la formación de estas virtudes la existencia de inclinaciones naturales, de sentimientos primarios. En otros ambientes, la adquisición de la virtud supone más esfuerzo, es una labor más personal, más inmediatamente sobrenatural: pero también aquí, aunque no sea indispensable, es conveniente que haya una base humana, una educación, unos modos que ayuden, que aseguren un mínimo de buena convivencia desde el principio.

En la Obra formamos una familia de vínculo sobrenatural: sobrenatural es nuestro principio —la vocación—, sobrenatural es el camino, y sobrenatural es el fin al que hemos sido llamados. Pero, como un medio ordinariamente necesario, se nos piden —formando parte de la misma idoneidad para la vocación— virtudes humanas. Y entre estas virtudes, están las que miran directamente al trato entre nosotros, a la ayuda que esta convivencia fraternal ha de prestarnos para alcanzar nuestro fin: la santidad. Como su coronación o como su resumen, está esa delicadeza, conjunto de pequeñas virtudes y manifestación de las grandes. Por eso nuestro Padre, al señalarnos criterios de selección en el proselitismo, escribió estas palabras: *¿qué condiciones vamos a exigir? El tono humano de la Obra de Dios, su ambiente, es la aristocracia de la inteligencia —especialmente en los varones— y una extrema delicadeza en el trato mutuo*⁽¹⁾. Delicadeza extrema que es un

ingrediente necesario, que ha de condimentar nuestro trato de hermanos a lo largo de todo el camino.

Esta necesidad no proviene de que nuestro trato sea más o menos continuo, sino del hecho de que formamos una verdadera familia, de vínculo sobrenatural. De aquí que el ejercicio de esas pequeñas virtudes ha de ser tan acabado que cree entre nosotros un verdadero ambiente de hogar, aun sin la materialidad de vivir bajo un mismo techo. Un ambiente de hogar, fruto de la caridad, pero de una caridad particularmente fina, que llega al detalle, que está en las cosas pequeñas.

Esta delicadeza se logra cuando la caridad es también cariño, y cuando ese cariño está lleno de finura, cuando es sensible a los detalles, a las mil pequeñas exigencias de la vida diaria.

RELACIÓN CON LA VIDA INTERIOR

La delicadeza en el trato no se limita a constituir un criterio de selección, sino que es después y siempre un criterio de conducta: ya en el desarrollo de la vocación, hay que hacer crecer estas virtudes, aplicarlas a las circunstancias concretas de cada día, perfeccionarlas, llevarlas a un grado heroico —virtudes heroicas reclama la santidad—, llenarlas de contenido sobrenatural, sentir y cumplir las exigencias extremas que el amor de Dios comporta en este terreno, llevar a sus últimas consecuencias —al detalle— un cariño muy sobrenatural en su principio, en su motivo, en su forma y en su fin.

La meta es ahora más alta, y a más extremos se extiende. Muchas personas sin educación humana, sin formación alguna de vida social y aun familiar, son de una extremada delicadeza en el trato como fruto de una intensa vida interior. La intimidad con el Señor hace el alma más sensible, afina los modos, confiere delicadeza. Y luego, la visión sobrenatural, la vida de fe, hacen ver a Dios en los demás; y entonces el trato —aun lleno de sencillez y de cordialidad— contiene también una especie de veneración, de hondo respeto, que es delicadeza.

¿No sabéis vosotros que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?⁽²⁾. Estas palabras de San Pablo dan la explicación a este hecho de experiencia, y a la vez nos señalan terminantemente una exigencia de nuestra misma vocación, de nuestros deseos de santidad: nos muestran que la delicadeza, que ese conjunto de pequeñas virtudes

(1) Instrucción, 1-IV-1924, n. 63.

(2) 1 Cor. III, 16.

—su práctica, a veces difícil— nos viene ahora nuevamente exigida por razones estrictamente sobrenaturales. *Con el sentido sobrenatural, la caridad: esa politesse humana y divina que es la caridad, el cariño,*

El trato con Dios afina nuestros modos interiores, nos lleva a obrar con veneración suma en todo lo que se refiere al Señor, con amor, con atención. Y al mismo tiempo, Dios nos mueve a tratar a los demás como El los trata: con tanto amor. ¡Qué delicadeza amorosa emplea Dios con cada uno! sugiere cuando podría mandar, invita cuando podría obligar, da sin hacerse sentir, prevé y dispone con providencia todos los detalles, sin descuidar nada. Y por último, este trato con Dios nos hace descubrir su presencia —al menos, posible— también en las otras almas. *Si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es mentiroso*⁽¹⁾. Con la misma caridad, con el mismo amor amamos a Dios y a nuestros hermanos; y las mismas exigencias de eficacia, de obras y de detalle, tienen esas dos manifestaciones de un único amor, que es siempre amor a Dios: *no amemos solamente de palabras y con la lengua, sino con obras y de verdad*⁽²⁾. Obras que no son sólo un armazón, sino un edificio acabado; que no son sólo una malla, sino un tejido de maravilla: delicadeza.

Delicadeza extrema que es apostolado, proselitismo fino, y que vivido acabadamente es todo un programa de santificación propia y ajena. *¡Pues no es poco! Ahí tienes todas las delicadezas que se viven en nuestros Centros, todo ese cuidado de procurar fastidiarse cada uno para hacer más agradable a los demás la entrega a Nuestro Señor, y para quitarles los obstáculos en su camino de santidad.*

No se trata ya de las más elementales normas de la caridad y de la justicia, sino del detalle, de lo que puede calificarse de extrema delicadeza: tal como lo vemos en la vida de Jesús y de María, en multitud de ocasiones.

Estaban en Caná de Galilea, en aquellas bodas a las que habían sido invitados. Y hay una primera delicadeza de Santa María: antes de que se note la falta de vino, antes de que se produzca la confusión de los esposos y del maestresala, antes de que los invitados puedan murmurar, Nuestra Señora se da cuenta. *Dijo a Jesús su Madre: no tienen vino*⁽³⁾. ¡Con qué discreta y extremada solicitud sale al paso

(1) I. Joann. IV, 20;

(2) I. Joann. III, 18;

(3) Joann. II, 3;

de aquella necesidad, que tampoco era una necesidad primordial, sino un detalle de cortesía; ni siquiera el maestresala, que tiene este oficio, se ha dado cuenta! A la delicadeza de María Santísima va a seguir la delicadeza de Jesús: discretamente, da unas órdenes y llena de buen vino las tinajas. Dijo el maestresala al esposo: *todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción sacan el más flojo; tú al contrario has reservado el buen vino para lo último*⁽⁴⁾. Jesús ha convertido el agua en vino, para aliviar una necesidad y salvar de la confusión a los esposos y sostener la alegría de los convidados; pero ha hecho más: ha convertido el agua en el mejor vino. ¡He aquí la perfección de esa delicadeza de caridad que se nos pide!

En el banquete de Simón el fariseo, dijo Jesús a Simón: *¿ves a esta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de la paz; pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies perfume*⁽⁵⁾. Son simples detalles —detalles convencionales, pueden pensar algunos— lo que Jesús echa de menos en Simón, y agradece a aquella mujer. Simón ya había hecho algo: invitar a comer al Señor, darle un gran banquete; pero no basta. Faltaba precisamente la finura en el detalle, la delicadeza.

TRATO CON NUESTROS HERMANOS

¿Me he esmerado en la práctica de la caridad al tratar con mis hermanos? La pregunta que se nos hace en el examen del Círculo, nos da el tono y la medida de cómo hemos de vivir en la Obra la caridad en el trato mutuo: con esmero. El esmero supone sumo cuidado y atención diligente, delicada, en hacer las cosas. Atención que requiere un esfuerzo constante, capacidad de observación que nos lleva a conocer a los demás, a estar en sus gustos y si es necesario a renunciar a los nuestros, sin que se note, para hacerles grata la vida. La delicadeza se fundamenta en el esfuerzo positivo, personal, activo, consecuencia natural de pensar en los demás y no en nosotros mismos, que es condición para la caridad fina.

(4) *Ibid.*, 10;

(5) Luc. VII, 44-47;

Contra el trato fino y delicado va la brusquedad, ese modo áspero y desapacible de comportarse que no tiene nada que ver con la fortaleza en el trato. Y también se le opone la grosería, la falta de educación, el no respetar los usos sociales de cortesía del país en que vivimos. *¡Os quiero delicados, finos!*, nos dice el Padre. *¡Entre vosotros no debéis ser groseros! Delicados; que no quiere decir amanerados.*

La grosería tiene tantas manifestaciones, como campos de aplicación posee la delicadeza a la que contradice. A ella se reducen el descuido en el vestido, en la mesa, en el deporte, en el modo de hablar. *Vuestra conversación sea siempre con agrado sazónada con sal, de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene**, nos dice San Pablo. La cortesía abarca un conjunto de reglas y modos que han surgido naturalmente de la convivencia humana, con objeto de hacerla agradable y digna; y no tenemos derecho alguno para prescindir de ellos, en aras de una falsa espontaneidad que simplemente abriga una carencia de delicadeza.

La falta de educación, la falta de atención, no es otra cosa que una falta de respeto a los demás. Falta de modestia, de pudor, por el que el hombre modera, regula y templá sus acciones externas y su porte según lo conveniente a su estado.

Es igualmente contrario a la delicadeza el uso de familiaridades en el trato mutuo, que perjudica la dignidad del trato de familia, convirtiéndolo en algo chabacano. *No tengáis miedo a teneros cariño, pero sin familiaridades.*

Otra manifestación contraria a la delicadeza reside en la intemperancia, en la falta de moderación en el trato con los demás. El desatemplado marca continuamente altibajos, condicionados por su estado de humor o por la persona a que trata; y fácilmente llega a la equivocación de hacer distinciones entre unos y otros, que conduce a la formación del grupito, de la capillita, de la amistad particular. *Que os queráis*, nos dice el Padre: *sin ninguna cosa particular, que es de gente boba, mal formada.*

La delicadeza ha de ser universal —con todos, porque a todos llega la caridad— y extremada, pero sin empalagos ni exageraciones, que constituyen una caricatura grotesca de la delicadeza verdadera: como lo son la blandura excesiva, la flojedad de modales por falta de

trato y de medida, la afectación, la falta de naturalidad y sencillez en los modos. Es la persona estudiada que toma con servilismo las normas de cortesía, consiguiendo un efecto contrario al que esas normas por naturaleza pretenden. Es la persona redicha que habla, se comporta y obra con una perfección rebuscada, chocante, que molesta.

Es necesario revalorizar esas pequeñas virtudes sociales que constituyen la delicadeza. Prescindir de ellas supone el egoísmo de no pensar en los demás, o una falta de finura de espíritu, de vida interior.

PRÁCTICA DE LA DELICADEZA

Delicadeza es medida y templanza, equilibrio; es penetración de espíritu, sensibilidad, finura; es cortesía espontánea y natural, sin excepciones ni omisiones; es obsequio o atención sin servilismo; es pudor o modestia sin mojigatería; es confianza y llaneza sin familiaridad; es diligencia y espíritu de servicio sin oficiosidad... En una palabra, la delicadeza en el trato mutuo supone atención y miramiento, que es finura a personas y cosas en las obras y en las palabras.

Si para todo cristiano la delicadeza va más allá de lo meramente humano, porque ha de transformarse en caridad, para nosotros trasciende lo humano de un modo particular. Y lo trasciende porque somos más conscientes de su motivo sobrenatural: la presencia de Dios en todo nuestro actuar, y el conocimiento de que nuestros hermanos son templos del Espíritu Santo, como también lo son los demás hombres o por lo menos están destinados a serlo. Trasciende lo humano también por su ejercicio: porque nuestra vocación —que pide virtudes heroicas— nos exige delicadeza extrema, esmero en el trato mutuo.

La delicadeza no consiste sólo en actuar: puede y debe en muchas ocasiones ser pasiva. Manifestaciones de esta *pasividad* son, por ejemplo, no darse por enterado ante una situación o hecho embarazante que puede producir confusión, y el saber escuchar con naturalidad y atención; es el vulgar *no estar en habia*, sino abierto a la comprensión e interesado en las cosas de los demás.

La delicadeza se refleja en detalles: la sonrisa habitual que, si es expresión de la paz y el orden interiores, no será nunca forzada; el modo delicado de tratar las cosas, los muebles, las puertas; el caminar sin estrépito; el no elevar destemplanadamente la voz; la corrección en el vestir, el aseo personal, la pulcritud, y tantas otras pequeñeces que son a diario la sal y el agrado de la convivencia, que se cimentan en un espíritu habitual de mortificación. Mortificación que sería equivo-

(*) Colos. IV, 6.

cada si mortificase a los demás: como mortifica la sonrisa forzada que denota esfuerzo o el escuchar desvaldo que manifiesta aburrimiento.

COMPLEMENTO DE LA CARIDAD

Es hondo el ligamen que existe entre caridad y delicadeza. Sin caridad, la delicadeza no tiene sentido. Sin delicadeza, la caridad no está completa, porque ese esmero fino es su adorno, la última pincelada que convierte, por así decir, el cuadro de la caridad en una obra maestra terminada.

Caridad delicada que es fruto de la presencia de Dios, de la visión sobrenatural que permite hacerlo todo por Dios, y descubrirle en los demás. En última instancia, delicadeza en el trato mutuo es finura con el Señor. *En verdad os digo* —son palabras de Cristo— *siempre que lo hicisteis con algunos de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis*¹.

Hemos de emplear en este campo ese medio, fruto de caridad, salvaguarda de la integridad de nuestro espíritu, que es la corrección fraterna. Finura sobre finura es asegurar, con *esa advertencia llena de delicadeza y de sentido sobrenatural*, que continúe siendo una realidad entre nosotros, como lo fue hasta ahora, la finura de trato, de vida, de ambiente de hogar. Porque la delicadeza no es un lujo, sino una necesidad de nuestro espíritu.

Vasto campo de mortificación, entrega, humildad. Frutos abundantes de unidad y de paz en la alegría del vivir en familia; y también, frutos de proselitismo, del mejor proselitismo: con nuestros propios hermanos. Nos lo recuerda el Padre: *¿y qué manifestaciones tiene esa caridad para con tus hermanos? Yo te lo he dicho mil veces: hacerles amable el camino de la santidad*.

La presencia de la madre en el hogar es siempre fuente y garantía de delicadeza. Por eso el ambiente de cariño delicado y fino en nuestra vida depende mucho de la presencia de Nuestra Señora, de la devoción, del amor que le tengamos. Una razón más para quererla mucho y para tratarla también con una extremada delicadeza, con una piedad pródiga en detalles.

13. CORRECCION FRATERNA

*Tenemos este mandamiento de Dios: que el que ama a Dios, ame también a su hermano*¹. El Señor mismo nos ha ilustrado con parábolas, como la del buen samaritano, cómo hemos de vivir esa doctrina, y nos ha dado ejemplo práctico de esta caridad: *exemplum enim dedi vobis... os he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con vosotros, lo hagáis vosotros también*². Sobre todo, nos ha mostrado la mayor prueba de amor con su muerte redentora: *no hay amor más grande que el de aquél que da la vida por sus amigos*³.

El precepto de la caridad, *mandatum novum* y primero de los mandamientos, entre otros deberes incluye el de hacer la corrección fraterna. *Si tu hermano peca* —dice expresamente el Señor—, *anda y corrígele a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano*⁴.

VALOR DE LA CORRECCIÓN FRATERNA

Jesucristo nos ha querido como colaboradores suyos en su tarea redentora, no solamente para que extendiéramos su reino con vibración apostólica, sino también para que lo mantuviéramos a través de esa ayuda generosa a nuestro prójimo. La corrección fraterna es por eso un derecho y un deber; un deber del que no pueden excusarnos nuestros propios defectos, porque no corregimos en nombre propio, sino por mandato de Dios y en su nombre. Y un derecho que adquirimos

(1) *Joann.* IV, 21;
(2) *Joann.* XIII, 15;
(3) *Joann.* XV, 13;
(4) *Matth.* XVIII, 15;

(9) *Matth.* XXV, 40.

con el bautismo, al incorporarnos a Cristo y convertirnos en corredentores.

Así entendieron y practicaron los primeros cristianos esta doctrina. San Pablo, escribiendo a los fieles de Tesalónica, insiste en el carácter verdaderamente fraternal de esta advertencia: *si alguno no obedece a lo que decimos en esta carta... no le miréis como a enemigo, sino corregidle como a un hermano*⁵. En su carta a los Gálatas indica que esta corrección ha de hacerse *in spiritu lenitatis*⁶, con dulzura y no sólo para apartar del mal, sino también para mover a la virtud: *corregid a los inquietos, animad a los pusilánimes, sostened a los débiles, tened paciencia con todos*⁷.

La corrección fraterna es un modo efficacísimo de compartir los trabajos que impone la santificación, ayudando a nuestros hermanos con palabras de estímulo cuando lo necesiten. Y esta obligación de amor recae particularmente en los que han recibido mayores gracias del Señor. *Hermanos, si alguno cae en un delito, vosotros, que sois espirituales, amonestadle con dulzura... Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumplireis la ley de Cristo*⁸.

Del mismo modo, Santiago el Menor anima a los fieles a vivir esta costumbre, recordándoles la recompensa de que se hacen merecedores: *si alguno de vosotros se desvía de la verdad y otro hace que vuelva a ella, debe saber que quien hace que el pecador se convierta de su extravío, salvará el alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus propios pecados*⁹.

Como en los primeros tiempos de la Iglesia, en el Opus Dei hemos vivido siempre esta Costumbre: *la corrección fraterna es siempre una prueba de sobrenatural cariño y de confianza; agradecedla a vuestros hermanos. ¡La corrección fraterna nos hace paladear el regusto de la primitiva cristiandad!*

Esta Costumbre nació en la Obra de forma natural y con unas características propias. En primer término, la corrección fraterna es para nosotros un medio sobrenatural: es mucho más que el consejo de un buen amigo o la advertencia cariñosa de un padre a su hijo, porque directa o indirectamente tiene un objetivo sobrenatural: ayudarnos a ser

más santos, acercarnos más a Dios. *El que hace o recibe la corrección fraterna, que es siempre eficaz si se cumple lo que está dispuesto, no debe olvidar que esa norma de nuestra vida espiritual es caridad de Cristo, cariño humano; y que, a veces, tanto para el que la hace como para el que la escucha, es heroica*¹⁰.

La corrección fraterna es, además, un medio de formación: con ella nos ayudan a descubrir y enderezar posibles hábitos que no estén de acuerdo con el espíritu de la Obra; nos enseñan a mejorar nuestro comportamiento social y la eficacia de nuestro trabajo, a adquirir el tono sobrenatural y humano que exige nuestra vocación; y, en circunstancias difíciles, cuando quizá sin saberlo podríamos ocasionar un daño grave a nuestra alma o a la Obra, también hay una voz fraterna que nos advierte. *Va por senda de vida el que acepta la corrección; el que no la admite, va por falso camino*¹¹.

OBLIGACIÓN DE CARIDAD

La corrección fraterna no es algo que puede hacerse o dejarse de hacer. Es un mandato, una obligación de amor, de caridad. Si por ley natural se ha de asistir al prójimo en sus necesidades espirituales y materiales, con cuánta más razón habría de proponernos el Señor esta asistencia como precepto: *en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros*¹². Y el Padre, comentando esa enseñanza del Señor, nos dice que esta *caridad nos obliga a instruir y amonestar a los socios, sin embargo, dentro de los límites de la corrección fraterna*¹³. La razón es obvia: *entre los actos de amor al prójimo, el de orden más elevado es la caridad espiritual. Por eso, sin dejar de dar el debido peso a las obras de caridad material —la limosna, por ejemplo—, practiquemos con esfuerzo, especialmente, el proselitismo, la corrección fraterna, y la oración por todos nuestros hermanos, por todas las criaturas*¹⁴.

Nadie puede sustraerse a esta obligación de amor pensando en su inexperiencia, en su escasa edad o en los pocos años que lleve en la Obra. La corrección fraterna es obligación de todos, tanto de los que tienen misión de gobierno como de los demás, porque su fundamento

(5) II Thess. III, 14 y 15;

(6) Galat. VI, 1;

(7) I Thess. V, 14;

(8) Galat. VI, 1 y 2;

(9) Jacob. V, 19 y 20;

(10) Instrucción, 8.XII-1941, n. 24;

(11) Prov. X, 17;

(12) Juan, XIII, 35;

(13) De Spiritu, n. 71;

(14) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 76;

no radica en una especial misión que el Señor haya dado a determinadas personas, sino en la caridad, impulsada además en la Obra por el compromiso gustosamente aceptado de ayudarnos a ser santos. El amor, si es verdadero, no puede encontrar barreras ni excusas. Intentar desligarnos de ese lazo sería una infidelidad, una falta contra la fraternidad, que puede incluso llegar a ser causa de pecado. *Callar, cuando puedes y debes reprender, es consentir; y sabemos que está reservada la misma pena para los que hacen el mal y para los que lo consienten*¹⁵.

San Agustín dirige palabras todavía más duras, para los que ven a un hermano en serio peligro y le niegan esa asistencia. *Si lo dejas estar, peor eres tú; él ha cometido un pecado, y con el pecado se ha herido a sí mismo; ¿no te importan las heridas de tu hermano? Le ves perecer o que ha perecido. ¿y te encoges de hombros? Peor eres tú callando que él saltando*¹⁶.

En el Opus Dei este compromiso de amor se hace más apremiante, porque todos formamos una única familia de vínculo sobrenatural. Así que, mientras tenemos tiempo, hagamos bien a todos, y especialmente a quienes, mediante la fe, son de la misma familia que nosotros¹⁷. Nuestra vida no es más que una fraterna colaboración de caridad en el trabajo humano, dando con cariño la doctrina de nuestra Madre la Iglesia, ha escrito el Padre. Y refiriéndose entre otras cosas a la corrección fraterna —que es crítica sobrenatural y positiva—, ha añadido: *implete gaudium meum, llenadme de alegría* (Philip. II, 2), y *haced que ningún hijo mío —nadie en la Obra— sienta la crueldad de la indiferencia*¹⁸.

DERER DE JUSTICIA

Además de ser un compromiso de amor, la corrección fraterna es obligación de justicia, pues si la falta de una persona es perjudicial para su autor, repercute también en otros, a los que puede hacer daño o desedificar; en este caso, corregir al que faltó es un deber de justicia que viene exigido por el bien común¹⁹. Además, siempre que alguien tiene derecho a recibir la corrección, a ese derecho a ser ayudado, corresponde un deber en quien se ha comprometido a ayudar: *del mismo*

*modo que quien debe dinero ha de buscar a su acreedor y pagarle a su tiempo; así el que tiene espiritualmente cuidado de alguno, debe buscarlo para corregirlo del pecado*²⁰.

En la Obra se dan todas estas condiciones que hacen de la corrección fraterna un deber de justicia. En primer lugar, porque el Opus Dei es un cuerpo orgánico, en el que las faltas de uno afectan a la totalidad: la Obra somos todos y es de todos: *hemos sido llamados por Dios para hacer el Opus Dei en la tierra, siendo cada uno Opus Dei*²¹. En segundo término, nuestros hermanos tienen derecho a recibir de nosotros esa ayuda: *nuestra vocación nos confiere el derecho y el deber de recibir en la Obra una adecuada dirección espiritual*²²; y medios de dirección personal son la Charla, la confesión y la corrección fraterna.

No es algo puramente defensivo, medicinal, como se diría en terminología clásica; la corrección fraterna es estímulo, voz de ánimo que incita a seguir luchando a pesar de los obstáculos y las desviaciones, apoyándonos en nuestros hermanos. *Dios cuenta con nuestras flaquezas, con nuestra debilidad, y con la debilidad de los demás; pero cuenta también con la fortaleza de todos, si la caridad nos une. Amad la bendita corrección fraterna, que asegura la rectitud de nuestro caminar, la identidad del buen espíritu*²³.

El Padre nos ha resumido así esta doctrina: *no os olvidéis de que cada uno de vosotros, además de ser oveja que está en este redil, de algún modo es también Buen Pastor. Porque es deber de todos, y no sólo de los Directores o Directoras y de los sacerdotes, ejercer una dirección espiritual, prudente y a veces heroica, con los hermanos que tienen alrededor*²⁴. Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis (Ioann. X, 11), el Buen Pastor da la vida por sus ovejas. Daréis vuestra vida, como buenos pastores de vuestros hermanos, preocupándoos unos de otros con caridad, ejerciendo la corrección fraterna, cumpliendo con amor aquel mandato del Señor: *compelle intrare* (Luc. XIV, 23), ayudándoles a seguir con alegría el camino de su dedicación al servicio de Dios.

Si el Señor quería que se obligara a ir a su cena a personas

(15) San Bernardo, *Sermo in nativ. Ioann.* 9;

(16) *Sermo* 82, 7;

(17) *Galat.* VI, 10;

(18) *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 64;

(19) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 33, a. 1 c;

(20) *Ibid.*, a. 2 ad 4;

(21) *Carta Divinus Seminatur*, 28-III-1955, n. 3;

(22) *Ibid.*, n. 13;

(23) *Carta Videtur eos*, 24-III-1931, n. 56;

(24) *Carta Divinus Seminatur*, 28-III-1955, n. 30;

extrañas, ¡cuánto más querrá que uséis una santa coacción con los que son hermanos vuestros y ovejas del mismo rebaño de Jesucristo! Esta hermosísima coacción de caridad, lejos de quitar la libertad a vuestro hermano, le ayuda delicadamente a administrarla bien²⁵.

Ser Buen Pastor exige entrega y espíritu de servicio. Si nos centráramos en nosotros mismos, en nuestros problemas y preocupaciones, nos desentenderíamos de los demás, dejaríamos de ser buenos pastores de nuestros hermanos; y escucharíamos entonces aquel reproche del Señor: *no alimentasteis a las ovejas flacas, ni curasteis a las enfermas; no vendasteis a las heridas, ni reunisteis a las descarriadas; no buscasteis a las que se habían perdido*²⁶. Dios nos exigirá cuenta de esta obligación de cuidar a nuestros hermanos, porque las almas son suyas: *si el centinela, viendo llegar la espada, no toca la alarma para que la gente se aperciba, y llegando la espada hiere a alguno, este quedará preso en su propia iniquidad, pero yo demandaré su sangre al centinela*²⁷.

MEDIO DE SANTIDAD

La práctica de la corrección fraterna es fuente de santidad personal en cuanto supone el ejercicio de muchas virtudes. En primer lugar, la caridad, porque es precisamente el cariño lo que nos mueve a hacerles esas advertencias. Es ese amor fraterno lo que explica esta Costumbre nuestra.

La corrección fraterna nos ayuda a practicar la humildad, tanto si hacemos una corrección —sabiendo que también nosotros podemos estar en la misma situación—, como si la recibimos, aceptando con auténtico agradecimiento esa observación que está guiada por el buen deseo de vernos siempre mejores, más santos, más cerca de Dios.

Ejercitamos la prudencia, al examinar en presencia de Dios lo que pudiera ser motivo de corrección fraterna, sin dejarnos guiar por una apreciación primeriza y ligera; y porque acudimos al asesoramiento de quien, por la gracia de su cargo, puede ayudarnos a discernir con objetividad.

El amor que sentimos hacia nuestros hermanos se hace fuerte con la corrección fraterna. El cariño no nos ciega de modo que no veamos los defectos de quienes conviven con nosotros; tenemos que

vivir la fortaleza necesaria para hacerles esa observación oportuna, de modo que así nuestro cariño, en vez de debilitarse, se fortalezca.

Además, la corrección fraterna nos ayuda a mejorar en nuestra formación humana; esas advertencias facilitan el desarraigo de defectos, manías o costumbres que desdichan; son correcciones que tienden a hacernos más corteses y educados: *es menester que sea tal vuestra formación, que llevéis, con naturalidad, vuestro propio ambiente, para dar «vuestro tono» a la sociedad con la que conviváis*²⁸.

En el trabajo apostólico y profesional, la corrección fraterna es una ayuda inestimable para dar eficacia a nuestros esfuerzos personales, porque a veces nuestro comportamiento puede ser un obstáculo: *con ese aire de suficiencia resultas un tipo molesto y antipático, te pones en ridículo, y, lo que es peor, quitas eficacia a tu trabajo de apóstol*²⁹.

La corrección fraterna facilita el trato mutuo, haciéndolo más sobrenatural y, a la vez, más agradable en el aspecto humano. En la convivencia entre diversas personas, es lógico que alguna vez surjan pequeñas dificultades debidas a las diferencias de mentalidad o costumbre; pero eso no es nunca un punto de fricción, porque tenemos la seguridad de que, respetando el modo de ser de cada uno, si hay algo objetivamente corregible, nos lo dirán con confianza. Así nuestro comportamiento será siempre natural, sin sentirnos coartados; tenemos la seguridad de que nuestros hermanos velan por nosotros y nos ayudarán siempre que sea preciso. *No tengáis miedo a quereros como hermanos; quereros de verdad, hijos míos. Protegidos por este amor, por esta caridad de Cristo, no habrá dificultad que no podáis superar, y seréis fieles; os apoyaréis unos en otros, y el que fuera a caer, se sentirá sostenido; alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi (Galat VI, 2)*³⁰.

Por otra parte, la corrección fraterna encauza el posible espíritu crítico, que lleva a juzgar —seguramente sin malicia, pero con sentido poco cristiano— el comportamiento de los demás. *Ese espíritu crítico... no debes ejercitarlo con vuestro apostolado, ni con tus hermanos*³¹. Precisamente en esas situaciones, en vez de pensar para nuestros adentro o juzgar internamente la conducta de otro socio del Opus Dei, de-

(25) Carta *Divinus Seminarius*, 28-III-1955, n. 32;

(26) *Ezech.* XXXIV, 2-4;

(27) *Ibid.*, XXXIII, 6;

(28) *Camino*, n. 376;

(29) *Ibid.*, n. 351;

(30) *Instrucción*, 31-V-1936, nota 133;

(31) *Camino*, n. 53;

hemos corregirle sustituyendo la crítica negativa por la ayuda leal.

La corrección fraterna impide también las murmuraciones, las bromas sobre defectos de nuestros hermanos, las indirectas, roña que podría almacenarse en el alma del que no tuviera la preocupación de dar salida a lo que resulta chocante por el cauce ordinario y sobrenatural de la corrección fraterna. Hemos de estar atentos para no desvirtuar el espíritu de la corrección fraterna. Es más fácil aludir con una indirecta a un defecto de otro que decirse a solas, cara a cara, y con cariño: es más fácil, pero no es de nuestro espíritu. *No escuchéis jamás delaciones. Si alguno os va a referir cosas más o menos culpables, decidle que tenga la lealtad y la caridad de hacer la corrección fraterna a su hermano. Si se supiera que el Director escucha delaciones, los que están confiados a su gobierno no serán cordiales con él jamás*³². *Insisto en que la corrección fraterna es parte principal de nuestras Normas. Si cuesta hacerla algunas veces, siempre da un fruto de eficacia sobrenatural: porque os sabréis mortificar, hablando con claridad y procurando no mortificar a los demás. En una palabra, tendréis rectitud de intención y no seréis descorteses con nadie*³³.

La corrección fraterna contribuye a dar mayor eficacia a la labor de toda la Obra, porque a través de esta Costumbre se hace más eficaz la labor de todos, y porque utilizamos un medio sobrenatural, en consonancia con el fin sobrenatural que perseguimos. *Cuando hacéis la corrección fraterna, además de vivir la caridad con vuestros hermanos, estáis amando a la Obra, porque la santificáis.*

Esta Costumbre nuestra fortalece también la unidad de la Obra: todos nos sentimos seguros y protegidos, sabiendo que nuestro amor superará siempre cualquier diferencia y pondrá remedio a nuestros defectos: *frater qui adiuvatur a fratre, quasi civitas firma*³⁴.

Así, la pureza de nuestro espíritu está garantizada por la práctica de la corrección fraterna; y con ella, nuestra santidad. *¡Bendita corrección fraterna! ¡Cuánto contribuye a hacer alegre y amable el camino de la santidad, saber que nos quieren; que rezan por nosotros; que nos dicen las cosas noblemente, a la cara, para ayudarnos; que sufren si sufrimos! La corrección fraterna, además, es una nece-*

*sidad. Es medicina maravillosa y tiene una razón de ser sobrenatural: que cada uno no puede conocerse bien a sí mismo, y precisa de la ayuda de los demás. La corrección fraterna es un buen remedio para nuestra flaqueza: un remedio eficaz, divino y humano. Y es una de las mejores manifestaciones de la caridad con nuestros hermanos y con la Obra*³⁵.

(32) Instrucción, 31-V-1936, nota 133.

(32) Instrucción, 31-V-1936, n. 90;

(33) *Ibid.*, n. 24;

(34) *Prov.* XVIII, 19;

14. CON TODO TU CORAZON

Hemos sido llamados al Amor de Dios: a un amor eterno, infinito, total. La santidad es la progresiva ocupación que Dios hace de nosotros, la conversión de toda nuestra vida en amor, de todos nuestros actos en expresiones de amor: crecer en caridad hasta penetrar, glorificados, en la vida íntima de Dios, en el Amor eterno e infinito, identificados con Cristo por la virtud del Espíritu Santo que nos devuelve al Padre.

No tiene medida el amor que se nos pide. *No hay ningún tope, no hay medida para el amor a Dios, sino ésta: que ofrezcas todo cuanto tienes. En Cristo Jesús, Dios ha de ser amado con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas*¹. Luego no hay en ello medida alguna².

LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

Al llamarnos a la plenitud de la unión con El, Dios elevó la naturaleza humana —alma y cuerpo— a la participación de su divinidad. *El templo de Dios, que sois vosotros, es santo*³, dice San Pablo refiriéndose a nuestro cuerpo. Nuestra carne mortal fue así admirablemente dispuesta por Dios para que nos encaminase a la bienaventuranza, y el cuerpo mismo está llamado a participar de la felicidad del Cielo, donde será revestido de inmensa gloria.

(1) Cfr. *Matth.* XXII, 37;

(2) Orígenes, *In Cant. cant. hom.* 3, 4;

(3) *1 Cor.* III, 17;

Pero esa llamada requería una respuesta libre, y nuestros primeros padres la rehusaron, oponiéndose al precepto divino. A esa rebelión del alma se siguió la del cuerpo. *Complacida en el uso desordenado de su propia libertad, y desdeñando servir a Dios, el alma se vio privada de la primitiva sujeción del cuerpo. Por haber abandonado libremente al Señor superior, no mantenía sometido al siervo inferior; y así no tenía sometida a sí misma la carne, como la hubiera podido tener siempre, de haber permanecido ella sometida a Dios. Entonces comenzó la carne a desear contra el espíritu*⁴. En ese combate hemos nacido, arrastrando un germen de muerte y llevando en nuestros miembros y en nuestra naturaleza llagada la disyuntiva de la lucha y de la victoria de la primera prevaricación⁵.

Pero el Verbo se hizo carne⁶, y con su Pasión y Muerte nos redimió, para que pudiésemos alcanzar entera victoria sobre nuestras tendencias desordenadas. *Fuisteis comprados a gran precio, nos recuerda San Pablo Glorificad, pues, a Dios y llevadle en vuestro cuerpo*⁷.

Sin embargo, aunque Cristo ha vencido enteramente al pecado y nos ha comunicado sus méritos por medio del bautismo, permanecen en la naturaleza humana las consecuencias penales de aquel primer pecado, agravadas en cada uno por los pecados personales. Entre esos efectos que el bautismo no borra está el desorden de la sensualidad, *el «cuerpo de muerte» que clama por sus fueros perdidos*⁸, y que tiende a empujarnos y desviar la inmensa capacidad de amor que hay en el corazón humano. Para rectificar esa torcida inclinación, el Señor concede la virtud de la pureza, cuando a El se acude humildemente.

*Vivamos delicadamente la castidad —cada uno en su estado: solteros, casados, viudos, sacerdotes—, que hace a los hombres rectos y señores de sí mismos, les da optimismo, alegría y fortaleza; les acerca a Jesucristo, Nuestro Señor, y a nuestra Madre Santa María; y es condición indispensable para nuestro servicio a la Iglesia y a las almas*⁹.

La castidad es una virtud esencialmente positiva. *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vos-*

(4) Cfr. *Galat.* V, 17;

(5) San Agustín, *De civ. Dei* 13, 13;

(6) *Joann.* I, 14;

(7) *1 Cor.* VI, 20;

(8) *Camino*, n. 707;

(9) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 66;

otros y habéis recibido de Dios, y que ya no os pertenecéis?¹⁰ La castidad es fruto del amor, y sólo puede entenderse desde el punto de vista del amor. No consiste primariamente en negaciones, sino en un mandato de amar, según el orden y la regla del Amor de Dios. Por eso, el modo concreto de vivirla depende de las circunstancias que Dios ha dispuesto para cada uno.

CASTIDAD MATRIMONIAL

Para quien vive en el estado matrimonial, *el amor y los deberes conyugales son parte de la vocación divina*¹¹, pero fuera del ámbito del propio y legítimo matrimonio, la obligación de guardar la continencia —de cuerpo y espíritu— es tan total y excluyente como para una persona soltera.

*El Opus Dei ha hecho del matrimonio un camino divino, una vocación. Lleno más de treinta años —escribía el Padre en 1959—, tratando de meter en el alma de tantas gentes el sentido vocacional del matrimonio; y enseñando —esto no lo digo yo, lo ha definido la Iglesia— que la virginidad, y también la castidad perfecta, es superior al matrimonio, hemos exaltado el matrimonio hasta hacer de él una vocación. ¡Qué ojos llenos de luz he visto más de una vez cuando, creyendo —ellos y ellas— incompatibles en su vida la entrega y un amor noble y limpio, me oían decir que el matrimonio es un camino divino en la tierra!*¹²

Dentro del estado matrimonial, vivir la pureza lleva consigo —entre otras cosas— que el amor conyugal esté abierto generosamente a la transmisión de la vida, sin poner obstáculos a esa confianza del Señor, que ha querido contar con la cooperación de los hombres para aumentar el número de sus hijos sobre la tierra. *Vuestro matrimonio será, de ordinario, muy fecundo. Y, si Dios no os concede hijos, dedicaréis vuestras energías con mayor intensidad al apostolado, que os dará una fecundidad espiritual espléndida. El Señor suele coronar a las familias cristianas con corona de hijos, os he dicho muchas veces. Recibidlos siempre con alegría y agradecimiento, porque son regalo y bendición de Dios y una prueba de su confianza.*

La facultad de engendrar es como una participación del po-

*der creador de Dios, de la misma manera que la inteligencia es como un chispazo de luz del entendimiento divino. No ceguéis las fuentes de la vida. ¡Sin miedo! Son criminales —y no son ni cristianas ni humanas— esas teorías que intentan justificar la necesidad de limitar los nacimientos con falsas razones económicas, sociales o científicas que, en cuanto se analizan, no se tienen en pie. Son cobardía, hijos míos; cobardía y afán de justificar lo injustificable*¹³.

EL CELIBATO APOSTÓLICO

Dios Nuestro Señor, al llamar a todos a su Amor, pide a algunos que renuncien a otros amores, a satisfacciones en sí legítimas, pero que no entran en el camino específico que El les ha señalado desde toda la eternidad. Entre las cosas a las que el Señor puede pedir que se renuncie para servirle mejor, está el amor humano. *Bendigo con las dos manos* —nos ha dicho el Padre— *el cariño limpiísimo de mis padres y el de vuestros padres, pero a mí el Señor me ha pedido más.*

Esta entrega, que supone un peculiar don del Señor, es una renuncia por amor. *En la tierra, la gente, cuando no forma un hogar, no lo forma ordinariamente por dos motivos: o por un motivo de egoísmo o por un motivo de Amor de Dios, con mayúscula, que comprende el amor a todas las criaturas.*

En el Opus Dei, los que han recibido la llamada a la castidad en celibato, diciendo que no al amor humano, lo han hecho por Amor, por vocación de amor. *Tened siempre presente que es el Amor —el Amor de los amores— el motivo de nuestro celibato; no somos por tanto solterones, porque el solterón es una desgraciada criatura que nada sabe de amor*¹⁴. Podríamos haber puesto el afecto de nuestro corazón en una criatura; pero, ante la llamada de Dios, lo hemos puesto entero, joven, vibrante, limpio, a los pies de Jesucristo: porque nos da la gana —que es una razón bien sobrenatural— corresponder a la gracia del Señor¹⁵.

Esa renuncia lleva consigo no sólo una primera entrega generosa de los amores humanos: exige que esa entrega permanezca, que se haga perenne. Pero eso es algo que nadie puede conseguir con sus propias fuerzas: nada puede hacerse sin la gracia. Como observa San

(10) 1 Cor. VI, 19;

(11) Carta Del Amor, 9-I-1959, n. 10;

(12) Ibid.;

(13) Ibid., nn. 54-55;

(14) Instrucción, 8-XII-1941, n. 84;

(15) Carta Videns eam, 24-III-1931, n. 45;

Jerónimo, este don fue dado a los que lo pidieron, a los que lo quisieron, a los que trabajaron por recibirlo. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá¹⁶⁻¹⁷.

El celibato apostólico es un don de Dios, que moviliza y exige una fuerte y generosa correspondencia. Primero es necesario pedirlo humildemente; en segundo lugar, quererlo de una manera eficaz, y poner los medios, con una voluntad recia, con energía humana, que es nuestro modo de cooperar con la gracia.

Pero esta necesidad de un dominio sobre sí mismo, hay que mantenerla a lo largo de la vida: más aún, hay que desarrollarla, porque el amor nunca puede darse por supuesto: o se nutre y vive y crece, o muere por consunción, bajo el poder nunca eliminado de las fuerzas sensitivas desordenadas. *El amor de nuestra juventud, que con la gracia de Dios le hemos dado generosamente, no se lo vamos a quitar al pasar los años. La fidelidad es la perfección del amor: en el fondo de todos los sinsabores que puede haber en la vida de un alma entregada a Dios, hay siempre un punto de corrupción y de impureza. Si la fidelidad es entera y sin quiebra, será alegre e indiscutida*¹⁸.

De ahí que decisiones indecisas, medidas titubeantes que aceptaran la discusión, cálculos poco generosos de lo que Dios pide, nostalgias que replantearan el tema cada vez, o —lo que sería peor— capitulaciones parciales, darían como resultado una vida interior raquítica, enferma, si no acaban causando la muerte sobrenatural, porque es difícil mantener tanto tiempo una lucha violenta en el centro mismo del corazón tibio.

También podría ocurrir —con o sin complicidad propia, simplemente porque el Señor lo permitiera— que en algún momento del camino se sintiese la añoranza, la nostalgia de un hogar, de un amor humano. Sería el momento de meditar despacio, paladeándolas, aquellas palabras del Señor: *en verdad os digo, ninguno hay que haya dejado casa o padres, o hermanos o esposa o hijos, por el amor del Reino de Dios, el cual no reciba mucho más en este siglo y en el venidero la vida eterna*¹⁹.

LA PUREZA DE CORAZÓN

La lucha que lleva consigo la santa pureza durará siempre —sin

(16) Cfr. *Matth.* VII, 7-8;

(17) San Jerónimo, *In Ev. Matth. comm.* 19, 11;

(18) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 45;

(19) *Luc.* XVIII, 29-30;

necesidad de exageraciones ni dramatismos—, y por eso es necesaria la perseverancia en la fidelidad. *Para quien ha comenzado a saborear de alguna manera la entrega, caer vencido sería como un timo, un engaño miserable. No te olvides de aquel grito de San Pablo: quis me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. VII, 24), ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Y escucha, en tu alma, la respuesta divina: sufficit tibi gratia mea! (II Cor. XII, 9), ¡te basta mi gracia!*²⁰. Al mismo tiempo, la esperanza del premio que aguarda en el Cielo nos ayudará a mantenernos constantes, en fidelidad al Amor de Dios.

Se precisa esa esperanza y esa firmeza, porque, mientras vivimos, experimentamos las consecuencias del pecado original, y esto hace que la vigilancia haya de ser constante, y que la lucha pueda ser en ocasiones particularmente dura. Porque no podemos rehuir esta disyuntiva: o el bien eleva a las alturas del Amor de Dios, o el pecado arrastrará al suelo de los amores impuros. Nos lo ha dicho el Padre: *el camino tuyo —y el camino mío— es de Amor. Este pobre corazón nuestro ha nacido para amar, hijos míos. Y cuando no se le da un amor puro y limpio y noble, se venga y se llena de miseria, de corrupción y de sensualidad. Por eso el corazón de mis hijos tiene que estar lleno de Amor, con mayúscula*.

Hay que saber llevar el corazón con dulzura y con firmeza hacia la Cruz. Hay que restablecer un orden que ya el primer pecado destruyó: *tú para Dios, para ti la carne. ¿Qué más justo? ¿Qué más bello? Tú para el mayor, el menor para ti; sirve tú a quien te ha hecho, para que te sirva a ti el que por ti ha sido hecho. No conocemos ni recomendamos este otro orden: para ti la carne y tú para Dios; sino éste: tú para Dios y para ti la carne. Pero si tú te opones a Dios, nunca harás que la carne sea para ti. Si no te sometes a Dios, serás atormentado por tu siervo*²¹.

Ningún afecto de ese corazón puede quedar en rebeldía, independiente, como un camino siempre abierto a realidades contrarias a Dios, como un contrapeso a nuestra aventura sobrenatural. *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*²². Por eso hay que decir que no a aquellas exigencias del corazón,

(20) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 45;

(21) San Agustín, *Enarr. in Ps.* 143, 6;

(22) *Matth.* XXII, 37;

que quisiera conservar algo de sí para sí mismo, para sus propias inclinaciones egoístas. *Sólo quien se olvida de sí, y se entrega a Dios y a los demás —también en el matrimonio—, puede ser dichoso en la tierra, con una felicidad que es preparación y anticipo del cielo.*

AMAR CON TODO EL CORAZÓN

No consiste esta virtud simplemente en negaciones. Esto no es más que un principio, aunque indispensable y permanente. El verdadero amor de Dios, y consiguientemente la pureza verdadera, está igualmente lejos de la sensualidad que de la dureza o ausencia de corazón. *Es una pena no tener corazón. Son unos desgraciados los que no tienen corazón. Nosotros somos enamorados del Amor. El Señor no nos quiere secos, tiesos, como una cosa sin vida. ¡Nos quiere impregnados de su cariño! Nosotros debemos obrar y vivir y morir como enamorados, si somos fieles.*

Hay que emplear la afectividad, también al tratar a Dios: hay que amarle con el mismo corazón —no hay otro— con el que se ama noblemente a una criatura de la tierra, con el que amamos a nuestros padres, con el que nos queremos nosotros. Hay que hacer al Señor objeto de nuestra ternura —¡ser piadosos!—, hay que lograr que las riquezas del corazón humano concurren con la gracia y por la gracia al gran amor sobrenatural, que es el fin de nuestra vida. No hacerlo así, sería dar ocasión a que el corazón buscara por su cuenta otros amores.

*Sursum corda!*²³, ¡arriba los corazones!, clamamos al Señor en la Santa Misa. Arriba, allí donde pueda oír las palabras que enamoran en nuestra alma, *He aquí, dice el Señor, que yo la atraeré y la llevaré a un lugar solitario y le hablaré al corazón*²⁴. Porque Dios no habla a almas separadas, sino a hombres enteros, tal como los quiso y los creó. Cuando quiso espíritus puros, creó ángeles. A nosotros nos dio corazón, en una síntesis de voluntad y sentimiento, alma y cuerpo. Por eso, la pureza no está realmente lograda hasta que todos los resortes de la afectividad humana se penetran de caridad, en un grande y total amor de Dios, humano y sobrenatural. Hay que hacer entender al corazón que también su felicidad está ligada con Cristo, que la muerte que se pide al bautizado acaba en resurrección gloriosa.

Alma y cuerpo forman en nosotros una unidad; y esta unidad es

lo que hay que santificar. Nuestra vida sensitiva tiene una nobleza especial —superior a la vida puramente animal— porque pertenece a un ser racional y participa en cierto modo de su espiritualidad. Nuestros sentimientos y emociones no son puramente animales: sino que pueden estar penetrados por la razón, subordinados a la voluntad. Y al mismo tiempo nuestra inteligencia, nuestra voluntad, necesita expresarse a través de lo sensible. Nuestro amor de Dios pide expresiones sensibles, y, por lo menos en parte, se nutre de ellas: no es algo descarnado, sino el amor del que se emplea en Dios.

*No se trata de una renuncia, sino de una afirmación gozosa, de una entrega libre y alegre. Tu castidad no se puede limitar a evitar la caída, la ocasión..., no puede ser de ninguna manera una negación fría y matemática. ¿Te has dado cuenta de que la castidad es una virtud y, como tal, debe crecer y perfeccionarse? No te basta, pues, ser continente —según tu estado— sino casto, con virtud heroica. Es una afirmación, un acto positivo, que ha de responder a la petición divina: praebe, fili mi, cor tuum mihi et oculi tui vias meas custodiant; dame, hijo mío, tu corazón, y pon tus ojos en mis caminos (Prov. XXIII, 26)*²⁵.

Para responder generosamente a esa petición divina —cada uno según sus peculiares circunstancias, y todos con la única vocación que hay en la Obra—, acudamos incesantemente a Santa María, la Madre del Amor Hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza²⁶.

(23) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 122.

(26) Eccl. XXIV, 24.

(23) *Ordo Missae*;

(24) *Osee* II, 16;

15. MORIR CON CRISTO

*Yo he venido para que tengan Vida y la tengan en más abundancia*¹. Vino el Señor a traernos la Vida sobrenatural, a infundir en nosotros un manantial de agua que manará hasta la Vida eterna²; agua viva, gracia santificante que, mediante la identificación con Cristo, nos hace participar ya en la tierra de la Vida íntima de la Trinidad Santísima: Dios en la mente, Dios en el corazón, Dios en las acciones.

Frente a la vida divina, que Dios quiere en nosotros, en el fondo del alma se alza la pobre vida del hombre animal, que tiene los ojos llenos del polvo de la tierra, que pretende asentar el corazón en las cosas del mundo, que tiende a actuar con fines mezquinos y torcidos. Más que vida es un principio de muerte: *en este mundo hay quienes están vivos y quienes están muertos, aunque parezca que todos viven*³. Esa vida animal, *ley de muerte*⁴, es el gran obstáculo que nos incapacita para la identificación con Cristo.

Somos de carne, y *lo que ha nacido de la carne, carne es*⁵, y da frutos de corrupción: entre otros, *lujuria, enemistades, celos, enojos, riñas, envidias*⁶. De todo esto tenemos que deshacernos si queremos alcanzar esa nueva Vida a la que el Señor nos llama; tenéis que *desnudaros del hombre viejo* —recuerda San Pablo— *según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada*⁷.

(1) *Joann.* X, 10;
(2) *Joann.* IV, 14;
(3) San Agustín, *In Joann. Ev. tract.* 22, 6;
(4) *Rom.* VIII, 6;
(5) *Joann.* III, 6;
(6) *Galat.* V, 9-10;
(7) *Ephes.* IV, 21-22;

Abiertamente lo dijo Jesucristo a Nicodemo, y nos lo repite a cada uno: *en verdad te digo que quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*⁸. No se trata ya de adquirir unas determinadas virtudes naturales, o de guardar ciertas prácticas: el Señor nos pide una transformación radical, completa; un nacimiento a la Vida sobrenatural, con todas las consecuencias que esto trae: *lo que ha nacido del Espíritu, es espíritu*⁹, y espirituales son sus frutos: *caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad*¹⁰.

CONFORMARSE CON CRISTO PACIENTE

¡Qué lejos estábamos de poder alcanzar esta vida de intimidad con Dios! Un insondable abismo, abierto por el pecado de origen, nos separaba de la Vida. Sólo Jesucristo, Dios y Hombre, Sacerdote perfecto, Pontífice, podía tender el puente que nos llevara a Dios. *En El estaba la Vida*¹¹, porque es el Verbo, y tiene la Vida eterna con el Padre y con el Espíritu Santo. Y se hizo hombre, y cargó con nuestros pecados, y bajó a hacernos partícipes de su propia vida, muriendo en la Cruz. *Que nadie subió al cielo, sino Aquél que ha descendido del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquél que crea en El no perezca, sino que logre la Vida eterna*¹².

Solidario con todo el género humano, Jesucristo, el nuevo Adán, murió pendiente del árbol de la cruz, *para que de donde nació la muerte* —el primer pecado—, *de allí naciera la Vida*¹³. A esta muerte suya vivificadora, llamaba el Señor su bautizo: *con un bautismo tendré que ser bautizado. ¡Y cómo tengo en prensa el corazón hasta que lo vea cumplido!*¹⁴. ¡Con qué amor!, ¡con qué decidida determinación camina hacia Jerusalén, y anuncia a los discípulos que va a padecer y a ser crucificado! Su Resurrección gloriosa permitirá la resurrección espiritual de sus hijos los hombres: con Cristo es posible morir al pecado y vivir la Vida de la gracia.

(8) *Joann.* III, 3;
(9) *Ibid.*, 6;
(10) *Galat.* V, 22-23;
(11) *Joann.* I, 4;
(12) *Joann.* III, 13-15;
(13) *Præf. S. Crucis*;
(14) *Luc.* XII, 50.

La Iglesia aplica a cada persona la muerte y la resurrección de Cristo, por medio de los sacramentos. *¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Puede acaso volver al seno de su madre para renacer? Respondió Jesús: en verdad, en verdad te digo que quien no renaciere por el agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios*¹⁵.

Agua y Espíritu: bautismo y gracia. Sumergirse bajo el agua bautismal es un signo de sepultura, de muerte; y salir del agua es signo de resurrección. Y son signos eficaces, porque así como el Señor fue crucificado y sepultado y resucitó, en el bautismo, por una cierta similitud, se nos concede ser realmente crucificados y ser sepultados y resucitar juntamente con Cristo¹⁶. Considerad —dice San Pablo— que realmente estáis muertos al pecado en el bautismo, y que vivis ya para Dios en Jesucristo Señor Nuestro¹⁷.

Pero el bautismo no quita el *fomes peccati*, la inclinación al pecado, muerte del alma. Para lavarnos de los pecados personales cometidos después del bautismo, nuestra Madre la Iglesia nos aplica, de nuevo, la Pasión y Resurrección de Cristo, pero de otro modo. Como el bautismo no puede repetirse, no puede uno conformarse por segunda vez con la muerte de Cristo, mediante este sacramento; los que después del bautismo se hacen culpables de nuevos pecados, necesitan conformarse con Cristo paciente por medio de alguna pena o satisfacción que deben sufrir¹⁸. La satisfacción sacramental, parte integrante del sacramento de la Penitencia, que devuelve la salud al alma enferma, o vuelve a dar la Vida, si el pecado era grave.

En los demás sacramentos se nos aplican también, con diversa modalidad, la muerte y la resurrección del Señor; sobre todo, en la Eucaristía, renovación del sacrificio de la Cruz, y donde Cristo —Cristo paciente; crucificado— se nos da como pan de vida¹⁹.

NECESIDAD DE LA MORTIFICACIÓN

Por parte de Dios todo está amorosamente dispuesto, para vencer la muerte del alma y comunicarnos su Vida íntima. ¡Ya no cabe más! Amó tanto Dios al mundo que no paró hasta dar a su Hijo Unigé-

nito, a fin de que todos los que creen en El, no perezcan, sino que vivan la Vida eterna²⁰. Y nos ha dejado los sacramentos para aplicarnos los méritos que Jesucristo nos ganó en la Cruz.

Se nos da nuestro Dios, a costa del mayor sacrificio. Tanta divina solícitud, tanto amor desinteresado, tiene que conmovernos y hacernos agradecidos, con obras. *¡Si un hombre hubiera muerto por librarme de la muerte!*...

—*Murió Dios. Y me quedo indiferente*²¹.

¡No podemos permanecer indiferentes! Hemos de pagar amor con amor, muerte con muerte. Dios nos ofrece su propia Vida, pero no fuerza nuestra voluntad; quiere hacernos partícipes de la vida trinitaria, y nos da los medios; pero quiere también que —unidos a su Cruz gloriosa— nos determinemos seriamente a morir a nosotros mismos, con el arrojo de Tomás Didimo, que dijo a los demás apóstoles: *vayamos también nosotros y muramos con El*²².

Murió Cristo, y nos espera ya en la gloria del Padre; instituyó los sacramentos, fuentes de vida, y sin embargo algo falta: nuestra personal cooperación, nuestra cruz —objetiva, no imaginaria—, medida en el fondo del alma y de sus potencias. Falta nuestra mortificación: eso es lo que resta a la Pasión de Cristo²³.

Por parte del Señor, todo está cumplido²⁴; pero es menester que cada uno viva personalmente la mortificación, para que la redención sea eficaz en él, para que en él la gracia no resulte vana. Jesucristo, muriendo, nos ha precedido por el camino que conduce a la verdadera Vida: otro camino no existe: *quien conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío, la volverá a hallar*²⁵, mucho más llena, a medida que más se vacía el alma del propio yo.

Mortificarse, negarse a determinados bienes sensibles, en el plano natural lleva al autodomínio, mantiene la supremacía del espíritu sobre las pasiones; pero puede también llevar a la afirmación del yo. En cambio, en el plano de la gracia, abrazados a la Cruz del Señor, la mortificación cristiana —la que nosotros buscamos y la que Dios nos manda— lleva a la renuncia del propio yo, para conformarnos a Cris-

(15) Joann. III, 4-5;

(16) San Cirilo de Jerusalén, *Catech.* 21, 2;

(17) Rom. VI, 11;

(18) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 49, a. 3 ad 2;

(19) Joann. VI, 35;

(20) Joann. III, 16;

(21) *Cumino*, II, 437;

(22) Joann. XI, 16;

(23) *Colas*, I, 29;

(24) Joann. XIX, 30;

(25) *Matth.* X, 39;

to, para que Cristo viva en nosotros. Este es el sentido de nuestra mortificación: *conviene que El crezca y que yo mengüe*²⁶.

Para un hijo de Dios, la mortificación no es simple moderación, es verdadera muerte que da paso a la verdadera Vida: no a una vida humana más equilibrada, sino a la vida divina, sobrenatural. Nosotros ponemos sólo la condición; y Dios da el incremento, y la eficacia, porque El es quien nos santifica. *Necesitas —dice el Padre— una entrega más plena, de tal manera que, desapareciendo tú por la humildad y por la mortificación, venga Cristo a vivir en ti: non ego, vivit vero in me Christus (Galat. II, 20).*

Vida de Cristo en nosotros, vida de gracia, que es ya un adelanto de *aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros*²⁷. Pero antes, mientras estemos en la tierra, permanezcamos en la Cruz de Cristo. *Mortificación, hijo mío, mortificación. No comprendo un alma santa sin mortificación. Tan metida está en nosotros la necesidad de la mortificación —conditio sine qua non de la eficacia— que nuestro espíritu de mortificación campea en multitud de detalles. Yo quiero que quede claro a mis hijos, a la vuelta de los siglos, que el fundamento de nuestra Vida es la oración y la mortificación.*

Hijos de mi alma: no olvidéis que el Espíritu Santo es fruto de la Cruz. Cuando en la vida de un Centro o de una persona vienen momentos de oscuridad, si habéis buscado sólo la gloria de Dios, si habéis obrado con rectitud de intención, creedme: detrás de la Cruz, viene el gran fuego, la gran luz, la gran consolación.

MORTIFICACIÓN EN LA VIDA ORDINARIA

*Paradoja: para Vivir hay que morir*²⁸. Morir para vivir. Morir para tener vida sobrenatural, para vivir vida de oración. Vale la pena: es correspondencia de amor a Jesucristo, que ha muerto por cada uno de nosotros. *Amar la Cruz es saberse fastidiar gustosamente por amor a Cristo, aunque cueste y porque cueste, que tú tienes experiencia de que ambas cosas son compatibles: con gusto, aunque resulte difícil, porque la Cruz con amor es una cruz sin cruz, que se hace muy llevadera. Vale la pena mortificarse por amor a las almas, como hacía San Pablo: todo lo sufro por amor de los escogidos, a fin*

(26) *Joan.* III, 30;

(27) *Rom.* VIII, 18;

(28) *Camino*, n. 187.

*de que consigan también ellos la salvación, adquirida por Jesucristo, con la gloria celestial*²⁹; *no hay día, hermanos, en que yo no muera por la gloria vuestra y también mía, que está en Jesucristo nuestro Señor*³⁰.

Es cuestión de gracia, generosa por parte de Dios, y cuestión de voluntad, de un personal esfuerzo, por parte del hombre. *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame*³¹. Es cierto que Dios respeta la libertad y cuenta con nuestra libre decisión para salvarnos. Por eso dice: *si alguno quiere*. Pero hemos de querer seriamente, porque *si nuestra voluntad no está dispuesta a morir según la Pasión de Cristo, tampoco la Vida de Cristo será vida en nosotros*³².

¿Y cómo vamos a morir?, ¿cómo vamos a dar nuestra pobre vida? ¿De una vez? Puede que Dios, en algún caso excepcional, disponga la palma del martirio. Pero no es éste el camino ordinario por donde el Señor quiere que andemos. *No es espíritu de penitencia el de aquél que hace unos días grandes sacrificios, y deja de mortificarse los siguientes. Tiene espíritu de penitencia el que sabe vencerse todos los días, ofreciendo al Señor, sin espectáculo, mil cosas pequeñas. Ese es el amor sacrificado, que espera Dios de nosotros*³³.

Mortificación constante y generosa, en los detalles de cada día. *¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! Piensa, entonces, qué es lo más heroico*³⁴.

El Señor espera que busquemos la mortificación en las cosas ordinarias y corrientes: en el trabajo intenso, constante y ordenado; sabiendo que el mejor espíritu de sacrificio es la perseverancia en acabar con perfección la labor comenzada; en la puntualidad, llenando de minutos heroicos el día; en el cuidado de las cosas, que tenemos y usamos; en el afán de servicio, que nos hace cumplir con exactitud los deberes más pequeños; y en los detalles de caridad, para hacer amable a todos el camino de santidad en el mundo: una sonrisa puede ser, a veces, la mejor muestra de nuestro espíritu de penitencia³⁵.

(29) *1 Tim.* II, 10;

(30) *1 Cor.* XV, 31;

(31) *Matth.* XVI, 24;

(32) San Ignacio de Antioquia, *Epist. ad Magn.* 5, 1;

(33) *Carta Singuli dies*, 24-III-1930, n. 15;

(34) *Camino*, n. 204;

(35) *Carta Singuli dies*, 24-III-1930, n. 15;

Con deseos de unirnos a nuestro Redentor, Jesucristo; con entrañable cariño por labores y por personas concretas —¡con sus nombres!—, llevaremos alegremente esos diarios *alfilerazos*. Son detalles que han de constituir —por su continuidad, por el sentido sobrenatural que les demos— un verdadero y profundo morir a nosotros mismos, una auténtica participación en la Pasión y Muerte de Cristo, para llenarnos de su Vida: reproducir en nuestro caminar terreno —continua, habitualmente— lo que Cristo padeció en la Cruz y la Iglesia nos aplica en los Sacramentos.

MORTIFICACIONES PASIVAS

Para alcanzar esa Vida en Cristo, configurándonos con El en su Muerte, hemos de tomar ocasión de las circunstancias imprevistas, que contrarían o resultan difíciles. Por eso, *entre las mortificaciones acostumbradas, tienen que estar primero las mortificaciones pasivas, aquellas que no esperamos y que vienen*. Circunstancias objetivas, reales, no imaginarias o resultado de una mala disposición interior, que hace que hieran cosas en sí mismas inofensivas.

Las contrariedades muchas veces son demasiado subjetivas. Contrariedades tomamos las que cada uno quiere: el que está en Dios tiene pocas, porque cuando hay algo objetivo, se rinde ante la voluntad de Dios, le pide luces para acertar, y hasta. Cuando las contrariedades parecen abundar, hay que pensar si no faltará, en cambio, mortificación de la imaginación, y sentido sobrenatural.

No es fácil aceptar con amor lo que de algún modo contraría. No es fácil esa adhesión incondicionada a la nueva vida que Dios nos ofrece: vivir ya tan fuera de sí, tan olvidado de uno mismo, tan perdido en Dios, que no haya propia voluntad, que no haya rebeldía... No es fácil, pero es imprescindible si queremos identificarnos con Cristo. Por eso es preciso un aprendizaje, un acto inicial de generosidad, que sube luego como por escalones: *Resignarse con la Voluntad de Dios; Conformarse con la Voluntad de Dios; Querer la Voluntad de Dios; Amar la Voluntad de Dios*³⁶.

MORTIFICACIÓN ACTIVA, DE LOS SENTIDOS

La aceptación generosa de la purificación que el Señor ofrece

(36) Camino, II, 774;

se ha de preparar con un *negarnos a nosotros mismos, no sólo en tiempo de persecución, sino en todas nuestras obras, palabras y pensamientos*³⁷. Esa mortificación activa nos dispone a recibir amorosa y eficazmente los golpes con que el escultor divino cincela la imagen de Cristo en nosotros: *si somos generosos en la mortificación voluntaria, Jesús nos llenará de gracia para amar las expiaciones que El nos mande*³⁸. Una mortificación activa que ha de ser continua, habitual; que ha de abarcar cada uno de nuestros sentidos y potencias, porque es todo nuestro ser el que ha de transformarse en Cristo.

Mortificación, en primer lugar, de los sentidos, que son como puertas del alma. *Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecar, sácalo y arrójalo fuera de ti*³⁹. El alma unida al cuerpo necesita de órganos corporales, para su bien y no para su ruina; por eso, es preciso mortificar todos y cada uno de esos sentidos, rendirlos al Amor: la vista, para que no se detenga sino en lo que lleva a Dios; *¿para qué has de mirar, si «tu mundo» lo llevas dentro de ti?*⁴⁰; el oído, para apartarlo de lo que nos aleja del Señor; el gusto, sabiendo poner *entre los ingredientes de la comida el riquísimo de la mortificación*; y el olfato, y el tacto.

No es tarea meramente negativa: la mortificación no está en la frontera con el pecado; se encuentra en pleno territorio del amor de Dios; porque es saberse privar de lo que sería posible no privarse sin ofender al Señor. El alma mortificada no es la que no ofende, sino la que ama; vivir así, como Cristo, *parece una necesidad a los ojos de los que se pierden; mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la fuerza de Dios*⁴¹.

Mortificar la sensibilidad, la tendencia a *pasarlo bien* como primera razón de vida. Mortificación del corazón, desprenderlo de ataduras, para unirlo a Dios: *si tu ojo derecho te escandalizare..., ¡arráncalo y tíralo lejos!* — ¡Pobre corazón, que es el que te escandaliza!

*Apriétalo, estrújalo entre tus manos: no lo des consuelos.— Y, lleno de una noble compasión, cuando los pida, dile despacio, como en confidencia: «corazón, ¡corazón en la Cruz!, ¡corazón en la Cruz!»*⁴².

(37) San Jerónimo, Epist. 131, 3;

(38) Camino, II, 221;

(39) Matth. V, 29;

(40) Camino, II, 184;

(41) I. Cor. I, 18;

(42) Camino, II, 163;

Mortificación interior: la fantasía: miles de imágenes que no son de Dios, que retardan el camino de la santidad. Es una tentación que puede coexistir con el trabajo, con el tiempo de la oración... Tentaciones que, aunque ladran mucho, no muerden, si no dejamos que el corazón siga a la fantasía. Sin grandes violencias, pero con generosidad —que es prontitud—, hay que desechar esas imágenes, y pensar en las cosas de Dios. Meternos de lleno en la tarea que nos ocupa, y emplear la memoria en recordar los beneficios del Señor, la gracia de la vocación: *haré memoria de las maravillas que has hecho desde el principio*⁴³; memoria mortificada es sencillamente memoria de Dios.

Mortificación de los sentidos, mortificación de la sensibilidad, mortificación interior: *la continua separación del cuerpo y de sus afecciones es un sacrificio agradable a Dios; es un verdadero culto a Dios*⁴⁴. Porque la mortificación es como *la oración de los sentidos; ellos, que son tantas veces ocasión de torpezas, que nos sirvan para servir a Dios*.

MORTIFICAR LA INTELIGENCIA Y LA VOLUNTAD

Las dos potencias propias del hombre, que lo elevan por encima de los animales, la inteligencia y la voluntad, necesitan también una constante mortificación. La inteligencia, porque es limitada, conoce difícilmente la verdad; y sin embargo tiende a juzgar de todo, a ser regla y patrón del mundo.

*¡Ay de aquéllos que no atribuyen a Dios la causa y el origen de la ciencia y de la sabiduría! Porque Cristo es la misma sabiduría, decimos sabio al que participa de Cristo*⁴⁵. Mortificación de la inteligencia; del juicio propio, de las actitudes críticas ante las cosas del Señor. Para mantener una inteligencia despierta, pura, limpia, humildemente abierta a las claridades de Dios. *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado*⁴⁶. Mortificación de la curiosidad, de la precipitación en los juicios, de la superficialidad.

Si la inteligencia está mortificada, la voluntad la seguirá en todos sus pasos, tendiendo hacia el bien en línea recta, clara. Pero hay muchos obstáculos: formas variadas, múltiples, del amor desordenado

de uno mismo. Y es preciso negarse una y otra vez; ordenar nuestros amores, colocar nuestra voluntad primero en Dios, luego en los demás por Dios.

*Acostúmbrate a decir que no*⁴⁷: no, a ese yo altivo y soberbio que tiende a convertirse en el centro del universo; no, al *non serviam*!; y por tanto sí, al Amor de Dios. *Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —La que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...*⁴⁸. Y esto, una y otra vez, aunque a veces cueste mucho: *para que nuestras conversaciones no giren en torno a nosotros mismos, para que la sonrisa reciba siempre los detalles molestos, para hacer la vida agradable a los demás*.

HACER AGRADABLE LA VIDA A LOS DEMÁS

Si la mortificación tiene como materia los actos de todas y de cada una de nuestras potencias, su perfección es siempre la caridad: el dolor y el sufrimiento que voluntariamente aceptamos es un dolor de Amor, es morir para vivir, es dejar vivir a Cristo en nosotros. Y esa caridad se muestra sobre todo en los detalles de la vida ordinaria: *cosas pequeñas que no te hacen perder la salud, pero que te mantienen encendido*.

Esta mortificación en cosas pequeñas cuesta, pero es una tarea hacedera: *la mortificación en mil detalles así, no es como para asustarse; porque ha de llegar a ser una cosa tan natural como el latir del corazón. Yo no noto ahora el latir del corazón, pero se mueve, late; y ¡ay del día en que se pare! Os digo a vosotros lo mismo: en nuestra vida espiritual, la vida del corazón, que es ese latir, es ese esfuerzo por mortificarse en cada instante*.

El deseo —continuo, diario— de convertir el espíritu de la Obra en nuestro propio espíritu, raíz de todos nuestros pensamientos y acciones, debe cimentarse en la mortificación, *expresada en multitud de detalles y normas concretas. En el día de guardia, ese día en que estamos particularmente vigilantes y pendientes de la santidad de los demás, debe haber, entre otras cosas, el ofrecimiento al Señor de una mortificación extraordinaria. Y hay una mortificación diaria por el Padre. Y la ofrecida a la Virgen. Y se aconseja a los enfermos que ofrezcan con amor sus sufrimientos. Y señalamos la importancia*

(43) Ps. LXXVI, 12.

(44) Clemente de Alejandría, *Strom.* 3, 11, 67, 1;

(45) San Basilio, *Comm. in Isai.* 5, 175;

(46) *Matth.* VI, 22.

(47) *Camino*, II, 5;

(48) *Camino*, II, 11;

de la mortificación, para custodiar la santa pureza, y para el apostolado...

El amor que empuja, ordena también la mortificación. *Busca mortificaciones que no mortifiquen a los demás*⁴⁹, nos aconseja el Padre. Y un capítulo importante es el deseo de hacerles agradable su camino de santificación. *Esa palabra acertada, el chiste que no salió de tu boca; la sonrisa amable para quien te molesta; aquel silencio ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otro fastidiosos e impertinentes... Esto, con perseverancia, sí que es sólida mortificación interior*⁵⁰.

De esta forma, la mortificación por los demás tiene amplio terreno donde extenderse con linura y garbo. *Que os sepáis fastidiar alegremente y discretamente para hacer agradable la vida a los demás, para hacer amable el camino de Dios en la tierra. Este modo de proceder es verdadera caridad de Jesucristo.* Aquí la mortificación se manifiesta en toda su claridad, con el carácter alegre y sacrificado que nos recomienda nuestro Padre. Llevad los unos las cargas de los otros y así cumplireis la ley de Cristo (Galat. VI, 2). *Debéis tener empeño, un empeño muy particular en hacer agradable la vida a los demás, sin mortificarlos jamás unos a otros. Diciendo: me voy a fastidiar yo un poco, para hacer más amable el camino divino de los demás.*

MOTIVOS DE LA MORTIFICACIÓN

El alma mortificada está dispuesta a aceptar, amando, la Voluntad de Dios en cualquier circunstancia. Todos sus sentimientos son para Dios y, por Dios, para sus hermanos los hombres; porque, al morir por amor para vivir en el amor, reconoce su dependencia del Señor, ve cuánto le ha ofendido, y se siente movida a expiar, por sí, y, con el ejemplo de Cristo, por los demás. *¿Motivos para la penitencia? Desagravio, reparación, petición, hacimiento de gracias: medio para ir adelante...: por ti, por mí, por los demás, por tu familia, por tu país, por la Iglesia... Y mil motivos más*⁵¹.

Desagravio, reparación, petición, hacimiento de gracias.—

(49) *Camino*, II, 179.

(50) *Camino*, II, 173.

(51) *Camino*, II, 232.

Son los fines de nuestra mortificación, los mismos de la Pasión de Cristo y de la Santa Misa, su Sacrificio perpetuamente renovado.

Reparación; unión al sacrificio redentor de Jesús. *¿Qué importa padecer, si se puede por consolar, por dar gusto a Dios nuestro Señor, con espíritu de reparación, unido a El en su Cruz, en una palabra: si se padece por Amor?...*⁵².

Sacrificio de acción de gracias con todos nuestros sentidos, con todas nuestras potencias, por tantos beneficios que hemos recibido y que recibimos del Señor. *Deo omnis gloria!*— para Dios toda la gloria; la gloria que los hombres deben tributar a Dios, con su cuerpo y alma, con sus pensamientos, palabras y acciones.

Sacrificio impetratorio. El Señor espera nuestra oración y nuestra mortificación para concedernos todo lo que pidamos. Porque el Señor escucha de una manera especial a las almas mortificadas y penitentes; por eso escucha a mis hijos del Opus Dei, que saben que la vida contemplativa se fundamenta en la penitencia.

La mortificación, la muerte en Cristo, es Vida en Cristo, santidad; y, por Cristo y en Cristo, vida también para los demás, santidad para todas las almas. Si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto (Joan. XII, 24). *Como el grano de trigo tenemos, hijos míos, la necesidad de la muerte para ser fecundos. Tú y yo no queremos estar solos. Queremos multiplicar nuestra familia, dejar un surco hondo y luminoso. Por eso hemos de dejar al pobre hombre animal y lanzarnos por los campos del espíritu, levantando todas las cosas humanas y a la vez a los hombres que trabajan en ellas.*

¡Cómo se hace realidad la promesa de Nuestro Señor! Quien *perdiere su vida por amor mío, la encontrará*⁵³. Y encontrará también la vida de muchas almas, para convertirlas al Señor, como prueba de un amor grande, limpio, difusivo: *pro eis ego sanctifico meipsum*⁵⁴, me sacrifico por ellos.

Para sostener una vida mortificada, con mortificación seria, honda, habitual, profunda, alegre, hace falta la gracia de Dios y la gene-

(52) *Camino*, II, 182.

(53) *Matth.* X, 39.

(54) *Joan.* XVII, 19.

rosidad personal. Nuestra Madre nos enseñará. *Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano — no hay dolor como su dolor—, llena de fortaleza.*

—Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz⁵⁵.

(55) *Camino*, n. 508.

16. LA CONFESION

En la Cruz, en la Pasión y Muerte de Jesucristo Señor Nuestro, están unidas en armonía generosamente divina, la misericordia y la justicia de Dios. Allí hemos sido redimidos, y allí Dios ha recibido reparación abundante por nuestras ofensas. Del Corazón herido de Jesús, abierto en holocausto cruento de amor, brota la gracia que borra los pecados del mundo. Por eso, repetimos nosotros cada día, en la Santa Misa: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis*¹.

Cristo, que vino a la tierra para ofrecer al Padre el único sacrificio que podía ser recibido en olor de suavidad, agota su vida en efusión de misericordia. *No son los justos, sino los pecadores, a los que he venido a llamar a penitencia*². De un modo eficaz, viene en busca de los que estábamos perdidos, para mudarnos, para matar en nosotros la muerte, para darnos en Él la vida. Es el Buen Pastor, que ha dado la vida por sus ovejas³, y es el verdadero Cordero, que quitó los pecados del mundo⁴. El que *muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando renovó nuestra vida*⁵.

Los sacramentos, custodiados y administrados por su Iglesia Santa, son los conductos por los que esa Vida renovada, ese *opus recreationis*, esa nueva creación que Jesús hizo desde la Cruz, fluye abundante, llevándonos desde el inicio de esa vida con el Bautismo hasta el

(1) *Ordo Missae*.

(2) *Luc.* V, 32.

(3) *Cfr. Joann.* X, 11.

(4) *Cfr. Joann.* I, 29.

(5) *Praef. Pasch.*

tránsito a la felicidad eterna con el auxilio de la Extremaunción, pasando por la plenitud viadora de la Eucaristía. La economía de nuestra salvación es sacramental: los sacramentos nos aplican la redención de Cristo, y cada uno de ellos auxilia además en una necesidad específica.

EL SACRAMENTO DEL PERDÓN

Entre los sacramentos, como un prodigio de la inagotable misericordia de Dios, está el Sacramento de la Penitencia. Cristo no sólo ha querido ofrecer a Dios en la Cruz una satisfacción de valor infinito, sino que también quiere hacernos capaces de ofrecer nosotros mismos una reparación aceptable a Dios, y de recuperar la Vida divina cada vez que la hayamos perdido. *Recibid el Espíritu Santo* —dijo a los Apóstoles—: *quedan perdonados los pecados a aquéllos a quienes los perdonareis, y quedan retenidos a los que se los retuviereis*⁶. Tiempo antes, en Cafarnúm, les había dicho: *el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido. Si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se hubiere descarriado, ¿qué os parece que hará entonces? ¿no dejará las noventa y nueve en los montes, y se irá en busca de la que se ha descarriado? Y si por dicha la encuentra, en verdad os digo que ella sola le causa mayor complacencia que las noventa y nueve que no se le han perdido*⁷. Y a continuación, les prometió conferirles toda la potestad de jurisdicción que tiene hoy el Colegio Apostólico: *os empeño mi palabra, que todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo*⁸.

Al instituir el Sacramento de la Penitencia, Jesús tiene puestos sus ojos misericordiosos de Buen Pastor en nuestra flaqueza; piensa —con el corazón oprimido, hasta vernos salvos— en cada uno de los que vamos a venir después: en el camino que habremos de recorrer, en nuestros pecados, en nuestros extravíos; para su amor, cada uno de nosotros somos la oveja singular entre las cien.

Este sacramento de la misericordia de Dios permitirá a San Juan escribir: *estas cosas os escribo, a fin de que no pequéis; pero aun cuando alguno pecare, tenemos por abogada para con el Padre, a Jesucristo justo, y El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados*⁹.

(6) *Joann.* XX, 22-23;
(7) *Matth.* XVIII, 11-13;
(8) *Matth.* XVIII, 18;
(9) *1 Joann.* II, 1-2.

Es el sacramento de la paciencia divina, el sacramento de nuestro Padre Dios avistando cada día a las puertas de la eternidad el regreso de los hijos que se fueron. Por eso tarda en venir a juzgarnos, por eso espera: *con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia*¹⁰.

Cristo ejerce ese poder de perdonar nuestros pecados porque es Dios. Con toda autoridad pudo decir al paralítico: *ten confianza, hijo, que te son perdonados tus pecados. A lo que ciertos escribas dijeron luego para consigo: Este blasfema. Mas Jesús, viendo sus pensamientos, dijo: ¿por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es más fácil, el decir: se te perdonan tus pecados, o el decir: levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados, levántate, dijo al mismo tiempo al paralítico, toma tu lecho y vete a tu casa. Y levantóse, y fue a su casa. Lo cual viendo las gentes quedaron poseídas de temor, y dieron gloria a Dios, por haber dado tal potestad a los hombres*¹¹. Cristo, Dios y Hombre verdadero, tiene esa potestad por derecho personal, pero además, la va a participar también a los hombres: a los Apóstoles, y a sus sucesores en el sacerdocio, a los que confiere la doble potestad de orden y de jurisdicción.

Si pecásemos, hemos de decir: *«te confesé mi pecado, y te descubrí mi iniquidad; confesaré a Yavé mi pecado»*¹². Pues si hiciésemos esto y revelásemos nuestros pecados, no sólo a Dios, sino también a quienes pueden curar nuestros pecados y heridas, serán borrados esos pecados nuestros por Aquél que dice: *«Yo he disipado como nube tus pecados, como niebla tus iniquidades»*¹³⁻¹⁴. El sacerdote —buen pastor, juez, médico, maestro, amigo— recibirá en su corazón diariamente esa oleada de los pecados del mundo. Ministro de la misericordia de Dios, sentirá también en su corazón el peso de esos pecados, y si no está siempre como Cristo en la agonía del Huerto, no es porque no tenga motivo, sino por su pequeñez humana.

Pero será esta misma pequeñez un elemento de salvación, un escalón que facilite al hombre su elevación a las cosas de Dios. En el tribunal de la penitencia, el sacerdote —ministro incansable de la inagotable

(10) *1 Petr.* III, 9;
(11) *Matth.* IX, 2-8;
(12) *Ps.* XXXI, 5;
(13) *Isaí.* XLIV, 22;
(14) *Orígenes, in Luc. hom.* 17.

misericordia de Dios— hace, más que posible, fácil, el diálogo divino, transido de misericordia: ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: ninguno, Señor. Y Jesús le dijo: pues yo tampoco te condenaré. Anda, y no peques más en adelante¹⁵. Para facilitar el acercamiento del pecador, Dios ha puesto como ministro de su perdón a un hombre, pecador también, cercado de flaqueza, que sepa condolerse de aquéllos que ignoran y yerran, como quien se halla igualmente rodeado de miserias, y por esta razón debe ofrecer sacrificio en descuento de los pecados, no menos por los suyos propios que por los del pueblo. Y nadie se arrogue esta dignidad, si no es llamado por Dios, como Aarón¹⁶.

EL BUEN PASTOR

¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?¹⁷ Efectivamente, sólo Dios y aquéllos a quienes Dios haya querido dar tal potestad para ejercerla en su nombre. El Sacramento de la Penitencia —expresión de esa delegación divina a los hombres— es, como todo sacramento, un rito sensible, pero de índole judicial, en el que el sacerdote en nombre de Dios concede el perdón a quien, sinceramente arrepentido de sus pecados, se haya confesado de ellos, y acepte la debida penitencia.

No basta para ejercer ese poder divino la potestad de orden, recibida con la ordenación sacerdotal; se requiere también la potestad de jurisdicción, que es la facultad dada al sacerdote de ejercitar prácticamente el poder de absolver; y esta potestad es indispensable, porque la absolución es un acto judicial —juzgar para retener o perdonar—, y el juez que no está legítimamente constituido como tal, o que no tiene jurisdicción, no puede juzgar.

Pero la confesión, además de la estricta función judicial, tiene una misión medicinal, de magisterio, de paternidad, de buen pastor. Por eso, para obtener todos los frutos de la confesión, es tradicional en la Iglesia la recomendación de que los fieles procuren confesarse siempre con el mismo sacerdote, que pueda juzgar con más hondura, curar con más eficacia, enseñar con más claridad, guiar con más seguridad. Cuanto mayor sea el conocimiento que el confesor tiene del penitente, mayor será la eficacia de la confesión: pues si el enfermo se avergüenza de confesar al médico su herida, lo que la medicina ignora no lo cura¹⁸.

De la misma manera que los hombres no manifiestan sus enfermedades corporales a todos, ni a cualquiera, sino a aquéllos que tienen pericia para curárselas, así también debe hacerse la confesión de los pecados a aquéllos que puedan curarlos¹⁹. Esta doctrina tradicional, incluso con la misma gráfica imagen, nos la ha repetido nuestro Padre muchas veces. Dedídmela: un enfermo que se quiere curar, ¿qué hace? Va a un médico determinado, que le conoce. —Míreme bien, hágame análisis, tómeme la presión, la temperatura... Y le reconoce, y le ausculta, y le mira por rayos X, bien mirado. Y si el médico se porta como debe, procurará que el enfermo, por debilidad, por inadvertencia, no deje de contarle alguna cosa que pueda ser de interés. Y el enfermo, si no es un loco, se apresurará a decir al médico todos los síntomas, todas las circunstancias, que a él le parece que son manifestaciones de su enfermedad, hasta las más nimias. No se le ocurre ir a un médico cualquiera —y luego a otro, y a un tercero, y a más...— para que le dé una aspirina, sino que corre al médico que le conoce bien.

Es la parábola del Buen Pastor, que se cumple en cada uno de nosotros. De la mano de nuestro Padre hemos penetrado en su sentido. Yo querría señalaros una vez más —nos ha dicho— *cuál es el espíritu nuestro en un medio maravilloso de santificación, en un medio que está instituido por Jesucristo, porque es sacramento: la confesión*. Un medio de importancia trascendental para santificarnos.

La estricta misión de juez la puede ejercer cualquier sacerdote que tenga jurisdicción, licencias; aunque incluso esta misión pueda venir dificultada alguna vez por insuficiente conocimiento. Pero la misión de buen pastor, no. ¿Sabéis quién es, para mis ovejas, el Buen Pastor? El que tiene misión dada por mí. Y yo la doy ordinariamente a los Directores y a los sacerdotes de la Obra. Gente que no conoce el Opus Dei no está dispuesta para ser el pastor de mis ovejas, aunque sean buenos pastores de otras ovejas y aunque sean santos.

Conviene que os confeséis con los sacerdotes que están designados. Y está dispuesto que, al menos, hay que ir a ellos para recibir la bendición. Podéis ir a confesaros con cualquier sacerdote que tenga licencias del Ordinario. De esta manera, yo desiendo la libertad, pero con sentido común. Todos mis hijos tienen libertad para confesarse con cualquier sacerdote aprobado por el Ordinario, y no

(15) *Joan.* VIII, 10-11;

(16) *Hebr.* V, 2-4;

(17) *Marc.* II, 7;

(18) San Jerónimo, *In Ezech. cumm.* 10, 11;

(19) San Basilio, *Reg. brev. tract.* 229;

está obligado a decir a los Directores de la Obra que lo ha hecho. ¿Uno que haga esto peca? ¡No! ¿Tiene buen espíritu? ¡No! Está en camino de escuchar la voz del mal pastor.

A la luz de esas palabras, dictadas por el amor a nuestra santificación, seguimos descifrando la parábola evangélica: ¿Y no podrían ir otros pastores a buscar a mis ovejas y apacentarlas bien? No. El Señor lo dice terminantemente: qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro (Ioann. X, 1); quien no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, es un ladrón y salteador. ¿Acaso no podrá ir alguno de buena voluntad a dar una ayuda, a tomar un hatillo de ovejas y darles buen pasto, y volverlas al redil? No. ¡No! Y no soy yo quien lo dice, sino el mismo Señor. Los que no tienen misión dada por los Directores, no son buenos pastores, aunque hagan milagros.

Hemos de saber reconocer la voz del buen pastor, esos silbos amorosos, familiares, de quien podrá conducirnos al redil, y cuidarnos y devolvernos la vida quizá perdida, o mejorarla, y curarnos de dolencias y flaquezas. Vosotros iréis a sacerdotes hermanos vuestros, como voy yo. Y les abriréis el corazón de par en par —¡podrido, si estuviese podrido!—, con sinceridad, con ganas de curaros; si no, esa podredumbre no se curaría nunca. Si fuésemos a una persona que sólo puede curarnos superficialmente la herida... es porque seríamos cobardes, porque no seríamos buenas ovejas, porque iríamos a ocultar la verdad, en daño nuestro. Y haciéndonos este mal, buscando a un médico de ocasión, que no puede dedicarnos más que unos segundos, que no puede meter el bisturí, y cauterizar la herida, también estaríamos haciendo un daño a la Obra. Si tú hicieras esto, tendrías mal espíritu, serías un desgraciado. Por ese acto no pecarías, pero ¡ay de ti!, habrías comenzado a errar, a equivocarte. Habrías comenzado a oír la voz del mal pastor, al no querer curarte, al no querer poner los medios. Y estarías haciendo un daño a los demás.

Sabemos bien que nuestra vida interior repercute en los demás y en la Obra entera. Tú conoces la doctrina del Cuerpo Místico, de la Comunión de los Santos. Pues estarías haciendo daño a tus hermanos, y a los que están por venir, y a ti mismo, al cuerpo entero de la Obra. Porque además aquel mal pastor no venía a buscarte, habrías sido tú el responsable. Porque ese otro, que no es Buen Pastor, non venit nisi ut furetur et mactet et perdat (Ioann. X, 10);

no viene sino para robar y matar y hacer estrago. Nosotros necesitamos tener un espíritu determinado y concreto. Nuestro espíritu está muy claro: nuestra ascética, nuestra mística, clarísima. Y, todo lo que sea deformar este espíritu, es robar y matar. Robar y matar: el oficio del mal pastor, del que no entra por la puerta, del que no tiene interés ninguno, o muy poco, por las ovejas.

La enseñanza es clara, diáfana: omnia mihi licent, sed non omnia expediunt²⁰; si todo me es lícito, no todo me es conveniente. Y en esta doctrina estamos contemplando el celo del Buen Pastor que teme por la salud nuestra, que quiere darnos la vida con abundancia. No estamos ya en el terreno del derecho o de la obligación estricta, sino en otro orden de cosas que, recogiendo y elevando el espíritu del derecho y del deber, lo trasciende: el orden del Buen Pastor. Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis (Ioann. X, 11); Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Hace todos los sacrificios. Y vosotros debéis estar dispuestos a hacerlos todos también. Y el primero es éste: no ejercitar aquel derecho —porque el derecho lo tenemos— si lo podemos evitar, y lo podremos evitar siempre o casi siempre. Propósito firme: el primer sacrificio es no olvidar, en la vida, lo que expresan en Castilla de un modo muy gráfico: que la ropa sucia se lava en casa. La primera manifestación de que os daís, es no tener la cobardía de ir a lavar fuera de la Obra la ropa sucia. Si es que queréis ser santos; si no, estáis de más.

Es la cobardía, una especie de villanía que se mete en el alma que no es humilde, lo que puede llevar a no comprender bien esta doctrina, y quizá a no vivirla. Por eso, hemos de preveniros con humildad, con la humildad de sabernos con los pies de barro, y de saber también que nadie se escandalizará si algún día hubiese de comprobarlo en nosotros. Hijos míos, que no os avergüence ser miserables, si en algún caso lo sois; no os acobardéis porque tengáis en el corazón el fomes peccati. No os asustéis de nada. ¡Fieles de verdad! ¡Sinceros! ¡Sinceros! Tengamos el sentido común y el espíritu sobrenatural de saber que si el Padre, por ser padre y por ser madre, deja las cosas muy anchas, vosotros, por ser ovejas firmes, seguras, por dejar trabajar al Buen Pastor, con buen sentido, sabréis no usar de ciertos derechos, para en cambio tener mayor eficacia en la labor de vuestra

(20) I Cor. VI, 12;

santificación y de la santificación de toda la Obra, de la santificación de vuestros hermanos y de tantas almas, y de la Iglesia.

NATURALEZA SACRAMENTAL DE LA PENITENCIA

El Sacramento de la Penitencia confiere la gracia —o la aumenta, cuando se recibe ya en estado de gracia— *ex opere operato*²¹, con eficacia de suyo infalible. Sin embargo, de hecho, en la práctica, la medida de este efecto santificador está en proporción con las disposiciones del que recibe el sacramento. Incluso la falta de esas disposiciones, y la omisión de algunos actos debidos, puede ser tal que haga inválido completamente el sacramento, que lo vuelva ineficaz, inútil, con la correspondiente irreverencia a Dios.

Como la tendencia al pecado es constante en nosotros, debe serlo también la tendencia a la penitencia, hemos de estar siempre dispuestos a dolernos, a pedir perdón, a expiar y a rectificar. Esa disposición habitual brota como una consecuencia de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Espíritu de fe: adhesión firme a la palabra de Dios, urgencia firme en su poder, en su misericordia. Y como consecuencia: la esperanza, una confianza máxima y filial en nuestro Padre Dios. *Filiación divina, pues. Con esa creencia maravillosa no perdemos la serenidad, para sentirnos seguros; para volver, si es que nos hemos descaminado en alguna escaramuza de esta lucha diaria —aun cuando hubiese sido una derrota grande—, ya que por nuestra debilidad podemos descaminarnos, y de hecho nos descaminamos. Sintámonos hijos de Dios, para volver a El con agradecimiento, seguros de ser recibidos por nuestro Padre del Cielo*²². Amor: amor a un Padre bueno, con entrañas de misericordia: amor a Cristo, Buen Pastor que nos busca, y da su vida por nosotros; amor que es el fundamento de la confianza: amar y saberse amado.

Hemos de tener una visión muy positiva de la confesión. *«Induimini Dominum Iesum Christum» —vestíos de Nuestro Señor Jesucristo, decía San Pablo a los Romanos. —En el Sacramento de la Penitencia es donde tú y yo nos revestimos de Jesucristo y de sus merecimientos*²³. Acudir al Sacramento de la Penitencia es acudir a la Cruz, es ponerse bajo la protección de Cristo Crucificado, es empaparse de

sus merecimientos, de su amor; es renovarse, es resucitar. De la misma manera que Cristo —y con El, el sacerdote— no se ha limitado a esperarnos, sino que ha salido a nuestro encuentro, nosotros hemos de acudir con presteza —con una puntualidad que es delicadeza de amor—, con deseo, sintiendo la necesidad de la gracia: *beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam, quoniam ipsi saturabuntur*²⁴; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Desde niños hemos aprendido las cinco condiciones que ha de reunir la confesión —examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de enmienda, confesión de los pecados y cumplir la penitencia—, pero es preciso afinar, mejorar, verlas a la luz de nuestras circunstancias actuales. Y precisamente por la frecuencia de nuestras confesiones, es preciso prevenir la rutina *sepulcro de la verdadera piedad*²⁵—, ahondar en el amor y en el dolor, en el conocimiento de sí mismo, en la humildad, en el espíritu de penitencia. Ahondar como si cada confesión fuera siempre única. Ahondar para que esa gran virtud que Dios ha dado al sacramento no se vea coartada por los estrechos límites de la precipitación, de la superficialidad, de la ligereza, de la rutina.

EXAMEN DE CONCIENCIA

El examen de conciencia no es una actitud de introspección: es saberse en la presencia de Dios, presente a Dios. Ese ojo enmarcado en un triángulo que se encuentra en algunas antiguas representaciones de la Trinidad —y en las ilustraciones de catecismos de la doctrina cristiana— es una invitación al verdadero examen de conciencia, al examen humilde, tanto más cuanto que esa mirada no es acusadora, sino de misericordia. El examen de conciencia requiere ponerse en presencia de Dios, con sinceridad, con humildad, con serenidad, con objetividad. El tiempo necesario varía para cada alma, y para las distintas circunstancias; pero haciendo bien el examen diario, bastan unos momentos para resumir, en una mirada de conjunto, lo hecho y lo omitido, desde la última confesión.

No hay que perderse en detalles nimios: para los defectos o los pecados veniales, más que el número exacto y más que un cierto encasillamiento moral, importan las causas: los actos pasan, quedan los hábitos, las inclinaciones, las disposiciones. Y eso es lo que cuenta: conocer las

(21) Cf. Concilio de Trento, *decr.*, *De sacramentis*, *can.* 8, D. 851 (1608).

(22) *Carta Videns eos*, 24-III-1931, n. 60.

(23) *Camino*, n. 310.

(24) *Matth.* V, 6.

(25) *Camino*, n. 551.

disposiciones, saber dónde está el corazón, a dónde mira. Otra cosa sería si se hubiese tenido la desgracia de cometer un pecado mortal, porque los pecados mortales deben confesarse necesariamente en su especie y en su número²⁶, con la mayor aproximación posible. Pero si no, y es lo ordinario por gracia de Dios para un alma con vida interior, lo que importa es conocer las raíces de esas posibles faltas veniales, o incluso imperfecciones, porque la disposición persiste, y es lo verdaderamente culpable, lo digno de dolor y de enmienda. Vista la raíz, se ve también la necesidad de evitar la ocasión.

Faltas veniales deliberadas —preferir alguna satisfacción a la voluntad de Dios, en materia no grave, pero de modo consciente—: apego a la propia voluntad y al propio juicio; a la comodidad, propensión a la falta de caridad; ataduras que impiden volar, y que hacen que no recibamos de Dios todas las ayudas necesarias para crecer en santidad; cosas que nos distancian del Señor, que hacen precaria la vida interior, ineficaz el apostolado. Faltas semideliberadas: cometidas por sorpresa, por ligereza, por pura fragilidad, pero sin complacencia, de las que al punto sentimos dolor y en las que procuramos vivamente no reincidir. Imperfecciones: remisión de la generosidad en los actos de amor y de servicio a Dios y a las almas.

Nunca lograremos evitar completamente nuestras miserias —por lo menos algunas de ellas—, pero hay que luchar, hay que conocerlas, hay que entender sus raíces. *No puede el hombre, mientras está en esta vida, no tener pecados, aunque sean leves; pero no desprecies estos pecados leves de que hablamos. Muchas cosas leves hacen una grande; muchas gotas llenan un río; muchos granos hacen un montón. ¿Y qué esperanza cabe? Ante todo, la confesión*²⁷. Una mirada superficial, distraída, —en el examen diario, o en el de preparación para recibir el sacramento— no nos puede llevar más que a una confesión igualmente superficial, y por tanto a una curación de superficie, sin eliminar la causa de la enfermedad.

DOLOR DE AMOR Y PROPÓSITOS

El dolor de los pecados, la contrición, ha de ser sincera y profunda, fruto de un examen hondo y humilde, con una visión clara de lo que es el pecado: una ofensa a Dios y no sólo un error de apreciación o una

falta de eficacia. La falta absoluta de dolor podría hacer inválida la absolución sacramental. Porque la materia próxima del sacramento, sobre la que recae la forma de la absolución que el sacerdote imparte, no son los pecados, sino los actos con que se rechazan: contrición, confesión y satisfacción. Por eso, los autores espirituales no se cansan de insistir a los que se confiesan con frecuencia, a los que por gracia de Dios no incurrir ordinariamente en faltas graves, que abonden y se muevan al arrepentimiento; porque la rutina puede llevar a una ausencia de dolor, que invalide el sacramento.

Este dolor no es cosa sensible —aunque a veces lo sensible sea su signo—, sino un acto de voluntad, por el que se aborrece el pecado, por el que se ama a Dios con espíritu de desagravio, con afán de reparación. De todos modos, el dolor es gracia de Dios, y hay que pedirlo. Y moverse con consideraciones sobrenaturales: la ofensa que se ha hecho a Dios, la resistencia a su voluntad amabilísima, la ingratitud con nuestro Padre Dios y con el amor y el sufrimiento redentor de Jesucristo; y la pérdida de intimidad en la amistad con Dios, que esa falta ha producido, y que paraliza o entorpece la vida interior, aumenta la inclinación al mal, predispone a faltas más graves. El temor filial es la puerta del amor.

Propósito de enmienda, concreto, firme. Su ausencia podría también invalidar la absolución. Si la contrición no es una veleidad, lleva necesariamente al propósito de no reincidir, con tanta más firmeza cuanto más profundo es el dolor; de manera que se puede decir con seguridad que no hay dolor donde no hay propósito de enmienda. *Acuérdate de dónde has caído y arrepiéntete, y vuelve a las primeras obras*²⁸. Recordemos a Pedro: después de la caída, Jesús no le reprende, le pide sólo un acto de amor, la decisión de ser fiel en adelante: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*²⁹.

CONFESIÓN DE LOS PECADOS Y SATISFACCIÓN

En el momento de confesar los pecados al sacerdote, está claro que, si hubiese habido alguna falta grave, ese pecado sería lo primero que habría que decir, y después lo demás, con aquella hondura que el examen de conciencia nos ha dado.

Confesión de los pecados: no un simple referir, sino una verdadera acusación. *En tanto te perdona Dios, en cuanto tú no te perdonas*

(26) Cfr. Concilio de Trento, *decr. De poenitentia*, can. 7, D. 917 (1707);

(27) San Agustín, *In epist. Joann. ad Parthos tract.* 1, 6;

(28) Apoc. 11, 5;

(29) Joann. XXI, 15;

a ti mismo³⁰. Una acusación humilde, sin excusas. No vamos a justificarnos, sino a ser justificados por Jesucristo. La comprensión le corresponde al sacerdote; al penitente, la humildad. Una confesión humilde es una confesión personal, sincera, dolorida, que evita tanto el detalle insustancial y prolijo como la generalización anodina y anónima; sin encasillados, diciendo sencillamente lo que ha ocurrido, mostrando el verdadero estado del alma, las tentaciones del enemigo, la situación real y personal.

Los antiguos autores espirituales solían enumerar dieciséis cualidades de esta confesión de los pecados³¹: simple, humilde, pura, fiel, frecuente, clara, discreta, voluntaria, sin jactancia, íntegra, secreta, dolorosa, pronta, fuerte, acusadora y dispuesta a obedecer. Nuestro Padre nos ha resumido en cuatro las buenas condiciones de la confesión. *Hay que procurar ser concisos, concretos, claros y completos. Y esto vale especialmente para la confesión. Estas cuatro notas predicadlas a todos: que sean concisos, concretos, claros y completos. A la hora de ir a confesar, id al grano desde el primer momento. Preparad las confesiones, para que sean concisas, concretas, claras y completas. Aunque se trate de cosas que son materia de dirección espiritual, o incluso pequeñeces de la vida cotidiana, que ni siquiera se pueda decir que sean de dirección.*

Confesión concisa. Pocas palabras, las justas, las necesarias para decir con humildad lo que hemos hecho y lo que hemos omitido. Acusación sin rodeos, sin literatura, sin justificaciones, sin adornar los pecados. Concisión humilde, propia de quien tiene bien hecho su examen y clara la conciencia, del que siente dolor de sus faltas, y conoce al decir las su propia indignidad.

Confesión concreta. Sin divagaciones, sin generalidades: no fui humilde, tuve poca caridad... ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? Conjunto de circunstancias que hacen más personal, más culpable la falta; que le da todo su relieve, para que el confesor juzgue y absuelva y cure. Causas, motivos, circunstancias importantes. De un modo breve, pero expresivo; como se le dicen a un médico las manifestaciones de una enfermedad. Las generalidades son una evasión ante la responsabilidad de las propias faltas, son una excusa tácita, una defensa orgullosa de la propia intimidad.

Confesión clara. Que nos entiendan, sin dejarse vencer por la

vergüenza de declarar la entidad precisa de la falta, sin pensar que ya nos entenderán de algún modo; aunque se ha de guardar —sobre todo en determinadas materias— la modestia necesaria. Claridad, claridad humilde, claridad que es ya una satisfacción, una penitencia, una manifestación de dolor. Claridad sin jactancia. Claridad de quien está decidido a reparar. *Si no declaras la magnitud de tu deuda, no conocerás la grandeza del perdón³²*. Claridad que pone de manifiesto, sin sombras, nuestra flaqueza, porque *el que oculta sus pecados no prospera; el que los confiesa y se enmienda alcanzará misericordia³³*.

Confesión completa, íntegra, total. Sabemos bien que la integridad necesaria para la validez de la confesión es la de la totalidad de los pecados mortales, pero ahora consideramos también la integridad de la confesión como instrumento de santificación, como encuentro con Cristo Buen Pastor, Médico, Maestro, Amigo. *No os concedáis nada sin decirlo, hay que decirlo todo. Mirad que, si no, el camino se enreda; mirad que, si no, lo que era nada acaba siendo mucho. Acordaos del cuento del gitano, que fue a confesar: Padre cura, yo me acuso de haber robado un ronzal... Y detrás había una mula; y detrás, otra ronzal; y otra mula, y así hasta veinte. Hijos míos, que lo mismo pasa con otras muchas cosas: en cuánto se concede el ronzal, viene después todo lo demás, toda la reata, vienen después cosas que avergüenzan³⁴.*

De todos modos, aun a pesar de decirlo todo, y de haber hecho un examen profundo y delicado, pudiera ocurrir que todo lo que confesamos no tenga siquiera carácter de pecado venial. Por eso es aconsejable acusarse siempre de algún pecado grave de la vida pasada —no hasta una acusación genérica, para que haya materia suficiente para la absolución—, o de los pecados cometidos, mortales o veniales, contra alguna determinada virtud o mandamiento. Puede ser útil —por las gracias que el sacramento nos confiere para luchar donde más débiles confesamos estar— hacer que esa acusación de pecados ya perdonados recaiga sobre faltas de la misma especie que las flaquezas actuales de que nos acusamos. Pero es necesario evitar cuidadosamente que en esto penetre la rutina, convirtiendo esa acusación en una fórmula o en un expediente. También para esas faltas ya perdonadas es preciso el dolor; porque la materia pró-

(30) Tertuliano, *De poenit.* 9;

(31) Cfr. Santo Tomás, *Suppl.* q. 9, a. 4;

(32) San Juan Crisóstomo, *De Lazaro hom.* 4, 4;

(33) Prov. XXVIII, 13;

(34) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 39;

xima —repitámoslo— no son los pecados, sino los actos con que se rechazan: el dolor, el propósito de enmienda, la satisfacción. Hay que moverse al dolor de aquello que se confiesa.

Amor a la confesión, agradecimiento a Dios Nuestro Señor, caridad con los que esperan, caridad con el sacerdote —vuestro hermano, que vive especialmente aquel pro eis ego sanctifico meipsum (Ioann. XVII, 19), por amor de ellos me santifico a mí mismo—, que habitualmente se mata, tal debe ser y tal es la calidad y la cantidad de su continua formación y de su labor habitual.

Por todo eso, aprovechad bien la confesión: y para aprovecharla, ni perder el tiempo ni hacerlo perder. Lo largo puede ser la preparación, para algunas personas; para otras, basta una rápida visión y un acto de contrición, sincero. Quienes lo necesiten, pueden hacer un examen más largo, pero después la confesión con brevedad: concisa, concreta, clara, completa. Sin andar dando vueltas, enredando... Además eso se prestaría a amistades, que no van con nuestro espíritu: lo mismo nos debe dar un sacerdote que otro, siendo un sacerdote de la Obra.

Después, Jesucristo nos asocia a su Sacrificio infinito de expiación, cuando el sacerdote nos impone una penitencia, que no es simplemente una obra de piedad, sino que es desagravio, reparación, satisfacción por la culpa contraída, al ofender a Dios: pena vindicativa, además de medicinal y preventiva. Hemos de dar todo su sentido al cumplimiento de la penitencia, tan mitigada maternalmente por la Iglesia; e incluso porque con frecuencia el sacerdote se impondrá a sí mismo parte de esa penitencia, para contribuir a reparar. Hemos de cumplirla con espíritu de desagravio, con humildad, con dolor: *en ella opera la «vis clavium» —la potestad de perdonar—, de modo que tiene más valor para expiar el pecado, que si la misma obra la hiciere el hombre por su propia elección*³⁵.

EFICACIA DE LA PENITENCIA

Jesucristo fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación³⁶. La confesión nos hace participar en la Pasión de Cristo y, por sus merecimientos, en su Resurrección. En cada confesión se obra una resurrección, un renacimiento a la vida de la gracia. No sólo se nos perdonan los pecados, sino que renacemos, con una resurrección

tanto más honda y más completa cuanto más profunda y dolorosa fue la confesión. Por este sacramento, la Sangre de Cristo, amorosamente derramada, purifica y santifica el alma; y por su propia virtud confiere la gracia —si se hubiese perdido— o la aumenta, aunque en grados diferentes, según las disposiciones personales. *La intensidad del arrepentimiento del penitente es, a veces, proporcionada a una mayor gracia que aquélla de la que cayó por el pecado; a veces, igual; a veces, menor. Y por lo mismo, el penitente se levanta a veces con mucha mayor gracia de la que tenía antes; a veces, con igual; a veces, con menor. Y lo mismo hay que decir de las virtudes que dependen y siguen a la gracia*³⁷.

Mira qué bueno es Dios y qué fácilmente perdona los pecados: no sólo devuelve lo perdonado, sino que concede cosas inesperadas³⁸. Se reciben mayores luces de Dios, y un aumento de fuerzas —gracias especiales para combatir las inclinaciones confesadas, para evitar las ocasiones que se temen, para no reincidir en las faltas cometidas...— para la lucha diaria, para el camino hacia la santidad. Y como consecuencia de todo, se sale de la confesión inundados de paz y de consuelo, seguros, serenos, alegres. Una alegría que no sólo es compatible con el dolor, sino que nace de él mismo: *puede dolerle a alguien el haber pecado, y gozar de que esto le duela, con la esperanza del perdón, de modo que la misma tristeza sea causa de gozo*³⁹.

Este sacramento que, por parte de Dios, es la armonía entre su justicia y su misericordia, es, por parte nuestra, la armonía entre el dolor y el gozo: *semper doleat poenitens, et de dolore gaudeat*⁴⁰; duélase siempre el penitente, y gócese de este dolor. El gozo que pasa por el dolor, que renace de él, es gloria; como la vida que nace de la muerte, es resurrección. Si alguno es una nueva criatura en Cristo, acabóse lo que era viejo, y todo viene a ser nuevo, pues que todo ha sido renovado; y todo ello es obra de Dios, el cual nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo y a nosotros nos ha confiado el ministerio de la reconciliación⁴¹.

A la luz de esta doctrina es muy fácil comprender que *la mejor devoción es una confesión contrita*, como nos ha enseñado el Padre.

Que la Virgen Santísima, Señora y Madre nuestra, *Refugium peccatorum*, nos alcance la gracia de recibir siempre muy bien el sacramento de la misericordia de Dios.

(35) Santo Tomás, *Quodlib.* 3, a. 28;

(36) *Rom.* IV, 25;

(37) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 89, a. 2;

(38) San Ambrosio, *Super Ev. Luc. tract.* 2, 73;

(39) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 84, a. 9 ad 2;

(40) San Agustín, *De vera et falsa poenit.* 13;

(41) II Cor. V, 17-18.

17. LA CHARLA FRATERNA

Al hilo de los sucesos que entretejen la vida del Señor en casa de Lázaro y de Marta y María, hemos entrevisto muchas veces, guiados por nuestro Padre, la presencia de una realidad apenas dada a entender en el relato evangélico, pero que se traslucce claramente: Lázaro hablaba frecuentemente con el Señor, le contaba sus cosas. Y lo mismo harían Pedro, Juan y Andrés y los demás discípulos: Señor..., tú tienes palabras de vida eterna¹.

Yo soy el buen pastor —decía Jesús— y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen a mí². Reunió en torno suyo un pequeño grupo de hombres rudos y, con paciencia infinita, los fue formando. Les fue revelando poco a poco —con pedagogía divina— los más altos misterios, al mismo tiempo que con ternura maternal y la energía de quien tiene autoridad, según hacía falta, iba puliendo y acrisolando sus espíritus toscos y poco sensibilizados para las realidades celestiales³.

NECESIDAD DE LA CHARLA

Entendemos muy bien el inmenso valor sobrenatural de esa charla confiada con el Señor, tan penetrada al mismo tiempo de calor humano. Trata a un varón piadoso —nos dice el Eclesiástico—, de quien conoces que sigue los caminos del Señor, cuyo corazón es semejante al tuyo

(1) Joann. VI, 69.

(2) Joann. X, 14.

(3) Carta Divinus Magister, 6-V-1945, n. 2.

y te compadecerá si te ve caído. Y permanece firme en lo que resuelvas, porque ninguno será para ti más fiel que él. El alma de ese hombre piadoso ve mejor las cosas que siete centinelas en lo alto de una atalaya. Y en todas ellas ora por ti al Altísimo, para que te dirija por la senda de la verdad⁴.

Tan necesaria es la Charla fraterna, que probablemente hemos comenzado a practicarla ya antes de ser de la Obra, sin un particular propósito de vivir un medio específico de formación. Así, con esta espontaneidad, nació en el Opus Dei, sin esfuerzos, como nace el agua mansa de un tranquilo manantial, con la naturalidad con que mana una fuente, dice el Padre: así han nacido todas nuestras Normas y Costumbres. Nuestro Padre era el único sacerdote de la Obra y nunca quiso, de ordinario, oír las confesiones de los primeros, para no atarse las manos. Yo no tenía maestro —dice, hablando de esto y de tantas otras cosas— y fue el Espíritu Santo quien me enseñó. Los primeros, tomaron voluntariamente —libérrimamente— la costumbre de contar al Padre todas sus cosas, de abrir la conciencia de par en par, fuera de confesión; y, cuando el Padre no estaba, o cuando comenzó a crecer la labor, acudían nuestros primeros hermanos al Director, con la misma apertura de espíritu⁵.

La Charla fraterna no es un capricho: es una necesidad. Por la hora de la lucha se tiene la seguridad de la victoria, si se ha sabido abrir el corazón, porque Dios no deja de premiar esa sinceridad con su gracia. Necesitamos un Director, porque el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior⁶. Solos, fácilmente podríamos descaminarnos. Más valen dos que uno solo —dice el Eclesiástico—, porque mejor logran el fruto de su trabajo. Si uno cae, el otro le levanta; pero ¡ay del que está solo, que, cuando se cae, no tiene quien le levante!⁷.

Es malo estar —y peor querer estar— solo en el camino hacia Dios. ¿Os acordáis de la vid y de los sarmientos? ¿Qué fecundidad la del sarmiento unido a la vid! ¿Qué racimos generosos! El sarmiento separado se seca, pierde la vida; y si ya tenía racimos, se los

(4) Ecd. XXXVII, 15-19.

(5) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 75.

(6) Camino, n. 59.

(7) Ecd. IV, 9-10.

comen los gusanos. El Señor nos da su gracia, cuando buscamos esa dirección espiritual, para identificar nuestro espíritu con el de la Obra. *Vosotros sois miembros de Cristo y miembros unidos a otros miembros*⁽⁸⁾. La persona designada para recibir nuestra Charla tiene gracia específica para aconsejarnos.

SU CARACTER SOBRENATURAL

En la medida en que se puede perder el sentido sobrenatural, en esa misma medida puede convertirse esta dirección espiritual en algo costoso, y aun difícil. Sin fe en que el Señor se servirá de ese instrumento, ¿cómo es posible acudir con alegría a esa charla periódica? Si faltase la convicción —esperanza cierta— de que se va a encontrar remedio a todos los problemas del alma, ¿qué podría movernos a exponer las propias dificultades? Si no estuviéramos dispuestos a entregarnos enteramente por amor, ¿cómo sería posible ese dejarse moldear gustosamente, haciendo nuestras las exigencias de santidad que en la charla se nos hacen perentoria y literalmente presentes?

Porque vivirla bien es entregarse: es quedar voluntariamente inermes, entregar los pensamientos y recuerdos, las aspiraciones, quizá ilusorias; las intenciones verdaderas que nos mueven; poner de manifiesto la real condición de nuestra vida, sin ceder nada a una protectora apariencia. Es quedar en manos de quien nos dirige, entregando las defensas de nuestra intimidad. Por eso el Padre nos recuerda que a la dirección espiritual *no se va por amistad, ni por motivos personales; sino por motivos sobrenaturales*⁽⁹⁾. Lleve poco o mucho tiempo en la Obra, y cualesquiera sean las circunstancias que concurren, quien nos escucha es para nosotros, en aquel momento, el intérprete más autorizado del espíritu del Opus Dei.

Mejor es oír el reproche de un sabio que escuchar las alabanzas de los necios⁽¹⁰⁾. Las posibles razones humanas —afinidad, ascendiente, simpatía— que condicionasen nuestra sinceridad, obrarían siempre como alabanzas de un necio, provendrían de un principio humano, serían un obstáculo serio para esa transformación en Jesucristo a que la gracia nos mueve.

MODO DE HACERLA

Esa convicción es necesaria para una preparación honda, hecha

(8) I Cor. XII, 27;

(9) Instrucción, 31-V-1936, nota 132;

(10) Ecles. VII, 6;

en presencia de Dios. Así evitamos el riesgo de tener que improvisar unas cuantas generalidades de escaso o nulo interés, o de tratar sólo de alguna situación meramente circunstancial o del momento.

Hay que dedicar el tiempo que sea necesario a esa preparación, estando prevenidos contra las dificultades que puedan presentarse: reales, algunas veces, como la escasez de tiempo o alguna circunstancia imprevisible; pero que pueden responder también a simple pereza. Para evitarlo, debemos examinarnos —tal como ha señalado el Padre— sobre el cumplimiento de las Normas y Costumbres; especialmente sobre el modo de vivir la oración, la mortificación y los exámenes de conciencia; también de cuanto se refiere a la fe, a la pureza y a la vocación; *del espíritu de filiación, de fraternidad y de proselitismo; de las preocupaciones, tristezas o alegrías; del amor a la Santa Iglesia y a la Obra; de la petición por el Romano Pontífice y por los Obispos en comunión con la Santa Sede; de la oración y mortificación por el Padre y por todos los socios de la Obra*. Se ha de hablar también del desempeño de las labores apostólicas y de las otras tareas encomendadas, especialmente del encargo apostólico; del trabajo profesional y de las relaciones sociales y familiares en su dimensión apostólica y en cuanto influyen en la propia vida interior.

Esos temas hay que tocarlos con hondura sobrenatural, dando a conocer nuestras disposiciones interiores, que no son un sentimiento vago e inconcreto, sino nuestro modo real de reaccionar frente a las distintas situaciones. Y eso se pone de manifiesto hablando de lo que nos mueve a la alegría o a la desgana, a la complacencia o al desagrado, al egoísmo o a la entrega, al orgullo o al olvido de nosotros mismos... Sabiendo dejar de lado conversaciones que sólo marginalmente tienen conexión con la propia vida interior y con la actividad apostólica; y respetando siempre con la máxima delicadeza el ámbito estrictamente profesional, en el que cada uno es completamente libre y responsable.

HABLAR CON SINCERIDAD

Si procuramos mantener vivo el clima sobrenatural que debe presidir esa charla con nuestro hermano, resultará fácil centrar debidamente la conversación, tratando los diversos asuntos con sencillez, sin rodeos, directamente. Esa sencillez, *señal indudable de buen espíritu*, es indispensable para que el Señor nos dé su luz y su gracia. «El Espí-

ritu Santo, que enseña la sabiduría, huye de ficciones»¹¹. Oigan otra vez lo que atestigua la Escritura: «el Señor sólo conversa con los sencillos»¹². La conversación de Dios consiste en revelar secretos a las almas humanas, ilustrándolas con su presencia. Se dice que conversa con los sencillos, porque con la luz de su visita descubre misterios celestiales a los entendimientos de aquellos a quienes no ofusca sombra alguna de doblez¹³.

Tenemos que hablar con la misma sencillez con que hablamos con Dios en la oración: sin confundir lo que somos con lo que nos gustaría ser; evitando referir con complacencia las propias virtudes o trabajos, para recibir alabanzas; sin buscar que nos compadezcan, porque esto muchas veces es señal de orgullo.

Acertadamente dice el profeta Isaías del alma que obra mal y se excusa: «allí tendrá su cueva el erizo»¹⁴. Por el nombre del erizo se significa cabalmente la doblez del alma engañosa, que se defiende con astucia; porque al erizo, al ser sorprendido, todavía se le ven la cabeza, los pies y el cuerpo; pero cuando se le quiere coger, enseguida se hace una bola y esconde dentro los pies y la cabeza hasta desaparecer por completo. Decimos que se ve la cabeza del erizo, porque ya antes de acercarse, al pecador se le nota la culpa; se ven los pies del erizo, porque el pecado se conoce por las huellas que deja en quien lo comete; y, no obstante, cuando alega las disculpas, lo esconde todo..., y queda hecho una bola en manos de quien trata de corregirle¹⁵.

La sinceridad plena tiene su premisa y fundamento en la confianza en los Directores. Hay dos manifestaciones tremendas de mal espíritu¹⁶: tener miedo a los que mandan en la Obra, y tener vergüenza para hablar en la dirección espiritual; y esa mala disposición, al arrancar la sinceridad, quita la posibilidad de defensa a las almas que lo admiten¹⁷. El Padre nos ha dicho que en la Charla no debemos tener vergüenza de hablar, y que si algo nos cuesta más, hay que decirlo siempre lo primero. Especialmente cuando ocurra algo que no quisierais que se supiese, decídselo inmediatamente —corriendo— a quien os puede ayudar, al Buen Pastor. Esta decisión es lógica:

suponed que una persona camina con una piedra grande en la espalda y con los bolsillos llenos de piedrecitas que, entre todas, pesan cien gramos. Si situamos a esa persona en Madrid, vamos a suponer que la distancia que ha de recorrer es de la Puerta del Sol hasta Cuatro Caminos. Cuando llegue al final del trayecto, no sacará una o una las piedrecillas de los bolsillos, quedándose —mientras— con la gran piedra encima. Hijos míos, pues nosotros igual. Lo primero que hemos de echar fuera es lo que pesa. Otro modo de comportarse es una gran tontería, y un principio de insinceridad¹⁸.

Esa confianza fraterna, que nos lleva a contar lo que nos pasa, tiene su último y más propio fundamento en la confianza en Dios. Cuanto antes comprendamos que la Charla no se hace porque congeniemos con una determinada persona, o por una afinidad de carácter, que facilita en lo humano sentirse afectivamente compenetrado, menor obstáculo será el temor de no ser comprendidos, o cualquier otra barrera, que en el fondo no son más que falta de confianza en el Señor. Nuestra confianza en el Director ha de ser ejercicio y manifestación de amor a Dios.

ESCUCHAR DÓCILMENTE

Pero no basta que nos demos a conocer con hondura y sencillez. Necesitamos también saber escuchar con docilidad, tomando los consejos como si vinieran del mismo Jesucristo, Señor Nuestro. Así resulta fácil aceptar los consejos o reprensiones, no sólo para aprender, lo que indica falta de buen espíritu, sino sobre todo para mejorar, para que nuestro esfuerzo y nuestra actuación sean eficaces. No es posible llegar a saberlo todo, porque dice el Espíritu Santo: *nadie puede dignamente dar a conocer sus obras, ¿quién investigará sus grandezas?*¹⁹; y el Padre nos ha dicho que nadie, en el Opus Dei, puede considerarse suficientemente formado. Pero aún es más impensable no ser capaz de mejorar. Y todos, en la Obra, necesitamos siempre de la dirección espiritual para ser mejores.

De ordinario la Charla ha de ser breve; no sólo para no perder el tiempo y no hacerlo perder a los demás, sino porque la excesiva palabrería suele ser signo de falta de sencillez, señal de vanidad no raramente. Quien anda con sencillez anda seguro²⁰. Hay que ir directamen-

(11) Sap. I, 31.

(12) Prov. III, 32.

(13) San Gregorio Magno, Reg. past. 3, 11.

(14) Isai. XXXIV, 15.

(15) San Gregorio Magno, Reg. past. 3, 11.

(16) Instrucción, 31-V-1936, nota 130.

(17) Ibid., n. 92.

(18) Carta Videtur eoz, 24-III-1931, n. 40.

(19) Eccl. XVIII, 2-3.

(20) Prov. X, 9.

te al tema: *es preciso hablar con humildad y brevemente.*

Después de la Charla hay que dar gracias a Dios, grabar en el corazón los consejos recibidos y tratar de ponerlos en práctica. Es necesario, pues, que ejercitemos de modo especial la esperanza, para que las dificultades no nos lleven al desánimo o a olvidar más o menos conscientemente el cumplimiento de las indicaciones recibidas. Hemos de luchar especialmente en los puntos concretos que nos hayan indicado, con la seguridad de que es voluntad de Dios, y por tanto, garantía de fruto y de eficacia.

Esa necesidad de tener presentes los consejos recibidos nos llevará a vivir delicadamente la puntualidad, para que no falte la continuidad necesaria entre una Charla y otra; y a repasar, cada vez, los temas tratados anteriormente, de modo que podamos exponer las dificultades encontradas al poner en práctica aquellos consejos y buscar nueva ayuda. Retrasar habitualmente este medio de formación no sólo sería malo por el desorden que en sí mismo supone, sino que indicaría que no se vive bien: que se reciben los consejos sin docilidad plena o sin plena decisión de llevarlos a la práctica; que faltan deseos de lucha o visión sobrenatural.

Cuando vivimos bien este medio de dirección espiritual, con deseos de entrega y con confianza en Dios, tenemos la experiencia de ser típicos reconfortados, llenos de alegría y paz, optimistas y fuertes para la lucha ascética y para el apostolado. Y no sólo encontramos el *gaudium cum pace*, sino que cada Charla es un paso que nos acerca más a Dios; nos hace humildes; nos lleva a amarle más; y a la vez nos une más estrechamente con la Obra y con nuestros hermanos.

Yo abro mi boca y hablo para comunicaros de balde la sabiduría —nos dice el Señor—; *inclinados a ella; reciba vuestra alma la instrucción* ⁽¹⁾. El Señor nos habla, está a nuestro lado, nos acompaña. En cada Charla, también a nosotros, como a los discípulos de Emaús, la fe y la visión sobrenatural nos hacen descubrir la alegría y el aliento de un encuentro con Cristo. *¿No es verdad que nuestro corazón se enardecía, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba la Escritura?* ⁽²⁾.

(1) Ezech. LI, 34.

(2) Luc. XXIV, 32.

18. SENCILLEZ

Iba Jesús camino de Galilea. Ya habían comenzado los primeros su proselitismo. Felipe debió de acordarse de Natanael, y en cuanto tuvo ocasión le habló del Señor: *ven, y lo verás. Vio Jesús venir hacia sí a Natanael, y dijo de él: he aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez ni engaño* ⁽¹⁾. Produce siempre un íntimo sentimiento de agrado encontrar una persona llana, sin pliegues, sencilla, que conquista conseguida nuestra confianza. La sencillez es una gran virtud. Quizá aún sin reparar bien en las alabanzas que el Señor le prodiga en el Evangelio, la hemos entendido siempre como una virtud profundamente cristiana.

Más tarde, la hemos visto brillar como un diamante en ese conjunto de virtudes que exige el espíritu del Opus Dei. Porque la formación que se nos da, tiende a simplificar nuestra vida interior, a evitar que seamos interiormente complicados, retorcidos, enmarañados. Nos lo ha dicho el Padre muchas veces: *nuestra ascética tiene la sencillez del Evangelio. La complicaríamos si fuéramos complicados, si dejásemos el corazón oscuro, si no fuese absoluta nuestra sinceridad.*

La Obra nos da los medios prácticos para vivir aquel consejo del libro de la sabiduría: *sentid del Señor con entrañas de bondad, y con sencillez de corazón buscadle* ⁽²⁾. La sabiduría, la sinceridad y la sencillez, andan siempre de la mano en los caminos que llevan a Dios.

La sencillez es una pieza importante en el edificio sobrenatural de la santidad. *Me has escrito: «La sencillez es como la sal de la per-*

(1) Ioan. I, 46-47.

(2) Sap. I, 1.

fección. Y es lo que a mí me falta. Quiero lograrla, con la ayuda de El y de usted».

—Ni la de El ni la mía te faltará. —Pon los medios⁵.

LA VIRTUD DE LA SENCILLEZ

Para poner los medios, conviene entender antes qué cosa sea la sencillez y la raíz de donde proviene.

Lo que es la astucia con respecto a la prudencia —dice Santo Tomás—, son el dolo y el fraude con respecto a la sencillez. El dolo o fraude se ordena principalmente a engañar, y alguna vez, secundariamente, a dañar. De donde pertenece directamente a la sencillez evitar el engaño. Y según esto, como ya se ha dicho más arriba¹, la virtud de la sencillez es la misma que la de la veracidad, pero difiere en lo referente a la intención: porque hay veracidad cuando los signos concuerdan con lo signado: en tanto que hay sencillez cuando la mente no tiende a cosas diversas, de tal manera que una cosa se quiera por dentro y otra se muestre por fuera².

Podría parecer, sin embargo, que si se quiere ser sencillo hay poco menos que salir de este mundo; porque viviendo en él, a algunos se les antoja inevitable acudir al engaño, y usar de la astucia. Pero no es cierto. La persona buena, sencilla, recta, no necesita engañar a nadie —astucia, fraude, dolo— porque no va a hacer mal a nadie; al contrario, busca eficazmente su bien, y esto lo puede hacer con perfecta sencillez. Aún más: por la ignorancia y la pecabilidad de los hombres, ocurrirá algunas veces que, los mismos que reciben los beneficios de la persona sencilla y recta, se convierten en sus enemigos. Tampoco este último caso debe llevar a perder la sencillez: basta la prudencia, para evitar y contrarrestar esos equivocados ataques con que puede verse amenazado.

En cambio, quien no es recto en su intención, quien no busca sobre todo y siempre el bien de Dios y el de las almas, sino que busca sólo su propio bien —falsamente entendido—, por eso mismo encuentra en los demás un obstáculo para sus intereses, un presunto enemigo, una merma de sus posibilidades individuales. Y como nadie estará de acuerdo en servir al egoísmo de otro, el egoísta se verá obligado a engañar, si persiste en sus intenciones. Su prudencia —la elección de los medios—

empieza a torcerse y se convierte en astucia, porque el fin de esos medios se ha torcido. Tendrá que aparentar, que mentir, para salir adelante entre los demás, a los que él quiere emplear como simples instrumentos de su propio bienestar.

Sólo el que es realmente sencillo puede tener verdadera prudencia, prudencia recta. *Qui ambulat simpliciter, ambulat confidenter*⁶: el que camina con sencillez, camina confiadamente, ajeno a la inquietud de la astucia, a la zozobra de ver enemistad por todas partes. La sencillez excluye la astucia —la defensa taimada de nuestros egoísmos—, pero no la prudencia virtuosa, que evita que la sencillez sea demasiado ingenua, candorosa, ineficaz en su amor y en su trabajo por el bien; según aquellas palabras del Señor: *estote ergo prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae*⁷, habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

EL PELIGRO DE LA COMPLICACIÓN

También ayuda a comprender la naturaleza de la sencillez la consideración de los vicios que más directamente se le oponen: la afectación y la oficiosidad —fruto siempre de un doble juego, más o menos consciente—, la pedantería —por la que uno habla y se escucha a la vez—, los escrúpulos —donde uno quiere ser juez y cosa juzgada al mismo tiempo, con desconfianza en el criterio de los demás—; y siguiendo una escala de mayor gravedad: la ironía, la jactancia, la hipocresía y la mentira.

La misma repulsión natural que todas esas cosas inspiran, muestra ya el valor de la sencillez, a la que se opone no sólo la doblez —ése es el caso más grave— sino toda complicación, cualquier género de robotica, aun la más superficial, porque todos esos vicios hacen mucho daño a la vida interior. *Abominabile Domino cor pravam, et voluntas eius in iis qui simpliciter ambulant*⁸, abominación de Yavé son los de perverso corazón, mas los íntegros de conducta le son gratos. La sencillez, que es integridad, unidad, descomplicación, es consecuencia necesaria de la bondad de corazón: *la propiedad de la estrella es la luz de que está rodeada; y la propiedad del varón piadoso y que teme a Dios es la sencillez y la humildad*⁹.

Toda complicación es mala. Ese énfasis y ese engolamiento to

(5) Camino, n. 305;

(6) Clt. S. Th. II-II, q. 109, a. 2 ad 2;

(7) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 111, a. 3 ad 2;

(6) Prov. X, 9;

(7) Mat. X, 16;

(8) Prov. XI, 20;

(9) Hesiquio, De temp. et viis. I, 22;

sientan mal: se ve que son postizos. — Prueba, al menos, a no emplearlos ni con tu Dios, ni con tu Director, ni con tus hermanos; y habrá, entre ellos y tú, una barrera menos¹⁰. Toda complicación es un sistema defensivo, una línea de protección que el egoísmo nos enseñó a establecer en torno, una barrera hecha de apariencias para salvaguardar los propios intereses. Y aquí hemos entrado ya en la raíz de la sencillez.

INFANCIA ESPIRITUAL

La raíz de la sencillez está en quedarse inerte, indefenso, en romper los cercos, las barreras que nos separan de las amorosas exigencias de Dios, de la obediencia a nuestros Directores, de la fraternidad sin límites que estamos obligados a vivir con nuestros hermanos, de la claridad valiente en el propio conocimiento sin buscar atenuantes. Para llegar a ser sencillos, hay que renunciar a defenderse, hay que dejar de pensar en los propios derechos, hay que olvidarse de sí mismo, y poner la propia suerte en las manos de Dios y en las de los Directores que lo representan; hay que perder la vida, hay que volver a nacer¹¹, hay que renunciar a estar en manos del propio consejo —perder la libertad, para recuperarla en la identificación con Jesucristo—: hay que hacerse como niños.

Recordamos aquella escena del Evangelio donde el Señor nos invita a vivir la sencillez de los niños. Escribe San Mateo: *se acercaron los discípulos a Jesús y le hicieron esta pregunta: ¿quién será el mayor en el reino de los cielos? Y Jesús, llamando a sí a un niño le colocó en medio de ellos y dijo: en verdad os digo, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, en la sencillez e inocencia, no entraréis en el reino de los cielos*¹². Y San Jerónimo comenta el pasaje con esta paráfrasis: *como este niño, cuyo ejemplo os propongo..., no piensa una cosa y dice otra distinta, así también vosotros, si no tuvierais tal inocencia y pureza de intención, no podréis entrar en el reino de los cielos*¹³.

Hacernos como niños: es todo un programa de vida sobrenatural que Jesús recomendó a Nicodemo, y que el Padre nos pide insistentemente: *sed piadosos como niños y doctos como teólogos* —con sinceridad, con sencillez—, y *veréis cómo vamos bien*. Porque hay dos manifestaciones muy claras de la vida de infancia: la sencillez y la natu-

ralidad, que son el fruto de habernos desarmado, de obrar cara a Dios, sin ningún otro interés o fin. Delante de Dios somos como somos, no cabe teatro ni apariencia. La sencillez no puede fingirse —ha de venir de dentro—, no es un disfraz ni un pegote; es lo contrario: hacer que no haya diferencia entre dentro y fuera. Quien quisiera mostrar sencillez sin poseerla, llegaría por eso mismo a la complejidad.

RECTITUD DE INTENCIÓN

Es la intención lo que simplifica, esa intención que en el Evangelio viene comparada con la mirada: *si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit*¹⁴; si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado. Si nuestras intenciones son rectas y sencillas, de una sola dirección, toda nuestra vida será una, verdadera y luminosa, en vez de ser doble como la de quienes pretenden servir a dos señores: a Dios y a sí mismos. La sencillez sólo es posible cuando hay lealtad.

Pero del mismo modo que la sencillez se opone no sólo a la doblez, sino a cualquier género de complicación, no es sólo la falta de rectitud de intención lo que quita sencillez, sino también la debilidad de la intención.

La sencillez es una recta intención en el amor de Dios, que ha de prevalecer sobre todos nuestros sentimientos, sobre impresiones y emociones, sobre la confusa y compleja vida de los sentidos. Hace falta que nuestra intención sea recta, pero hace falta además que sea fuerte, que se imponga a las intenciones o deseos naturales de la vida sensitiva, que domine lo turbio y complicado que hay en nosotros, por la fuerza de la caridad, y que ilumine la oscuridad de los sentidos con la luz de la fe. El alma sencilla no tiene complicaciones, y juzga de todo, no según la impresión personal del momento —que introduciría el vaivén, los deseos encontrados—, sino alumbrada por la luz divina, y queriéndolo todo por Dios. Para ser sencillos hay que renunciar a lo amanerado o tocado de afectación, y quizá de modo especial a ese amaneramiento sutil, a esa egoísta falsificación del amor que es el sentimentalismo.

VALOR DE LA SINCERIDAD

Pero, ¿y los medios para alcanzar la sencillez? Hay uno radical: la sinceridad. Contra ella no sirven de nada ni siquiera nuestras propias flaquezas. *Mira: los Apóstoles, con todas sus miserias patentes e inne-*

(10) *Camino*, II, 47.

(11) *Cfr. Joann.*, III, 5.

(12) *Matth.*, XVIII, 1-3.

(13) San Jerónimo, *In Ev. Matth.*, *comm.* 3, 17, 3.

(14) *Matth.*, VI, 22.

gables, eran sinceros, sencillos..., transparentes.

*Tú también tienes miserias patentes e innegables. —Ojalá no te falte sencillez*¹⁵.

Sencillez: sinceridad con los Directores, naturalidad con nuestros hermanos, claridad en el examen, y —como raíz de todo— confianza en Dios.

Sinceridad sin ambajes ni circunloquios; sinceridad salvaje, ruda cuando es preciso, en la dirección espiritual, en el trato con los Directores. Hemos de vivir una sinceridad sencilla, clara, escueta. *Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí, o no, no; que lo que pasa de esto, de mal principio proviene*¹⁶.

Una sinceridad que no busque, complicándose, el modo de decir, sino sencillamente lo que hay que decir, esto es, lo que realmente hay. Es condición indispensable para alcanzar la sencillez; nos lo recuerda el Padre: *niño boba: el día que ocultes algo de tu alma al Director, has dejado de ser niño, porque habrás perdido la sencillez*¹⁷. No hemos de tener nunca miedo a que nos conozcan tal como somos, a que sepan las cosas que hacemos tal como las hacemos, como las pensamos y queremos. Renunciar a encubrir, a atenuar, a disimular. Abandonarnos, con ese abandono fraternal que se nos pide en la Obra: *no ocultéis nada a vuestros Directores. Sed sinceros. Dejuos llevar de la mano, por la obediencia*.

Naturalidad amable y espontánea en la práctica de la fraternidad. Naturalidad propia de hermanos que se quieren, sin confundir la delicadeza con la oficiosidad, ni la mesura con la afectación. *Llevad siempre con vosotros nuestro espíritu de sencillez*. Olvido de sí y constante preocupación por los demás.

Autenticidad consigo mismo, transparencia interior: examen bien hecho, *prevenido contra el demonio mudo*¹⁸, sin dejarnos influir por confusos estados de ánimos: con objetividad que remonte la complicación de los sentimientos y las emociones incontroladas.

Confianza suma, familiaridad, filiación divina en el trato con Dios. Nuestro Padre que está en los cielos: amor filial que induce al abandono, que corta de raíz los monólogos interiores —fuente de doblez— sustituyéndolos por el diálogo amoroso del hijo con su Padre; sencillez en el

modo de hacer oración, sin buscar palabras redundantes y repintadas; vida de piedad continua: jaculatorias abundantes, dichas con ánimo sencillo, sólida devoción a la Santísima Virgen; mortificación seria de la imaginación y de la memoria.

Los frutos de la sencillez son incontables. Si la sencillez sigue a la rectitud de intención, también produce pureza de corazón, según afirma Santo Tomás: *la sencillez se dice por oposición a la doblez, por la que alguien tiene una cosa en el corazón y exterioriza otra distinta... la sencillez hace recta la intención, no directamente, porque eso es común a toda virtud: sino excluyendo la doblez, por la que el hombre pretende una cosa y otra distinta aparenta*¹⁹.

La sencillez trae la paz y la alegría al corazón; *porque toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, de haber procedido en este mundo con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios, no con la prudencia de la carne, sino según la gracia de Dios*²⁰.

(15) Camino, n. 932;

(16) Matth. V, 37;

(17) Camino, n. 862;

(18) Camino, n. 236;

(19) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 109, a. 2 ad 4;

(20) II. Cor. 1, 12.

19. LA FORTALEZA CRISTIANA

Desde los días de Juan el Bautista hasta el presente —ha dicho el Señor—, el Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen son los que la arrebatan¹. La lucha, el esfuerzo —con la gracia, en la gracia y por la gracia— debe ser lo ordinario en la vida cristiana. Y siendo lo ordinario, necesitamos también una disposición habitual para acometer y mantener ese esfuerzo; precisamos de un hábito, de una virtud especial: la fortaleza, que nos mantendrá firmes en la lucha —firmes en la fe, fieles— no obstante todo.

*Invicta en los trabajos, fuerte en los peligros, rigurosa contra la sensualidad*², la fortaleza nos es necesaria: para mantenernos seguros, cualesquiera que sean las dificultades; para permanecer serenos, guardando el justo medio entre la temeridad y el miedo; para rechazar enérgicamente el descamino, por pequeño que sea; para no detenernos nunca, por áspera y larga que se haga la pendiente.

MISIÓN DE LA FORTALEZA

*Obra valientemente y esforzad vuestros corazones*³. La santidad no es empresa cómoda. Hay que cumplir la voluntad de Dios, en cada tiempo, en cada jornada, en cada minuto, por difícil que se presente ese cumplimiento. Y esto a la hora de la lucha interior, como a la hora del apostolado. Fuerte ha de ser el hijo de Dios para emprender la tarea de su santidad, y para recomprenderla en cada una de sus etapas, y para afrontar

las labores apostólicas. Pero más fuerte ha de ser aún para continuarlas, para perseverar cuando aparecen los obstáculos internos y externos.

Necesitamos también de esa virtud cardinal, para evitar el descamino, para mantener el desprendimiento de los bienes de la tierra, y poder decir así con San Pablo: *estas cosas que consideraba como ventajas mías, me han parecido desventajas al poner los ojos en Jesucristo. Y en verdad, todo lo tengo por pérdida, en comparación del sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura*⁴. No es fácil ese menosprecio: exige lucha, vencimiento, fortaleza.

Pero más fortaleza aún que para adoptar esa actitud general frente a los bienes de la tierra, se requiere para rechazarlos cuando se hacen especialmente presentes, cuando tientan nuestros apetitos y tratan de aprovecharse de nuestra flaqueza. *El mundo, el demonio y la carne son unos aventureros que, aprovechándose de la debilidad del salvaje que llevas dentro, quieren que, a cambio del pobre espejuelo de un placer —que nada vale—, les entregues el oro fino y las perlas y los brillantes y rubíes empapados en la sangre viva y redentora de tu Dios, que son el precio y el tesoro de tu eternidad*⁵.

Misión de la fortaleza es precisamente robustecer la debilidad de la carne, hacerla firme, obediente a la razón y a la fe; prestarle la firmeza del espíritu. No hay que dejarse sorprender, hay que vigilar, porque el demonio no descansa. *Seid sobrios, y estad en vela: porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar. Resistidle firmes en la fe*⁶.

PERSEVERAR EN LA LUCHA

Esta lucha no es cuestión de un instante; es necesario persistir en ella, continuarla día tras día. Y es también la virtud de la fortaleza la que hará constante, firme, paciente y arrojada nuestra lucha interior; la que nos hará permanecer sin temor; la que nos ayudará a que la santidad sea el único afán que prevalece hasta el final, cuando, victoriosos, podamos decir con San Pablo: *bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi*⁷, he combatido el buen combate, he acabado la carrera, he guardado la fe.

(1) *Matth.* XI, 12;

(2) San Ambrosio, *De Officiis* 29;

(3) *Ps.* XXX, 25;

(4) *Philip.* III, 7-8;

(5) *Camino*, n. 708;

(6) *I Petr.* V, 8;

(7) *II Tim.* IV, 7.

Puede haber momentos en el camino hacia la santidad en que se deje sentir la dureza de la lucha, en que pese el esfuerzo y duclan los trabajos. Los púgiles —dice Santo Tomás— se deleitan en el pensamiento del fin por el que luchan, esto es, porque serán coronados y llenos de honor. Pero aguantar los golpes les es doloroso. Y negar esto sería negar que son de carne. Porque si tienen carne sensible, es forzoso que aquello que les hiere les produzca dolor⁸. Y para mantenerse en la pelea, además del amor del fin por el que se lucha, se necesita fortaleza.

Es posible también que alguna vez amenace el desaliento. Llegue entonces el momento de poner en práctica aquel consejo del Padre: cuando el desaliento venga, si esta tentación permitiera el Señor; ante los hechos aparentemente adversos: al considerar, en algunos casos, la ineficacia de vuestros trabajos apostólicos de formación; si alguien, como a Tobías padre, os preguntara: ubi est spes tua?, ¿dónde está tu esperanza?... alzando vuestros ojos sobre la miseria de esta vida, que no es vuestro fin, decidle con aquel varón del Antiguo Testamento, fuerte y esperanzado quoniam memor fuit Domini in toto corde suo (Tob. I, 13), porque siempre se acordó del Señor y le amó con todo su corazón: filii sanctorum sumus, et vitam illam expectamus, quam Deus daturus est his, qui fidem suam nunquam mutant ab eo; somos hijos de santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar a quienes nunca abandonaron su fe en Él (Tob. II, 18).

El fruto de nuestros trabajos es seguro que lo encontraremos en la Patria⁹.

LA VIRTUD SOBRENATURAL

Lo mismo en el apostolado que en la lucha ascética, la fortaleza que hemos de ejercitar no es simplemente una virtud humana, que cumple su cometido a la luz de la razón natural, sino la fortaleza sobrenatural, infusa, que lo realiza a la luz de la fe. Porque hemos de ser fuertes, pero en la fe: fortes in fide. Y la fe nos dice que, si queremos luchar, la victoria es nuestra de antemano, y así no hay lugar al temor de la derrota. No os entristezcáis, porque el gozo de Yavé es vuestra fuerza¹⁰.

Tenemos además, para ayudarnos a ser fuertes, el ejemplo de

los cristianos que han sabido dar su vida por la fe; y, muy próximo, el ejemplo del Padre y de nuestros hermanos en la Obra, que saben ser fieles, que saben vencer. Resistid firmes en la fe —nos recomienda San Pedro—, sabiendo que la misma tribulación padecen vuestros hermanos, cuantos hay en el mundo¹¹. La fortaleza que se nos pide no es, sobre todo, aquella que está fundada en las pobres fuerzas humanas, sino aquella que tiene como soporte la omnipotencia de Dios. Y así, cuando advertimos la insuficiencia del propio esfuerzo —indispensable, por otra parte, para proseguir por el camino que nos traza Dios—, sabemos seguir adelante fuertes en la fe. «Omnia possibilia sunt credenti». —Todo es posible para el que cree. —Son palabras de Cristo.

—¿Qué haces, que no le dices con los Apóstoles: «adauge nobis fidem!» — ¡aumentame la fe!¹².

Paradojas de la vida sobrenatural: se nos pide todo el esfuerzo humano, toda la cooperación posible, para al fin encontrar la verdadera fortaleza en el reconocimiento humilde y lleno de fe de nuestra debilidad. Cuando soy débil, entonces soy fuerte¹³, porque Yavé es mi peña, baluarte y libertador, Dios mío, Roca mía, a que me acojo, mi escudo, cuerno de salvación y torreón. A Yavé invoco, digno de loa, y de mis enemigos soy salvado¹⁴.

Hemos de ser fuertes, sí, pero fuertes en la fe y en la caridad, fuertes con la perfección de la virtud sobrenatural de la fortaleza y del correspondiente don del Espíritu Santo. Por la fe sabemos que todas las cosas son posibles, y sabemos a quién hemos de acudir para realizarlas; por la caridad las acometemos con un amor que lleva fácilmente a término, por Dios, todas las cosas¹⁵.

La fortaleza alcanza su grado máximo en el martirio, en la muerte que se acepta por amor, porque fortis ut mors dilectio¹⁶, fuerte como la muerte es el amor. Pero hay una muerte que se sufre de una vez, para la que suele bastar un solo impulso, y otra que dura toda la vida, hecha de una larga sucesión de cosas pequeñas. ¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día!

(8) Santo Tomás, *In Ethic. ad Nicom.*, II, 587.

(9) *Instrucción*, 9-1-1935, III, 19-20.

(10) II *Cor.*, VIII, 10.

(11) I *Petr.*, V, 9.

(12) *Camino*, n. 588.

(13) II *Cor.*, XII, 10.

(14) *Pc.* XVII, 2-4.

(15) San Agustín, *De mor.*, *Eccle. cath.*, I, 15.

(16) *Cam.*, VIII, 6.

Piensa, entonces, qué es lo más heroico¹⁷. También para esa muerte continua se requiere fortaleza, y en grado muy alto.

Nuestra fortaleza ha de ser constante: frente a lo previsto y a lo imprevisible, frente a lo momentáneo y a lo duradero. Frente a lo grande y, para poder hacerlo, también frente a lo pequeño y repetido. *Voluntad. Es una característica muy importante. No desprecies las cosas pequeñas, porque en el continuo ejercicio de negar y negarte en esas cosas —que nunca son futilidades, ni naderías— fortalece-rás, virilizarás, con la gracia de Dios, tu voluntad, para ser muy se-ñor de ti mismo, en primer lugar. Y, después, guía, jefe, ¡candi-llito!..., que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo, y con tu palabra, y con tu ciencia, y con tu imperio*¹⁸.

Así, esa fortaleza largamente ejercitada, viene a ser custodia de todas las virtudes y garantía del apostolado. Porque si el hombre valiente, bien armado, guarda la entrada de su casa, todas las cosas están seguras¹⁹.

SERENIDAD DE HIJOS DE DIOS

Entre los frutos de la fortaleza, uno de gran importancia es la serenidad, la igualdad de ánimo o ecuanimidad, la estabilidad, la permanencia. El Padre nos pide fortaleza cuando dice: *¡hijos de mi alma! Sed serenos en vuestro trabajo y en vuestra vida espiritual. Por amor de Dios, sed fieles. No seáis niños ni locos. Presencia de Dios, que es característica clara de nuestra vocación. Sereno y optimista en su vida interior y en su apostolado ha de ser el cristiano. Nada puede apartarlo del amor de Dios, ni tiene necesidad de tranquilizar su ánimo, como quiera que está persuadido de que todo es para bien; no se irrita ni hay nada que le mueva a la ira, como quiera que siempre ama a Dios, y a esto sólo atiende*²⁰.

Esta serenidad habitual, este dominio ordinario de las pasiones —en el peligro, en el sufrimiento, en la tentación— es condición indispensable para el alma contemplativa. Supuesta la buena voluntad, es necesaria la fortaleza para vivir sin atolondramientos, sin agitaciones que oscurecen la consideración, que llevan al hombre a hacer cosas de las que luego fácilmente se arrepiente. La paz que da el Señor no consiste en la ausencia de dificultades, sino en su dominio. Y esta quietud, esta paz, es-

ta serenidad facilita la continua presencia de Dios, porque Dios viene con la tranquilidad²¹.

No podemos ser como niños o como locos. Hemos de ser fuertes, hijos de Dios. Serenos en nuestro trabajo y en la labor profesional. Con una presencia de Dios continua, que nos hace estar en la perfección de las cosas pequeñas. La fortaleza es una pieza clave en la eficacia de la labor. Y la misma fortaleza nos ayuda a entender y a vivir ese criterio que nos da el Padre: hay cosas que pueden esperar. Hay cosas que son muy urgentes... y esas pueden esperar más. Tran-quillos, serenos, con peso.

Quien es fuerte da fortaleza a sus hermanos: infunde confianza, serenidad; del mismo modo que la persona sin fortaleza conmueve y altera a cuantos están en torno suyo. *¿Quién es el hombre medroso y blando de corazón? Váyase y vuelva a su casa para que no intimide el corazón de sus hermanos conforme lo está su propio corazón*²².

Ha de ser un motivo más para esforzarnos, para ser recios, la responsabilidad de los que se saben eslabones de una misma cadena. Somos todos solidarios de la santidad de nuestros hermanos y de la marcha de la labor. Firmes, seguros, serenos, fuertes en la fe hemos de ser, también por caridad con los demás.

Estamos librando cada día las peleas del Señor, dentro y fuera de nosotros. Grande es nuestra responsabilidad, grande será también nuestro premio. Dios nos contempla, al tiempo que nos bendice con su gracia. Así que, amados hermanos míos, estad firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor, pues que sabéis que vuestro trabajo no quedará sin recompensa delante del Señor... Estad firmes en la fe, trabajad varonilmente y alentaos²³.

Tenemos en Nuestra Señora, al mismo tiempo que una ayuda para alcanzar esa fortaleza, un modelo luminoso:

Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano —no hay dolor como su dolor—, llena de fortaleza.

—Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz²⁴.

(17) Camino, n. 204;

(18) Camino, n. 19;

(19) Luc. XI, 21;

(20) Clemente de Alejandría, Strom. 6, 9, 71, 4;

(21) Barsanufio y Juan, Liber utilitarius;

(22) Deut. XX, 8;

(23) I Cor. XV, 58; XVI, 13;

(24) Camino, n. 508.

20. EL SEÑORIO DE LOS HIJOS DE DIOS

Somos hijos de Dios, y de El hemos recibido el dominio sobre los bienes del mundo. *Henchid la tierra* —dijo el Señor a nuestros primeros padres—; *sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra*¹. El Señor nos creó para Sí; y todas las demás cosas las puso a nuestro servicio, para que nos ayuden a recorrer el camino que El nos ha señalado.

Las cosas de la tierra son buenas, porque proceden de Dios. Y porque son buenas, son apetecibles: contienen la capacidad de atracción suficiente para que su uso —necesario— no repugne al corazón, que está hecho para el Señor. Los bienes de la tierra son objetivamente buenos como medios, como instrumentos. Y en esa medida han de ser queridos por los hijos de Dios.

NECESIDAD DE LA TEMPLANZA

Con el desorden introducido por el pecado en la naturaleza humana, con la trágica ceguera de la mente del hombre y el desvío de su corazón, apareció en él una monstruosa capacidad de idolatría. Las cosas buenas, por la concupiscencia de los hombres se tornaban malas. Y lo que debía ser camino se hacía meta. Perdió el amor su honestidad: dejaron de amarse los bienes porque eran buenos, y empezaron a ser amados únicamente porque procuraban goce, satisfacción. Disfrutar a todo coste: he aquí la ley del desorden. El hombre se abalanzó sobre las cosas sin

(1) *Genes.* I, 28;

medida, sin regla, sin templanza; y quedó con el corazón inquieto y triste.

De este modo, los bienes de la tierra, puestos para servirnos en el camino hacia el fin, se convirtieron en tiranos. Cuando el hombre se rebeló, y no quiso tener a Dios por su Señor, se halló subyugado, esclavizado por una multitud de señores despiadados, que presentaban como título de realeza su capacidad de poner en el corazón un goce pasajero y limitado, incapaz de llenarlo. *Ninguno puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno, y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas*². Fue un aviso de Jesucristo, un aviso amoroso, para quienes quisieran conservar en su corazón la paz de Dios.

Todos tenemos una naturaleza desordenada por el pecado original; pero hemos de pasar una y otra vez por entre los bienes de la tierra, santificándonos, usándolos para realizar nuestra misión sobrenatural. Dios, que nos ha llamado, nos dará las gracias convenientes. Pero hemos de poner, por nuestra parte, la vigilancia, el ejercicio de la virtud de la templanza, una templanza activa, real, concretada diariamente en nuestro caminar. Nuestro amor es todo para Dios, y la templanza debe guardarlo, puesto que, como dice San Agustín, en eso consiste esta virtud: *el amor que se conserva para Dios íntegro e incorrupto*³.

La vocación nos lleva a todas las encrucijadas de la tierra, trabajando en nuestro ambiente social. Para vivir y para realizar las labores apostólicas, tenemos necesidad de usar medios humanos, que son ordinariamente una de las bases de muchas empresas sobrenaturales. Y para que todo esto sea ocasión real de santidad y apostolado, hay que ejercitar incesantemente —con heroísmo muchas veces— la virtud de la templanza. Hay que disponer de esas cosas, *utentis modestia, non amantis affectu*⁴, con la modestia de quien usa, no con el afecto de quien ama.

DESPRENDIMIENTO DE LOS BIENES TERRENOS

*Despégate de los bienes del mundo. — Ama y practica la pobreza de espíritu: conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente. — Si no, nunca serás apóstol*⁵.

Se nos pide un desasimiento habitual; el hábito —obtenido y conservado por la repetición de actos— de estar siempre por encima, des-

(2) *Matth.* VI, 24;

(3) San Agustín, *De mor. Eccl., cath.* I, 13;

(4) *Ibid.*, I, 21;

(5) *Camino*, n. 631;

prendidos de las cosas que usamos. Prescindir de lo superfluo; y, en lo necesario, poner también esa mortificación habitual, que es una garantía de recto uso. *No os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo*⁶. Lo que hay que evitar es la solicitud desmedida, el afecto del corazón que intranquiliza. Trabajar por allegar los bienes necesarios, por sentido de responsabilidad y por pobreza; usarlos eficazmente por caridad apostólica. Pero teniendo bien libre el corazón, bien despegado.

Así en cada momento del día. Hemos de saber poner *entre los ingredientes de la comida el riquísimo de la mortificación*. En nuestra vida de familia, puestos *a escoger de modo que la elección pase inadvertida*⁷, se ha de procurar elegir siempre para nosotros lo peor. De esta forma tendremos siempre lo justo, lo imprescindible en el vestir, en los objetos de uso personal y de trabajo; sabremos prescindir de algo necesario, porque —como nos dice el Padre— *aquél tiene más que necesita menos*⁸. Sin dejarnos sorprender por las argucias del enemigo, con pretextos de naturalidad, hemos de vivir también la templanza, sello de nuestra filiación divina, en nuestras relaciones sociales, profesionales, familiares...

La templanza fortalece, enrecca la voluntad, y en cierto modo nos confiere de nuevo aquel dominio sobre las cosas de la tierra que recibieron nuestros primeros padres. La templanza es condición indispensable para vivir vida contemplativa de unión con Dios. Como afirma San Ambrosio, *en la templanza se espera y se busca sobre todo el sosiego del ánimo*⁹. Viviendo templadamente tendremos paz, una tranquilidad que nada turba. Buscaremos los bienes de la tierra para servir al Señor, cada uno en su propio estado, bien purificada la intención. Y si esos medios no llegan, si tardan, si se pierden, si son menos de lo que esperábamos, nuestro corazón no se ha de inquietar: trabaja y ama, anclado en la filiación divina. *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura*¹⁰.

Con medios humanos, con bienes temporales —los que usan todas las gentes, y por los que muchas veces se sienten locamente atraídos— vamos nosotros a servir al Señor. Y el Señor nos bendecirá especial-

mente al ver la rectitud de nuestra intención, el uso templado que de esos bienes hacemos; teniendo el corazón desprendido, puesto en Dios y en la extensión de su gloria, sin robarle ni la más pequeña parte de nuestro afecto.

Nuestra templanza bien vivida contrastará, sin duda, con el ambiente ordinario en que nos movemos. Y será un arma apostólica, una llamarada de claridad, un fulgor de señorío, de visión sobrenatural, además de la indiscutible calidad humana que presta. *Los hombres esperan de nosotros ese honnis odor Christi (II Cor. II, 15) que, apoyado en nuestra templanza, les encienda y les arrastre.*

(6) *Matth.* VI, 25;

(7) *Camino*, n. 635;

(8) *Camino*, n. 630;

(9) San Ambrosio, *De Officiis* I, 43;

(10) *Matth.* VI, 33.

21. TRABAJAR COMO EL MEJOR

*El hombre nace para trabajar, como el ave para volar*¹. El trabajo es una exigencia natural, prevista desde el principio por Dios, que colocó al hombre en el mundo, *ut operaretur*²; para que trabajara, perfeccionando la obra de la creación.

Después de la caída original, el hombre advirtió que ese mandato de trabajo se había convertido en algo penoso: *con el sudor de tu rostro comerás el pan*³. Pero el trabajo sigue siendo bueno; y Jesucristo, nuestro Salvador, quiso ocuparse durante muchos años en un oficio manual, hasta el punto de que serviría más tarde para identificarlo: *¿no es éste el hijo del artesano?*⁴.

ASPECTOS HUMANOS DEL TRABAJO

La realidad del trabajo configura toda vida humana. Los fines y los modos pueden ser distintos, pero no hay un hombre que sea responsable y que —por propia voluntad— esté sin ocupación o empleo.

Fines nobles: sostenerse, mantener una familia, educar a los hijos, aspirar a que tengan en el futuro una condición de vida mejor; hay quien se consagra a una tarea por el afán de poner en práctica sus potencias —la habilidad manual, la capacidad técnica y científica, la creación artística—, o por contribuir con la propia aportación al bien común, porque el hombre se siente naturalmente responsable hacia los demás.

(1) Job V, 7;
(2) Genes. II, 15;
(3) Genes. III, 19;
(4) Matth. XIII, 55;

A veces, los fines no son tan nobles: se trabaja por ambición de riqueza, de poder; o por el afán soberbio de afirmar la propia valía; o por satisfacer con el producto de su fatiga las propias pasiones.

Fines nobles o fines egoístas; pero siempre una labor, y una labor que, con frecuencia, no se circunscribe a horas fijas, contadas. Precisamente porque existe ese empeño de ir a más, no bastan las horas ordinarias: se buscan ocasiones, posibilidades de ensamblar dos o más ocupaciones. *En la vida social, todos trabajan, sean o no jefes de familia: no sólo están en su labor las horas razonables, las que tienen todos, sino que muchos de ellos, llevados por su pasión, o por la necesidad de obtener mayores beneficios, dedican más tiempo todavía al ejercicio de su profesión*⁵.

Y como saben que ordinariamente sólo se retribuye bien el esfuerzo productivo, desarrollan una labor intensa y seria, a hora y a deshora, y tienen interés en merecer el calificativo de buen trabajador, de persona en quien puede confiarse, porque sabe poner todo su esfuerzo, toda su ciencia; y cuando la ciencia falta, procura adquirirla al mismo tiempo que trabaja —clases nocturnas, cursos por correspondencia...—, para poder subir, para poder ascender, para ganar más.

Ciertamente, los vagos existen y hay bastantes que procuran trabajar lo menos posible. Pero también es fácil encontrar gente muy trabajadora; es lo normal: en la universidad, en la oficina, en el hogar, en la fábrica, en el taller, en la ciudad, en el campo; aunque muchas veces no conocen a Cristo, y sólo les queda el afán de trabajo, movido por deseos humanos, nobles o no.

LABORIOSIDAD CRISTIANA

Si así trabajan los que no conocen al Señor, ¿qué deberán hacer los cristianos? En el Evangelio tenemos el ejemplo de José, de María y, sobre todo, de Jesucristo: treinta años de vida oculta, treinta años de artesano. Cuando Jesús quiere escoger a sus discípulos, se fija en hombres trabajadores, y los llama en medio de sus habituales ocupaciones. Es fácil imaginarse al Señor, complacido de la faena de los apóstoles cuando, antes de la pesca milagrosa, le dicen: *Maestro, toda la noche hemos estado trabajando...*⁶. Era preciso pescar, era necesario ganar para vivir, y estuvieron *toda la noche*.

(5) Carta Meun gaudium, 15-X-1948, n. 13;
(6) Luc. V, 5;

Y el ejemplo de San Pablo: nos afanamos trabajando con nuestras propias manos⁷. Y a los de la iglesia de Tesalónica escribe: ni comemos el pan de balde a costa de otro, sino con trabajo y fatiga, trabajando noche y día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros⁸.

Para el cristiano, estar siempre ocupado, además de ser una necesidad natural, es un requisito indispensable, si trata de seguir el ejemplo de Cristo. Yo quiero muy de veras —decía San Juan Crisóstomo— que todo el mundo trabaje, pues la ociosidad es maestra de todos los vicios⁹. El aprovechamiento del tiempo tiene fecundas consecuencias ascéticas: además de alejar el ocio, acostumbra al sacrificio y mantiene despierto el espíritu.

NECESIDAD DE LA TAREA PROFESIONAL

Para nosotros, llamados al Opus Dei —que es *operatio Dei*, trabajo de Dios— el trabajo se impone por un doble título. Nuestra vocación, en primer lugar, no nos saca del mundo; tenemos en medio del mundo las mismas obligaciones y los mismos derechos que los demás, e idéntico ha de ser nuestro empeño en una labor asidua y constante. Esto es como una condición previa, como la materia de nuestra santificación, y por consiguiente indispensable, porque nuestro camino implica precisamente la santificación del trabajo ordinario. La necesidad de trabajar está en la esencia de nuestra llamada. He dicho siempre que la vocación profesional, que el ejercicio del cargo profesional es parte de la vocación divina. Y está claro. Es un medio de santidad y un medio de apostolado.

El trabajo nuestro ha de ser inicialmente como el de los demás, y después —por exigencia sobrenatural— mejor; la vocación ha recogido los fines humanos nobles, pero ordenándolos a lo sobrenatural: trabajamos fundamentalmente porque el trabajo es camino de santidad y nuestro anzuelo de pescador de almas¹⁰. Una característica peculiar de la espiritualidad del Opus Dei es que cada uno ha de santificar su profesión —su trabajo ordinario—, ha de santificarse en su profesión, ha de santificar con su profesión.

Alguna vez, ese trabajo profesional puede ser un trabajo interno. Y a quien estaba ejerciendo su profesión, se le puede llevar a otra

labor: y ahí, también debe santificarse, y debe sacar los medios para hacer el apostolado con las almas.

Nuestro modo de proceder parecía una cosa nueva: de ordinario, aun en los apostolados modernos, la gente, al entregarse a Dios, dejaba su trabajo profesional, para lanzarse a cosas ajenas a su profesión, a su vocación humana. Aquí hemos dicho que no. Se admiten esas excepciones encantadoras, que son necesarias sobre todo para la labor interna de gobierno o de formación; y aun estas labores en la Obra son trabajos profesionales, que exigen una previa y cuidadosa preparación. Pero lo ordinario, lo corriente, es que cada uno busque su santificación en el lugar donde estaba antes de venir al Opus Dei, o en el que hubiera ocupado si no hubiese venido: trabajando, como los demás compañeros de su propio ambiente. La excepción se refiere al tipo de trabajo, pero no al trabajo mismo. De ahí que en la Obra, toda labor —interna o externa— haya de realizarse con la misma intensidad.

CONDICIONES PARA SANTIFICAR EL TRABAJO

Hemos de trabajar como el mejor. Y si puede ser, mejor que el mejor. Una ocupación que no reuniera esas condiciones no sería santificable. Si lo normal es trabajar duro y constantemente, a todas horas, nosotros no podemos hacer menos. Sería una vergüenza. No sería modo de santificarse ni de santificar.

Trabajo serio, al que se dediquen todas nuestras energías, toda nuestra capacidad, empeñándonos con lo mejor que tenemos y somos. Es preciso intentar y conseguir toda la perfección humana de que seamos capaces, para que aquel trabajo objetivamente aparezca como una obra bien hecha, que se sostiene. Un trabajo así no admite chapuzas, rincones sin terminar. No basta que parezca un buen trabajo, ha de serlo realmente. Manual o intelectual, de ejecución o de organización, poco importa: en el servicio de Dios no hay oficios de poca categoría. Todos son de mucha categoría. La categoría del oficio depende del que lo ejercita.

Trabajo responsable. Porque de ese trabajo vivimos y nos sostenemos, porque somos pobres, porque tenemos que sostener una familia y numerosas obras de apostolado de las que depende el bien espiritual de muchas almas. Si alguna vez nuestro trabajo fuese habitualmente defectuoso, sería falta de sentido de responsabilidad, falta de peso,

(7) I Cor. IV, 12;

(8) II Tes. III, 8;

(9) San Juan Crisóstomo, In Matth. hom. 35, 4;

(10) Cfr. Camino, n. 372;

sería no querer ser santos, no quererse disponer para ser buenos instrumentos, para servir a Dios.

Trabajo intenso, aunque —como es lógico— cueste esfuerzo. Ofreciendo al Señor el cansancio que aparece siempre en todo trabajo que lo es de verdad; poniendo el alma en lo que hacemos.

Trabajo cumplido, que se contabilice en horas. *No hacemos un favor al Señor, cuando estamos sujetos a unas horas de trabajo, de labor. Como se sujetan los demás por muchísimas horas, por muchísimo tiempo, siempre. Un poquito de examen no vendría mal, para respetar con cariño las horas de trabajo, para hacerlas respetar, para poner en la conciencia de todos esta necesidad.* No cabe desertar del trabajo, ni disminuir dolosamente su rendimiento. El esfuerzo ha de sostenerse —hora tras hora— a un ritmo intenso, que se traduzca en eficacia de resultados.

¡A nosotros no nos puede sobrar el tiempo; debemos administrarlo bien, para cumplir todos nuestros deberes! La Obra tiene previsto para todos tiempo de descanso, que siempre nos anima a volver a la tarea con más ganas; y en esos momentos se descansa cambiando de ocupación.

Seriedad, responsabilidad, esfuerzo. Acabar la tarea. Horas bien contadas. Sólo con una vida laboriosa podemos fraguar nuestra santidad, la unión con Dios. *Trabajar. Muchas horas de trabajo al día, sintiendo la urgencia de las necesidades, también económicas, de esta familia sobrenatural que formamos; esto es tener sentido de responsabilidad, esto es querer ser santos y servir a Dios*¹¹.

EXCEDERSE

Este trabajo, humana y sobrenaturalmente bien hecho, es el mejor medio de apostolado. San Agustín se pregunta: *¿cuándo solía trabajar San Pablo? Quiero decir: ¿qué tiempo le quedaba sin estorbar a la evangelización? ¿Quién podrá saberlo? Con todo, declaró que trabajaba de día y de noche. Lo que hizo el Apóstol fue una cosa maravillosa, pues trabajaba con sus manos, no obstante la solicitud de todas las iglesias, fundadas o por fundar, que tenía a su cuidado y responsabilidad*¹². Tenía impreso en su corazón a Cristo: sabía que el trabajo, para los cristianos, es gloria. Podía haber prescindido de esa ocupación que le consumía y

(11) Carta *Meum gaudium*, 15-X-1948, n. 13;

(12) San Agustín, *De op. monach.* 13, 15;

agotaba; pero no quiso dejarlo, excediéndose por amor de Dios.

El Señor a nosotros nos pide lo mismo: *al ocuparse en su trabajo los hijos de Dios en su Opus Dei, procuran no cumplir sino amar, que es siempre excederse gustosamente en el deber y en el sacrificio.* Al enfrentarnos cada día con nuestra tarea, hemos de pensar muchas veces en ese amor de Cristo, que se excedió por nosotros; para que también nosotros sepamos excedernos en el trabajo, medio de santidad y de apostolado, sin olvidar nunca que es lo que hacen normalmente muchos hombres, que no tienen un compromiso de Amor. *Después que hubiereis hecho todas las cosas que os han mandado, habéis de decir: somos siervos inútiles: no hemos hecho más que lo que teníamos obligación de hacer*¹³. Lo nuevo es hacerlo todo por Dios y por las almas: pero el modo —serio, responsable, intenso, por horas...— es el modo normal del trabajo honrado, pero perfeccionado, mejorado, por exigencia de nuestra vocación.

La Virgen Santísima, que contempló a Jesús en aquellos años de vida oculta, hará con su intercesión que nuestro trabajo tenga garbo humano y eficacia divina.

(13) *Luc.* XVII, 10.

22. SANTIFICAR EL ESTUDIO

La sabiduría resplandece sin jamás oscurecerse; fácilmente se deja ver de los que la aman, es hallada de los que la buscan, y aun se anticipa a darse a conocer a los que la desean. El que temprano la busca, no tendrá que fatigarse, pues a su puerta la hallará sentada... Su principio es un deseo sincerísimo de instrucción... y desearla nos conduce al Reino¹.

Junto a la gracia de Dios, necesitamos todos una continua formación, que encamine a Dios y ponga a su servicio —desarrollándolos— nuestros afanes, trabajos, capacidades y aspiraciones. Por eso, *la Obra no cesa de proporcionarnos la formación específica, que nos dará cohesión y eficacia, para que no pueda repetirse aquella queja del Señor: mi pueblo es como rebaño que, por falta de custodia, se dispersó por mi tierra (Zach. IX, 16). Nunca se considera acabada vuestra formación: durante toda vuestra vida, con una humildad maravillosa, necesitaréis perfeccionar vuestra preparación humana, espiritual, doctrinal-religiosa, apostólica y profesional².*

La eficacia de esa formación descansa un gran medida sobre el esfuerzo de cada uno por asimilarla, conservarla y perfeccionarla: *¿qué conducta he observado en la labor cultural o profesional, indispensable para el cumplimiento de mi fin, en el estudio o en el trabajo y en el aprovechamiento del tiempo?*

El Padre comenta: *se trata de tener la cultura necesaria para*

desempeñar, con perfección y competencia, el propio oficio o profesión.

Pero la cultura —que se adquiere mediante el esfuerzo personal y el estudio— es un término muy amplio, que se adapta de maravilla a la variedad de circunstancias personales que se da en la Obra: no ha de ser igual, por ejemplo, la cultura de un ama de casa que la de un profesor universitario; ni un oficinista ha de tener la misma cultura que un campesino.

Cultura es el conjunto de conocimientos que la humanidad ha ido acumulando a lo largo de los siglos, dando origen a un patrimonio intelectual común a los hombres de todas las épocas. Pero hay también una cultura religiosa que —en diverso grado— es idéntica para todos: el teólogo profundiza científicamente en la doctrina revelada; el que no es teólogo llega hasta donde le permite su capacidad, y tiene una fe muy fuerte, la misma que debe tener el teólogo.

Después está la cultura profesional, que —en nuestro camino— forma parte de la vocación divina. Yo doy tanta importancia a la cultura profesional de un peluquero como a la de un investigador; a la de un estudiante universitario como a la de una empleada del hogar. Se trata de tener la cultura del propio oficio, correspondiente a la vocación profesional de cada uno, que hemos de santificar, en la que nos santificamos y con la que contribuimos a santificar a otros.

NECESIDAD DEL ESTUDIO PARA LA FORMACIÓN

Es necesario el estudio, en primer lugar, para formarnos en el espíritu del Opus Dei, para conocer bien sus características peculiares y convertirlas en vida propia. A esto se encaminan los medios de formación que la Obra pone de continuo a nuestro alcance: Círculos, meditaciones, Convivencias, Cursos anuales... Nunca podremos sentirnos eximidos de ellos, como si ya conociéramos suficientemente el espíritu que Dios nos ha dado; por el contrario, siempre podremos comprenderlo mejor, comprometernos más, descubrir aspectos inéditos o quizá olvidados, o verlos con nuevas luces, porque el espíritu de la Obra, *viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo*, es semejante a aquel tesoro insondable del que el buen padre de familia *va sacando cosas nuevas y cosas antiguas³.*

(1) Sap. VI, 12-21;

(2) Carta Divinus Magister, 6-V-1945, n. 19;

(3) Matth. XIII, 52;

Además, los modos apostólicos del Opus Dei y sus apostolados son un *mar sin orillas*: necesitan que continuamente los estemos aprendiendo y practicando.

Continuamente, pues, hemos de procurar adquirir un conocimiento más profundo de nuestro espíritu y de sus peculiares exigencias; y, para eso, asistimos a los Cursos anuales y Convivencias *con la ilusión de la primera vez*; procuramos sacar el máximo provecho a los Círculos; renovamos —una vez y otra— los propósitos de vivir mejor determinados puntos de nuestro espíritu: descubrimos día a día, en definitiva, su novedad y su solera.

A menudo nos ha hecho sentir el Padre la necesidad también de una sólida formación doctrinal-religiosa, para conocer bien a Dios y poder llevar una conducta moral recta. *La ignorancia es el mayor enemigo de nuestra Fe, y a la vez el mayor obstáculo para que se lleve a término la Redención de las almas*¹. Ignorancia que se da no sólo en las personas poco instruidas, sino también entre quienes tienen fama de sabios en las ciencias humanas: en la investigación científica, en historia, en economía, en derecho, etc.

*Llegan, a veces, a padecer esa ignorancia incluso los hombres de más prestigio en su profesión; y hasta los que alcanzan puestos de gobierno en países que tienen incluso una antigua tradición cristiana*².

Especialmente en nuestros días, se deja sentir una creciente ignorancia religiosa, disfrazada muchas veces con un lenguaje vistoso y atrayente. *Ahora está de moda hablar de religión. No faltan personas que se venían apuradas para recitar el Credo sin equivocarse, que no saben ni el catecismo, y que tienen la osadía de definirse teólogos. Algunos incluso han llegado a llamarse a sí mismos doctores de la Iglesia. Doctores de la Iglesia son sólo aquéllos a los que el Romano Pontífice da ese título después de estudiarlo con calma y de hacer un proceso muy largo.*

Para facilitarnos esa formación doctrinal sólida y de altura, la Obra nos proporciona en la medida y en la forma que requieren las circunstancias personales de cada uno, un conocimiento exacto del dogma y de la moral, de la Sagrada Escritura y de la liturgia, de la historia y del derecho de la Iglesia³.

(1) Carta *Huc nostra aetate*, 9-I-1951, n. 8;

(2) *Ibid.*, n. 7;

(3) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 49;

Recientemente, el Padre nos ha pedido que estudiemos también con tenacidad y cariño el catecismo de la doctrina cristiana, y profundicemos de esa forma cada día más en las riquezas contenidas en el depósito de la Revelación. Se trata de fijar bien en nuestra mente los puntos capitales de la doctrina de Jesucristo, para que no se olviden ni se deformen, y podamos contrarrestar mejor esa ola de ignorancia religiosa.

No podemos dejar los libros, como Fray Gerundio, y ponernos a predicar. Yo lo que quiero —nos dice el Padre— *es tener fijos y claros todos los argumentos de la buena doctrina; por eso repaso los tratados tradicionales de teología. Y también leo literatura, porque las palabras son el ropaje: fides ex auditu* (Rom. X, 17). *Hay que dar doctrina, buena doctrina, y presentarla a los ojos de los hombres con un aspecto agradable. Los argumentos tradicionales cabe revestirlos literariamente, cabe exponerlos sin vulgaridad pero vulgarizando.*

FORMACIÓN PROFESIONAL

Estudio del espíritu y de los modos apostólicos propios de la Obra; estudio de la doctrina cristiana. *Pero habéis de adquirir también la preparación profesional adecuada* —cada uno la que es propia de su ocupación en la sociedad, de su empleo público intelectual o manual—, *para poder realizar con eficacia ese apostolado de la doctrina, a través de vuestras personales actividades, de vuestro trabajo ordinario.*

*Difícilmente podrá ser santificado el trabajo, si no se hace con perfección también humana; y, sin esa perfección humana, difícilmente —por no decir de ningún modo— se podrá alcanzar el prestigio profesional necesario, la cátedra desde la cual se enseñe a los demás a santificar ese trabajo y a acomodar la vida a las exigencias de la fe cristiana*⁴.

El espíritu de la Obra exige a cada uno tener buena preparación profesional —*toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir*⁵—, procurando mejorarla continuamente. Siendo la actividad profesional o el oficio ordinario de cada uno el instrumento de nuestra acción sobrenatural, nunca podrán los socios de la Obra abandonar esa labor.

(4) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 49;

(5) *Camino*, n. 857;

** Y deberán ser doctos —hombres con doctrina, con un conocimiento adecuado de su profesión—, y algunos hasta sabios: hombres instruidos en la enseñanza de Jesucristo, con una fuerte cultura y con un conocimiento profundo de las ciencias profanas o de las artes o trabajos manuales a que se dedican*.*

Además antes, como los conocimientos humanos —la ciencia— eran muy limitados, parecía muy posible que un solo individuo pudiera hacer la defensa y apología de nuestra santa Fe.

Hoy, con la extensión e intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia. —Tú... no te puedes desentender de esta obligación¹⁰.

Todo esto nos exige tener cierto conocimiento de los avances en los principales campos del saber, pero sobre todo en la especialidad profesional propia de cada uno, y según lo requerido por las circunstancias de su trabajo. Así, una persona que ejerce una profesión de carácter más práctico, no tiene por qué estar tan al día como un profesor, que debe poner los últimos conocimientos de su materia especializada al alcance de sus alumnos.

Pero la sola competencia profesional no es suficiente. Cuando más especializada sea nuestra actividad profesional, mayor cuidado habremos de tener en adquirir y mejorar una cultura general, base de una actitud mental abierta, y de ese tono humano que la Obra nos pide para ser más sobrenaturalmente eficaces.

Entendemos bien que el Padre nos haya repetido innumerables veces que *al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea; pero no es preciso, ni necesario, que todos lo seáis. En cambio es necesario que todos los socios del Opus Dei sean doctos, competentes en su labor profesional, con prestigio de rectitud y de ciencia o de arte entre sus colegas*¹¹.

EL ESTUDIO, NORMA DE SIEMPRE

—Estudia. Estudia con empeño. —Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad. ¿O crees que por vago y comodón vas a recibir ciencia infusa?¹².

(9) Carta *Bene nostis*, 14-II-1950, n. 16;

(10) *Camino*, n. 338;

(11) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 50;

(12) *Camino*, n. 340;

El estudio en el Opus Dei es Norma de siempre, que a todos obliga, sea cual fuere su profesión u oficio. En la Obra caben todos los que, con vocación divina, desean buscar la santidad en el trabajo ordinario. Hay sitio para todos: para intelectuales, para empleados, para obreros, para campesinos: para todos aquellos —hombres y mujeres— que, en las circunstancias ordinarias de su vida, se esfuerzan en adquirir la santidad. Y todos, cada uno a su modo, necesitan tener ciencia: es decir, el conocimiento de lo que constituye su profesión u oficio, para hacer dignamente la faena habitual de cada día¹³.

Aunque todos debemos estudiar, esta Norma obliga de modo particular a quienes tienen como profesión el estudio, porque es la materia inmediata que deben santificar y convertir en instrumento de apostolado. No hay que engañarse: *oras, te mortificas, trabajas en mil cosas de apostolado..., pero no estudias. No sirves entonces, si no cambias. El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros*¹⁴. Lo mismo que cualquier otra tarea profesional, el estudio debe ser una cosa bien hecha, y con resultados concretos, para que efectivamente pueda ser santificable. Los estudiantes, deben sacar buenas notas; si no, ¿cómo van a atraer a sus compañeros?

No ha de ser excusa el no gozar de unas cualidades intelectuales notables, porque se puede y se debe suplir con hábitos de estudio, con orden, con constancia, pidiendo consejo y ayuda cuando sea necesario; y sobre todo, con afán muy grande de hacer rendir los talentos que Dios nos ha dado, sean muchos o pocos. En nuestro diccionario sobran dos palabras: *mañana y después. ¡Hoy y ahora! No dejéis la labor para luego, y haced que no la dejen. Pronto llegaréis a comprender cómo, en igualdad de condiciones, y aún en inferioridad de condiciones de talento, cultura, etc., el que vence la pereza de modo habitual —hoy, ahora— es el que domina siempre*¹⁵.

También los que ejercitan una profesión intelectual tienen mayor deber de estudiar: *si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es obligación grave*¹⁶. No se tratará siempre de coger un libro, pero sí de hacerse profesionalmente más capaz.

A los que ya han terminado el ciclo completo de los estudios teo-

(13) Carta *Bene nostis*, 14-II-1950, n. 16;

(14) *Camino*, n. 334;

(15) Instrucción, 9-I-1935, n. 46;

(16) *Camino*, n. 336;

lógicos, el Padre les da este consejo: *procurad dedicar un rato al día —aunque sólo sea unos minutos— al estudio de la ciencia eclesiástica, repasando una y otra vez los tratados clásicos, dando más solidez a los principios*¹⁷.

Para acrecentar la formación profesional y cultural, quizá sea conveniente en algunos casos tener un plan de lecturas, con el asesoramiento de los Directores, que desarrolle en cada uno una cultura básica, de acuerdo con las circunstancias personales. Además, evitando gastos innecesarios, hay que ingeniárselas para tener acceso a la lectura de publicaciones periódicas y asistir, cuando sea preciso, a cursos especializados, etc.: sin olvidar que, *al estudiar, hemos de tener un particular interés en facilitar el camino a los nuestros que vengan detrás. Y así —escribía el Padre en 1935, a modo de ejemplo—, de todos los trabajos de seminario, se harán las fichas oportunas, que el día de mañana ahorrarán tiempo a nuestros hermanos, y facilitarán su mejor formación*¹⁸.

APROVECHAMIENTO DEL TIEMPO

Todos estos planes y cuidados de nada servirían si nuestro afán por estudiar no se concretara, principalmente, en el aprovechamiento del tiempo: *hermanos, andad con cautela; no como necios, sino como prudentes, aprovechando el tiempo*¹⁹.

Hay que aprovechar el tiempo en intensidad, llenando de eficacia los minutos que median entre una actividad y otra, sacando el mayor partido posible a los viajes, a los ratos de espera, a las pausas que puedan presentarse en el trabajo. Durante la guerra española, el Padre insistía a los socios de la Obra y a los chicos de San Rafael en que hicieran buen uso del tiempo: *¿por qué no aprovecháis las horas muertas —que sobran abundantemente— repasando un idioma?*

Sacar el máximo rendimiento a cada día exige vivir la virtud del orden, que es la mejor manera de asegurar el aprovechamiento del tiempo. Por eso es necesario, cada día, echar una ojeada al plan de trabajo. *Es preciso ordenarse, porque no tenemos tiempo de hacerlo todo enseguida. Cada día hay que estudiar una escala de valores, y seguirla. Pero no penséis que para hacerse ese plan es necesario es-*

(17) Carta *Ad servandam*, 8-VIII-1936, n. 15;

(18) Instrucción, 9-I-1935, n. 163;

(19) *Ephes.* V, 15-16;

*tar pensando una hora: eso es de personas locas. Basta unos minutos, al comenzar el trabajo*²⁰.

Del aprovechamiento exhaustivo del tiempo, de una seria formación espiritual, doctrinal-religiosa y profesional, conseguida con el esfuerzo de cada día, Dios sacará abundantes frutos. *Invoqué al Señor —está escrito en el libro de la Sabiduría— y vino sobre mí el espíritu de sabiduría; y la preferí a los cetros y a los tronos, y en comparación con ella tuve en nada la riqueza... La amé más que a la salud y a la hermosura, y antepuse a la luz su posesión, porque el resplandor que de ella brota es inextinguible*²¹.

Si cumplis bien vuestros deberes profesionales, trabajando y estudiando —todos, también los que os dedicáis a oficios manuales, cada uno según sus circunstancias—, conseguiréis la doctrina, la sabiduría que necesitáis para alcanzar vuestro fin...

*Y vuestros amigos y colegas, llevados a la fe y al amor de Jesucristo, entenderán bien lo que les enseñéis, y podrán repetir aquellas palabras: audivimus eos loquentes nostris linguis magnalia Dei (Act. II, 11)*²².

*Así, cada uno con el bagaje de su propia preparación profesional, de toda la cultura humana que pueda adquirir, con la mentalidad característica de su ambiente y de su condición, hará llegar la doctrina de Jesucristo, con don de lenguas, de manera que le entiendan, a todos los hombres que encuentre en el camino de su vida*²³.

(20) Instrucción, 31-V-1936, nota 61;

(21) Sap. VII, 7-10;

(22) Carta *Hac nostram aetate*, 9-I-1951, nn. 31-32;

(23) Carta *Mirabilis omnino*, 15-VIII-1953, n. 9.

23. LA ALEGRÍA

Alborozaos en el Señor, justos; saltad de gozo todos los rectos de corazón⁽¹⁾. Dios quiere nuestra felicidad, ama nuestra alegría. Son incontables las veces que nos lo ha dicho. No temas, tierra; alégrate y gozate porque son muy grandes cosas las que hace el Señor. No temáis, animales del campo, que reverdecerán los pastos del desierto y darán fruto los árboles y la higuera, y la vid los suyos. Alegraos y gozaos también, hijos de Sión, en el Señor, vuestro Dios, que os dará la lluvia a su tiempo y hará descender sobre vosotros la temprana y la tardía de otras veces⁽²⁾.

Dios quiere a todos los hombres felices, contentos. Y cuanto más cerca de sí los llama, más alegres los quiere. Por eso ha sido la alegría, desde el comienzo de la Obra, parte esencial de su espíritu: el buen humor es y será siempre una característica de la historia del Opus Dei: *quiero que estéis siempre contento, porque la alegría es parte integrante de tu camino*⁽³⁾.

Todo en la Obra, hasta la misma lucha ascética, es positivo, afirmación, gozo; y se nota: *todo el mundo se da cuenta de que en el Opus Dei hay mucha alegría. La alegría sale sola, cuando nos sentimos hijos de Dios*. Y no pocas veces es ese ambiente luminoso, de gozo profundo, el que primero atrae a los demás a nuestro apostolado, como un día nos cautivó también a nosotros, ayudándonos a descubrir

la vocación. *El corazón ufano aviva la cara*⁽⁴⁾. Se vierte hacia fuera, abundante, la alegría interior de nuestra filiación divina.

La alegría nuestra no debe tener profundos altibajos, no puede depender de las circunstancias, porque *no es fisiológica, tiene un fundamento sobrenatural, que está por encima de la enfermedad y de la contradicción. Alegría —lo hemos dicho tantas veces— que no es de cascabeles o de baile popular. Es algo más íntimo. Algo que nos hace estar serenos, alegres aunque, a veces, esté severo el rostro*. Podrá alguna vez rendirse el cuerpo y hacerse difícil la manifestación de esa dicha íntima; pero el alma de un hijo de Dios está siempre serena, gozosa, feliz.

LA TENTACIÓN DE LA TRISTEZA

Sin embargo, esta alegría nuestra aquí en la tierra no es más que un principio, un adelanto de aquella otra a que hemos sido llamados. *El gozo en esta vida no puede ser pleno. Lo será cuando —en la patria— poseamos de modo acabado el bien perfecto: «entra en el gozo de tu Señor»*⁽⁵⁾. Mientras estamos aquí, exige esfuerzo, porque *la alegría de los pobrecitos hombres, aunque tenga motivo sobrenatural, siempre deja un regusto de amargura. —¿Qué creías? —Aquí abajo, el dolor es la sal de nuestra vida*⁽⁶⁾.

Y con el dolor, con la enfermedad, con la contradicción, pero especialmente con el peso de la propia miseria, nos amenaza la tristeza. No se trata aquí de la tristeza que también podríamos llamar *fisiológica*, que es consecuencia de la enfermedad o del agotamiento. La tristeza mala es otra cosa. Es la que lleva a la imaginación a vagar de aquí para allá —revolviendo recuerdos, forjando fantasías, afanando compensaciones—; es la que murmura por dentro ante el trabajo, la lucha o la entrega; es la que permite un descaído y otro, llevando consigo la desgana y la indolencia. Dejarse dominar por la tristeza, es rendir las armas al enemigo. *La tristeza mueve a la ira y al enojo; y así experimentamos que, cuando estamos tristes, fácilmente nos enfadamos y airamos de cualquier cosa; y más, hace al hombre impaciente en las cosas que trata, le hace sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal modo la tristeza, que parece*

(1) Ps. XXXI, 1;
(2) Joel II, 21-23;
(3) Camino, n. 665;

(4) Prov. XV, 13;
(5) Matth. XXV, 21;
(6) Santo Tomás, *Super Ev. S. Ioann. lect. 15*, 1, 2;
(7) Camino, n. 203;

que quita el sentido y saca fuera de sí⁸. Un alma entristecida está predispuesta al mal. Como la polilla al vestido, y la carcoma a la madera, así la tristeza daña el corazón del hombre⁹.

*Tristeza, apabullamiento. No me extraña: es la nube de polvo que levantó tu caída. Pero, ¡basta!*¹⁰. Hay que reaccionar enseguida, porque si es humano que la pesadumbre llegue al corazón, es malo que lo domine. Se debe rechazar enérgicamente, en cuanto aparecen los primeros síntomas. *¿Que se ponga triste un hijo de Dios, un hijo mío? Cansado si puede estar, porque tira del carro como un boricua fiel; pero triste, no.*

Y es que la tristeza es mala, es un poderoso aliado del enemigo, camino cierto para la derrota. *El efecto de la tristeza que es según el mundo, es la muerte, porque el que ama al mundo se constituye en enemigo de Dios*¹¹. Si no se combate esa mala disposición, que hace que las cosas de Dios den tristeza, se termina por rechazarlas. Porque el ansia de felicidad no desaparece nunca —es algo que se desea necesariamente—, y al no encontrar alegría en el camino divino, por torcida disposición, se busca fuera: primero, en las compensaciones; luego, en el pleno descamino. Porque fácilmente se cree lo que se desea, y como entonces se desea un camino más placentero, se puede llegar a creer —si no se rectifica a tiempo— que no se tiene vocación. *Animate, pues, y alegra tu corazón, y echa lejos de ti la congoja; porque a muchos mató la tristeza*¹².

Y lo mismo que la alegría del alma se vierte hacia fuera, siendo estímulo para los demás, esa tristeza mala, esa amargura sombría oscurece el ambiente, hace daño, lesiona el apostolado. *Que ninguna se aparte de la gracia de Dios, no sea que brote alguna raíz de amargura y sean por ella muchos contaminados*¹³. Tristemente, no se puede hacer proselitismo, no se convence. *Caras largas..., mudales bruscos..., facha ridícula..., aire antipático...: ¿Así esperas animar a los demás a seguir a Cristo?*¹⁴.

LA HUMILDAD ES EL REMEDIO

No podemos dejar que la tristeza nos domine. Hay que luchar.

(8) San Gregorio Magno, *Moralia* 1, 31, 31;

(9) Prov. XXV, 20;

(10) Camino, n. 260;

(11) Santo Tomás, *Super ep. II Cor. lect. 7, 1, 3*;

(12) Sap. XXX, 24-25;

(13) Hebr. XII, 15;

(14) Camino, n. 661;

Y para eso es necesario conocer lo que la causa, para poner el remedio en la raíz.

*La tristeza es un vicio causado por el desordenado amor de sí mismo, que no es un vicio especial, sino la raíz general de todos ellos*¹⁵. Siempre, en el fondo de toda amargura que persista, encontraremos la soberbia: detrás de esa desgana, aparentemente injustificada, en el trabajo, quizá esté la desilusión humana, la imposibilidad de afirmar en él la propia personalidad, el propio criterio, la vanidad: detrás de esa obediencia que se hace costosa, tal vez esté, más que la misma dificultad de lo mandado, el tener que ceder, el no poder ser otra cosa que instrumento; detrás de ese dolor pesimista ante las propias faltas, quizá se esconda la humillación sufrida: *tu tristeza —si no la rechazas— bien podría ser la envoltura de tu soberbia. —¿Es que te creías perfecto e impecable?*¹⁶. Soberbia que, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, es obstáculo para la caridad, para la esperanza y para la fe, que son el fundamento teológico de nuestra alegría.

*Si nos amamos a nosotros mismos, de un modo desordenado, motivo hay para estar tristes: ¡cuánto fracaso, cuánta pequeñez! La posesión de esa miseria nuestra ha de causar tristeza, desaliento*¹⁷. Si el corazón se vacía de amor de Dios, con la hinchazón del amor propio comienza a llenarse enseguida de amargura. Como el amor de Dios, y por Dios a los demás, nos saca de nosotros mismos, el desamor —la falta de caridad— nos repliega y nos deprime, y la tristeza empieza a adueñarse del alma.

*Porque desea uno tener lo que no tiene, o perder lo que tiene, por eso el alma anda con pena y sobresalto*¹⁸. Con el desamor —la falta de generosidad, de entrega, el egoísmo— vienen también la desesperanza y la presunción, negaciones de la esperanza sobrenatural y causas, por eso, de tristeza. No esperar en Dios, apoyarse en las propias fuerzas, es camino cierto hacia la amargura, porque la experiencia se encarga pronto de desvanecer esa confianza humana y autosuficiente.

*Tu optimismo será necesaria consecuencia de tu fe*¹⁹. Si falta la fe —la soberbia no combatida la hace difícil—, la visión humana

(15) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 28, a. 4 ad 1;

(16) Camino, n. 260;

(17) Carta Videns eos, 24 III-1931, n. 25;

(18) San Gregorio Magno, *Moralia* 22, 14;

(19) Camino, n. 378;

de las cosas ofrece siempre un pobre, un triste espectáculo, realmente descorazonador.

Fe, esperanza y caridad, que tienen en la entrega estas tres grandes exigencias: fe, camino, pureza. Si el alma cede de algún modo a la presión de la concupiscencia, aparece la tristeza. *Examine: despacio, con valentía. —¿No es cierto que tu mal humor y tu tristeza inmotivados —inmotivados, aparentemente— proceden de tu falta de decisión para romper los lazos sutiles, pero «concretos», que te tendió —arteralmente, con paliativos— tu concupiscencia?* ²⁰. Y esa tristeza que tiene mal principio, tiene —si no se combate con energía— peor fin.

LA ALEGRÍA, FRUTO DE LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS

Nuestra ascética, que es afirmación, empuje vibrante, no nos lleva sólo a desechar la tristeza, sino a fomentar activamente la alegría, según el mandato de San Pablo: *alegraos siempre en el Señor. Otra vez os lo digo: alegraos* ²¹. Dios manda que estemos alegres. *Nuestro camino es de alegría, de fidelidad amorosa al servicio de Dios. Alegría que no es el cascabeleo de la risa tonta, puramente animal. Tiene raíces muy hondas, es algo muy profundo. Pero es compatible con el cansancio físico, con el dolor —porque tenemos corazón—, con las dificultades en nuestra vida interior, en nuestra labor apostólica. Aunque alguna vez parezca que todo se viene abajo, no se viene abajo nada, porque Dios no pierde batallas. La alegría es consecuencia de la filiación divina, de sobornos queridos por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda, y nos perdona siempre.*

Prendemos la alegría que es posible alcanzar en la tierra. El gozo es pleno cuando no hay más que desear. Pero mientras estamos en este mundo, no descansa el inquieto impulso de nuestro deseo, por tener todavía que acercarnos más a Dios por la gracia ²². Sólo la visión clara de Dios en el Cielo nos llenará de ese júbilo total sin quebra. De ahí que para conseguir la alegría que nos es dado poseer recurramos —con la base de la humildad, del olvido de sí— a las tres virtudes teológicas, que nos llevan a Dios, fuente y sustento de todo gozo.

La alegría no es virtud distinta de la caridad, sino cierto acto y

(20) *Camino*, n. 237;

(21) *Philip.* IV, 4;

(22) Santo Tomás, *5. Th.* II-II, q. 28, a. 3;

efectio suya ²³. De tal modo es su consecuencia necesaria, que el mandato de estar alegres se extiende tanto como el de amar a Dios.

De ahí que si nuestra vocación exige más amor, comporta también más alegría. Por eso el buen humor que acompaña al cumplimiento del deber cotidiano es el termómetro del amor que ponemos en todo. *Servite Domino in iactitia (Ps. XCIX, 2), servid al Señor con alegría. ¿Vosotros creéis que en la vida se agradece un servicio prestado de mala gana? No. Sería mejor que no se hiciera. ¿Y nosotros vamos a servir al Señor con mala cara? No. Le vamos a servir con alegría, a pesar de nuestras miserias, que ya las quitaremos con la gracia de Dios. Lo importante es tener esa buena voluntad de servir, ese amor a Dios y a las almas, esa decisión firme de entrega y de olvido de sí. Que tengáis buen humor y que hagáis las cosas bien, ¡bien!, con santidad, en la presencia del Señor, aunque os cuesten. Así daremos mucha gloria a Dios, así huremos mucho bien a las almas.*

De dos maneras puede tenerse gozo espiritual de Dios: en cuanto nos gozamos del bien divino en sí mismo considerado, y en cuanto lo participamos. El gozo primero es mejor y proviene de la caridad; mas el segundo, porque esperamos el goce del bien divino, nace de la esperanza, aunque este gozo sea perfecto o imperfecto conforme a la medida de la caridad ²⁴. Lo primero es el amor a Dios, pero es Dios mismo quien quiere nuestra felicidad. La alegría que se nos pide no es descarnada: tiene fundamento sobrenatural, pero no es inhumana, y por eso contiene —debidamente ordenado por el amor a Dios— el deseo del bien propio. Dios nos ha dado, para esperar y gozarnos en esa confianza, la virtud teológica de la esperanza. *Vivid alegres en la esperanza* ²⁵, en el consuelo de alcanzar el gozo pleno, porque ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por el pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquéllos que le aman; a nosotros, empero, nos lo ha revelado Dios por medio de su Espíritu ²⁶. Es esa esperanza sobrenatural —humilde— la que levanta el ánimo después de la caída, y devuelve la alegría.

Ahora creéis sin verle, mas porque creéis os regocijaréis con un gozo inefable y glorioso ²⁷. Fe en Dios, en sus promesas, en su palabra, en su llamada; fe en su asistencia, en su victoria cierta; fe a pesar de la

(23) Santo Tomás, *5. Th.* II-II, q. 28, a. 4;

(24) *Ibid.*, a. 1 ad 3;

(25) *Rom.* XII, 12;

(26) *I Cor.* II, 9-10;

(27) *I Petr.* I, 8;

evidencia de tanto mal; fe en la Iglesia, fe en la Obra; fe porque Dios lo ha dicho. Y esta fe es ya un comienzo de vida eterna, alegría, gozo imperturbable.

AFIRMAR LA ALEGRÍA

Como el dolor es síntoma de enfermedad, y aviso que lleva a buscar el remedio, así también la tristeza. *Tened optimismo. El propio San Pablo, en la epístola a los Filipenses, nos dirá: gaudete in Domino semper: iterum dico: gaudete (Philip. IV, 4); vivid siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad contentos. Hay que ver, hijos míos, el aspecto positivo de las cosas. Lo que parece más tremendo en la vida, no es tan negro, no es tan oscuro. Si puntualizáis, no llegaréis a conclusiones pesimistas*²⁸.

Fidelidad es felicidad; por eso los medios que aseguran nuestra fidelidad —indiscutida, firme, delicada— aseguran nuestra alegría: oración, mortificación, cumplimiento constante y ordenado de las Normas; Eucaristía, confesión contrita y humilde; filiación divina, trato amoroso con nuestra Madre; proselitismo, sinceridad plena...

*Para poner remedio a tu tristeza me pides un consejo. —Voy a darte una recela que viene de buena mano: del Apóstol Santiago. —«Tristatur aliquis vestrum?» —¿Estás triste, hijo mío? —«Oret!» —¡Haz oración! —Prueba a ver*²⁹. Oración que nos lleva a Dios, que nos devuelve el sentido sobrenatural quizá debilitado, que nos llena de seguridad porque somos hijos de Dios, que nos saca de nosotros mismos, que nos hace obtener lo que necesitamos: *pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido*³⁰.

Mortificación, porque nuestra alegría es sobrenatural. *A mi libre Dios de gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo*³¹. Porque la alegría es consecuencia del amor, y el amor se enreca y se prueba en el dolor. Porque la mortificación nos hace serenos y firmes, porque con ella nos negamos a nosotros mismos, y es siempre el amor a nosotros mismos el origen de toda tristeza.

Sinceridad en el examen, para reconocer el motivo encubierto

de esa amargura; sinceridad también para hablar en la dirección espiritual.

Preocuparse de los demás, servirlos; negarnos el derecho de pensar en nosotros, cuando hay tantas necesidades a nuestro alrededor, tanto quehacer, tanto trabajo. Este es un remedio sencillo y siempre asequible para llegar a la alegría: el completo olvido de sí, por un motivo de caridad. *La mayor parte de las contradicciones tienen su origen en que nos olvidamos del servicio que debemos a los demás hombres y nos ocupamos demasiado de nuestro yo. Entregarse al servicio de las almas, olvidándose de sí mismo, es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría*³².

*Cuando tú ensanches mi corazón, correré yo por el camino de tus mandamientos*³³. Necesitamos esa alegría que aligera el corazón y hace rápido el paso: los que confían en el Señor renuevan sus fuerzas, echan alas como de águila, y vuelan velozmente sin cansarse, y corren sin fatigarse³⁴. Ese gozo interior es el clima necesario para que desarrollen todas las virtudes, y es lo que hace agradable a Dios el sacrificio de nuestra vida. *Todo lo que das, dalo con semblante alegre*³⁵.

La alegría es uno de los medios que nos da Dios para hacer el bien, porque el Señor se sirve de la alegría y de la serenidad de mis hijos para llevar su luz y su paz a las almas. Nuestra alegría tiene entraña apostólica.

Inviquemos a Nuestra Madre Santa María, *causa nostrae laetitiae*, causa de nuestra alegría, cuando en algún momento el gozo interior quiera nublarse. Ella, al sostener nuestra fidelidad, asegurará también nuestra alegría.

(28) Carta Videns eos, 24-III-1931, n. 15.

(29) Ps. CXVIII, 32.

(30) Ioh. XVI, 24.

(31) Gal. VI, 14.

(28) Carta Videns eos, 24-III-1931, n. 14.

(29) Camino, n. 663.

(30) Ioh. XVI, 24.

(31) Gal. VI, 14.

24. EXAMEN DE CONCIENCIA

Dame a conocer el camino por donde he de ir, porque a ti he levantado mi alma⁽¹⁾. Desde nuestra llegada a la Obra, estamos firmemente decididos a cumplir la Voluntad divina, a ser santos, porque *ésta es la Voluntad de Dios: vuestra santificación*⁽²⁾.

Pese a esta intención fundamental, no siempre el caminar hacia Dios es todo lo recto que debería ser. Cuando en la frágil barca de los buenos deseos, de la voluntad de servicio, seguimos el consejo del Maestro: *duc in altum*⁽³⁾, mar adentro, e iniciamos el largo trayecto de nuestra santificación, sabíamos que no todos los aparejos del alma estaban bien dispuestos, que había mucho lastre que tendríamos que arrojar. Y luego, a lo largo del camino, con ocusión de las mil batallas que se han de librar, hemos adquirido una conciencia más clara de nuestra miseria personal. En cada tormenta, en cada fracaso, hemos visto que había mucho que arreglar. El examen diario de conciencia nos va mostrando esa interioridad débil y mal inclinada. Y esa luz diaria es el origen de una nueva conversión, de una mejor andadura por los caminos de Dios. *Precisamente tu vida interior debe ser eso: comenzar... y recomenzar. Rectificar. — Cada día un poco.*

EXAMEN, TAREA DE AMOR

Aquí está la entraña de esa batalla constante que es la vida espiritual, que no sabe de treguas porque jamás estaremos libres de faltas

(1) Ps. CXII, 8;

(2) I Thes. IV, 3;

(3) Luc. V, 4;

e imperfecciones. Porque, además de lo malo que teníamos ya al principio, y que vamos descubriendo poco a poco, todos los días podemos encontrar en la presencia del Señor algo nuevo de que dolernos también, y pedir perdón. Todos los días, si de verdad estamos decididos a llegar a buen término, debemos examinar cómo ha ido la jornada, lo que todavía no hemos limpiado, qué desviaciones hubo en el camino hacia la santidad; si nos hemos alejado de Dios, si el corazón sigue apegado a las criaturas, si hemos cumplido los graves deberes de nuestra misión apostólica. *Examen. — Labor diaria. — Contabilidad que no descuida nunca quien lleva un negocio. ¿Y hay negocio que valga más que el negocio de la vida eterna?*⁽⁴⁾.

El examen responde a una necesidad de amor, de sensibilidad. No hay fundamento mejor, no encontraremos razón que más nos mueva a examinarnos que el amor. Nuestra entrega en la Obra es un homenaje a la Trinidad Beatísima; y cada día, un presente, una entrega del todo ofrecido. El cuidado del alma enamorada se resume en el deseo de agradar solamente a Dios: ¿te he agradado, Señor, este día?, ¿en qué te he disgustado?, ¿qué esperabas de mí y yo no he hecho? Y cuando se descubren los pecados, las imperfecciones y los defectos, nace un acto de contrición y un propósito de mejora para el día siguiente, pues éste es el fin del examen: *limpia tu alma y guárdala con el examen del corazón, para que desaparezcan todas las manchas que derivan de la maldad y todas las indecencias de los vicios, y haz que se ilumine y engalane con el resplandor de las virtudes. Escudriñate, pues, a ti mismo, averigua qué eres; haz todo lo posible por conocerte*⁽⁵⁾.

Hacer bien el examen diario —en los momentos que solemos dedicarle—, supone tener habitualmente espíritu de examen, deseo de conocerse, de encontrarse siempre en la presencia de Dios, y querer obrar en consecuencia; como el buen banquero que cotidianamente, al anochecer, computa sus pérdidas y ganancias. Pero eso no puede hacerse con detalle, si en todo momento no registra en los libros las cuentas. Una mirada a todas y cada una de las anotaciones muestra el estado de todo el día⁽⁶⁾. No basta, para examinarse como conviene, revisar cuentas sólo al llegar la noche. El examen es algo que se prepara a lo largo del día, registrando en todo momento, en el libro de una conciencia sensible —incluso to-

(4) Camino, n. 235;

(5) San Basilio, Hom. 3;

(6) San Juan Climaco, Scala parad. 4;

mando unas notas, si es preciso—, la calidad de las acciones que entretejen la jornada. Así nos conoceremos de verdad, podremos observar en su verdadera importancia, de una sola mirada, las acciones concretas y las disposiciones del corazón, y podremos plantear bien la lucha.

HUMILDAD Y VALENTÍA EN EL EXAMEN PERSONAL

No es fácil el conocimiento propio; tropieza con serios obstáculos. *A la hora del examen te prevenido contra el demonio mudo*⁷. El amor desordenado de la propia excelencia trata siempre de impedir que nos veamos tal como somos, con todas nuestras miserias. La soberbia, que tan fácilmente ve las faltas ajenas, no se da cuenta de las propias; deja el campo libre al *demonio mudo* que sutilmente se insinúa bajo los aspectos más dispares, incluso con apariencia de virtud. Quizá no se niegue, en general, que se es pecador, pero siempre nos resistimos a admitirlo en concreto. El examen sin humildad está hecho con ojos de ciego: *han cerrado sus oídos, y tapado sus ojos: a fin de no ver con ellos*⁸. ¡No hay nada!, y enseguida: *¡Oh Dios! Yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros... Ayuno dos veces por semanas, pago los diezmos de todo lo que poseo*⁹.

Cada persona puede repetir con el salmista: *en culpa nací, y en pecado me concibió mi madre*¹⁰. El reconocimiento de nuestra miseria, la sinceridad, el sabernos pecadores de verdad, es el primer paso, la premisa necesaria para hacer un buen examen: *el justo siete veces cae y otras tantas se levanta*¹¹. *Hijos míos: no os avergüence ser miserables; no os acobardéis porque tengáis en el corazón el fomes peccati. ¿Os acordáis de lo que decía aquel literato francés del siglo pasado? Yo no sé cómo será el corazón de un criminal, pero me asomé al corazón de un hombre de bien, y me asusté. No os asustéis de nada. ¡Fieles de verdad! ¡Sinceros!*

Sinceridad. Y para esto, *exáminate: despacio, con valentía*¹². No podemos acobardarnos. Hemos de perder el miedo a descubrir nuestra miseria; no nos desanimará, porque contamos siempre con el poder infinito de Dios, que sólo espera que reconozcamos nuestra pequeñez.

(7) *Camino*, n. 236;

(8) *Matth.* XIII, 15;

(9) *Luc.* XVIII, 11-12;

(10) *Ps.* L, 7;

(11) *Prov.* XXIV, 16;

(12) *Camino*, n. 237;

para asistírnos. Descuidar el examen, hacerlo con ligereza y precipitación, por miedo a ver la realidad; justificarnos con pretextos ingenuos, no nos hace mejores: es cerrar los ojos y abandonar el campo al enemigo, al demonio, que *desde siempre concentra su labor y esfuerzo en no dejarnos examinar el corazón, porque no ignora los beneficios que obtiene el alma con el examen cotidiano*¹³. Y más tarde, cuando el remedio fuese mucho más difícil, el mismo demonio se complacería en abrirnos los ojos ante un panorama desolador: *he desamparado mi casa, he abandonado mi heredad, he entregado lo que más amaba en manos de enemigos... Muchos pastores han entrado a saco en mi viña y pisotearon mi hacienda, han convertido mis deleitosos campos en desolado desierto*¹⁴.

Tenemos que luchar por eliminar los obstáculos que nos impidan realizar cada día un buen examen. Hemos de estar prevenidos contra el *demonio mudo*, y también contra la pereza que, en las cosas de Dios, es tibieza, y que señala el principio de la muerte del alma, el sepulcro de la vida interior. Una de sus primeras manifestaciones es precisamente el poco empeño en examinarse, señal de que el amor a Dios se ha enfriado, que el interés por las cosas divinas está muriendo. Sucede entonces como en el barbecho, que el campesino deja sin atender una temporada: no tardan en crecer en el alma los cardos de los defectos, las hortigas de las pasiones desordenadas que ahogan la buena semilla de la gracia. *Pasé junto al campo del perezoso, y junto a la viña del insensato, y todo eran cardos y hortigas que habían cubierto su haz, y su albarrada estaba destruida*¹⁵.

Si somos sinceros, y tenemos un deseo eficaz de santidad, o luchamos al menos por tenerlo, no llegaremos a ese estado; porque nuestro esfuerzo humilde atraerá la gracia divina. *Hijo mío, ¿cómo vas?, ¿qué tal te preparas para un examen rígido, con una petición de gracias al Señor, para que tú le conozcas a El, y te conozcas a ti mismo, y de esta manera puedas convertirte de nuevo?*

ESPÍRITU DE EXAMEN

La sinceridad con uno mismo, la disposición eficaz de examinarnos es sólo una etapa —la primera— en el difícil camino que conduce

(13) Hesiquio, *De temp. et virt.* I, 30;

(14) *Jerem.* XX, 11-14;

(15) *Prov.* XXIV, 30-31;

al propio conocimiento. *En verdad que nada hay más difícil, ni más trabajoso, ni más costoso*¹⁶.

Poco importa —no tratándose de faltas graves— saber el número de veces que hemos caído, la cantidad de imperfecciones cometidas durante el día, si desconocemos la raíz de esas faltas. Del mismo modo que, para curar un sarpullido, no se tratan las lesiones una a una, sino que se busca la causa, y se concentra en ella la medicina oportuna. Sólo acudiendo a la raíz sanaremos el árbol. Es precisamente esto lo que hace más dificultoso el examen, porque exige un esfuerzo notable, una guardia continua que descubra esas inclinaciones profundas, esas disposiciones íntimas del alma. Custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte? (Isai, XXI, 11). —*¡Centinela, alerta! Debemos estar vigilantes, debemos oír aquel grito. Hay que estar de centinela, hijos míos, hay que estar alerta.*

No podemos conformarnos con lo primero que se ve. Hay que penetrar la oscuridad inicial, agudizar la mirada, ahondar, profundizar cada día más para conocernos. ¿Dónde está mi corazón?, ¿qué intenciones me mueven?, ¿qué es lo que ocupa habitualmente mis potencias y mis sentidos? Y aquí, hay que estar prevenidos una vez más contra la soberbia, que quizá intente distraernos y ocultar lo que es verdaderamente importante.

Hemos de estar también prevenidos contra la nimiedad, contra un formalismo legalista y superficial, que lleve a querer registrar todo hasta el mínimo detalle. Lo que importa es llegar a las raíces. Ese recuento minucioso suele ser fruto de un disimulado orgullo, de un patológico deseo de autoperfección, que cansa y asfixia al alma, que mata la libertad de espíritu de los hijos de Dios, y acaba conduciendo a la laxitud de conciencia, porque es insostenible a la larga o a la corta. Además, esa minuciosidad enfermiza deja escapar lo que es realmente importante. *¡Pagáis diezmos de la hierbabuena y del eneldo y del comino —reprocha Cristo a los fariseos—, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley, la justicia, y la misericordia y la fe! Estas debierais observar, sin omitir aquéllas. ¡Oh guías ciegos, que coláis un mosquito, y os tragáis un camello!*¹⁷.

Muchas de las pequeñas caídas del día se han borrado con un acto de la virtud contraria. Es el hábito el que exige una repetición de

actos contrarios para extirparlos. Son los hábitos, la tónica dominante de nuestro día, lo que interesa conocer. Las nimiedades sólo conseguirían desalentarnos y hacer ineficaz la lucha al desperdigar la atención en muchos puntos. Las pequeñeces —que han de doler a un corazón sensible y bien enamorado— no han de abrumar, sino servir como síntomas para el diagnóstico.

La oración, el examen detenido en un retiro y las orientaciones de la dirección espiritual, nos ayudarán a conocer esas disposiciones profundas del alma, y *cuando te conozcas a ti mismo, podrás conocer a Dios y apartar, como conviene, tu ánimo de las criaturas*¹⁸.

EN LA PRESENCIA DE DIOS

Sinceridad. Valentía. Humildad. Espíritu de examen. Son las disposiciones de la voluntad que necesitamos. Constituyen como la preparación, la antesala del examen de conciencia. Al entendimiento corresponde inquirir, aquí, ahora, lo que de bueno y lo que de malo ha habido en nuestro día. Y esta reflexión debe comenzar pidiendo la ayuda divina. *Tú, Señor, me conoces; tú me ves, tú penetras los sentimientos de mi corazón*¹⁹.

Nada se escapa a la mirada de nuestro Padre Dios, nadie nos conoce mejor —y mucho menos nosotros mismos— que el Señor: *más penetrante que una espada de dos filos entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*²⁰. Lo que para nosotros puede ser oscuro, es claro a los ojos de Dios. Necesitamos su ayuda para conocernos y poder poner los remedios oportunos; necesitamos ante todo tener presente a Dios en el examen, porque no vamos a registrar nuestras faltas como simples deficiencias de un plan humano o como errores técnicos.

El examen no es una suerte de introspección, no se hace por curiosidad psicológica, ni por afán de autoperfección, ni por obstinación en una trayectoria elegida. Al examen acudimos a dolernos de los pecados, a conocer las faltas que señalan desamor. Nos interesa menos el no ser como quisiéramos, que la posible ofensa hecha a Dios. El examen es un diálogo entre el alma arrepentida y Dios. *Jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad;*

(16) San Nilo, *Epist.* 3, 314;

(17) *Matth.* XXII, 23-24;

(18) San Nilo, *Epist.* 3, 314;

(19) *Jerem.* XII, 3;

(20) *Hebr.* IV, 12;

considerando su humildad, veremos qué lejos estamos de ser humildes²¹.

MODO DE HACER EXAMEN

Examen general, eso sí que es un traje a medida para cada uno. Hay muchas maneras prácticas de realizar el examen de conciencia; elegir una u otra dependerá siempre de las circunstancias personales. *No se pueden dar reglas fijas. El examen que va bien a una persona no va bien a otra; y aun a una persona le va bien durante una temporada, y después no. Eso depende de las circunstancias de cada uno. Cada cual se arregle con su director espiritual.*

En la Charla nos facilitan ese traje a la medida. Con esa ayuda, debemos buscar el método que mejor se adapte a nuestra situación presente: los puntos que conviene que veamos con mayor detenimiento, el tiempo que interesa dedicar: *de ordinario no se necesita hacerlo largo.*

Sin embargo, aunque el modo de hacerlo sea una cosa muy personal, nunca estamos dispensados de examinarnos. Todos los días, *dirigiendo la atención a nuestra conciencia, pidámosle cuenta de las palabras, acciones y pensamientos²²*, de las omisiones: en nuestro trato con Dios, en las relaciones con el prójimo, en el apostolado, en el desempeño del trabajo, en los deberes de estado... A partir de la responsabilidad que la elección divina para la santidad y el apostolado nos confiere, hemos de preguntarnos: *¿qué pones de tu parte, para que esa intimidad con Jesucristo no se pierda, y para que no la pierdan tus hermanos? ¿En qué piensas?: ¿en ti o en los demás?, ¿en ti, en tus egoísmos, en tus pequeñeces, en tus miserias, en tus detalles de soberbia, en tus cosas de sensualidad? ¿En qué piensas habitualmente? Examínate.*

Necesitamos disponer de un punto de mira, que sea como linterna que ilumine y descubra las disposiciones fundamentales del corazón, en nuestras obras y en nuestras omisiones, en nuestros afectos, pensamientos y palabras. Hay que situarse ante el conjunto del día como el médico, que al sospechar una enfermedad, examina órganos precisos del enfermo, buscando síntomas de esa dolencia, y aprueba así signos, quizá minúsculos, pero determinantes para el diagnóstico global. Descubriremos nuestras faltas —por acción o por omisión— de caridad, de templanza y fortaleza, de humildad..., cuando les salgamos al encuentro. Si no vamos

prevenidos —y esa prevención está plenamente justificada para todos— fácilmente se nos escapan.

Cuando nuestro día ha transcurrido en la presencia de Dios, cuando el espíritu de examen ha mantenido alerta el alma, el examen general se facilita extraordinariamente: entonces *basta una mirada*. Pero no siempre ocurre así. Hay momentos en que el Señor nos prepara a una nueva conversión que sea un paso más en la entrega, un rompimiento con algo que todavía nos ata: y es necesario ahondar con decisión. A veces, el examen se hace más costoso: no vemos nada, resulta difícil concretar, tenemos una impresión general de que las cosas no marchan. *Es el momento de emplear los medios que pone todo el mundo. A veces, parece que se va hacia atrás, y hay que volver a las pequeñas industrias que se utilizaban al principio... Aquella contabilidad, aquel numerar los defectos o los actos de una determinada virtud...*

En otras ocasiones —por cansancio, por enfermedad, por tentación o también por orgullo— pueden venir los escrúpulos, y hay como una obsesión de examinarse, un ansia enfermiza. Entonces, con el consejo del Director y del sacerdote, suele convenir simplificar el examen. *A veces —nos ha dicho nuestro Padre—, he solido recomendar un examen que se reduce a tres preguntas: ¿qué he hecho mal? ¿Qué he hecho bien? ¿Qué puedo hacer mejor? Esto va bien para los escrupulosos. Pero yo no puedo hacer como un médico, que saque del bolsillo recetas ya hechas. A veces basta un examen más sencillo; otras, conviene hacer un examen detallado. Lo mejor es acudir al Director.*

LO MÁS IMPORTANTE

El conocimiento de lo que hicimos bien nos mueve a la acción de gracias; y la conciencia de las ofensas, al dolor sincero de nuestras culpas, con el propósito firme —*ya no más, Jesús, ya no más...*— de no volver a pecar. Porque el examen es exigencia de amor, tenemos que dolernos en lo íntimo del corazón cuando contemplamos tanto desamor en el día. El dolor es quizá lo más importante del examen. *Pon todas tus faltas delante de tus ojos. Ponte frente a ti mismo, como delante de otro; y luego llora de ti mismo²³.* Si el examen no termina en dolor, es

(21) Santa Teresa, *Moradas* I, 2, 9.
(22) San Juan Crisóstomo, *Serm.* 4.

(23) San Bernardo, *Meditat. piissimae* 5.

inútil. Por eso el Padre nos aconseja: *acaba siempre tu examen con un acto de Amor —dolor de Amor—: por ti, por todos los pecados de los hombres... —Y considera el cuidado paternal de Dios que te quitó los obstáculos para que no tropezases*²⁴.

Dolor de amor. Reparación. Señal de que los deseos de santidad son verdaderos, de que estamos dispuestos a cumplir la Voluntad divina. Por eso, cuando los propósitos no son eficaces, cuando una y otra vez volvemos a caer en la misma falta, hay que pensar que el dolor no es pleno; quizá es que todavía hay indecisión en la entrega, pequeñas ataduras que nos impiden llegar a Dios. Porque el que recibe un golpe y le duele, evita instintivamente las ocasiones de volver a golpearse. Así en la vida interior. Si, a pesar del examen —y contando con un tiempo razonable— reincidimos, sin mejoría, tenemos motivos para dudar de esa contrición, que no da origen a un propósito eficaz: vemos las deudas, sí, pero nos falta fortaleza en el amor: *bueno es que vayas reconociendo tus deudas; pero no olvides cómo se pagan: con lágrimas... y con obras*²⁵.

El propósito —que generalmente debe ser concreto y único, dos a lo más, y muchas veces renovación de los que ya se tienen— es la corona del examen de conciencia. Es el amor puesto en obras, la demostración —*obras son amores y no buenas razones*— más convincente y agradable a Dios, de que nos duele haberle ofendido, de que estamos dispuestos a no reincidir. *Hijo mío, debes pensar en tu vida y pedir perdón. A la vista de la pobre vida tuya, pedir perdón y hacer el propósito firme, concreto y bien determinado de mejorar en esto y en aquello; en aquello que te cuesta, en aquello que habitualmente no haces como debes, y lo sabes.*

EFICACIA DEL EXAMEN DE CONCIENCIA

Un fruto del examen es el conocimiento de las propias miserias, que ayuda a apreciar mejor el valor de la virtud. *El recuerdo de los pecados modera el pensamiento, lleva a la humildad, y, por la humildad, atrae la misericordia divina*²⁶.

El examen de conciencia mejora también la táctica de lucha: sabremos aplicar las energías precisamente en el lugar conveniente, en los puntos débiles de nuestra ciudadela interior. *Ese modo sobrenatu-*

ral de proceder es una verdadera táctica militar. —Sostienes la guerra —las luchas diarias de tu vida interior— en posiciones, que colocas lejos de los muros capitales de tu fortaleza.

*Y el enemigo acude allí: a tu pequeña mortificación, a tu oración habitual, a tu trabajo ordenado, a tu plan de vida: y es difícil que llegue a acercarse hasta los torreones, flacos para el asalto, de tu castillo. —Y si llega, llega sin eficacia*²⁷.

El examen de conciencia es un arma que nos llevará a la victoria final, a la santidad con eficacia apostólica, porque el Señor no abandona al que se humilla, ni niega su gracia al que se esfuerza en agradarle: *desde el primer día en que diste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fue oída tu oración*²⁸.

Examen, contrición, propósito: conocimiento, amor, servicio. Es el resumen de la vida del cristiano, que nació para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y gozarle en la otra. Así fue la vida de Jesucristo, Salvador nuestro: *Padre justo, el mundo no te ha conocido, yo sí que te he conocido*²⁹. No pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me ha enviado³⁰. El examen de conciencia es un gran medio para adecuar nuestras acciones a las de Cristo: conformar a Él nuestra vida, identificarnos con Él.

La Virgen Santísima, *lucero de la mañana* para el navegante en camino, nos dará esa luz diaria de examen que necesitamos para llegar a buen puerto, si se lo pedimos confiadamente.

(27) Camino, n. 307.

(28) Dan. X, 12.

(29) Joann. XVII, 25.

(30) Joann. V, 30.

(24) Camino, n. 246.

(25) Camino, n. 242.

(26) San Juan Crisóstomo, Serm. 4.

25. EXAMEN PARTICULAR

Todos los días, hijos queridísimos —nos dice el Padre— deben presenciar nuestro afán por cumplir la misión divina que, por su misericordia, nos ha encomendado el Señor¹. Una manifestación de ese afán diario por llevar a cabo lo que Dios nos pide es el examen particular, la lucha eficaz en un punto concreto en el que presentamos batalla al enemigo, para que el enemigo no la presente donde no nos convenga.

NECESIDAD DEL EXAMEN PARTICULAR

El examen particular es consecuencia de la voluntad de luchar de modo realista y eficaz por ser santo; es estrategia para la victoria sobre nuestros defectos. *El examen general parece defensa. —El particular, ataque. —El primero es la armadura. El segundo, espada toledana², que nos hace avanzar, superar los obstáculos, progresar siempre. Ese examen breve, pero frecuente, de un punto concreto, mantiene vivo nuestro espíritu de lucha, a lo largo de la jornada; impide que nos abandonemos. Y esa insistencia es el mejor antídoto contra la dejadez y contra los estragos de la tibieza.*

Nadie atribuya su descarrío a un repentino derrumbamiento, sino a haber seguido malos consejos o haberse apartado de la virtud poco a poco, por una pereza mental prolongada. De ese modo es como comienzan a ganar terreno insensiblemente los malos hábitos, y sobreviene una si-

tuación extrema. «El derrumbamiento —se lee en los Proverbios— viene precedido por un deterioro, y éste por un mal pensamiento»³. Sucede lo mismo que con una casa: se viene abajo un buen día sólo en virtud de un antiguo defecto en los cimientos, o por una desidia prolongada de sus moradores. Gotitas muy pequeñas penetran imperceptiblemente, corroyendo los soportes del techo; y gracias a esa falta de atención repetida, se agrandan los boquetes y los desperfectos. Después la lluvia y la tempestad penetran a mares⁴.

El examen particular, además de prevenir este peligro, asegura la eficacia de nuestro esfuerzo. *Yo corro —decía San Pablo—, no como quien corre a la aventura; peleo, no como quien tira golpes al aire⁵. Nuestra lucha ha de tener una táctica que evite la dispersión, para concentrar el ímpetu en un frente concreto. A menudo muchos se proponen un sin número de cosas, y sin embargo hacen muy pocas, pues con la misma facilidad con que formulan un propósito, lo abandonan después. Nosotros debemos en primer lugar proponernos una cosa práctica, y después, mantenernos firmemente en ese propósito⁶.*

Somos como niños pequeños, que no pueden con muchas tareas a la vez, ni con proyectos demasiado ambiciosos. Hemos de ir poco a poco, como los párvulos en la escuela. *Primero aprenden la forma de las letras; luego empiezan a distinguir las torcidas, y así, paso a paso, acaban por aprender a leer. Hagámoslo así también nosotros. Dividiendo la virtud en partes, aprendamos primero, por ejemplo, a no hablar mal, a no renegar, a no maldecir; luego, pasando a otra letra, a no envidiar a nadie, a no ser esclavos del cuerpo, a no dejarnos llevar por la gula, a no ser crueles, a no ser perezosos. Luego, pasando de ahí a las letras espirituales, estudiemos la continencia, la mortificación de los sentidos, la castidad, la justicia, el desprecio de la gloria vana; procuremos ser modestos, contritos de corazón. Enlazando unas virtudes con otras escribámoslas en nuestra alma. Y hemos de ejercitar esto en nuestra misma casa: con los amigos, con la mujer, con los hijos⁷.*

MATERIA DEL EXAMEN PARTICULAR

No basta que vayamos luchando con constancia, poco a poco, y

(1) Carta Singuli dies, 24-III-1930, n. 1.
(2) Camino, n. 238.

(3) Prov. XVI, 18, sec. LXX.

(4) Casiano, Collat. 6, 17.

(5) I Cor. IX, 26.

(6) Ricardo de San Víctor, De erud. hom. liter. 2, 5.

(7) San Juan Crisóstomo, In Matth. hom. 11, 8.

en frentes concretos; convienció además que centremos nuestro empeño en un punto crucial. *Pide luces*, nos dice el Padre. — *Insiste: hasta dar con la raíz para aplicarle esa arma de combate que es el examen particular*⁸.

Perdería gran parte de su eficacia un examen particular descen-trado. *Pues como no todos son atacados de la misma manera, se hace necesario que cada uno de nosotros presente batalla en consideración al tipo de lucha con que se ve acosado. Para unos el primer frente estará en un vicio que ocupa el tercer lugar, según el modo corriente de enumerar-los; para otros, estará en el cuarto o en el quinto; y así sucesivamente, según la relevancia que cada vicio tenga en nosotros. Del mismo modo que el ataque obedece a una táctica, es necesario que también nosotros institu-yamos un orden de combate que, por sus ventajas, nos lleve al triunfo, a la victoria, purifique nuestro corazón y nos conduzca a la perfección plena*⁹.

Con frecuencia hay un defecto que tiende a prevalecer sobre los demás y se manifiesta de continuo: en el modo de razonar, de juzgar, de preferir, de sentir. Y cuando alguno se ve particularmente dominado por un defecto, debe armarse sólo contra ese enemigo, y tratar de comba-tirlo antes que a otros..., pues mientras no lo hayamos superado malogra-remos los frutos de victoria conseguidos sobre los demás¹⁰.

En esa tarea de ir desarraigando defectos, debemos plantear la lucha de un modo positivo, porque *el espíritu de la Obra es siempre una afirmación: es alegre, sobrenatural, deportivo. Nada más ajeno a nosotros que la negación, contraria a la sana psicología. El Padre nos ha enseñado siempre a hacer las cosas por Amor, por motivos positivos en plan de afirmación*¹¹. El mejor modo de conseguirlo es poner la meta del examen particular en una realidad positiva: el ejercicio de una vir-tud, la consecución de una meta determinada. Tratar de cultivar una virtud es, además, la garantía más segura de no caer en el defecto contrario. De este modo la lucha se hace atractiva, y sobre todo más eficaz: porque *el movimiento del alma hacia el bien es más fuerte que el encaminado a alejarse del mal*¹².

El carácter de esa lucha que el Señor quiere de nosotros, nos hace

comprender que *el hombre no debe intentar ni le es posible extirpar por sus propias fuerzas el pecado. Luchar, volver a la brega, caer, resultar herido; eso sí que cae dentro de sus posibilidades; pero quitarlo, sólo pertenece a Dios*¹³. Es una realidad que el examen particular nos hace percibir de un modo muy vivo. Verse vencido una y otra vez en un pro-pósito tan concreto como es la materia del examen particular, nos lleva a reconocer, con el convencimiento de algo íntimamente sentido, que so-los nada podemos, que la victoria no puede ser fruto de nuestra fuerza de voluntad, sino de la gracia de Dios, que hemos de pedir humildemente.

Hay que comenzar por acudir al Señor para que nos haga ver en qué punto es conveniente que luchemos. *Escudriñame, oh Dios, y exa-mina mi corazón; pruébame y examina mis pensamientos. Mira si hay en mi camino cosa viciosa, y llévame por las sendas de la eternidad*¹⁴. Hay que examinarse a fondo, con valentía y profundidad para conocer-se interiormente. *Ya habéis oído decir que el mejor negocio del mun-do sería comprar a los hombres por lo que realmente valen, y ven-derlos por lo que creen que valen. Es difícil la sinceridad. La sober-bia violenta la memoria, la oscurece; el hecho se esfuma, o se embe-llece, y se encuentra una justificación para cubrir de bondad el mal cometido, que no se está dispuesto a rectificar*¹⁵. Si somos sinceros con nosotros mismos en el examen general, para serlo después en la dirección espiritual, el Señor nos dará luces para situar con eficacia el frente de lucha.

PERSEVERANCIA EN LA LUCHA PERSONAL

Es fundamental que el examen particular sea algo vivo, operativo, eficaz. Pero es tarea muy personal, variable según el temperamento, las disposiciones interiores y las condiciones de vida del que lo ejerce. Hay quienes tienden a la dispersión, y les resulta difícil hallar momentos y ocasiones de practicar una determinada virtud. Otros concretan fácilmen-te la ocasión para vivir indicaciones muy generales e indeterminadas. Unos necesitan llevar una contabilidad muy estrecha y exacta, para no adormecerse; para otros, esta rigidez puede ser motivo de complicación interior, de no sentirse libres con *la libertad y gloria de los hijos de Dios*¹⁶, de crearse problemas donde no debe haberlos.

(8) Camino, n. 240;

(9) Casiano, Collat. 5, 27;

(10) San Juan Crisostomo, Scol. paral. 15;

(11) Instrucción, 8-XII-1941, nota 58;

(12) Santo Tomás, S. Th. I-II q. 29, a. 3 c;

(13) Pseudo Macario, Hom. 3, 3;

(14) Ps. CXXXVIII, 23;

(15) Carta Videns eos, 24-III-1931, n. 36;

(16) Rom. VIII, 21;

Motivo de cambiar el tema de examen particular puede ser, a veces, el resultado negativo, contraproducente: porque esa lucha desembogue en un desasosiego; porque aumente la tendencia a pensar en sí mismo o a luchar a fuerza de brazos, sin abandonarse totalmente en Dios. Otras veces, la perseverancia prolongada en un mismo punto de lucha, sin conseguir resultado positivo alguno, será lo que haga sentir finalmente que *es imposible alcanzar el triunfo sobre una pasión cualquiera, sin haber comprendido antes que nuestra industria y trabajo personales no pueden llevarnos a la victoria... La experiencia y testimonios innumerables de la Escritura nos persuaden sobradamente de que nuestras fuerzas humanas, si no se apoyan en el socorro que sólo Dios puede dar, no sabrán superar tan poderosos enemigos, y que es a El a quien debemos atribuir el honor de las victorias de cada día*¹⁷.

Por eso, el cansancio ante un punto de lucha que, pese al esfuerzo, no produce el resultado apetecido, no es de suyo motivo suficiente para cambiar de examen particular. Tras ese deseo de cambio puede ocultarse en ocasiones el malsano afán de no verse vencido, de encontrar la ocasión de mostrar la propia valía. Por otro lado, con el paso de los años, las diversas manifestaciones del mal tienden a verse cada vez más claramente enraizadas en un único defecto fundamental, contra el que habremos de luchar, en una forma u otra, durante toda la vida, sin que nunca quizá hayamos acabado de desarraigarlo por completo.

La santidad, nos ha dicho el Padre muchas veces, no está en carecer enteramente de defectos, sino en luchar siempre, sin abandonos. *Cuando sintamos en nosotros mismos —o en otros— cualquier debilidad, no debemos mostrar extrañeza: acordémonos de aquellos que, con su flaqueza indiscutible, perseveraron y llevaron la palabra de Dios por todos los pueblos, y fueron santos. Estemos dispuestos a luchar y a caminar: lo que cuenta es la perseverancia*¹⁸. La lucha es sólo aparentemente ineficaz, porque es en esa ineficacia aparente donde aprenderemos a vivir la humildad, base y fundamento de todas las demás virtudes.

Todos tenemos errores, aunque llevemos años y años luchando por vencerlos. Cuando de la lucha ascética sacamos desaliento, es que somos soberbios. Hemos de ser humildes, con deseos de ser fieles. Es verdad que servi inútiles sumus (Luc. XVII, 10). Pero, con

*estos siervos inútiles, el Señor hará cosas muy grandes en el mundo, si ponemos algo de nuestra parte: el esfuerzo de alzar la mano, para asirnos a la que Dios —con su gracia— nos tiende desde el cielo*¹⁹.

CONFIANZA EN DIOS

La necesidad de apoyarse en Dios nos llevará a acompañar ese esfuerzo nuestro con una particular petición de ayuda. *Te aconsejo* —nos dice el Señor— *que compres de mí el oro afinado en el fuego, con que te hagas rico, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez*²⁰. Aunque ya hayamos agotado todos los medios humanos para alcanzar una determinada meta, aunque la lucha y el esfuerzo personal no basten para conseguirla, porque se trata de recibir un don gratuito de Dios, la oración seguirá siendo el mejor medio para adelantar en el camino señalado por nuestro examen particular.

*Si sentís decaimiento, al experimentar —quizá de un modo particularmente vivo— la propia miseria, es el momento de abandonarse por completo, con docilidad en las manos de Dios. Cuentan que un día salió al encuentro de Alejandro Magno un pordiosero, pidiendo una limosna. Alejandro se detuvo y mandó que le hicieran señor de cinco ciudades. El pobre, confuso y aturdido, exclamó: ¡yo no pedía tanto! Y Alejandro repuso: tú has pedido como quien eres; yo te doy como quien soy*²¹.

La lucha esforzada, aunque indispensable, no es la parte más importante del examen particular, que debe ser, antes que nada, motivo particular de examen, y así de contrición. Un examen que no nos llevara al dolor, al arrepentimiento sincero y al deseo de reparar, no nos acercaría a Dios. Los propósitos y los proyectos de mejora, para que no sean un mero esfuerzo humano condenado a la esterilidad, han de responder al dolor: dolor de amor por haber ofendido a Dios. El examen particular debe llevarnos a pedir perdón a Dios muchas veces al día: siempre que por nuestra debilidad o por nuestra falta de entrega no hemos sabido dar lo que el Señor nos pedía. Y ha de movernos a la acción de gracias, cada vez que salimos victoriosos.

Si vivimos con esa humildad y ese sentido sobrenatural, seremos alegres, esperanzados. *Estando persuadidos de que, como enseña el*

(17) Casiano, *Collat.* 5, 42, 15.

(18) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 48.

(19) *Ibid.*, n. 24.

(20) Apoc. III, 18.

(21) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 25.

Apóstol, la lucha ascética no es algo negativo y, por tanto, odioso; sino afirmación alegre. Es un deporte²². Y entonces no cederemos al cansancio, no nos dejaremos dominar por el desaliento. El buen deportista no lucha por alcanzar una sola victoria y al primer intento, sino que se prepara y se entrena durante mucho tiempo; con confianza y serenidad, prueba una y otra vez, y aunque al principio no pueda triunfar, insiste tenazmente, hasta superar el obstáculo²³.

De este modo, cuando al fin hayamos conseguido una victoria, total o parcial, sobre un determinado defecto, habremos conseguido un progreso efectivo en nuestro camino hacia Dios. El espíritu del Opus Dei no es como una fibra aislada, sino un tejido compuesto por virtudes que se entrelazan, unidas por la caridad; tejido completo, que recubre nuestra vida de pies a cabeza. Cuando en un árbol hay un fruto maduro, hay otros muchos en el mismo árbol —si se podó a tiempo—, que también están a punto. El sabor, la grandeza y la sazón de uno de ellos son el anuncio de la madurez de los otros²⁴.

En cualquier caso, aun cuando no consigamos superar un determinado punto de lucha, hemos de continuar constantes, alegres, rectificando cada día un poco, como hacen los barcos en alta mar, para llegar a puerto. Los santos han sido como nosotros: han tenido buena voluntad y la sinceridad de rectificar, en su vida interior, en su lucha: con victorias y con derrotas; que a veces son victorias; buscando el trato con Dios, que es esperanza, que es fe, que es Amor. Nuestro Dios está contento con esa lucha nuestra, que es señal cierta de que tenemos vida interior²⁵.

(22) Carta *Divinus Seminatio*, 28-III-1955, n. 24;

(23) *Ibid.*;

(24) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 84;

(25) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 49.

26. PIEDAD DE NIÑOS, DOCTRINA DE TEOLOGOS

Nuestra vida de hijos de Dios en el Opus Dei es toda de amor. Vida de piedad: amor filial a Nuestro Padre Dios, porque estamos incorporados a su Hijo Unigénito, por el Espíritu Santo. Por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba! ¡Padre!¹.

LA VIRTUD DE LA PIEDAD

Tanto el don como la virtud de la piedad, enseña Santo Tomás, existen para honrar a Dios; pero el don lo hace de un modo y con una medida divinos, pues tributa honor a Dios no porque se lo debamos, sino porque El es digno de recibirlo. Y ese modo es el mismo con el que Dios se honra a sí mismo². La vida de piedad nos lleva a dar culto a Dios de un modo santísimo y máximamente divino³.

La piedad es fundamentalmente una tarea del corazón, un afecto —cariño— que nace de sabernos hijos, de entender que *Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos*⁴, según aquellas palabras del Salmo II: *Filius meus es tu; Ego hodie genui te*⁵; tú eres mi hijo, hoy te he engendrado.

(1) *Galat.* IV, 6;

(2) Santo Tomás, *In III Sent.* d. 34, q. 3, a. 2, gl'a 1 ad 1;

(3) San Isidoro Pelusiotá, *Epist.* I, 3, ep. 163;

(4) *Camino*, n. 267;

(5) *Ps.* II, 7;

La vida de piedad es origen, fuente de actos de amor de Dios; es disposición habitual, amor estable. Mientras la mente atiende al pequeño deber de cada momento, el corazón está fijo en Dios, recibiendo la suave violencia de la gracia que le hace tender hacia el Padre, en el Hijo y por el Espíritu Santo. La piedad da a nuestras almas aquel *instinto sobrenatural* que quiere para nosotros el Padre, y que sintió en sí mismo San Ignacio de Antioquía, cuando marchaba hacia el martirio: *un agua viva que murmuraba y le decía por dentro: ven hacia el Padre*⁶.

Hemos de ser *piadosos como niños*, porque los niños son sencillos, y fácilmente piadosos, al ser la piedad obra del corazón más que de difíciles razonamientos y de atención fatigosa. Y nosotros, delante de Dios, somos muy pequeños, muy niños. Y, *además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides*⁷. Por eso es justo que queramos tratar a Dios como niños, y balbucir con el profeta Jeremías: *A, a, a, Señor Dios, he aquí que no sé hablar, pues soy un niño*⁸. Llegamos a la presencia de Nuestro Señor *no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo*⁹; pero es el mismo Espíritu de adopción el que *ayuda a nuestra flaqueza*, y clama desde nuestro corazón *con gemidos inenarrables. Pero aquél que penetra a fondo los corazones, conoce bien qué es lo que desea el Espíritu*¹⁰.

Un padre ama entrañablemente, y como por necesidad a su hijito. Sabe lo que le hace falta, conoce sus inclinaciones; prevé con amorosa providencia los peligros; lo lleva de la mano cuando el niño da con dificultad sus primeros pasos. Y el pequeño, que apenas razona todavía, se siente protegido y seguro, y se abandona en los fuertes brazos de su padre. La piedad produce este abandono; la piedad fortalece la esperanza, la certeza de llegar a buen término, y da la paz y la alegría sencilla en esta vida. Porque *la piedad es útil para todo, pues trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura*¹¹.

Por eso decimos que la piedad es fundamentalmente una tarea del corazón. Y el Padre nos urge a una vida de piedad honda y sincera, cuando nos pide que *metamos a Cristo en nuestros corazones*.

(6) San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Rom.*, VII, 2;

(7) *Camino*, n.º 860;

(8) *Jerem.* I, 6;

(9) *Rom.* VIII, 26;

(10) *Ibid.*, 26-27;

(11) *I. Tim.* IV, 8;

AMOR DE DIOS Y DOCTRINA

La piedad es sincera cuando interviene el amor, cuando es ella misma la forma, la manifestación, la sobreabundancia del amor filial. La piedad es falsa cuando resulta algo meramente externo, afectado; y también cuando se nutre de emocioncillas sensibles, que son buscadas en sí mismas, quedando Dios reducido a un medio para conseguirlas. La verdadera piedad no está hecha de sensiblerías, pero viene del corazón, de un corazón que vive de amor, que es fuerte y delicado a la vez.

Para que el amor sea delicado, hace falta poner el corazón, para que el amor sea fuerte, para que la piedad sea sólida, hay que tener ciencia, *doctrina de teólogos*.

Piedad de niños y doctrina de teólogos, quiere el Padre para nosotros. Y esta misma idea la expresa así San Gregorio: *es nada la ciencia, si no tiene la utilidad de la piedad; y muy inútil es la piedad, si carece de la discreción de la ciencia*¹². No son cosas contradictorias, aunque, a veces, la ciencia y todo lo que implica grandeza es ocasión para que el hombre confíe en sí mismo, y, por esto, no se entregue totalmente a Dios... Pero si el hombre somete perfectamente a Dios la ciencia, y cualquier otra perfección que tuviere, por eso mismo aumenta la devoción¹³.

Esta devoción, fruto característico de la vida de piedad que procede del amor filial a Dios —y por consiguiente, a todo lo que de algún modo se relaciona con Dios—, consiste esencialmente en entregarse pronta y gustosamente a lo que mira al servicio del Señor.

Este espíritu de devoción engendra devociones, pequeñas obras de obsequio a Dios Nuestro Padre, que el corazón realmente filial, piadoso, hace con gustosa prontitud. Estas devociones son tanto más fuertes cuanto más se refiere a Dios el objeto que las determina. Y así aparece nuestra devoción a la Santísima Trinidad; y la devoción a la Eucaristía y a la Humanidad de Jesucristo, a la Virgen Nuestra Señora, a San José, a los Arcángeles y Angeles, a los Apóstoles, a otros Santos..., con el orden que la caridad exige.

Es el cristiano realmente sobrenatural, que ha necesitado de toda la fortaleza para hacerse niño, por amor filial, el que puede dar a las devociones su verdadero sentido; es quien las puede enraizar en el centro

(12) San Gregorio Magno, *Moralia* I, 32;

(13) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 82, a. 3;

de su corazón, en la voluntad, y darles la vitalidad necesaria, para que sean manifestaciones de una piedad recia y honda, verdadera y agradable a Dios.

De esta forma, sin sensiblerías ni banalidades, una persona piadosa sabe hacer de sus devociones canales de su amor. Canales que tienen un doble movimiento de flujo y reflujo. Porque así como la mente humana, por su debilidad, tiene que ser llevada al conocimiento de las cosas divinas como de la mano, a través de las de la tierra, así ha de ser también ayudado el amor de nuestras almas. La piadosa contemplación de las cosas sensibles que miran a Dios, ayuda a nuestra piedad, fortalece nuestro amor de hijos, hace que el corazón recoja y exprese dócilmente aquellos gemidos inenarrables¹⁴ con que el Espíritu Santo clama amores desde el Hijo, y va diciendo por nosotros —mientras andamos el camino que nos falta—: Abba, Padre.

La eficacia es entonces una consecuencia necesaria, según aquellas palabras de nuestro Padre: *el secreto de nuestra eficacia es ser piadosos, sinceramente piadosos.*

(14) Rom. VIII, 26.

27. LA SAGRADA EUCARISTIA

La tarde anterior, Jesús había realizado el milagro de la multiplicación de los panes. La multitud, que le buscaba afanosamente, lo encuentra al fin en otra orilla del mar de Tiberíades. Y se inicia un diálogo singular: *vosotros me buscáis, no por los signos que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes, hasta saciaros. Trabajad para tener no el alimento que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre...*¹.

En las palabras del Señor se entrevé el misterio de la Eucaristía, el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre: *el pan que yo os daré, dice, es mi misma carne, para la vida del mundo*². Esta promesa, que los judíos rechazan con escándalo, se hará realidad la noche del Jueves Santo, en la intimidad del Cenáculo, ante los discípulos que han creído que sólo El tiene palabras de vida eterna³.

EL SACRIFICIO SACRAMENTAL DEL CUERPO Y DE LA SANGRE DE CRISTO

Dios quiso establecer un sacramento, sacrificio y memorial de su Pasión, donde fuesen alimento, bajo las especies del pan y del vino, su Cuerpo y su Sangre, pues así como es claro que la vida del cuerpo requiere generación, con la que el hombre la recibe; crecimiento, con el que la lleva a su plenitud; y alimento, con el que la conserva; así también convino a la vida espiritual que hubiera bautismo, que es una

(1) *Joan.*, VI, 26-27;

(2) *Ibid.*, 52;

(3) *Ibid.*, 69;

generación espiritual; confirmación, que es un crecimiento espiritual; y Eucaristía, que es un alimento espiritual⁴.

Esta entrega del Señor a todos sus discípulos se perpetúa en el Santo Sacrificio de la Misa. El Padre Celestial nos invita: *venid y comed mis panes y bebed el vino que os he mezclado*⁵. Ese manjar es el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pues *por la consagración del pan y del vino se convierte la sustancia de todo el pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo, Nuestro Señor, y la sustancia de todo el vino en la sustancia de su Sangre*⁶.

Es natural —de otro modo, la Santa Misa quedaría incompleta— que la Iglesia haya mandado que, *cuantas veces el sacrificador inmola el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo en el altar, otras tantas deba participar de ellos comulgando... ¿Qué sacrificio será aquél del que no se cree participe el sacrificador?*⁷. Los fieles, en cambio, no es necesario que reciban la Comunión, porque el sacrificio ya se ha completado sobre el altar, aunque el que participa en el banquete eucarístico se incorpora más y mejor al homenaje de alabanza, acción de gracias, desagravio y reparación que Jesucristo, con toda la Iglesia, ofrece al Padre en la Misa. Por eso es tan recomendable, cuando se asiste al Santo Sacrificio, acercarse a la mesa del altar, al menos espiritualmente.

*Qui manducat meum carnem et bibit meum sanguinem in me manet, et ego in illo*⁸. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. El que comulga en estado de gracia, además de participar en los frutos de la Santa Misa, obtiene unas gracias espirituales, propias y específicas de la Comunión eucarística: recibe, espiritual y físicamente, al mismo Cristo, fuente de todas las gracias, *per quem haec omnia, Domine, semper bona creas, sanctificas, vivificas, benedicis, et praestas nobis*⁹. Por eso es la Eucaristía el mayor sacramento, centro y cumbre de todo el orden sacramental, pues *mientras la Eucaristía contiene algo sagrado absoluto, a Cristo mismo, el agua del bautismo contiene algo sagrado relativo, la virtud de santificar; y lo mismo sucede al crisma y a los demás sacramentos*¹⁰.

EFICACIA SOBRENATURAL DE LA EUCARISTÍA

La presencia real del Señor —*Christus passus*, Cristo en estado paciente, dice Santo Tomás¹¹— da a la Eucaristía una eficacia sobrenatural infinita. Cuando descamos darnos a los demás, podemos entregar los objetos de nuestra pertenencia, nuestros conocimientos, nuestro amor..., pero siempre encontraremos un límite. En la Eucaristía, la omnipotencia del Señor sobrepasa todas las limitaciones humanas, y bajo la forma del pan y del vino se nos da por entero, haciéndonos *concorpóreos y consanguíneos suyos*¹², uniéndonos a Él, identificándonos con Él. *No me convertirás tú en ti; como la comida en tu carne, sino que tú te cambiarás en mí*¹³.

El amor llega a realizar su ideal en el Sacramento eucarístico: la identificación con el amado, ser una misma cosa, fundirse, compenetrarse. *Así como cuando uno junta dos trozos de cera y los derrite por medio del fuego, de los dos se forma una cosa, así también, por la participación del Cuerpo de Cristo y de su preciosa Sangre, Él se une a nosotros y nosotros nos unimos a Él*¹⁴. Unión que asemeja más y más a Cristo, que conduce, por la identificación total con el Cristo paciente, a las cimas más altas de la santidad, como canta la Iglesia: *oh Dios, que por el augusto trato con este Sacrificio, nos haces partícipes de la soberana divinidad*¹⁵.

Además de identificarnos con Cristo, la Sagrada Comunión es alimento, y *todo lo que hace el manjar y la bebida materiales, como sustentar, aumentar, reparar y deleitar, lo hace este sacramento en la vida espiritual*¹⁶. La Eucaristía sostiene nuestras fuerzas en este largo caminar hacia Dios; hace el yugo suave y la carga ligera¹⁷; nos protege contra los peligros, contra las vacilaciones, que pretenden apartarnos del camino, y aviva nuestro andar: *nos da la verdadera vida*¹⁸.

Cada Comunión es un nuevo caudal de gracia, una luz y un impulso que, a veces sin que lo notemos, nos da claridad y fortaleza para la lucha espiritual. Además, como todo alimento, la Eucaristía deleita: *que tus santos misterios nos inspiren un fervor divino tal, que*

(4) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 73, a. 1;

(5) *Prov.* IX, 5;

(6) Concilio de Trento, *decr. De Eucharistia*, cap. 4, D. 877 (1642);

(7) Concilio XII de Toledo, cap. 5;

(8) *Joann.* VI, 57;

(9) *Ordo Missae*;

(10) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 73, a. 1 ad 3;

(11) *Cfr. Ibid.*, a. 3 ad 3;

(12) San Cirilo de Jerusalén, *Catech.* 22, 1;

(13) San Agustín, *Confess.* 7, 10;

(14) San Cirilo de Alejandría, *In Joann. Ev. comm.* 10, 2;

(15) *Dom. XVIII post Pent.*, *Orat. super oblata*;

(16) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 79, a. 1;

(17) *Cfr. Matth.* XI, 30;

(18) *Dom. VI, post Epiph.*, *Postcomm.*;

nos deleitemos de su recepción y de sus frutos¹⁹. No es un gozo sensible, completamente accidental, aunque a veces puede presentarse; sino la alegría de haber recibido a Cristo, bien infinito, fuente del verdadero goce.

*Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día*²⁰. Como sacramento de amor —*sacramentum caritatis*²¹—, la Eucaristía abrasa las impurezas del alma, la purifica de sus faltas veniales, deposita en ella el germen de la vida eterna; pues así como el pan que procede de la tierra, recibiendo la invocación de Dios, ya no es un pan corriente, sino eucaristía..., así también nuestros cuerpos recibiendo la Eucaristía ya no son corruptibles, tienen la esperanza de la resurrección²².

La Comunión, al unirnos a Jesucristo es, en fin, el sacramento de la unidad. Porque todos los que participamos del mismo pan, aunque seamos muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo²³. La adhesión personal, íntima y operativa a la Cabeza, explica, da razón de ser y refuerza la unidad con todos los que formamos parte del Cuerpo Místico, porque sin la unión de cada alma con Cristo en la Eucaristía no se da ni se puede dar la unidad vital entre los cristianos. Unión que se manifiesta en la caridad, en obras de amor con nuestros hermanos en la fe, por encima de las diferencias de raza, nación, lengua, condición social; pues *¿quién podrá dividir y apartar de su unión natural a los que por aquel único y santo cuerpo se han unido íntimamente con Cristo?*²⁴.

DISPOSICIONES PARA COMULGAR

La participación en estos beneficios de la Eucaristía depende, sin embargo, de la calidad de nuestras disposiciones interiores, porque los sacramentos de la nueva ley, al mismo tiempo que actúan «*ex opere operato*», producen un efecto tanto mayor cuanto más perfectas son las condiciones en que se los recibe²⁵. Disposiciones habituales de alma y cuerpo, de deseos de purificación —acudiendo a la confesión sacramental cuando sea necesario o incluso sólo conveniente para recibir digna-

mente a Jesucristo—, de tratar siempre con delicadeza sincera este Sacramento... y de recibirlo con gran espíritu de fe²⁶.

Después, esa preparación cariñosa, sencilla y esmerada, de todo el día vivido en la presencia de Dios; luchando por cumplir lo mejor posible nuestros deberes cotidianos; sintiendo, cuando cometemos un error, la necesidad de acudir al Señor; y dando gracias: *que nuestra vida sea un dar gracias por haberle recibido, y un prepararnos para recibirle de nuevo*. Es lo natural en un alma enamorada: vivir el trabajo, la vida de familia, todo cuanto hace, con el corazón puesto en el Señor. Por eso, cuando el alma está en gracia —y es un alma enamorada de Dios— no se debe pensar que falta preparación para comulgar; porque mientras estamos trabajando, abriendo otros frentes de esta guerra de paz y de bien en el mundo, nos estamos preparando maravillosamente.

Cuanto más se acerca el momento de comulgar, más vivo se ha de hacer el deseo de preparación. Vamos a recibir la *Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada; el Pan santo de la vida eterna, el Cáliz de la perpetua salvación*²⁷; y hay que aumentar el deseo de disponernos de una manera digna, adecuada, con ese tiempo de la noche, cuajado de comuniones espirituales; con la oración de la mañana, coloquio íntimo con el Señor en el Sagrario; con la asistencia a la Santa Misa, con una disposición de participación activa, plena; con un esfuerzo eficaz de acercarnos al altar con devoción. *Hemos de recibirle como a los grandes de la tierra: con adornos, luces, trajes nuevos. Y si preguntas qué limpieza, qué adornos y qué luces has de tener, te contestaré: limpieza en tus sentidos, uno por uno; adorno en tus potencias, una por una; luz en toda tu alma.*

Junto a las disposiciones del alma, las del cuerpo: el ayuno que nos pide la Iglesia en señal de respeto y reverencia, las posturas, el vestir, que nos llevan a presentarnos como dignos hijos al banquete del Padre, viviendo la *urbanidad de la piedad*, que es respeto, caridad y buen ejemplo. Y todo por amor, sin dejar que se meta nunca la rutina.

¿Has pensado alguna vez cómo te prepararías para recibirle si se pudiera comulgar sólo una vez en la vida? Cuando yo era pequeño, y no estaba tan extendida la práctica de la Comunión frecuente, la gente se preparaba con gran cuidado para comulgar. Pri-

(19) *Sub. Temp. Pénit. Postcom.*

(20) *Joann. IV, 55.*

(21) Santo Tomás, *S. Th. III, q. 73, a. 3 ad 3.*

(22) San Ireneo, *Adv. Haer. 4, 18, 5.*

(23) *I Cor. X, 17.*

(24) San Cirilo de Alejandría, *In Joann. Ev. comm. II, 11.*

(25) San Pío X, *decr. Sacra Tridentina Synodus, 20-XII-1905.*

(26) *Dome. IV in Quadrag. Postcom.*

(27) *Ordo Missae.*

mero, con una buena confesión; con un traje, si se podía, nuevo; limpios de los pies a la cabeza. Disponían el alma y el cuerpo, como enamorados. Hemos de agradecer al Señor la facilidad que tenemos ahora para acercarnos a El; pero hemos de agradecerle, preparándonos muy bien a recibirle.

LA ACCIÓN DE GRACIAS DESPUÉS DE LA MISA

Si ha habido una preparación esmerada para recibir la Eucaristía, también la acción de gracias saldrá vibrante de nuestra alma, y procuraremos aprovechar muy bien esos minutos en los que Jesucristo, con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, permanece dentro de nosotros.

Hijos míos, yo veo a Jesús en la Eucaristía como Rey, como Médico, como Maestro y como Amigo.

Es Rey, y quiere reinar en tu corazón de cristiano, de hijo de Dios. Dile que sí, que quieres servirle con toda el alma.

Es Médico, y viene a curar tus dolencias, tus enfermedades. Pero tienes que decirle la verdad: tengo esta inclinación, siento estos síntomas... No podemos ocultar nada al Médico divino. Has de mostrarle tus llagas, y si notas que la soberbia te susurra que ocultes algo, dile: ¡Señor, que has curado tantas almas, haz que yo te vea en la Hostia como Médico divino!

Es Maestro. Dile: enséñame a amar. ¿Has visto cómo, cuando éramos niños, el maestro nos cogía de la mano, para hacer palotes? Dejándonos gular, ¡qué bien nos salían! Dile: Jesús sacramentado, ayúdame a escribir, que estoy en los primeros palotes de esta historia divina: que yo me deje conducir.

Y es Amigo. Un Amigo que da la vida, por amor. Hijo mío: tu vida no es tuya, no te pertenece, no nos podemos quedar con ella. Eres de Jesús. Siente el orgullo de ser su amigo, y como a un amigo ofrécele confiadamente todo lo que tienes. El te entiende. El, que lloró por Lázaro, te comprende. Dile: Jesús, yo no quiero hacerte llorar.

Agradecimiento tierno y afectuoso, por tantos beneficios como hemos recibido, pero especialmente por esa visita del Señor en la Hostia. Agradecimiento de hijos: *ahí lo tienes: es Rey de Reyes y Señor de Señores. — Está escondido en el Pan. Se humilló hasta esos ex-*

*tremos por amor a ti*²⁸. Agradecimiento que no necesitamos expresar en palabras, que a veces es sólo una actitud, un pensamiento: *¿qué sería yo, si no hubiera comulgado?*²⁹.

Y, con el agradecimiento, la petición; porque no se ha de desperdiciar esa ocasión de tener tan cerca, tan próximo, a quien es la fuente de todas las gracias. *¿Que en el hacimiento de gracias después de la Comunión lo primero que acude a tus labios, sin poderlo remediar, es la petición...: Jesús, dame esto: Jesús, esa alma: Jesús, aquella empresa?*

*No te preocupes ni te violentes: ¿no ves cómo, siendo el padre bueno y el hijo niño sencillo y audaz, el pequeñín mete las manos en el bolsillo de su padre, en busca de golosinas, antes de darle el beso de bienvenida? — Entonces...*³⁰

Para prepararnos a recibir convenientemente al Señor en la Eucaristía, y para obtener todo el fruto de la Comunión, acudamos a María, Madre de Dios, para recibirle *con aquella pureza, humildad y devoción*, con que le recibió Ella.

(28) *Camino*, n. 538.

(29) *Camino*, n. 534.

(30) *Camino*, n. 896.

28. MARIA, MEDIANERA DE LA GRACIA

Cuando llegó su hora, dijo Jesús: *todo está consumado. E inclinando la cabeza, entregó su espíritu*¹. Abandonado de todos, Jesucristo, el Dios encarnado, ha muerto en una cruz, víctima de amor por los pecados de los hombres. Asistido por su Madre, la Virgen Corredentora, nos ha alcanzado con su muerte la vida, y desde el Cielo, donde ahora vive siempre para rogar por nosotros², aplica a cada alma, mediante los sacramentos confiados a la Iglesia, la gracia salvadora que consiguió con su Sangre. *No habéis sido redimidos con oro o plata, cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa del Cordero inmaculado e incontaminado, Cristo*³.

LA MEDIACIÓN MATERNAL DE LA VIRGEN

El Señor, por la misericordia de su providencia divina, ha querido que todas las gracias, que sólo a El pertenecen por derecho propio y exclusivo, nos fueran distribuidas por manos de su Madre, la Virgen Santísima. Pues, *si en verdad el Verbo obra milagros e infunde la gracia por medio de la humanidad que asumió, si se sirve de los sacramentos y de sus santos como instrumentos para la salvación de las almas, ¿por qué no ha de poder servirse de los oficios y de la acción de su Madre Santísima en la distribución de los frutos de la redención?*⁴. Y Dios, que ciertamente pudo, lo quiso y lo hizo.

(1) *Ioann.* XIX, 30;

(2) *Hebr.* VII, 25;

(3) *I Petr.* I, 18-19;

(4) Pío XII, enc. *Ad Caeli Regnum*, 11-X-1954;

Nadie con más motivos ni mejores títulos que María para ser la dispensadora de las gracias de Dios. Ella, que por su maternidad divina toca las fronteras de la divinidad, única criatura en la que mora la plenitud de la gracia, tiene una idoneidad especial para administrar los tesoros de Dios.

Ella, en dependencia de su Hijo, nos corredimió, nos alcanzó con sus propios méritos las gracias y auxilios necesarios para nuestra salvación, y es lógico, dice Santo Tomás, *que quien adquiere bienes para otros, los dispense por sí mismo*⁵.

Ella, tan estrechamente unida a Cristo por los lazos de la maternidad y por una singular comunión de espíritu, participa, muy por encima de los Angeles y de los Santos, de la real potestad de gobernar y conducir a los hombres hacia la patria celestial. *Precisamente de esta unión con Cristo Rey deriva en Ella tan esplendorosa sublimidad, que supera en excelencia todas las cosas creadas; de esta misma unión con Cristo nace aquel poder regio, por el que Ella puede dispensar los tesoros del Reino del divino Redentor; por último, en la misma unión con Cristo tiene origen la eficacia inagotable de su materna intercesión ante su Hijo y ante el Padre*⁶.

Junto a todos estos títulos, también su amor de Madre hacia todos los hombres, a quienes ha engendrado espiritualmente en Cristo, la hace acreedora de tan singular misión en la economía de la gracia. Perfeccionar el ser es propio de quien le dio la existencia, y la Virgen cumple acabadamente su papel de Madre, ayudándonos con amorosa solicitud desde el Cielo, proporcionándonos los auxilios necesarios para que lleguemos al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta según Cristo⁷.

Por todos estos motivos, verdadera y propiamente puede afirmarse que nada absolutamente de aquel gran tesoro de gracia ganado por Jesucristo... se nos da sino por María, según la voluntad del mismo Dios; de tal manera que así como nadie puede llegar al Padre sino por el Hijo, casi del mismo modo nadie puede llegar a Cristo sino por María⁸.

(5) Santo Tomás, *Comp. theol.*, cap. 241;

(6) Pío XII, enc. *Ad Caeli Regnum*, 11-X-1954;

(7) *Ephes.* IV, 13;

(8) León XIII, enc. *Octobri mense*, 22-IX-1891;

Ya en la tierra quiso el Señor servirse de la maternal mediación de María para santificar a Juan el Precursor en el seno de Isabel. *En cuanto penetró la voz de tu saludo en mis oídos, declara la prima de la Virgen, dio saltos de júbilo la criatura en mi seno*⁹. Y también en Caná a instancias de la Virgen —*no tienen vino*¹⁰— realizó Jesús su primer milagro; un prodigio material —la conversión en vino de seis tinajas de agua—, con frutos espirituales; y *sus discípulos*, añade el Evangelista al terminar el relato, *creyeron en El*¹¹.

Por la intercesión ante su Hijo, Nuestra Señora nos alcanza y distribuye todas las gracias, con ruegos que jamás pueden quedar defraudados. *¿Cómo no va a escuchar la Trinidad a la que es Madre de Dios, Hija de Dios, Esposa de Dios?* Jesús no puede negar nada a esa Madre que lo engendró y llevó en su seno, que estuvo siempre con El, desde Nazaret hasta la humillación y el dolor de la Cruz. Por eso se ha llamado a la Virgen Omnipotencia suplicante.

Del amor maternal de la Virgen brotan a torrentes las aguas de la gracia, de los dones de Dios: para todos los hombres, porque para Ella todos somos sus hijos queridos. Su Corazón dulcísimo no rechaza a nadie: *es descanso para los que trabajan, consuelo de los que lloran, medicina para los enfermos, puerto para los que maltrata la tempestad, perdón para los pecadores, dulce alivio de los tristes, socorro de los que oran*¹².

Todas las gracias, grandes y pequeñas, nos han llegado por manos de María. *Tus dádivas son incontables. Nadie sino por ti, ¡oh Santísima!, consigue su salvación. Nadie se libra del mal sino por ti. Nadie sino por ti halla indulgencia*¹³. Y también por su mediación, el Señor nos ha dado la gracia soberana de la vocación. *Quizá una mirada de su Madre le conmovió hasta el extremo de llamarle a la Obra, por la mano inmaculada de la Santísima Virgen, Nuestra Señora.*

En correspondencia a esta lluvia inagotable de gracias que el Señor nos concede por María, en nuestra alma florece un sentimiento perpetuo de agradecimiento a la Virgen y, a la vez, de seguridad, de

confianza, que nos mantiene firmes y serenos en esta lucha por extender el reino de Dios. *¿En quién nos vamos a apoyar, sino en esa Madre Nuestra que tan poderosa es ante su Hijo?*

PIEDAD MARIANA

La mediación universal de María se convierte así en patrimonio de nuestra fe, prenda de segura esperanza, acicate de amor, cauce por donde discurre toda nuestra vida de piedad. Nuestros anhelos y esperanzas de santidad y apostolado pasan por la Virgen, auxiliadora y abogada nuestra. En sus manos nos abandonamos invocándola, *para que nos ilumine, para que nos sostenga a lo largo de nuestra vida, para que trabajemos encendidos, y vivamos vida de amor, a Dios, a la Iglesia, a las almas. Hijos míos*, insiste el Padre, *que invoquéis de corazón, con confianza, a la Santísima Virgen. Pensad que ha sido la gran protectora, el gran recurso nuestro desde aquel 2 de octubre de 1928, y antes.*

Confiados en la omnipotente intercesión de Nuestra Señora, hemos aprendido a pedirle por la Obra y por el Padre, por la santidad de todos nuestros hermanos: *Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum!*; que nos prepare un caminar seguro; que nos haga fieles, leales, sinceros, y sobre todo que nos alcance la gracia de no apartarnos nunca de su Hijo. *¿Quieres pedirle a la Madre de Dios, que es Madre tuya y mía, que nos meta bien bajo su protección, en el Corazón de Jesucristo?*

Le pedimos también que nos enseñe a tratar a Jesús, a pronunciar con dulzura ese nombre suavísimo, a enamorarnos de su Hijo con el vigor de un corazón joven y limpio: *Madre*, le rogamos, *nos acogemos bajo tu amparo: sub tuum praesidium. Debajo de ese manto —de tu manto— hemos crecido como crecen los niños pequeños en los brazos de su madre. Que seas tú siempre nuestra Maestra, para que en el Opus Dei aprendamos a tratar y a querer a tu Hijo.*

Agradecidos por todos estos dones, que como dispensadora de las gracias del Ciclo nos alcanza, le prometemos que, con su ayuda, a pesar de las personales flaquezas, seremos fieles a nuestra vocación de apóstoles: *Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, que tanto sabes de las miserias de tus hijos los hombres. Santa María, Poder suplicante: perdón por la vida nuestra; por lo que ha habido en nosotros que tenía que haber sido luz, y ha sido tinieblas; que tenía que haber sido fuerza y ha sido flojedad; que tenía que haber*

(9) Luc. 1, 44;

(10) Joann. II, 3;

(11) Ibid., 11;

(12) San Juan Damasceno, *Encom. in Dormit. B. Mariae V.*;(13) San Germán de Constantinopla, *Cum. in S. Mariae Zonam*;

*sido fuego, y ha sido tibieza. Ya que conocemos la poca calidad de nuestra vida, ayúdanos a ser de otra manera, a tener contigo —como hijos tuyos— ese buen aire de familia*¹⁴.

ACUDIR A MARÍA

Al contemplar la largueza con que la Virgen Santísima distribuye las gracias que le ha confiado su Hijo, se nos ensancha el alma, y queremos, como Ella, llevar a todos los hombres los bienes inmensos que Cristo nos ganó. Y, en nuestra oración, en nuestro trabajo, de lo más íntimo del alma suben a la Reina del Cielo peticiones por la Iglesia, la barca de Pedro que lleva tantos siglos por los mares del mundo, para que Ella, *Mater Ecclesiae*, la proteja como hasta ahora y la guíe. Especialmente le pedimos por el Papa, *il dolce Cristo in terra*, el dulce Cristo en la tierra, como le llamaba Santa Catalina de Siena, y como el Padre repite con amor: *para que le ilumine, le asista y le dé fortaleza, materna y puterna, para defender a la Iglesia contra los enemigos de dentro y de fuera*.

La invocamos, *Regina christianorum*, para que nos encienda más y más en el deseo de llevar a todos los hombres a los pies de su Hijo; para que, como el ama de casa de la parábola evangélica, nos tome en sus manos y nos haga fermento bueno en la misma entraña de la gran masa del mundo. *Así, bajo la protección de nuestra Madre del Cielo* —nos dice el Padre—, *tú, pequeño fermento, pequeña levadura, sabrás hacer que toda la masa de los hombres fermente en amor de Cristo, y sentirás aquellas ansias que a mí me hicieron escribir: Omnes —¡todos!, ¡que ni una sola alma se pierda!* — cum Petro ad Iesum per Mariam.

A su protección, *Regina Apostolorum*, encomendamos de modo particular esas almas en las que puede arraigar la vocación de apóstol. Sabemos que la llamada a la Obra es una gracia especialísima, pero ¿qué no podrá conseguir una palabra, una mirada, un solo gesto de Nuestra Señora? *Escúchanos, piadosa Madre de Cristo, pues el Hijo te honra no negándote nada*¹⁵.

Le pedimos, en fin, por el mundo, inmenso campo que el Señor nos ha confiado para que lo santifiquemos con nuestro trabajo. Ella, *Regina mundi*, hará realidad las ansias que llevamos en el cora-

zón. No nos asusta la extensión de la tarea, ni nos acobarda nuestra pequeñez, ni tememos los ataques del enemigo de Dios, porque el Señor, a través de Nuestra Madre, nos dará las gracias necesarias. Y sentimos, ya desde ahora, que en sus manos podremos ofrecer a Dios un mundo santificado, redimido, en el que Cristo impere en la cima de todas las actividades humanas. *María es siempre el camino que conduce a Cristo. Cada encuentro con Ella se resuelve necesariamente en un encuentro con Cristo mismo. ¿Qué otra cosa significa el continuo recurso a María, sino un buscar entre sus brazos, en Ella y por Ella y con Ella, a Cristo, nuestro Salvador?*¹⁶

Tenemos todos los motivos para acudir siempre a María, en la seguridad de que siempre seremos escuchados, recordándole *que jamás se oyó decir, que ninguno de cuantos han acudido a vuestra protección, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de vos*.

*Animado con esta confianza, a vos acudo, Virgen Madre de las vírgenes... Madre de Dios, no desechéis mis súplicas*¹⁷.

Ella es la seguridad, Ella es la esperanza, Ella es la Madre del Amor Hermoso. Ella es el principio y el asiento de la sabiduría; y Ella, la Virgen Madre, medianera de todas las gracias, es la que nos llevará de la mano hasta su Hijo, Jesús. Hijos míos, cuando estéis alegres y cuando estéis tristes; cuando vuestras miserias sean menos aparentes y cuando os pesen más; acudid siempre a María, porque Ella jamás os abandonará.

Sancta Maria, Regina Operis Dei, ora pro nobis.

(16) Pablo VI, enc. *Memorabile*, 29-IV-1965.

(17) Oración *Mémorable*.

(14) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 63.

(15) Inocencio III, *Serm. in Nativ. B. Mariae V.*

29. PROSELITISMO

No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido hacerte. —Agradécesela⁽¹⁾.

La primera razón que nos mueve a hacer proselitismo es saber lo que vale nuestra vocación divina, el convencimiento de que se trata de una predilección amorosa de Dios, que nos hace felices incluso en la tierra. Porque esa llamada es un bien y un bien que uno no puede conseguir por sí mismo, sino que ha de recibir, nos sentimos obligados a hacer proselitismo. La vocación no es fruto de los méritos del hombre ni consecuencia de una decisión simplemente humana. *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros, y destinado para que vayáis y hagáis fruto, y vuestro fruto permanezca, a fin de que cualquier cosa que pidieréis al Padre en mi nombre, os la conceda⁽²⁾.*

EL DERECHO DE HACER PROSELITISMO

Por eso, porque la vocación es llamada, es necesario que resuene en los oídos de aquél a quien Dios ha elegido. Además, de ordinario Dios se dirige a esa alma, sirviéndose como instrumento de otras personas. Repetidamente insiste el Señor en esta enseñanza. En las diversas parábolas con que representa el Reino de los Cielos —el convite a las bodas, la viña arrendada...—, en el modo de recibir a los primeros Apóstoles, después del encuentro con Juan y Andrés, y en las va-

rias misiones de sus discípulos, Cristo muestra esa voluntad de servir-se ordinariamente de instrumentos para llamar a otros en su seguimiento. Y es natural que así sea, porque el hombre, por su misma naturaleza, necesita que sus semejantes le enseñen y le ayuden. Y esta condición natural —la sociabilidad— es recogida y elevada al plano sobrenatural por la gracia. La santificación no es una labor simplemente individual, de modo que cada cual se las haya sólo con sus propios medios. No por un azar la vocación de cada uno de nosotros nació, o por lo menos se consolidó, con el trato de otra persona que ya había sido llamada por Dios.

Somos miembros de Cristo, participamos de su misión redentora, y Dios se sirve de nosotros para llamar a las almas. Pero porque también estas almas son miembros de Cristo, lo que era como una posibilidad se transforma en una obligación y en un derecho. *Yo ¿por qué me voy a meter en la vida de los demás? ¡Porque tengo obligación, por cristiano, de meterme en la vida de los demás! ¡Porque Cristo se ha metido en vuestra vida y en la mía!*

Tenemos el derecho de meternos en la vida de los demás porque su vida es la nuestra. Porque si hay un miembro enfermo, débil o quizá muerto, todo el cuerpo sufre, sufre Cristo y sufren los miembros sanos. Porque *todos los hombres son un hombre en Cristo, y la unidad de los cristianos constituye un solo hombre⁽³⁾*, dice San Agustín, y añade, como cerrando el círculo de esta afirmación: *y este hombre es todos los hombres y todos son este hombre, pues todos son uno, puesto que Cristo es uno⁽⁴⁾*. El tú y el yo, distantes, ajenos entre sí, se unen en Cristo; y la caridad no es ya fruto de una generosidad ocasional o esporádica, sino condición de vida; porque si nuestra vida es Cristo, donde hay desunión hay muerte.

Urge hacer proselitismo. El tiempo pasa, se escapa la vida. *¿No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor?⁽⁵⁾* El Amor, Cristo —sirviéndose de nosotros, sus instrumentos—, pasa a su lado por una circunstancia de trabajo, de amistad, quizá de viaje. ¿Volverá a pasar Cristo junto a esa persona? Y es tal vez su

(1) Camino, n. 913.

(2) Joann. XV, 16.

(3) San Agustín, Enarr. in Ps. 39.

(4) San Agustín, Enarr. in Ps. 127.

(5) Camino, n. 790.

santidad —y la santidad de quienes se encuentren o se encontrarán junto a ella— lo que está en juego. ¿Hay alguna razón suficiente para no intentar hacérselo comprender?

Con esa caridad por las almas, nos mueve a hacer proselitismo el deseo de la gloria de Dios. *Sólo trabajan para el Señor los que no buscan su propia utilidad, sino la de su amor; los que sirven con el celo de su caridad y el deseo de adelantar en la virtud; los que procuran ganar almas para Dios y hacen cuanto está de su parte para llevar a otros consigo a la viña⁶.*

EL DEBER DEL PROSELITISMO

Por lo mismo que hacer proselitismo es un derecho, es también un deber. Primero por cristianos, y por cristianos escogidos que siguen de cerca a Jesús, que tienen el caudal de su gracia y de su doctrina, un caudal que tenemos en depósito, que es esencialmente negociable, que hemos de devolver con intereses. Porque *el que tiene la palabra de sabiduría, pero no quiere emplearla en provecho del prójimo, es lo mismo que el que pone el dinero en una bolsa y la tiene siempre atada. De ahí que esté escrito: «¿qué utilidad se saca de la sabiduría escondida y del tesoro oculto?»⁷⁻⁸.*

No hay amor de Dios donde no hay celo por las almas; no hay afán de santidad donde no hay también afán por difundirla; no es posible encontrar a Dios donde no hay preocupación de que también los demás le encuentren, con toda la plenitud de que sean capaces. Sólo donde la doctrina de Cristo se ha desvirtuado, se puede pensar que es posible desentenderse de la santidad de los demás sin comprometer la propia.

Este derecho y este deber que tiene cualquier cristiano, se acentúa en nuestro caso. Para nosotros, el proselitismo es aún más vital; ya que *el fin de la Obra es promover la plenitud de vida cristiana entre personas de todas las clases sociales*. El Señor ha querido su Obra precisamente para eso, para que sea instrumento de la llamada suya universal a la santidad. Santidad y proselitismo forman una unidad de fin indisoluble, y se sostienen mutuamente. Esta ha sido la voluntad de Dios: que hubiera cristianos que encontraran en el proselitismo

oportunidad de santificarse, de modo que el extender la santidad no fuera algo sobreañadido, sino elemento esencial de su vocación.

De ahí la importancia fundamental que esa labor tiene para cada uno de nosotros, *porque un socio de la Obra que no sintiera preocupación por el proselitismo, manifestaría no tener el espíritu del Opus Dei, cuyo fin es precisamente difundir en el mundo la santidad. Por eso, cada socio debe ser como una brasa encendida, que pega fuego dondequiera que esté, o por lo menos levanta la temperatura espiritual de los que le rodean, llevándoles a vivir una intensa vida cristiana*. Y así, la obra de San Rafael y la de San Gabriel tienen como parte fundamental de su labor el proselitismo, de modo que sean como el semillero de vocaciones para el Opus Dei.

No tenéis más remedio que ser proselitistas, nos ha dicho nuestro Padre. Y ha precisado que hasta los enfermos tienen en la Obra esta obligación. No hay limitación alguna —ni de edad, ni de condición o estado, ni de ninguna otra circunstancia— en este deber santo. Hemos de hacer mucho proselitismo y siempre. *Si no tuviéramos la preocupación del proselitismo, parecería que no éramos felices. El que tiene la felicidad, el bien, procura darlo a los demás.*

Hemos de hacer proselitismo porque el Señor quiere servirse de nosotros, libremente, para llamar a otras personas; *para que no haya almas que puedan decir que no aspiran a la santidad porque nadie las llamó —quia nemo nos conduxit (Matth. XX, 7)—, los socios del Opus Dei tienen el derecho y el deber de plantear el problema vocacional —ascende superius! (Luc. XIV, 10)—, y de provocar esta crisis entre toda clase de personas, que den esperanzas de una posible vocación.*

Hemos de hacer proselitismo porque, aunque gracias a Dios lleguen muchas vocaciones, también gracias a Dios necesitamos ser muchos más. Hemos de hacer proselitismo porque a eso hemos venido a la Obra. *No ocuparse del proselitismo sería un síntoma de flojera, de enfermedad y quizá de muerte. ¡Afán de proselitismo! ¡Quemad lo que hay alrededor vuestro! Y lo que hay lejano también, mediante la oración, el sacrificio y el cumplimiento sonriente del deber.*

LOS MEDIOS

Este afán de proselitismo ha de manifestarse de un modo concreto, práctico. Semanalmente nos preguntamos si mostramos con hechos nuestro celo por traer vocaciones a la Obra. De ahí la necesidad

(6) San Gregorio Magno, *Hom. in Evang.* 19;

(7) *Ecclesi.* XI, 17;

(8) San Gregorio Magno, *Hom. in Evang.* 17;

de concretar nuestro afán de proselitismo, de dirigirlo hacia personas determinadas, de encaminarlo a resultados prácticos. Es posible que, en ocasiones, nuestro afán no se vea coronado con la alegría de presenciar una nueva vocación —Dios hará entonces que la semilla que hemos lanzado a voley, dé frutos en otros lugares—; pero de ordinario, a la realidad de nuestro esfuerzo corresponderá la realidad de las vocaciones. Por eso no debe pasar un año sin que cada uno de nosotros haya conseguido, al menos, una vocación. Esa ha de ser nuestra ilusión, nuestro deseo; meta de nuestros esfuerzos, de nuestro amor a Dios y a las almas.

Para que ese afán de proselitismo sea eficaz, ha de poner en ejercicio los medios necesarios, los divinos y los humanos. Y siendo ésta una empresa sobrenatural, es lógico que los medios fundamentales hayan de ser también siempre sobrenaturales. *Preciso es, por tanto, que empleemos medios divinos, y que tratemos con nuestro Rey en cada caso todo lo que se refiera al alistamiento de nuevos apóstoles en su milicia*⁹.

Hemos de considerar despacio, en la oración, la labor determinada que desarrollamos; hemos de encomendar insistentemente las vocaciones concretas que queremos lograr del Señor y hacer que se encomiende esta intención, porque *la oración es el medio más eficaz de proselitismo*¹⁰; hemos de hacer mortificaciones extraordinarias por esas almas, y pedir a todos los demás que nos ayuden; hemos de ganarnos a los Angeles Custodios de los amigos que tratamos. Y todo con propósitos claros y determinados, concretos, llevados a la Charla.

Pero después de esos medios más directamente sobrenaturales, el apóstol —aun convencido de que él de suyo nada puede, si no consigue, con oración y sacrificios, gracia abundante del Cielo¹¹— ha de emplear todos los medios humanos nobles de que dispone, ha de poner en ejercicio todas sus cualidades humanas, para que sean también instrumento de la acción de Dios.

VIBRACIÓN APOSTÓLICA

Nuestro afán de proselitismo nace de lo más íntimo de nosotros mismos, y nos afecta por entero. No es una actividad burocrática, des-

humanizada; no es algo que se ejercita sin cariño y sin calor, como por obligación. Muy al contrario, nos hace vibrar, es una tarea que nos atrae. Por eso la vibración —amor a Dios y amor a las almas— es el tono, el ambiente, en el que se desarrolla nuestro proselitismo.

Te falta «vibración». —Esa es la causa de que arrastres a tan pocos. —Parece como si no estuvieras muy persuadido de lo que ganas al dejar por Cristo esas cosas de la tierra.

Compara: ¡el ciento por uno y la vida eterna! —¿Te parece pequeño el «negocio»? ¹²

Un proselitismo desvaído, sin entusiasmo, sin constancia alegre, estaría condenado de antemano al fracaso. Hace falta vibrar, para que las almas reciban verdaderamente *las llamaradas de nuestra conversión encendida en el juego de la gloria de Dios*.

Una de las consecuencias más inmediatas de ese afán es no esperar a que la ocasión se presente, sino provocarla. Sean cualesquiera nuestras circunstancias personales, a cualquier edad y en cualquier sitio, hemos de oír sencillamente esta pregunta del Padre: *oye: ahí... ¿no habrá uno... o dos, que nos entiendan bien?*¹³

En el Opus Dei cabe gente muy distinta, todos con la misma vocación divina. *La Obra es una familia divina y humana, en la que sucede, como en las familias naturales a las que ha bendecido el Señor con abundancia, que tienen muchos hijos: y hay unos hermanos más altos, otros más bajos, unos más morenos, otros más rubios. Y luego están los parientes: unos más próximos, otros más lejanos, y los amigos de la familia.*

Hijos míos, ocurre exactamente igual en la Obra: los Numerarios, los Agregados y los Supernumerarios; los Agregados y los Supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, formamos una sola familia, todos con una e idéntica vocación. Y además están a nuestro lado esos parientes a los que queremos tanto: los Cooperadores. Y luego, tantos amigos y tantos colegas que de alguna manera participan de nuestra familia.

Todas las personas que tratamos pueden recibir el espíritu de la Obra, y beneficiarse de él. Quizá no reciban inmediatamente la llamada de Dios, y necesiten recorrer antes un largo camino; pero a todos se refiere el Padre con estas palabras:

(9) Instrucción, 1-IV-1934, n. 10;

(10) Camino, n. 800;

(11) Instrucción, 1-IV-1934, n. 12;

(12) Camino, n. 791;

(13) Camino, n. 805;

Yo os veo, hijos, como en otros tiempos Pedro y Juan, fijando vuestra mirada llena de compasión en amigos y conocidos, que podrían venir a pelear a nuestro lado..., si no estuvieran cojos.

Haced como Pedro y como Juan: cuando vayáis a la oración, tened muy presentes a esos amigos y conocidos, y luego, con vuestro ejemplo, decidles: respice in nos!, ¡miradnos!

Y, si perseveráis, si sois tenaces —la tenacidad es indispensable para el proselitismo—, llegará un momento en que podréis gritarles: in nomine Iesu Christi Nazareni, surge et ambula!; en nombre de Jesús Nazareno, ¡levántate y anda! (Act. III, 1-10) ¹⁴.

Vibración, entusiasmo; pero también perseverancia, constancia. Y tenacidad para mantener la ilusión de la primera vez, para vibrar el primer día con la misma intensidad que el último, cada vez con más sentido sobrenatural, pero siempre y por lo menos, con el mismo calor humano.

Viviendo así el proselitismo, el fruto es seguro. Podrá tardar más o menos —más bien menos que más—, pero llegará. Nos lo ha garantizado el Señor, que ha dado este fin a nuestra vocación. Por eso ha podido decir el Padre: *si no hay vocaciones, falta amor de Dios. ¿Está claro? ¡Proselitismo!* Tenemos la feliz experiencia de tantas veces, en tantos sitios...

Por otra parte, el mismo proselitismo que hacemos enciende más nuestro corazón, nos ayuda a ver mejor la hermosura sobrenatural de esta misión. Cuando el trabajo de siembra ha fructificado en una vocación concreta, ¿quién no ha sentido el gozo y la necesidad de multiplicar sus esfuerzos? Es que a una obra nuestra se le deben dos recompensas: una en el camino, otra en la patria; una que nos mantiene en el trabajo, y otra que nos remunera en la resurrección ¹⁵. Cada vocación que conseguimos aumenta nuestra capacidad de hacer un eficaz proselitismo, aumenta nuestro amor y asegura nuestra santidad.

El proselitismo es consecuencia del amor, y al mismo tiempo es también como su causa. *Proselitismo. —Es la señal cierta del celo verdadero* ¹⁶. Que Nuestra Señora, Regina Apostolorum, mantenga siempre encendido en nosotros este celo, y lo haga divinamente eficaz.

(14) Instrucción, 1-IV-1934, nn. 57-58;

(15) San Gregorio Magno, *Hom. in Evang.* 17;

(16) Camino, n. 793.

30. TODO LO QUE PIDIEREIS

Pater... pro eis rogo... pro his quos dedisti mihi. Jesús ruega al Padre por nosotros, por los que le hemos sido dados. El, que es el Verbo, no necesita pedir nada. Pero rogó allí, en el Cenáculo, delante de los Doce, para dejarles bien clara la lección de nuestra indigencia, para enseñarnos a pedir.

Bien sabe nuestro Padre Dios que cada instante de nuestra existencia es fruto de su largueza, que lo necesitamos todo, que hemos de recibirlo todo, que no tenemos nada. Y El, que es Nuestro Padre, que nos ama como a hijos, vuelca sobre nosotros, constantemente, el tesoro de sus gracias, de sus bienes, incansable. Pero precisamente porque nos ama tanto, quiere que reconozcamos nuestra dependencia, nuestra pobreza: quiere que pidamos, que elevemos nuestra súplica al Padre Nuestro que está en los cielos.

Si esto nos lleva a reconocer que no tenemos nada, que todo lo hemos de recibir como un don, como una gracia a la que no se tiene derecho; de otra parte, nos hace entender esa finura del amor divino que quiere oír nuestra oración, nuestra súplica: recordar que *Dios quiere ser rogado, quiere ser coaccionado, quiere ser vencido por una cierta importunidad* ¹.

Cuando los discípulos dijeron al Señor: *Domine, doce nos orare*, enséñanos a orar, Jesucristo nos dio una fórmula sencilla, con el fuerte acento de la confianza filial, en donde se mezclan y entrecruzan los deseos de la gloria de Dios, con la petición por nuestras necesidades

(1) *Ioann.* XVII, 9.

(2) San Gregorio Magno, *Ps. 6 Paenit.*, n. 2;

(3) *Luc.* XI, 1.

espirituales y materiales, con la ingenua audacia de quien se sabe muy querido: *panem nostrum quotidianum da nobis hodie**, danos el pan nuestro de cada día...

CONDICIONES DE LA PETICIÓN

Para inducirnos a esta oración de súplica, que nos es tan necesaria, Jesús quiso darnos toda suerte de garantías, al tiempo que nos mostraba las condiciones que ha de tener siempre nuestra petición. Y daba argumentos, ponía ejemplos para que lo entendiéramos bien: *si entre vosotros un hijo pide pan a su padre: ¿acaso le dará una piedra?; o si pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una sierpe?; o si pide un huevo, ¿por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden!*³. Nuestra oración ha de ser confiada, serena.

Esa misma confianza nos lleva a ser perseverantes en la petición, a insistir, seguros de que al fin recibiremos, puesto que para eso pedimos: *rogué una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y no recibí nada. No ceses, hermano, hasta que recibas; el fin de la petición es el don recibido. Cesa cuando recibas; más aún, ni siquiera entonces ceses, sino persevera todavía. Si no recibes, pide para que recibas; cuando recibas, da gracias por haber recibido*⁴.

Insistir como aquel amigo importuno que no tenía panes, como aquella viuda indefensa que clamaba día y noche ante el juez inicuo; pedir insistentemente, porque Jesucristo nos alienta a no cesar: *pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abrirá*⁵.

Mucho vale la oración perseverante del justo⁶. Y puede tanto, porque Cristo encabeza nuestra oración y el Espíritu Santo la suscita en nuestra alma, cuando ni siquiera sabemos lo que debemos pedir. Quien ha de conceder pide con nosotros que nos sea concedido. ¿Cabe acaso mayor seguridad de recibir? Nuestro Padre Dios *está a la derecha del pobre*⁷, con una prontitud en su largueza que no tiene semejanza posible en la tierra. Tan cerca está de nosotros, con tal amor espera

nuestra súplica, que *pedirás auxilio y el Señor contestará: ¡heme aquí!*¹⁰. Ni siquiera la imagen de los padres de la tierra sirve ya para dar a entender tanta misericordia de Dios. Porque, *¿qué padre oirá así a sus hijos y a sus nietos? ¿Qué madre estará tan pronta y dispuesta si sus hijitos la llaman? Nadie ciertamente, ni padre, ni madre; sino sólo Dios*¹¹. Todos tenemos la misma íntima experiencia que narran los salmos: *El escuchó mi voz desde su templo y penetró mi grito en sus oídos*¹².

UNIDAD DE INTENCIONES

Nuestra oración alcanza su máxima eficacia, es oída con especialísima atención y gozo por Dios, cuando rogamos juntos, cuando rezamos unidos. Os digo más: *que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos*¹³. Y la oración de Cristo es la misma omnipotencia de Dios; por eso, *cuando veas que no te ha sido quitada la oración estate seguro, porque tampoco se ha apartado de ti su misericordia*¹⁴.

Esta oración unida de súplica a Dios ha sido, desde los comienzos de la Obra, nuestro recurso habitual. Somos, fundamentalmente, una gran familia que reza. Hemos elevado nuestros corazones a Dios colectivamente muchas veces, aparte de nuestras Preces cotidianas, ante las dificultades y los obstáculos, ante la ausencia de medios, en los comienzos y en medio y al final de toda labor. *Como los apóstoles, nosotros estamos omnes pariter in eodem loco, todos unánimes en un mismo lugar* (Act. II, 1), *perseverando en la oración, en el sacrificio y en el trabajo*¹⁵. Hemos vencido siempre con la oración confiada y perseverante de todos.

Los obstáculos de toda suerte, la puesta en marcha de nuevas labores de envergadura, los pasos decisivos de la Obra de Dios en la tierra, han sido siempre ocasión para que el Padre dirigiese nuestra oración en unidad de intenciones, vibrante, unánime. Esta es la fórmula que brinda nuestro espíritu para el éxito de todo apostolado, porque *el arma del Opus Dei no es el trabajo; es la oración. Por eso con-*

(4) *Ibid.*, 3;
(5) *Ibid.*, 11-13;
(6) San Agustín, *In divitas Chon. serm.* 16;
(7) Luc. XI, 9-10;
(8) Jacob. V, 16;
(9) Ps. CVIII, 31;

(10) *Ibid.* LVIII, 9;
(11) San Jerónimo, *In Matth. numm.* 55, 5;
(12) Ps. XVII, 7;
(13) *Matth.* XVIII, 19-20;
(14) San Agustín, *Enarr. in Ps.* 65, 4;
(15) Instrucción, 1-IV-1934, n. 43;

vertimos el trabajo en oración, y tenemos alma contemplativa.

Todo lo fuimos nosotros a la oración. Las vocaciones, porque la oración es el medio más eficaz de proselitismo¹⁶. La acción misma, porque entendemos el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del sacrificio. Los medios, y la eficacia de esos medios. Todo lo hemos pedido, ciertos de que la oración es siempre fecunda. El trabajo, la acción, ha venido después de rezar y después del sacrificio, como muestra a los ojos del Señor de la rectitud de intención con que pedimos.

La Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios. Por tanto, tened una profunda convicción de que el cielo está empeñado en que se realice¹⁷. Y ha sido esta convicción la que nos ha llevado a orar con fiado, muy unidos a nuestro Padre; y hemos acabado siempre con una acción de gracias, porque la misericordia de Dios se ha derramado sin medida.

El camino recorrido hasta hoy por la Obra está sembrado de oración: cada paso ha sido una oración. Y éste será en adelante y para siempre el modo de andar del Opus Dei. Por eso el Padre nos quiere muy rezadores, y nos pide que encomendemos al Señor unas intenciones precisas, encauzando nuestra unidad y nuestra fuerza, para que el Señor reciba la dulce coacción de la súplica de sus hijos. De este modo seguimos viendo, desde el primer momento, que las peticiones de ayer son las realidades de hoy. Peticiones de ayer que el Señor mismo puso en nuestros corazones, cuando determinó que la Obra se hiciese. Deseos apostólicos que Dios puso en nuestra alma, y que luego ha superado, concediendo mucho más de lo que pedíamos.

Nos unimos con alegría a esos cauces de petición que el Padre nos ofrece, y procuramos hacer muy continua nuestra súplica, levantando al Señor muchas veces nuestro corazón —*cor unum et anima una*¹⁸— en demanda de ayuda. Siempre, sin interrupción, de modo habitual, nuestra alma está en actitud de súplica, con disposición de hijo, con la seguridad de recibir lo mejor. Y es esta disposición la que alienta toda nuestra vida, la que impulsa nuestro trabajo y hace alegre el camino, como nos ha dicho el Padre: *¡qué seguridad os tiene que dar la oración, hijos míos! Rezar, rezar es el sistema; luego, a trabajar con serenidad y alegría.*

(16) Camino, n. 800.

(17) Instrucción, 19-III-1934, n. 47.

(18) Act. IV, 32.

INDICE DE TEMAS (*)

- ABANDONO: *vid.* INFANCIA ESPIRITUAL
ACTOS DE CONTRICION: *vid.* CONTRICION
ACTOS DE DESAGRAVIO: *vid.* CONTRICION
ALEGRIA: 13-15, 180-187
ALMA SACERDOTAL: *vid.* APOSTOLADO, GRACIA DIVINA, SACRAMENTOS
AMOR DE DIOS: 106, 112, 113
APOSTOLADO: 24-29, 45, 49, 50, 55, 56, 63, 64, 223, 224, 226
APROVECHAMIENTO DEL TIEMPO: 178, 179

BAUTISMO: *vid.* GRACIA DIVINA, SACRAMENTOS
BUEN PASTOR: 130-133

CARIDAD: 21, 53, 74-82, 96, 99
CARIÑO: *vid.* CARIDAD, FRATERNIDAD
CASTIDAD: 106-113
CELIBATO APOSTOLICO: 109, 110
CELO APOSTOLICO: *vid.* APOSTOLADO, PROSELITISMO
COMPRENSION: 76, 77
COMUNION DE LOS SANTOS: 212
COMUNION EUCARISTICA: 209-215
CONFESION SACRAMENTAL: 116, 127-141
CONFIANZA: *vid.* DIRECCION ESPIRITUAL, FILIACION DIVINA, INFANCIA ESPIRITUAL
CONOCIMIENTO PROPIO: *vid.* HUMILDAD
CONTEMPLATIVOS: 21, 22, 36; *vid.* ORACION, PRESENCIA DE DIOS

(*) Sólo se recogen los términos tratados más extensa y directamente.

CONTRICION: 136, 137, 195, 196
CORAZON: 52, 53, 110-113; *vid.* PIEDAD
CORRECCION FRATERNA: 97-105
CORREDENTORES: 24; *vid.* APOSTOLADO
COSAS PEQUEÑAS: 19, 37-44, 119, 123
COSTUMBRES DE LA OBRA: *vid.* NORMAS Y COSTUMBRES
CRUZ: 11-16, 118
CULTURA: 173

CHARLA CON EL DIRECTOR: 142-148

DESPRENDIMIENTO: 163
DEVOCIONES: 207
DIFICULTADES: *vid.* LUCHA ASCETICA, VIDA INTERIOR
DIRECCION ESPIRITUAL: 130-133, 143, 147
DOCILIDAD: 144, 147
DOCTRINA: 54, 55, 174, 207

ENTREGA: *vid.* VIDA INTERIOR, VOCACION
ESPERANZA: *vid.* VIRTUDES TEOLOGALES
ESPIRITU SANTO: 18, 206
ESTUDIO: 173, 176-178
EUCARISTIA: 209-215; *vid.* SANTA MISA
EXAMEN DE CONCIENCIA: 135, 136, 188-197
EXAMEN PARTICULAR: 198-204

FE: *vid.* VIRTUDES TEOLOGALES
FILIACION AL PADRE: 85-87
FILIACION DIVINA: 10, 11, 15, 16, 22, 24, 26, 28, 83, 205
FLAQUEZAS: *vid.* LUCHA ASCETICA
FORMACION: 172-175
FORTALEZA: 156-161
FRATERNIDAD: 41, 42, 87, 88, 91-94, 98, 100, 101, 124

GLORIA DE DIOS: *vid.* RECTITUD DE INTENCION
GRACIA DIVINA: 9, 10, 17, 18, 216, 217

HUMILDAD: 74-82, 182, 183, 187

INFANCIA ESPIRITUAL: 15, 40, 41, 152, 206

JESUCRISTO: 10-12, 15, 18-20, 23, 26-28, 30-32, 59, 61, 69-72, 116,
117, 142, 167, 216
JUSTICIA: 100

LABORIOSIDAD: 167

LUCHA ASCETICA: 157, 201-204

MATRIMONIO: 108
MEDIOS HUMANOS: 46
MEDIOS SOBRENATURALES: 49-51, 225
MENTALIDAD LAICAL: *vid.* TRABAJO
MORTIFICACION: 21, 41, 114-126, 164

NATURALIDAD: *vid.* SENCILLEZ, VIDA OCULTA
NORMAS Y COSTUMBRES: 17, 18, 20, 22, 34, 35

OBEDIENCIA: 67-73
OFRECIMIENTO DE OBRAS: 18
OPTIMISMO: *vid.* ALEGRIA
ORACION: 19, 20, 32-36, 229-232
ORDEN: 178

PACIENCIA: 157
PADRE: 84-86, 232
PECADO: 68, 69, 114-116, 190; *vid.* CONFESION SACRAMENTAL
PENITENCIA: *vid.* MORTIFICACION
PIEDAD: 205-208, 219
POBREZA: *vid.* DESPRENDIMIENTO
PRESENCIA DE DIOS: 20, 32-34, 36, 43, 193
PROFESION: *vid.* FORMACION, TRABAJO
PROPOSITOS: *vid.* EXAMEN DE CONCIENCIA
PROSELITISMO: 24-26, 45-51, 222-228
PRUDENCIA: *vid.* VIRTUDES HUMANAS
PUREZA: *vid.* CASTIDAD, CELIBATO APOSTOLICO

RECTITUD DE INTENCION: 62, 153

RESPONSABILIDAD: 101, 102, 169, 170

SACRAMENTOS: 18, 116, 127

SANTA MISA: 21, 22, 210, 214; *vid.* EUCARISTIA

SANTIDAD: 37, 39, 45, 46, 61, 62

SECULARIDAD: *vid.* TRABAJO

SENCILLEZ: 149-155

SERENIDAD: 160, 164; *vid.* ALEGRIA

SERVICIO: 72; *vid.* CARIDAD, FRATERNIDAD

SINCERIDAD: 133, 139, 145, 146, 153-155, 190, 201

TEMPLANZA: 162-165

TENTACIONES: *vid.* FORTALEZA

TESTIMONIO: *vid.* APOSTOLADO, DOCTRINA

TIBIEZA: 47, 191

TRABAJO: 19, 38, 42, 60-66, 166-171, 175, 176

TRISTEZA: 181-183

UNIDAD DE LA OBRA: 57-59, 231, 232

UNIDAD DE VIDA: 65; *vid.* ORACION, PRESENCIA DE DIOS,
TRABAJO

VIDA DE FAMILIA: 89-96

VIDA INTERIOR: 9, 10, 14

VIDA OCULTA: 27

VIDA ORDINARIA: 27, 29, 118, 123; *vid.* COSAS PEQUEÑAS,
TRABAJO

VIRGEN SANTISIMA: 216-221

VIRTUDES HUMANAS: 62, 63, 89-96

VIRTUDES TEOLOGALES: 62, 183-185

VISION SOBRENATURAL: *vid.* RECTITUD DE INTENCION

VOCACION: 46-48, 222, 223, 226